

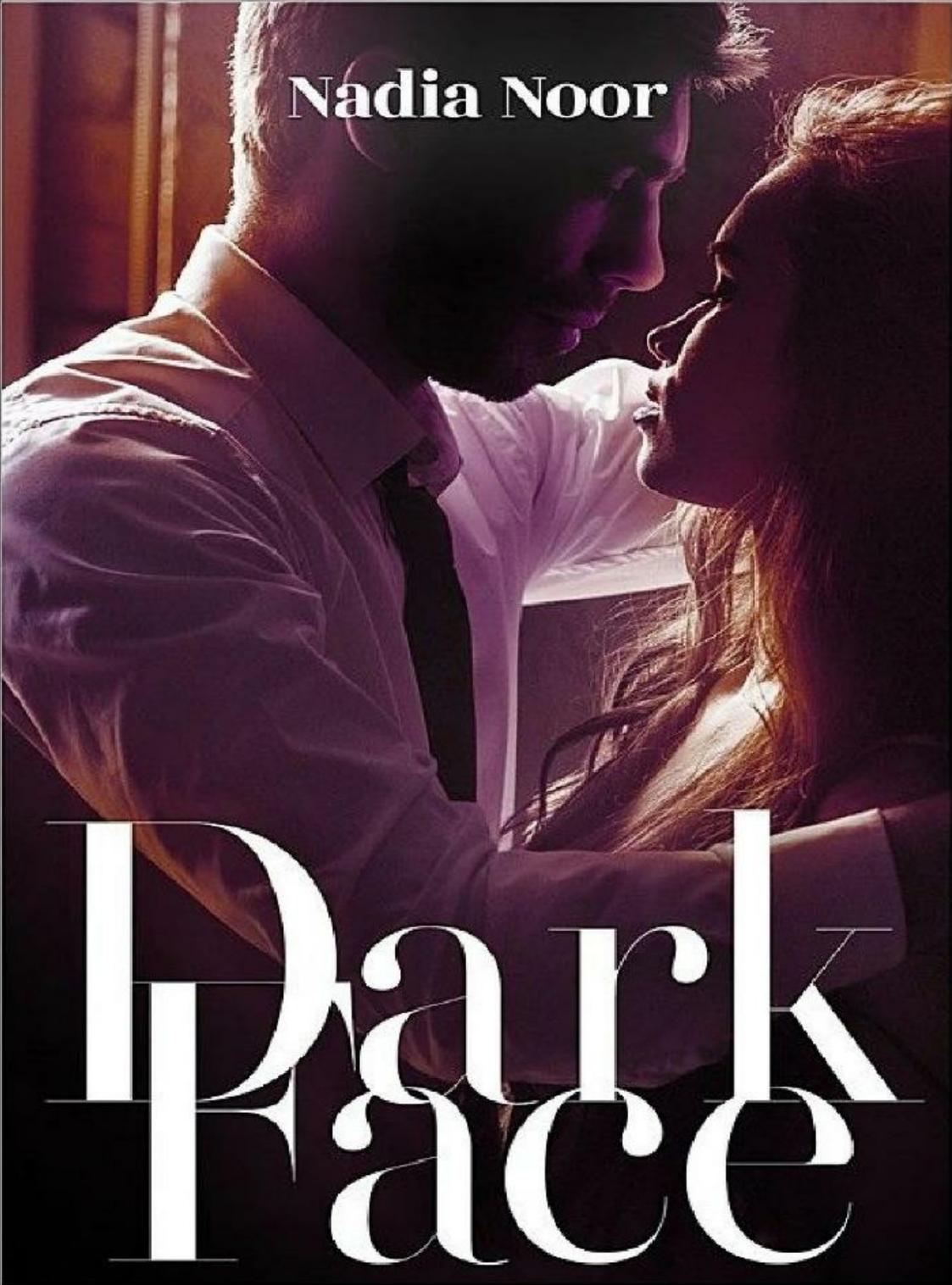
Selecta

Nadia Noor

Dark Face

Selecta

Nadia Noor

A romantic close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The man is on the left, wearing a white shirt and a dark tie, looking towards the woman on the right. The woman has long, dark hair and is looking back at him. The lighting is soft and warm, creating an intimate atmosphere. The background is dark and out of focus.

**Dark
Race**

Dark Face
El secreto de Laura

Nadia Noor

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Septiembre del 2016, Londres El señor R agarró a la señora L de la mano y siguieron el sendero luminoso hacia las habitaciones habilitadas para los invitados. La mayoría estaban ocupadas, pero casi al final del sendero encontraron una disponible. Él entró el primero y se habituó a la oscuridad. Círculos pequeños, poco iluminados, marcaban la forma de la cama, de las mesitas de noche, del bar, de los vasos y de la ducha. La habitación parecía equipada al completo. El señor R se acercó a un objeto cuadrado y preguntó a una inmóvil señora L: —¿Qué música prefieres?

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al verlo tan acostumbrado a ese sitio. Laura se preguntó si sería un perverso que no daba la cara al mundo y se escondía detrás de la oscuridad. Claro que sería un perverso. «¿Y qué esperabas encontrar en un sitio así? ¿Un príncipe azul?».

Mientras sus pensamientos se llenaban de dudas y malos augurios, le contestó cohibida: —Cualquier cosa, no sé; algo relajante, si es posible. La verdad es que estoy tensa.

—¿Es tu primera vez? —preguntó él con interés, mientras tocaba algunos botones del equipo musical.

«¡No sabes tú cuánto!», se dijo en su mente, mientras conseguía balbucear: —Algo así.

En cuestión de segundos, la habitación se llenó de unos extraños acordes musicales que ella no consiguió localizar. Parecía un tipo de *soul* antiguo. Sin poder controlar su boca, se escuchó preguntar: —No me suena la música, no serás muy mayor, ¿verdad?

Él soltó una carcajada relajada, como si la pregunta fuera divertida; le

abrazó la espalda y le susurró al oído: —¿Acaso importaría? —Posó los labios en el cuello de ella, justo en el lugar donde le latía el pulso, y mientras besaba aquella superficie sensible con mucha entrega buscó con dedos expertos la cremallera del top que llevaba puesto. Pegó un pequeño mordisco en la piel encendida de ella mientras le deslizaba la prenda con suavidad hacia abajo.

Capítulo 1

Edificio Centers, seis meses antes La reunión estaba a punto de terminar, por lo que la tensión se podía palpar con la mano en la sala de juntas. El asesor de las empresas Hills dejó de mirar la pantalla del ordenador y se friccionó los ojos enrojecidos con la palma de su mano.

—Michael, tengo que anunciarte que estamos en números rojos —dijo en tono cansado—. Las fábricas dan pérdidas desde hace nueve meses, es necesario que tomemos medidas drásticas, ¡ya! Propongo despedir al cincuenta por ciento de la plantilla; tal vez, la fábrica del Norte cerrarla del todo, ya no podemos asumir las pérdidas. Los trescientos quince trabajadores se llevan, entre sueldos y seguridad social, más de cuatrocientas mil libras al mes. Los clientes de confianza han dejado de pagar a tiempo y muchos de ellos rescinden los contratos.

—¡Algo se podrá hacer para no cerrar las fábricas! —se quejó Michael con impotencia.

—Sí, podríamos invertir en conceptos innovadores y obtener nuevos contratos, pero necesitamos liquidez. Lo más sensato sería cerrar de forma temporal los departamentos con mayores pérdidas.

—Esto significa disminuir de forma considerable la producción. Sin producto no hay ventas y mucho menos ingresos. Me acabas de decir que necesitamos liquidez, cerrando las fábricas me parece a mí que no la obtendríamos. —La desesperación de Michael era evidente.

Los ojos del asesor brillaron con inteligencia al exponer sus ideas: —Podríamos vender la mansión Hills o...

—¿Cómo podría vender la mansión familiar, la residencia de todos mis

antepasados, ocupada en la actualidad por mi madre? —gritó incrédulo.

—Tu madre vive ahí sola —insistió el asesor al tiempo que su voz adquiría un tono severo—. ¡La mansión tiene treinta y cuatro habitaciones! No la necesita. Seguro que lo entendería.

—¡Mi madre jamás lo entendería! —afirmó Michael, con desdén.

—Pues muy pronto se quedará sin servicio, asistentes ni jardineros. Cuesta una fortuna mantener la mansión. —El asesor pulsó con fuerza el teclado del ordenador y giró la pantalla hacia Michael—. ¿Quieres ver los números?

—No. La mansión no está en venta, por muy mal que estemos —respondió con firmeza haciendo caso omiso a la pantalla del ordenador—. Dime que hay alguna otra alternativa. No sé... podríamos vender tierras, la granja de ovejas o, quizá, alguna puñetera propiedad.

—Mira, sé que es difícil, pero no te agobies —lo calmó el abogado al tiempo que posaba el brazo en su hombro en actitud consoladora—. Todas las grandes fortunas pasan en este momento por situaciones similares. La crisis económica de los últimos años ha atizado fuerte y las costumbres han cambiado. Ya no se tiene tanto en cuenta la calidad como antes.

—Yo no conozco a nadie de mi entorno que haya tenido que vender la mansión familiar para salir de las deudas —se lamentó Michael preso de una importante alteración interna—. ¿Alguna alternativa?

El asesor lo miró pensativo y retiró el brazo de su hombro. Se alisó las solapas de su americana y se tomó su tiempo en contestar.

—Podríamos... juntar vuestra herencia con la de un nuevo rico. Vosotros aportarías calidad y renombre, y la otra parte aportaría capital.

—Sueña interesante. ¿Cuál es el procedimiento? —preguntó Michael, más animado.

—Tanto tú como Laura sois dos jóvenes hechos y derechos. Podríamos... elegir a alguien que os convenga.

La mirada de Michael se encendió.

—¿Insinúas que me case yo o lo haga mi hermana, por interés?

—Desde siempre estos matrimonios han dado resultado. Además, ¿qué es el matrimonio sino un contrato donde las dos partes se benefician? —defendió su postura el abogado.

—Ni yo ni mi hermana estamos en venta, Henry. —Poniéndose de pie, Michael dio la reunión por terminada—. Hablaré con Laura, tiene derecho a conocer la situación, y entre los dos tomaremos una decisión. Pronto tendrás noticias.

Abandonaron la sala de juntas en silencio. El asesor se despidió con un gesto débil con la mano y tomó el ascensor. Michael se adentró en su despacho y se acomodó en su sillón de cuero favorito, situado delante de un escritorio rectangular de corte clásico, Ludovico IV. Esa pieza pertenecía a su familia desde hacía generaciones, su padre perdió la cuenta de si lo había comprado su bisabuelo o, tal vez, el padre de este. Todos sus antepasados fueron banqueros, hombres de negocios con personalidad, que supieron conservar y aumentar la fortuna familiar.

En la época actual, Michael debía continuar con la tradición, cuidar el patrimonio y llevar con dignidad el título de duque de Hills. Dos años atrás, un accidente de helicóptero puso fin a la vida de su padre y se vio obligado a tomar las riendas del grupo. La mala situación que estaba atravesando lo mantuvo en actitud pensativa durante varios minutos.

Para despejarse la cabeza se levantó del sillón y se acercó al bar que tenía habilitado en su despacho. Eligió un vaso tipo balón y una botella de *whisky*. Se sirvió una copa y bebió un trago largo. El alcohol penetró en su cuerpo y su sabor intenso le hizo cerrar los ojos de placer. Por uno breve instante, se sintió mejor.

Animado por la sensación que el alcohol le producía, pensó que la situación no era tan grave. Podría perderlo todo. ¿Sería tan malo quedarse sin nada? Se sobresaltó al imaginar que la palabra «fracaso» llenaba su despacho.

Pensativo, volvió a beber otro trago. Atraído por la oscuridad que se entreveía a través de la hoja de cristal, se acercó a la ventana. Desde el piso

veintidós del edificio Center, el panorama era impresionante; los coches parecían simples rayos de luz que no paraban de moverse, salvo en algunos momentos, cuando los semáforos se teñían de rojo. En cuanto dominaba el color verde, la marcha volvía a empezar. Los edificios se asemejaban a gigantes silenciosos, bañados en miles de luces.

Multitud de preguntas se agolpaban en su mente y los malos pensamientos se cernieron sobre el joven empresario. Suspiró resignado y acabó su copa de *whisky* de un trago. Después recogió el balance financiero y, saliendo de su despacho, dio un sonoro portazo.

Capítulo 2

Laura se encontraba en la reunión mensual de la junta directiva, donde el equipo financiero analizaba la situación del mes en curso. Tenía la esperanza de encontrar los números estables, pero tras ver el gráfico de los activos teñido de rojo comprendió que la crisis no había hecho más que empezar.

Los asesores financieros no pudieron ofrecer una explicación plausible para el brusco derrumbamiento del grupo, puesto que al detectar las pérdidas trataron de remediar la situación cerrando dos fábricas, ajustando los gastos y reduciendo el personal.

La joven dejó de prestar atención a las cifras, agarró un bolígrafo y comenzó a dibujar de manera ausente unos garrapatos sin sentido en un papel. ¿Cómo habían llegado a esa situación? ¿Era posible desaparecer una fortuna tan importante y un nombre con tanto peso?

Después de una breve pausa, el asesor general de las empresas Hills tomó la palabra. Era un hombre corcovado, de unos sesenta años, de baja estatura, pelo blanco y mirada avispada. Subió al pupitre con gesto cansado. Se paró delante de los asistentes y empezó su discurso, mientras se tocaba con esmero las solapas de su americana de *tweed*.

—Señor Hills, señorita Hills. —Saludó con una inclinación de cabeza a los dos hermanos—. Estimados compañeros. Siento presenciar este día; como pudimos ver la situación de la empresa es inestable y los números son negativos. Sabíamos que nos enfrentábamos a una crisis, pero no sospechamos que fuera tan fuerte.

Tomó una pausa estratégica para dar más valor a su discurso, bebió un sorbo de agua, volvió a alisarse las solapas de su americana y continuó: —No

maquillaré la realidad, es desalentadora. Necesitamos cuanto antes una inyección de capital y la necesitamos ¡ya! Si no conseguiremos liquidez pronto, el Grupo Hills quebrará, lo siento.

Tras las últimas palabras del asesor, en la sala se instauró el desorden. Los directivos comenzaron a hablar todos a la vez, alzando las voces y el tono en un interminable e incomprensivo torbellino de reproches. Laura dejó de seguir el ritmo de las conversaciones y centró la atención en el gran ventanal, a través del cual se divisaban grandes edificios regidos por nubes bajas y oscuras.

Se sentía impotente y deseó poder aportar alguna idea brillante para generar capital, pero sus conocimientos en ese ámbito eran limitados, puesto que nunca había pensado en el dinero, ni en su proveniencia. Tenía un máster en Dirección de Empresas, porque se suponía que ella se haría cargo de la fundación familiar, en ningún momento pensó que esta se quedaría sin fondos.

Dejó de mirar por la ventana y centró la atención en su hermano, Michael. Lo veía cansado, ojeroso y sin vitalidad. Por un momento, sus miradas se cruzaron. Se contemplaron el uno al otro con la misma expresión de torpeza dibujada en el rostro.

Michael y Laura habían sido acostumbrados a una vida fácil, donde se consideraba vulgar hablar del dinero. Ahora, todos los asistentes les exigían lo mismo a gritos.

En aquella tarde oscura de junio, los dos hermanos comprendieron el verdadero valor del dinero.

Quince minutos más tarde, y después de aguantar con estoicismo el bullicio de la sala, Michael subió al pupitre para exponer su opinión en calidad de presidente de las empresas Hills: —Estamos aquí para valorar nuestro futuro, no para culparnos los unos a los otros. Parece que los números no son buenos, no hemos conseguido parar el descenso y, lo que es peor, seguimos cayendo. Tengo dos preguntas: ¿hasta dónde podríamos caer? ¿Qué plan de choque hemos de aplicar para frenar la caída?

La sala se volvió de nuevo bulliciosa, todos los asistentes opinaban en conjunto arrojándose duras palabras. El asesor general se vio obligado a dar la reunión por finalizada y los directivos se marcharon.

Cuando ya no quedaba nadie, Michael se acercó a su hermana.

—Vamos a tomar algo, lo necesitamos. Estoy agotado.

Ella asintió y salieron al *hall* en silencio, cada uno preso de sus propios pensamientos. Comenzaron a caminar en dirección al ascensor puesto que en el mismo edificio, en la primera planta, había un pequeño *pub*. Tras llegar allí se vieron obligados a dar media vuelta y salir enseguida, ya que los asistentes de la junta habían tenido la misma idea y la reunión de arriba parecía haberse mudado al *pub*.

Los hermanos Hills salieron a la calle y, tras caminar sin rumbo por la acera adoquinada, entraron en el primer local que encontraron abierto. Se sentaron en una mesa apartada y pidieron un *brandy* para él y un martini para ella. Michael vació su copa de un solo trago y pidió otra. Más animado, le dijo a su hermana: —¿Sabes cuál es la solución a nuestros problemas?

Ella lo miró sorprendida, tomó un sorbo de vermut y dijo con amargura: —Si nos viera papá, aquí sentados ahogando nuestras penas y la empresa en la ruina... Me siento tan impotente. ¿Qué podemos hacer?

Él esbozó una sonrisa desprovista de humor, chocó su vaso con el de ella y dijo aparentando optimismo: —Felicítame, pronto me casaré. Esto se merece un brindis.

—No estoy para bromas, Michael.

—No estoy bromeando. Al parecer, es la solución perfecta, según nuestros asesores. Como pudiste ver, quieren liquidez. Dicen que la vía más rápida y segura es juntar nuestra fortuna con la de un nuevo rico. Me buscarán una esposa *perfecta* para sacar las empresas adelante.

—Pero ¡no puedes hacer eso! —lo regañó enojada—. El matrimonio no es una transacción comercial. Es lo último que papá esperaría de ti.

Michael se encogió los hombros, impasible.

—Según Harrison, el matrimonio a la carta es más habitual de lo que nosotros pensamos. O me casó yo, o te casas tú, no tenemos otra salida.

Ella jugueteaba con la pajita en su copa mezclando los cubitos de hielo con el líquido color rojo oscuro. Al escuchar las últimas palabras de su hermano, incrementó los movimientos de su palito de plástico, con lo que derramó martini por los bordes de la copa. Michael le tocó la mano en un intento de tranquilizarla y ella dejó su vaso de lado.

—No, Michael, conmigo no cuentas, aun si quisiera hacerlo, nadie se casaría conmigo. Ya sabes cómo soy. Además, si estamos a punto de quebrar, ¿por qué desearía un nuevo rico emparentarse con nosotros?

Michael se apoyó contra el respaldo de la silla en actitud relajada, aun cuando su cara tensa denotaba crispación.

—Por interés, igualmente. Al parecer, algunas personas consiguen fortuna especulando, es decir, tienen dinero, pero necesitan darle salida, volverlo honorable. Juntarse con nosotros les aportaría prestigio y un lugar donde invertir su dinero. Por no añadir el título nobiliario de duque. Aun cuando estamos arruinados, tenemos todavía mucho valor por lo que somos. Y, querida hermana, si bajaras un pelín la guardia, muchos hombres aspirarían a casarse contigo, créeme. Cuando hay algún hombre cerca, actúas como un erizo amenazado, siempre con las púas hacia arriba. No creas que no me he dado cuenta.

—Michael, deja mis púas en paz. Si están levantadas en alto, por algo será. Regresando a la locura que se te pasa por la cabeza, he de decirte que no tienes mi apoyo. Esto de casarse por interés suena tan antiguo, no puedo creer que te lo estés planteando siquiera. —Movi6 la cabeza con desconfianza—. ¿Quién hace eso en pleno siglo XXI? Con seguridad, personas vulgares, sin escrúpulos, no sé... No lo hagas. Seguiremos cortando gastos, nos apañaremos. Y si las empresas Hills no levantan cabeza, tampoco es el fin del mundo. Los dos tenemos una formación excelente, buenas relaciones, no tardaremos mucho en encontrar trabajo. Además, disponemos de bastantes propiedades,

evaluaremos todo con calma. De verdad, no creo que sea necesario hacer ese tipo de sacrificios.

—En un principio yo pensé lo mismo; sin embargo, Harrison dice que no tiene por qué ser así. Estoy decidido, no me queda otra. —Y pidió resignado la tercera copa.

Mientras su hermano pagaba la cuenta, Laura clavó su mirada en él. Era el mismo hombre atractivo e impecable de siempre. Su pelo rubio claro ligeramente ondulado custodiaba una mirada azul, limpia como su alma. Desde siempre había sido el hijo perfecto: buen estudiante, educado y con modales.

Había recorrido el camino que sus padres le habían trazado sin quejarse y sin rechistar. Se había enamorado de una chica de la misma clase social, con quién había formado una pareja perfecta, envidiable. Hasta el día del accidente de helicóptero, su vida había sido un camino de rosas. Después, su mundo ideal comenzó a desmoronarse. Se quedó sin Giulia y tiró de la bebida para poder olvidarla y afrontar la presión de su nueva posición.

Y había algo más: nadie había podido explicar por qué, un domingo a las cuatro de la madrugada, su padre y Giulia viajaban en el mismo helicóptero.

Capítulo 3

La mansión Hills House tenía más de trescientos años de antigüedad y, a pesar de las reformas y mejoras que había sufrido a lo largo de los años, seguía manteniendo su estructura inicial. Se trataba de una propiedad exclusiva, construida en estilo victoriano con formas rectas y austeras, rodeada por más de diez hectáreas de terreno. Orientada al Suroeste recibía luz solo por la tarde.

Las majestuosas líneas rectas, que unidas entre sí daban forma a una impresionante construcción, estaban rodeadas de extensos jardines compuestos de arbustos bajos y plantas variadas. En esa época, en pleno julio, el extenso césped perfectamente cortado estaba salpicado de rosas rojas y blancas, las favoritas de Anne, la dueña de la casa.

Además de las rosas, lilas, violetas, narcisos y flores de la pasión envolvían la austera mansión en un aroma muy agradable. Los árboles milenarios tenían su sitio, ordenados en fila en la parte lateral de la casa.

Laura detuvo el coche delante de la puerta de hierro macizo y esperó paciente hasta que dos lacayos se acercaron para abrirle. Pensó con amargura en la pérdida de dinero que suponía tener a dos personas contratadas solo para abrir la puerta. Con una motorizada el problema quedaría resuelto; sin embargo, Anne se negaba a modernizarse y prescindir de lo que ella consideraba imprescindible. Y, por lo visto, los lacayos lo eran.

Una vez que la puerta fue abierta, avanzó hacia el interior de la propiedad admirando los contrastes que ofrecían el verde intenso del cuidado césped y la colorida paleta floral. Bajó la ventanilla del coche y se dejó invadir por los agradables olores de la tarde. Era innegable que Hills House tenía un encanto

especial.

Llevaba sin visitar a su madre más de dos meses. La relación entre ellas se había visto afectada por la crisis económica que se había abatido sobre la familia. Laura se había enfadado con su madre por no arrimar el hombro, ni brindarles su apoyo a ella y a Michael. Simplemente, se negaba ver y aceptar la nueva realidad.

Aquella misma mañana había recibido una nota que decía: «Ven a casa hoy a las 5. Tomaremos el té juntas. Es importante. Mamá».

Mensaje corto, frío e impersonal. Muy típico de su madre, pensó abatida.

Intentó contactar con Michael para averiguar si él también asistiría, pero no consiguió localizarlo puesto que tenía el móvil apagado desde hacía varios días.

Al llegar junto a la casa aparcó el coche en el garaje para invitados y se dirigió a la entrada. Antes de llamar miró el fino reloj de oro que abrazaba su muñeca; faltaban tres minutos para las cinco en punto. ¡Más puntual, imposible!

A su madre no le gustaba esperar a sus invitados, pero tampoco le hacía gracia cuando las citas se adelantaban. Tocó el timbre y esperó resignada a que se despegase delante de ella la extensa rutina de la casa.

En menos de un minuto llegó a su encuentro el amo de llaves, un señor estirado y poco hablador. Otro gasto ridículo y totalmente innecesario. ¿Quién necesitaba la bienvenida de aquel agrio personaje, que iba vestido como dos siglos atrás?

Entre sus funciones no figuraba el aviso de llegada de los invitados, por lo que se dispuso a llamar a la primera doncella, una señora rechoncha, vestida con uniforme negro, cruzado por un almidonado delantal blanco.

Laura se desmoronó al ver cómo esta llamaba a la segunda doncella y la cadena continuaba. Sintió náuseas al pensar que su hermano estaba a punto de sacrificar su vida casándose por interés, para que su madre siguiera disfrutando de ese ridículo e innecesario estilo de vida. Le daba vértigo

pensar que algún día podría parecerse a ella.

Harta de la cadena interminable de lacayos, doncellas y amas de llaves, acudió al salón del té, donde sabía que Anne acostumbraba a merendar.

Debido a la orientación de la casa, que solo recibía la luz solar por la tarde, las habitaciones estaban constantemente frías. Se arrebujó la bufanda de cachemira sobre sus hombros y se dispuso a esperar.

Un par de minutos más tarde, Anne entró puntual en el salón del té. Llevaba en la mano las gafas de vista y un sobre. Ofrecía el aspecto distinguido de siempre: vestía un traje chaqueta Channel color rosa pálido, el pelo recogido hacía atrás y un largo collar de perlas colgaba de su cuello.

Laura se levantó y fue a su encuentro. Se analizaron con miradas circunspectas y finalmente rozaron sus mejillas en señal de saludo.

Anne estudió la vestimenta de su hija con reproche. No aprobaba los vaqueros y su hija llevaba unos bastante ajustados rematados con unos vistosos flecos en la parte de abajo.

La joven esperó una reprimenda verbal, pero, para su sorpresa, Anne no hizo ningún comentario con respecto a su ropa desenfadada. En ese momento cayó en la cuenta de que su madre parecía más vieja y cansada. A su manera, también estaba sufriendo por los problemas de la familia. El hecho de no ceder era porque no quería que la familia se desmoronase. La matriarca de los Hills daba su apoyo como mejor sabía: fingiendo que todo iba igual que siempre.

Una vez pasados los nervios iniciales, se sentaron delante de una mesita habilitada para tomar el té y esperaron pacientes a la segunda doncella, quien era la encargada de servirles.

La empleada repartió el líquido humeante en dos tazas de porcelana y dejó al lado de la tetera una bandeja de pastelitos de jengibre empolvados en coco. Anne le dio las gracias con una leve inclinación de cabeza y cuando la segunda doncella se hubo retirado apartó su tazón y sacó un folio del interior del sobre. Titubeó unos segundos y se lo entregó a su hija.

Tras echar un vistazo rápido a la carta, Laura reconoció la cuidada caligrafía de Michael. Se dispuso a leerla.

Para mamá y Laura,

Sabéis las dos que siempre he seguido las normas. Nunca pude elegir. Y no me quejo. La vida que otros trazaron para mí ha sido una buena vida.

Sin embargo, ha llegado el final. De mi paciencia y asertividad. Desde las muertes de papá y Giulia no me encuentro bien. Llevo dos años agonizando. No por perder a mi padre y a mi prometida, sino por enterarme que eran amantes. Es hora de que sepáis la verdad sobre el intocable Anthony Hills. Lo siento, madre.

No quiero seguir el camino que él trazó para mí. Ya no.

Renuncio al título y a las demás funciones (adjunto los poderes notariales) en favor de mi hermana, Laura Elizabeth Hills. Iré a encontrarme con mi mismo y regresaré cuando esté preparado.

Siento dejar a mi hermana con este peso encima ahora que las cosas nos van tan mal, pero no tengo otra salida. Sé que Laura es fuerte, lo hará bien. Y tú, mamá, despierta a la realidad. Apóyala. Os quiero mucho a las dos.

Sr. Michael Hills, ex duque de Hills

Laura dejó la carta sobre la mesa. Pensó atónita que a sus veinticinco años acababa de convertirse en duquesa. El peso de toda esa responsabilidad se asentó sobre sus hombros como la capa de nieve que corona la cima de una montaña.

Capítulo 4

El imponente salón de la residencia Hills tenía seis grandes ventanales, custodiados por doseles de brocado plisado de Damasco sujetos en los laterales con gruesos lazos dorados.

Los tímidos rayos de sol del atardecer, que penetraban a través de la hoja de la ventana, emitían destellos luminosos sobre las copas de cristal colocadas sobre la mesa. Dos sofás, dispuestos de manera simétrica alrededor de una mesa de roble clásica y lineal, descansaban sobre una alfombra persa de grandes dimensiones. Los colores predominantes eran el beige y el amarillo pálido. El arreglo de flores frescas, formado por crisantemos rojos rodeados por iris violetas, ofrecía el único toque de color de la estancia.

Anne, la dueña de la casa, inspeccionó con ojo crítico el aspecto general del salón.

Se acercó a la mesa y recolocó con cuidado un plato de porcelana que sobresalía ligeramente de la fila lineal y enderezó una silla afelpada color vino añejo. A sus cincuenta y cinco años seguía siendo una mujer presentable, que imponía respeto. Delgada, de porte recto, llevaba su chaqueta Channel con mucha elegancia. Su pelo rubio, salpicado por algunas canas plateadas, estaba recogido en un moño estricto detrás de la nuca y unas delgadas pestañas coronaban sus ojos pequeños de color azul pálido, maquillados en tonos pastel. Las perlas eran su debilidad, por lo que llevaba alrededor del cuello un collar sencillo a juego con los pendientes. La sonrisa era lo único que le faltaba a su rostro para ser perfecto. Pero Anne hacía tiempo que ya no sonreía.

Contenta con el resultado, tomó asiento en la cabecera de la mesa y se

dispuso a esperar.

Minutos más tarde, apareció en su campo visual su hija, la actual duquesa de Hills. La renuncia de su hermano Michael al título nobiliario la había convertido en duquesa y presidenta de las empresas Hills. La observó con ojo crítico mientras se acercaba y tomaba asiento. Llevaba puesto un atuendo formal, como la ocasión lo requería, formado por un vestido de corte clásico cerrado alrededor del cuello, de mangas francesas, color menta. El tono le pareció a su madre demasiado atrevido; sin embargo, tuvo que reconocer que le quedaban bien y resaltaba su piel blanca, casi translúcida. Los alegres zapatos color azul intenso --la última moda, al parecer-- no le hicieron ninguna gracia y pensaba regañarla por apostar por esa extravagancia. Su enfado se aplacó al observar que su hija, al menos, llevaba un peinado decente. Se había recogido su melena rubia en una coleta disciplinada que dejaba pleno protagonismo a su mirada azulada, casi transparente. Una sonrisa tensa curvó su boca llena, demasiado sensual, herencia de su padre. Se removió inquieta en la silla mientras retocaba con nerviosismo el aro de platino que llevaba en el dedo anular. Anne comprendió que la joven se encontraba en pleno proceso de maduración.

Estaba expectante puesto que ese día se decidiría su futuro. Debido a la grave situación financiera que atravesaban las empresas Hills, Laura se había visto obligada a recurrir a la última opción posible: el matrimonio concertado.

Se trataba de un acuerdo comercial, una unión pactada entre dos partes, con la que la familia Hills conseguiría sacar adelante sus empresas y conservaría su patrimonio. Asimismo, el interesado adquiriría respeto, renombre y buena posición social, aparte del título de duque.

Ante esa terrible situación Anne sintió su interior revolverse. El declive de su familia había comenzado después del fallecimiento de su marido, Anthony. Michael, su hijo mayor, había intentado hacer frente a la situación; sin embargo, dos meses atrás había dejado la herencia en manos de su hermana y desapareció. Nadie sabía dónde estaba.

Por el momento, Laura llevaba inesperadamente bien la situación. No se quejaba, ni intentaba quitarse la responsabilidad de encima. Era más, ella misma había tomado la decisión de casarse «a la carta» para salvar el patrimonio Hills.

Unos golpes suaves en la puerta sacaron a Anne de sus pensamientos. La primera doncella, llamada Sandra, entró con paso apresurado y anunció la llegada del señor Harrison. Anne asintió y la doncella lo invitó pasar.

Harrison se asomó con timidez y rodeó la gran alfombra persa como si tuviese miedo de pisarla. Al llegar junto a la mesa, se acercó a Anne y le besó la mano que ella le tendió con elegancia. Repitió el mismo gesto con Laura, después se encaminó hacia una silla y tomó asiento. Dejó sobre la mesa una carpeta de cartón, que, por el momento, no abrió.

Instantes más tarde, otra doncella, que portaba una tetera humeante, se acercó en silencio a la mesa. Llenó con manos expertas las tres tazas de porcelana que había colocado previamente sobre la mesa. Harrison le agradeció el gesto y bebió un sorbo por cortesía, sin tomar en cuenta la posibilidad de que estuviese demasiado caliente. Al quemarse los labios, esbozó una mueca desagradable y apartó con cuidado la taza a un lateral de la mesa. Antes de tomar la palabra, carraspeó para llamar la atención.

—Soy amigo de la familia desde hace más de treinta años y quiero que sepáis que este momento es difícil para mí también. El caso de Michael era distinto, tenía más edad, el caso de Laura es... —Paró de hablar y rebuscó con manos temblorosas entre sus documentos. Se colocó las gafas con gesto metódico, analizó un folio que había extraído de la carpeta y dijo, inspirando con avidez—: No alargaré esto más de lo necesario, si os parece, vamos directamente al grano.

Las dos mujeres agitaron las cabezas de forma enérgica, señal de que no era necesaria ninguna amable introducción. Anne, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano, rozó la mano de su hija en señal de apoyo. La tensión era tan densa que se podía palpar con la mano. El asesor

tomó una generosa bocanada de aire y retomó la palabra.

—He seleccionado tres familias que podrían encajar con nuestros planes. Os presentaré por partes cada caso y dejaré la decisión final en vuestras manos. La fortuna más importante pertenece al señor John Smith y está valorada en cuatrocientos doce millones de libras esterlinas. Es parte integrante de una familia inglesa con un árbol genealógico impecable. Se dedica al comercio, en concreto, administra varias empresas de distribución repartidas por el mundo. Sería el más adecuado desde todos los puntos de vista, menos uno...

—Esta es una transacción comercial, Harrison, pero recuerda que la persona elegida se convertirá en mi marido. Aun cuando haremos vidas separadas, de cara al mundo, formaremos una familia y será necesario mantener las formas. Necesito tener todos los datos, tanto si son positivos, como negativos —dijo Laura.

El hombre se alisó las solapas de la americana y, añadió, carraspeando: —El señor Smith sería un candidato perfecto si fuera un poco más joven. Tiene sesenta y tres años. Nunca se ha casado y quiere pertenecer a la nobleza, esta es su principal razón para aceptar el trato. —Harrison expulsó el aire con pesar y añadió, apenado—: Creo... que es demasiado mayor para ti.

—Sería demasiado mayor hasta para mí —intervino Anne en la conversación—. De ninguna manera se casará con un viejo.

Laura no expresó su opinión al respecto, pero los hombros caídos indicaron decepción. Se regañó a si misma por haber pensado que aquella podría ser una buena idea. ¡Claro que no lo sería! En pleno siglo XXII ninguna persona con dos dedos de frente se prestaría a un juego tan maquiavélico. Puesto que la búsqueda del marido perfecto no había comenzado muy bien, decidió mentalmente quitarse cuanto antes esa idea de la cabeza y pensar en alguna alternativa.

Capítulo 5

La familia Mendoza se había citado en la gran mansión familiar, situada en pleno corazón de Londres. Carlos, el patriarca, a sus setenta años se mantenía ágil y vivaz, a pesar de haber sufrido aquel mismo año dos preinfartos. Sabía que la tercera vez no tendría tanta suerte.

Carlos Mendoza provenía de una familia mejicana adinerada. Cuarenta y un años atrás, se había afincado en Londres para expandir en Europa los negocios de los Mendoza, relacionados con minerales caros que extraían de sus propias minas. Sin embargo, no le bastó conquistar Europa a nivel financiero, sino que se enamoró de la única hija de una familia inglesa muy tradicional.

A pesar de su dinero, la familia de Ellie no aceptó casar a su única hija con un forastero. No obstante, su tez morena y su pelo color azabache junto a su imponente estatura enamoraron a la dulce Ellie, que abandonó a su familia para casarse con él. Cuarenta años después, y a pesar de tener dos hijos varones, seguían fuera del seno familiar de ella y, por consecuencia, de la elite londinense.

Mientras Carlos reflexionaba sobre su vida observó a Rhett, su primogénito, asomar la cabeza a través de la puerta y lanzarle una mirada inquisitiva. Se apresuró a hacerle una señal con la mano, invitándolo pasar.

Mientras se acercaba, su padre lo admiró orgulloso, puesto que Rhett era un Mendoza puro, alto, imponente, pelo oscuro, tez morena y ojos color chocolate. A sus treinta y tres años era uno de los solteros más codiciados de Londres. No era un hombre guapo en el sentido literal de la palabra, pero su porte lo hacía presentable.

Detrás de él, llegó su hermano menor, Daniel; un joven extrovertido y muy atractivo. Copia fiel de su madre, rubio, de tez clara y mirada azulada, vivía despreocupado y feliz. A pesar de los reproches de sus padres, había abandonado la carrera de empresariales sin finalizarla. No mostraba interés por nada en concreto ni tenía constancia en el trabajo. Rhett llevaba todo el peso de las empresas Mendoza y Daniel gastaba a manos llenas sin tener intención, por el momento, de asumir ninguna responsabilidad.

Ellie, la matriarca de los Mendoza, llegó detrás de su hijo predilecto y, mientras él le ofrecía una silla para sentarse, ella le lanzó una mirada afectuosa. Entre la madre y el hijo menor existía una relación estrecha y especial. Cuando los cuatro integrantes estuvieron sentados en la mesa, Carlos tomó la palabra.

—He de hablar con vosotros. Sabéis que mi salud es un tanto delicada, por lo que me gustaría comentaros mi último proyecto. Necesito de vuestra colaboración.

—¿Otro proyecto, papá? —se quejó Daniel, desganado—. Tenemos más de lo que podemos atender y gastar en esta vida. Deberías descansar.

—Daniel, no podrás esconderte toda la vida detrás de las faldas de tu madre —tronó su padre, malhumorado—. Es hora de volverte responsable, así que préstame atención por una vez en tu vida.

Ellie quiso abrir la boca para defender a su cielo; no obstante, al ver la mirada encendida de su marido supo que se trataba de algo importante y resolvió callarse.

—Lo tenemos *casi* todo. —Carlos retomó la palabra apaciguado por el silencio de su familia—. Solo nos falta el prestigio.

Ellie lanzó un suspiro, asintió con la cabeza y dijo en voz queda: —Es lo único que no puede comprar el dinero. Lo hemos comprobado a lo largo de estos años.

—Te equivocas, querida —la corrigió su marido con optimismo al tiempo que le tomaba la mano y le daba un suave apretón—. Eso pasaba antes, pero

con la llegada de la crisis económica, el dinero ha cobrado mucho protagonismo. Una oportunidad de oro acaba de tocar a nuestra puerta. Si jugamos bien nuestras cartas, podríamos situarnos muy pronto en la primera línea de la sociedad.

Rhett, que hasta ese momento había permanecido callado, intervino en la discusión.

—¿Y qué has pensado? —Se recostó en actitud relajada contra el respaldo de la silla y preguntó divertido—: ¿Comprar un título nobiliario, tal vez? —Ante la expresión enfurruñada de su padre, añadió—: Los setenta te están afectando. ¿Qué nos importa a nosotros esa gente estirada y sus ridículas costumbres? Creo que nos hicieron un enorme favor al dejarnos fuera de sus círculos.

—Esa gente estirada está en tus genes por parte de tu madre —protestó Carlos, dando un puñetazo en la mesa—. Por mi culpa, ella fue expulsada de su mundo y antes de morir quiero restablecer su lugar. Nosotros tres no echamos de menos ese tipo de prestigio porque nunca lo tuvimos, pero vuestra madre, sí.

Ellie tenía el semblante serio y su gesto tensionado mostraba el intento de esconder su emoción. Finalmente, no pudo contenerse y una brillante lágrima, que se derramó por su delgada cara, la dejó en evidencia. En ese momento, sus dos hijos comprendieron que echaba de menos sus raíces y que el asunto que su padre exponía era de vital importancia. Cambiaron la expresión burlona de sus rostros por una de completa atención, por lo que su padre continuó: —Llevo tiempo buscando una oportunidad, pero hasta ahora no se había presentado ninguna realmente importante.

Carlos hizo una pausa y, a pesar de la mirada de desaprobación de su mujer, se refrescó la boca con un sorbo de vino blanco. Por razones de salud tenía prohibido el alcohol. Su hijo Daniel, animado por su gesto, llenó su propia copa con vino tinto. Admiró el color burdeos de la bebida y preguntó: —¿Y cuánto dinero vale un título, papá? ¿Quién lo llevaría? Yo me ofrezco

voluntario, molaría ser alguien importante.

—No solo vale dinero —aclaró Carlos—. Vale dinero y sacrificio. Y lo llevaría uno de vosotros dos, el que esté dispuesto a sacrificarse.

—¿Qué tipo de sacrificio? —intervino la madre en la discusión, con el semblante preocupado—. Daniel es apenas un crío.

—¡Deja de tener esta actitud con él! —le recriminó Carlos con aspereza—. De lo contrario, nunca madurará. Os explicaré de forma concisa la situación: la familia Hills, posesora de un importante ducado, pasa por graves problemas económicos. Están prácticamente en la ruina. El heredero principal, Michael, desapareció de la noche a la mañana y dejó a cargo de todo a su hermana, la actual heredera universal. Como no puede hacer frente a la situación, está dispuesta a contraer un matrimonio concertado.

—¿Y cuál sería el trato? —quiso saber el hijo mayor mientras llenaba su propia copa con vino y tomaba un sorbo.

—El acuerdo sería el siguiente: nosotros aportaríamos el capital necesario para sanar sus empresas en calidad de socios. Con una gestión adecuada, esas empresas volverían a ser rentables. A cambio, obtendremos buena posición social y un título nobiliario.

—¿Cuánto dinero habrá que invertir? —se interesó Rhett de nuevo, prestando máxima atención a su padre—. Tendré que reunirme con el departamento financiero para realizar un estudio de rentabilidad.

—Lo sé —asintió Carlos, comprensivo—. Haremos esos estudios, tranquilo; por lo que me han comentado, la inversión no es demasiado grande, tres o cuatro millones de libras serán suficientes.

—Estas cosas necesitan tiempo, pero, si le doy prioridad, en un par de meses podría tener un informe completo sobre la mesa —apuntó el primogénito en tono prudente.

—No disponemos de tanto tiempo; la primera condición de ellos es que el matrimonio y el trato se cierren antes de fin de año. Confiad en mi instinto —rogó el patriarca—. No podemos desaprovechar esta magnífica

oportunidad. Ya he dado mi acuerdo previo, así que mañana vendrán aquí el asesor de la familia Hills, la madre y la hija para conocernos.

—¿¡Mañana?! —exclamó Ellie horrorizada, mientras se tapaba la boca con la mano—. Por todos los ángeles, no estamos tratando una transacción comercial, estamos hablando de la felicidad y el futuro de nuestros hijos. No estoy dispuesta negociar con esto. El precio es demasiado alto.

Daniel tomó la mano de su madre y depositó un beso en la parte superior de su palma. Después, mirando a su padre, preguntó con interés: —¿Cómo es la chica, papá? ¿Cuántos años tiene?

—La chica tiene veinticinco años y, según el asesor de la familia, es poseedora de una belleza clásica y de un muy buen carácter. Por cortesía, la dejaremos a ella elegir.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Rhett, con aspereza—. ¿Seremos mañana un mercado libre, puesto a la disposición de una niñita malcriada, noble y estirada? Parece mentira que te hayas dejado enredar por esa gente. Belleza y buen carácter no casan demasiado, ¿no crees?

—No te lo tomes así —imploró su padre, mientras un ataque de tos lo hacía sujetarse el pecho con las manos. Acto seguido tomó un sorbo de agua y la tos se apaciguó—. Si lo piensas bien, el acuerdo es muy beneficioso para nosotros. Vamos a darle una oportunidad a la chica, puede que sea una buena muchacha.

—No, papá, conmigo no cuentas —reiteró, Rhett su posición—. Todas las empresas están bajo mi mando desde los veinte años, trabajo más de doce horas al día, no es justo. Daniel no pega un palo al agua, él puede cumplir esta misión con mucho éxito. Es lo único que se le da bien, entretener señoritas. Toma, la ocasión perfecta de lucirse, además de que se ha prestado voluntario.

—¿Rhett! —lo regañó su madre, dolida—. No hables así de tu hermano.

El hijo mayor se levantó con celeridad de la mesa, apartando la silla con brusquedad. Mientras se alejaba, escuchó a Daniel decir: —Mamá, tranquila, yo me casaré con la chica. Si para vosotros es importante recuperar este hueco

en la sociedad, yo cumpliré vuestro deseo. Me las arreglaré con ella.

Rhett sabía que a su hermano le importaba un pepino la posición social de la familia. Había dicho aquello para crecer ante los ojos de sus padres, aprovechando la negativa de Rhett. Deseaba quedar bien y nunca desaprovecharía una oportunidad para desacreditar a su hermano.

Capítulo 6

Laura estaba de mal humor. Las fantasmas del pasado regresaron a ella para atormentarla. James. ¿Por qué tenía que acordarse de él? No era justo, puesto que habían pasado más de siete años desde la desastrosa noche de París. Sin poder evitarlo permitió que su mente regresase al hotel Ritz, donde ella y James habían estado celebrando su décimo octavo cumpleaños.

En sordina se escuchaba una canción relajante y, a través de la llama de la vela que descansaba sobre la mesa, Laura admiraba embelesada al amor de su vida: guapo, apuesto, rubio y seductor. Estaba impaciente por terminar la cena. Sabía que le esperaba una gran noche. Su noche.

Llevaba poco menos de un año saliendo con James y todavía no habían cruzado el umbral de los besos. Aquel día seguro que lo harían.

James terminó su copa de champán y, para su sorpresa, pidió otra. Unas pequeñas gotas de sudor aparecieron de la nada y se escurrieron sobre su frente. Se limpió con una servilleta al tiempo que se removía incómodo en la silla. Laura sonrió para sus adentros: James estaba igual de nervioso que ella o podía ser que incluso más.

La noche finalizó con un beso apasionado delante de la habitación de hotel de ella. Laura lo abrazó atrayéndolo hacia ella, pero James se resistió a entrar. Marchándose, dejó sus ilusiones hechas añicos.

Tras el aturdimiento inicial decidió tomar la iniciativa. Aquella noche iba a ser su noche. Estrenó el conjunto de ropa interior de seda color negro que se había comprado para la ocasión. Depositó entre sus pechos, redondos y pequeños, unas gotas de su perfume favorito: Channel N°5. Su estrecha cintura, acentuada por los bordes de encaje de sus diminutas

braguitas, daba paso a unas piernas largas, bien torneadas. Sobre el conjunto interior se colocó una gabardina que ató con firmeza para ocultar su cuerpo desnudo y se dirigió optimista hacia la habitación de James.

Había visto esa escena cientos de veces en las películas, y siempre acababa bien. Actuaría de la misma manera y disiparía todas las intenciones de perfecto caballero de James. Nada más entrar, la joven se quitó la gabardina y se abandonó en sus brazos. El fuego encendido comenzó a arder y los cuerpos de los dos jóvenes se dejaron llevar por la pasión.

Tras unos besos efusivos y unos tocamientos torpes, James intentó penetrarla, pero no logró su propósito puesto que el pene le colgaba blando como una esponja. Toda la magia de la noche se esfumó y se convirtió en un completo fracaso. James no le dijo ninguna palabra ni le ofreció explicación alguna sobre aquello, solo se limitó a darle la espalda, humillado.

Ella salió de la habitación avergonzada, pensando que había hecho algo malo. Por lo visto, lo que ocurría en las películas no era igual de válido para el mundo real.

El día siguiente regresaron a Londres y James rompió su relación con ella.

—Eres demasiado perfecta para mí, lo siento. Intenté superarlo, pero siempre he sabido que no daría la talla contigo. En todo el tiempo que salimos juntos, soñé con hacerte el amor, pero nunca ha dejado de acompañarme una sensación de fracaso. Al final, se ha convertido en realidad. Lo siento.

Sus palabras alteraron el estado de ánimo de la joven y quedaron grabadas en su mente. Aquello fue el principio de un trauma que, muchos años después, la seguía como una sombra; callada y oscura.

Regresando a la realidad, tiró furiosa de una servilleta de papel que encontró sobre su escritorio y se limpió las lágrimas que se paseaban por su rostro.

¿Por qué todavía recordaba aquello? Tenía veinticinco años, ya no era una adolescente torpe y enamorada. Por culpa de esa fatídica noche no había conseguido tener una vida sexual normal. Los ojos le escocían y el cuerpo entero le temblaba por la rabia que brotaba en su interior.

«¡No, Laura, esto se acabó! Deja de lamentarte. No fue culpa tuya, ni volverá a sucederte en el futuro. Si quieres superarlo, ¡hay que hacer algo!».

Envalentonada por esos pensamientos positivos encendió el ordenador que descansaba sobre su escritorio. La luz naranja intermitente le indicó que la batería estaba a punto de agotarse, por lo que se agachó, agarró el cargador y lo conectó a la red.

El Internet era un mundo infinito, con seguridad encontraría algún tipo de alivio para calmar su ansiedad. Tras abrir el buscador tecleó con nerviosismo las siguientes palabras: «encuentros entre personas desconocidas». Salieron infinidad de páginas de contactos, pero las pasó de largo. No quería una cita normal, puesto que sabía que la noche de París regresaría y la condenaría al fracaso. Necesitaba a alguien que no la pudiese ver. Quería un encuentro a oscuras. Tecleó con dedos temblorosos: «encuentros entre gente a oscuras». Le llamó la atención una página web de un local llamado Dark Face.

La información general revelaba que se trataba de un local muy selecto, accesible a unos pocos. La entrada costaba mil libras por una noche y los visitantes era aceptados solo si conseguían pasar el test psicológico. En Dark Face, los clientes se elegían entre ellos por tacto y olor. Justo lo que ella necesitaba.

Decidió probar suerte y pulsó con energía la tecla Enter. La página se cargó enseguida y solicitó autenticación. Siguió todos los pasos y, una vez registrada, accedió a la pestaña «Socios». Tras un breve cuestionario psicológico, pudo realizar la solicitud de socia por un día. No necesitaba más tiempo.

Pagó con tarjeta las mil libras que le permitían ser socia Dark Face. Una vez realizado el pago de forma correcta, le saltó una ventana llamada

«Invitación». La entrada se podía gastar en cualquier momento, en función de las plazas disponibles. Accedió muy tensa al aforo de ese día, que estaba representado por un cuadrado grande repleto de círculos. Los setenta y tres círculos rojos indicaban que aquellas plazas estaban reservadas y solo quedaban tres disponibles, marcadas en verde. Laura dudó unos segundos puesto que, si reservaba, se obligaba a acudir esa misma noche; de lo contrario, perdería el dinero pagado.

Cerró los ojos pensando en el rumbo inesperado que había tomado su vida en los últimos meses. Tras la marcha de Michael, su día a día se había convertido en un infierno colmado de interminables reuniones con los directivos de sus empresas, que siempre acababan en discusiones. Se levantaba muy temprano y no paraba en todo el día.

Y aun así no había podido evitar lo inevitable: casarse con un desconocido para salvar su nombre y sus empresas. De los candidatos presentados por Harrison, John Smith había quedado descalificado sin más miramientos por ser demasiado mayor. El segundo en la lista era un alemán afincado en Londres. Tenía treinta y ocho años, y estaba divorciado. A ella le pareció un buen candidato, pero su madre se negó rotundamente por su estado civil, así que, por el momento, lo habían dejado en reserva.

La tercera opción parecía la más interesante, aun cuando su madre no estaba tampoco de acuerdo. La familia Mendoza tenía una fortuna valorada en trescientos setenta y cinco millones de libras esterlinas y dos hijos varones. El mayor, de treinta y tres años, y el menor, de solo veinticinco. Laura había sentido un poco de esperanza, ya que eran chicos normales, jóvenes y sin cargas adicionales. Anne, en cambio, se había puesto histérica por el origen paterno de los chicos. Pero como el mayor y el divorciado le gustaban menos aún, había accedido ir al encuentro del día siguiente. Inspiró una generosa porción de aire, preguntándose cómo se presentaría en una casa extraña sabiendo que estaba en venta.

¿Qué pensarían los chicos de ella? ¿Estarían coaccionados por el padre

para casarse? ¿Serían feos, guapos, tontos, listos, prepotentes o amables? ¿A cuál de los dos elegir? Hasta ese momento, no había dado demasiada importancia al matrimonio a la carta; no obstante, ahora que se estaba convirtiendo en realidad, comenzaba a tener dudas.

Un clic agudo la sacó de sus pensamientos y, tras mirar con atención la pantalla, observó cómo otro círculo verde se había convertido en rojo. A cuatro horas de la apertura del local, quedaban solo dos plazas disponibles. Sin recapacitar más, reservó su plaza y, detrás de ella, el último punto verde cambió de color. En la pantalla apareció un mensaje subrayado en rojo, que indicaba que el aforo de la noche del 13 de septiembre estaba completo. Setenta y seis personas se habían citado sin conocerse, en busca de una pareja a oscuras.

Laura, a sus veinticinco años, seguía siendo virgen. Cada vez que había llegado con una pareja lo suficiente lejos para tener intimidad, habían regresado a ella las fantasmas de la noche de París y no había podido dar el paso. Cuando tenía que desnudarse, se tensaba como un erizo amenazado y sus púas alejaban de ella al valiente enamorado, que daba marcha atrás y no volvía a llamarla.

El hilo de sus reflexiones regresó a la familia Mendoza. Se infundó ánimos y decidió que al día siguiente iría a reunirse con ellos y se comportaría como si todo aquel trato no fuera más que una simple reunión de negocios. Por esa razón necesitaba acostarse con un hombre esa misma noche.

No quería que un maldito himen intacto le gritase, a cada paso que daba, que estaba sola y asustada. No pensaba presentarse en casa de los Mendoza como una tierna cierva pura e inocente. No, señor. No lo sabría nadie, estaba claro, pero lo sabría ella y era suficiente para menguarle el ímpetu y la personalidad. Con seguridad, en Dark Face encontraría a la persona idónea. No se verían, ni tendría que dar explicaciones. Con un poco de suerte, su pareja ni se enteraría. Y ella quedaría libre.

¡Libre!

Consultó su reloj, eran las cuatro de la tarde. Tenía cinco horas para convertirse en una mujer irresistible. Se acercó a la ventana. Una fina llovizna caía sin cesar y el gris oscuro predominaba en el horizonte. Observó la casa de su amiga Minerva y emitió un suspiro, pensando que ya no la tenía cerca. Desde hacía unas semanas se había mudado con su novio, Cristian. Se veían de vez en cuando, pero siempre rodeadas de fuertes medidas de seguridad.

Regresando a la realidad dejó de mirar por la ventana y comenzó a prepararse para su gran cita a ciegas. Se sumergió dentro de la bañera llena de espuma y se mimó un largo tiempo enjabonando con esmero cada parte de su cuerpo. Después se colocó sobre su larga melena una gruesa capa de crema de almendras, que le dejó el pelo liso y suave. Aplicó sobre su piel de la cara y del cuello una mascarilla con hidrógeno activo, enriquecido con vitamina C. Al salir de la bañera se envolvió en una gruesa toalla y se friccionó con energía cada célula de su piel. Por último, untó todo su cuerpo con aceite de argán y se perfumó con una de sus fragancias favoritas.

Contempló su cuerpo desnudo en el espejo. Su estrecha cintura daba paso a un abdomen plano y los pechos turgentes y pequeños resaltaban orgullosos. Su piel blanca adquirió un leve color a melocotón debido a la acción del suave aceite. El pelo rubio claro le enmarcaba su cara redonda, le abrazaba con delicadeza sus hombros y terminaba cayéndole con gracia sobre la espalda. Estaba muy sedoso y brillante, y su textura sobre la piel desnuda resultaba agradable. Se tocó los pechos con las manos y, al notarse las aureolas sensibles y receptivas, supo que estaba lista.

Tras el primer repaso de limpieza continuó por embellecer su cuerpo con rituales estéticos apropiados para una cita de aquella naturaleza. Se pintó con rojo intenso las uñas de las manos y de los pies, se maquilló los ojos en tonos oscuros, se hidrató los labios con un bálsamo especial y, por último, se cepilló los dientes con mucho ímpetu. Eligió un conjunto interior de seda color bronce, bordeado por un delicado encaje. Cada una de las copas del sostén llevaba un aro incorporado que le agrandaba los pechos, lo que ofrecía un

aspecto sensual. Se recordó a sí misma que el hipotético hombre que le rompería el himen sin darse cuenta no la vería en la oscuridad, pero, aun así, Laura Hills no podía evitar estar perfecta. Era su noche especial, aun cuando nadie lo sabría.

Enfundó la parte de arriba de su cuerpo en un top de cuero color negro, que se acoplaba como un guante a su busto y perfilaba su figura. Completó su atuendo con una falda plisada corta del mismo material. Quería ofrecer una imagen de mujer atrevida, digna de visitar un sitio promiscuo como aquel. Unas medias de seda color champán se sujetaban a su muslo con una cinta estrecha de encaje. Dos aros de oro blanco encastrados con platino colgaban de sus orejas y un elegante reloj de plata abrazaba su muñeca desnuda.

Contenta con el resultado final, agarró su bolso y salió en busca de su coche. Mientras seguía las instrucciones del GPS, se vio poseída por una repentina onda de energía. Sonrió con intención al espejo, al tiempo que se reía de sí misma.

—Querida Laura Hills, estás como una cabra y lo sabes.

Capítulo 7

Rhett salió de la casa de sus padres dando un sonoro portazo, pensando que sus progenitores se estaban comportando como dos viejos sentimentales. Le pareció patético ver a su madre llorar por la posición social perdida cuarenta años atrás. Y a su padre organizar por sí solo matrimonios concertados. ¿Y todo para qué? Para obtener un ridículo carné de socio que los autorizaba a frecuentar un aburrido club social, donde se tomaría el té a las cinco de la tarde y se cuidaría al mínimo los detalles de la vestimenta. Donde la hipocresía de la gente era mucho mayor que su estatus social. Donde las apariencias eran las protagonistas de la vida de esas personas. En pleno siglo XXI, lleno de desgracias y guerras islámicas, ¿era un detalle importante?

Rhett era un hombre que se sentía orgulloso de sus orígenes y nunca le había preocupado su linaje. Recordó que, en una ocasión, su familia coincidió en un concierto de Navidad con sus abuelos maternos. Su madre lo llevaba en brazos y, al ver que sus padres giraban la cabeza al encontrarse, rio con ganas y volteó también la cabeza, dando a entender que no le importaba su rechazo. Sin embargo, ahora su hijo comprendía que hizo lo que mejor se le daba a su clase hacer: fingir.

Mientras esos pensamientos le rondaban por la cabeza, llegó a su potente *jeep* Land Rover aparcado delante de la casa de sus padres. Se quitó el abrigo antes de entrar y se acomodó en su asiento intentando sosegar. La tarde estaba oscura y húmeda, por puso en marcha la calefacción y sintonizó una cadena musical.

Encendió el motor, introdujo la primera marcha y abandonó la propiedad de los Mendoza con rumbo a su casa. Al llegar a un cruce, debatió por una

milésima de segundo sobre qué dirección tomar. Dos opciones se abrieron delante de él: podría hacerle una visita a su última conquista, la directora financiera de su conglomerado de empresas, o podría ir a Dark Face para buscar un poco de emoción.

Lynn, su directora financiera, era una mujer proactiva en todos los sentidos; en su compañía pasaría, con seguridad, una intensa tarde de viernes, pero la emoción de lo desconocido le pareció más estimulante, por lo que eligió el camino hacia la parte baja de la ciudad.

Frecuentaba ese lugar desde hacía más de diez años y con el paso de los años se había vuelto exigente. Lo sentidos, que eran primordiales, se multiplicaban para él. Encontraba emocionante descubrir una muñeca estrecha, un tobillo delicado, un olor especial, aparte de lo obvio que era estatura, tersura de la piel y el pelo. En algunas sesiones, encontraba una pareja que despertaba su interés nada más entrar y, en algunas otras, salía del local sin acercarse a nadie.

Se echó a reír al imaginarse la cara de su madre si supiera el lugar que estaba frecuentando. No pudo no preguntarse cómo casarían sus gustos con la estirada heredera que conocería el día siguiente.

Con los acordes llenos de ritmo de David Guetta, accedió al garaje y buscó aparcamiento en la décima planta, donde estaba situado el local. Por razones obvias, la planta apenas estaba iluminada y solo se divisaba alguna silueta que se deslizaba hacia el túnel principal. La gente ya se estaba animando. Las noches de viernes siempre prometían buena compañía.

Dejó el coche estacionado y transitó el túnel de acceso siguiendo las luces encastradas en el suelo, que formaban un pequeño sendero. Cuando llegó a la entrada tecleó su contraseña de cliente VIP y la máquina le dejó el paso libre. Accedió lleno de optimismo al pasillo y se dejó guiar por los indicadores luminosos, que lo llevaron al área del bar. El punto de partida.

Observó que había una larga fila de asientos marcados con la letra «X» en color rojo luminoso, hecho que indicaba que aquellos asientos estaban

ocupados. Los asientos libres, marcados con la letra «V», estaban iluminados en verde. El lugar estaba organizado a la perfección puesto que cada invitado llevaba en el hombro una estrella que cambiaba de color en función de los deseos del portador. El color amarillo avisaba a los demás que la persona que la llevaba no estaba interesada en buscar pareja. Solo disfrutaba del ambiente. Si se pulsaba una vez, el color se cambiaba a verde, hecho que señalaba que la persona que la llevaba estaba dispuesta a conocer gente e interactuar. Cuando un invitado encontraba una pareja de interés, pulsaba de nuevo la estrella y su color se volvía rojo, hecho que anunciaba a la otra persona que había sido elegida y para los demás era un indicativo de que no podían molestar.

Rhett palpó con la mano la parte superior de la silla y, cuando estuvo seguro de la posición correcta, tomó asiento. En el local no atendían personas, todo era automático y mecanizado. La barra estaba conectada a un ordenador y unos sensores recopilaban la información que los clientes marcaban en unas tabletas encastradas. Bastaba con pulsar el frío mármol para ver el menú de la casa. El cliente solo debía marcar la copa deseada y esperar. El dinero estaba prohibido. Tras finalizar la noche, la máquina de la entrada emitía de manera automática la cuenta y el cliente solo debía pasar su tarjeta de crédito por el lector para abonarla.

Rhett pidió un vaso de coñac sin hielo acompañado por una botella de agua mineral. Necesitaba una inyección de energía para poder olvidarse de la bonita tarde pasada en compañía de su familia y de sus nuevas aspiraciones. Pulsó su estrella una vez, por el momento quería estar en «modo amarillo» y olfatear.

Dark Face era parecido a un vino añejo, para encontrarle su verdadero sabor se necesitaba paciencia y mimo. Las prisas estropeaban los sentidos. Como un león preparado para cazar se mantuvo quieto en su silla, olfateando y tomando pequeños sorbos de su copa de coñac.

Unos cinco minutos más tarde escuchó unos tacones acercarse. Por la

manera de pisar el suelo, pertenecían a una novata, quien caminaba convencida de que se comería el mundo, pero se desequilibraba a cada paso que daba. Para su sorpresa, los tacones se pararon detrás de él. Miró con incredulidad su estrella, que seguía en amarillo, hecho que prohibía a cualquiera acercarse. Agudizó el olfato y se encontró con un aroma muy especial: una fragancia femenina ligera, agradable, llena de atracción y fuerza.

Frunció el ceño y esperó en silencio. Los pasos se alejaron y la chica se acercó a una silla, pero al parecer se adelantó antes de estar segura y tropezándose cayó al suelo. Rhett se preguntó si debería ayudarla o respetar las indicaciones de las estrellas, puesto que del hombro caído colgaba una estrella amarilla. Al entender que tardaba más de la cuenta en levantarse, se acercó y le rozó los hombros para buscarle las manos. Siguió la línea del brazo y se encontró una muñeca muy estrecha, que le gustó al instante.

La recién llegada tenía unas muñecas deliciosas, pensó. Refrenó el deseo de acariciarla.

Sin dirigirle la palabra la sujetó con delicadeza por la cintura y la ayudó a incorporarse. La mujer ocupó su silla y él regresó, con pesar, a la suya. Le bastaron un par de segundos de cercanía con ella para darse cuenta de que le gustaba su vecina, la novata. Encendió su estrella verde y se dispuso a esperar.

Capítulo 8

Septiembre 2016, Londres Laura estaba aterrorizada. Literalmente. Su aventura en Dark Face había empezado mal. Nada más bajar del coche se vio envuelta en una espesa oscuridad que le impidió orientarse. Siguió el sendero luminoso hasta llegar a un cuarto oscuro, donde una máquina validaba las entradas.

No se sabía el reglamento, por lo que no admitieron la suya. Recibió indicaciones y pasó a otra sala, donde unos fotogramas mostraban las normas básicas del local. De ese modo aprendió cómo debía orientarse, cómo activar su estrella, que indicaba cada color, el funcionamiento del bar y las reglas de los demás usuarios.

Era bastante complicado porque en el local no trabajaban personas, solo atendían máquinas y cada invitado iba por su cuenta. Con el reglamento aprendido regresó al punto de partida, validó su entrada y se adentró en la oscuridad. Siguió con paso titubeante el sendero luminoso y las flechas principales. Su objetivo era llegar al bar, localizar una silla iluminada en verde, conseguir tomar una copa y reflexionar. Si encontraba el suficiente coraje, seguiría; de lo contrario, regresaría a casa con el himen intacto.

Sabía que estaba a punto de cometer uno locura —a todas luces, la mayor de su vida hasta el momento—, pero una imperiosa necesidad de seguir con el plan se apoderó de ella. Avivó el paso y maldijo sus sandalias nuevas porque tenían demasiado tacón y le apretaban los tobillos. Las anchas correas que abrazaban sus pantorrillas le limitaban el movimiento —aun cuando a la hora de comprarlos, le parecieron estupendas—. Al observar un asiento libre se abalanzó hacia él, pero al intentar sentarse, la silla se giró y su trasero

cubierto por delicada lencería francesa se encontró con una baldosa dura y fría. Sin poder contener más sus emociones, pensó rendirse.

Comprendió fastidiada que ese local le venía grande. Demasiado. Había sido muy ingenuo por su parte pensar que podría enfrentarse sola a una noche en el Dark Face. Por muy lanzada y decidida que fuese, no parecía ser suficiente.

Mientras buscaba con la mirada el camino de vuelta, notó una presencia a su lado. El portador de una estrella amarilla que desprendía olor a menta, jazmín y cuero le cogió las manos con delicadeza y la ayudó a sentarse en la silla. Después, se alejó sin decirle nada.

El gesto del desconocido renovó sus energías. No entablaron conversación, puesto que las personas que portaban estrellas amarillas no podían comunicarse. Sintió una leve decepción al sentir que se alejaba ya que su lado práctico le había vislumbrado como el salvador de su noche. Además, por el hecho de haberla ayudado dedujo que sería una persona educada, atenta que tendría cuidado a la hora de intimar con ella.

Escrutó la oscuridad y cuando reunió el coraje suficiente intentó conseguir una copa. Tocó tres veces la placa de mármol encastrada en la barra, pero no logró finalizar su pedido. Quería una bebida. ¡Necesitaba una maldita bebida!

Mientras tanto, la estrella de su vecino cambió de color; lucía verde, libre y disponible. Laura se estremeció al pensar que, si activaba la suya, podría tocarlo. Le valía como cualquier otro.

No obstante, sin el ánimo de una copa, no encontró el coraje suficiente para pasarse a verde. Intentó de nuevo pedir un *Dry Martini* a la pantalla digital, pero sin éxito. Llena de rabia desistió y su moral se desinfló de forma considerable. Permaneció pegada a la silla con los brazos cruzados alrededor de su torso, preguntándose que debía hacer a continuación. Instantes después, percibió el olor de menta y cuero que desprendía su vecino y sintió su poderosa presencia a su lado. No le habló, pero le encendió la pantalla digital, seleccionándole la bebida deseada. Sin dirigirle la palabra ni esperar su

agradecimiento, se alejó.

Tras ese amable gesto del desconocido, el estado de ánimo de ella mejoró de forma considerable. ¡Si se puede! ¡Si se puede!, comenzó a gritar una vocecita dentro de su cabeza. Se felicitó por haber despertado el interés de su vecino, quién a su vez, había despertado el suyo: parecía un hombre atento, educado, olía bien y respectaba las normas.

Un ruido llamó su atención y observó que sobre la superficie de la barra había aparecido una copa iluminada. La cogió de forma apresurada y tomó un trago largo. El alcohol penetró en su garganta y animada por los efectos del mismo pulsó dos veces la estrella colgada en su hombro hasta convertir su color en verde. Notó su cara arder y su boca reseca, al tiempo que su corazón retumbaba dentro de su pecho con mucho ímpetu.

No llegó a calmar sus agitados nervios cuando sintió una mano posarse sobre su cintura, para que después subiese despacio hacia su pecho. El desconocido se arrimó a su cuerpo, impregnándola con un olor dulzón. A Laura no le gustó, por lo que se apartó de su cuerpo y activó su estrella amarilla. Su gesto hizo que el hombre se alejara, llevándose con él su desagradable perfume.

Agitó nerviosa la pajita dentro de la bebida y tomó un último trago para serenarse. Cuando la impresión de verse acariciada por las manos de un desconocido se le hizo soportable volvió a activar el color verde de su estrella. En esta ocasión, la mano que la sujetaba por la muñeca olía a menta, jazmín y cuero, por lo que se giró hacia él con la intención de explorarlo, sabiendo que se trataba de su vecino, el buen samaritano. Le tocó el perfil de la cara despacio, de forma titubeante, notando bajo las yemas de sus dedos el escozor de una barba incipiente, rígida al tacto, labios firmes, cejas bastante pobladas y pelo corto, peinado hacia un lado.

El hecho de que no se abalanzara sobre ella le dio la confianza necesaria para seguir perfilándole la línea de su cuerpo. Por la forma de alargar el brazo dedujo que le sacaba al menos una cabeza, por lo que se trataba de un hombre

alto y, a través del material de su ropa, intuyó un torso duro y unos brazos fuertes. La tela de la camisa era suave, previsible de buena calidad, una prenda que, de lo normal, llevaría un hombre maduro. Rogó en silencio al universo para que no estuviese demasiado mayor y activó el color rojo de su estrella, señal que estaba dispuesta a seguir conociéndole.

El color de la pasión le animó y fue su turno para explorarla. Acortó de forma considerable la distancia entre ambos, tanto que sus respiraciones entrecortadas se escuchaban con claridad y le apartó el pelo de la cara con dedos expertos. Después, descendió la mano por el lateral de su torso, evitando tocarle los pechos. Una oleada de calor le invadió el cuerpo y un hormigueo de electricidad le recorrió la piel. Se mordió con dureza el labio inferior para no dejar traspasar los jadeos que se agolpaban en su garganta.

Las manos del desconocido, ajenas a su repentina excitación, continuaron su dulce y placentera exploración; le rozaron la cadera y siguieron bajando con pericia hasta llegar a sus pantorrillas. Le toquetearon las correas de piel que sujetaban sus estilogas sandalias a sus piernas y, por último, se pararon a la altura de los tobillos. Laura tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarse sobre el cuerpo del hombre cuando sintió la presión de sus dedos cálidos en sus tobillos. Un suspiro tenso casi escapó de su boca cuando observó que el color de la estrella que descansaba sobre el hombro del desconocido, cambiaba de verde a rojo.

Laura tenía oficialmente pareja. Unas ganas enormes de saltar y gritar se apoderaron de ella, pero se reprimió. Sus tobillos convencieron al desconocido. Pensó que, lo primero que haría, tras llegar sana y salva a su casa, sería mirarse los tobillos. Nunca pensó que fueran especiales.

Él se puso de pie, al tiempo que sus dedos rozaban con delicadeza la línea del brazo de Laura. Cuando su mano llegó a tocarle la muñeca el jadeo retenido por la joven salió de su boca de forma inesperada como una ráfaga de aire fresco que se cuele a través de una ventana abierta. Se estremeció de placer al notar los labios del desconocido depositando un beso abrasador

sobre la parte interna de su muñeca. Un repentino mareo de puro deseo se apoderó de todo su ser.

Intentó recobrar el dominio de sí misma, sabiendo que toda aquella inesperada ola de placer era una ilusión y que, sin duda, pocas veces, llegaba a estar a la altura de la realidad.

El desconocido interrumpió el hilo de sus pensamientos --que, dicho sea de paso, giraba disperso dentro de su cerebro--. Deslizó la mano hacia su cuello y le acarició el perfil de su rostro con el pulgar. Le separó los labios con destreza, se acercó a su boca y pegó un pequeño y delicioso mordisco a su labio inferior. Después, le dijo con voz grave y profunda: —Hola, preciosa, me llamo R, ¿y tú?

Laura, recordó que las normas, pedían a los invitados utilizar la inicial, en vez del nombre. Con un hilo de voz respondió: —Hola... —saludó con timidez al tiempo que se preguntaba cómo debía llamarlo—. Yo soy L.

Capítulo 9

El señor R agarró a la señora L de la mano y siguieron el sendero luminoso hacia las habitaciones habilitadas para los invitados. La mayoría estaban ocupadas, pero casi al final del sendero encontraron una disponible.

Él entró el primero y se habituó a la oscuridad. Círculos pequeños, poco iluminados, marcaban la forma de la cama, de las mesitas de noche, del bar, de los vasos y de la ducha. La habitación parecía equipada al completo. El señor R se acercó a un objeto cuadrado y preguntó a una inmóvil señora L: —¿Qué música prefieres?

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al verlo tan acostumbrado a ese sitio. Laura se preguntó si sería un perverso que no daba la cara al mundo y se escondía detrás de la oscuridad. Claro que sería un perverso. «¿Y qué esperabas encontrar en un sitio así? ¿Un príncipe azul?». Mientras sus pensamientos se llenaban de dudas y malos augurios, le contestó cohibida: —Cualquier cosa, no sé; algo relajante, si es posible. La verdad es que estoy tensa.

—¿Es tu primera vez? —preguntó él con interés, mientras tocaba algunos botones del equipo musical.

«¡No sabes tú cuánto!», se dijo en su mente, mientras conseguía balbucear: —Algo así.

En cuestión de segundos, la habitación se llenó de unos extraños acordes musicales que ella no consiguió localizar. Parecía un tipo de *soul* antiguo. Sin poder controlar su boca, se escuchó preguntar: —No me suena la música, no serás muy mayor, ¿verdad?

Él soltó una carcajada relajada, como si la pregunta fuera divertida; le

abrazó la espalda y le susurró al oído: —¿Acaso importaría? —Posó los labios en el cuello de ella, justo en el lugar donde le latía el pulso, y mientras besaba aquella superficie sensible con mucha entrega buscó con dedos expertos la cremallera del top que llevaba puesto. Pegó un pequeño mordisco en la piel mientras le deslizaba la prenda con suavidad hacia abajo.

Laura se esforzó en retener el intenso deseo de jadear que crecía dentro de ella debido a las caricias recibidas. Comprendió maravillada que su plan estaba funcionando. Un cúmulo de fuertes emociones se centraron en la boca de su estómago y la obligaron a arquear el cuello para ofrecer un mejor ángulo al experimentado señor L.

Él sintió su buena disposición y, posicionando las manos en sus hombros, las bajó despacio por su espalda. Cuando llegó a la altura de la cintura, le clavó con intención los dedos, hecho que provocó que su sangre se acelerase en las venas.

Momentos más tarde el top de cuero cayó al suelo y el hombre acarició con delicadeza unos mechones largos del cabello suelto de Laura, hundiéndole los dedos en el nacimiento del cuello; luego le rozó los pechos de forma apenas perceptible, como una suave brisa de verano, y terminó quitándole el sofisticado sostén.

El hecho de estar desnuda en brazos de un desconocido, envueltos por la oscuridad, aumentó la excitación y Laura dejó escapar de su boca entreabierta un jadeo pasional. Como respuesta a su muestra de pasión encendida, se sintió asaltada por los labios del señor R, que se posaron en la base de su cuello, desde donde subieron lentamente, pegando pequeños mordiscos, hacia su oreja y finalizaron su trayecto con un beso suave en la boca.

Excitada, la joven cerró los ojos por el placer. La tensión inicial comenzó a disiparse como una capa esponjosa de nieve que desaparece bajo los primeros rayos de sol. Envalentonada por la buena conexión química que había entre ambos, le rozó con las yemas de los dedos los hombros y buscó los botones de su camisa. Los desabrochó con torpeza y le tocó con timidez la piel

desnuda. Acarició lentamente su torso, notando cómo se tensaba.

En ese instante él le tomó la cara entre sus manos y, sin previo aviso, buscó sus labios y le introdujo la lengua en su boca con brusquedad. Asombrada por esa cruda pasión, Laura ahogó un grito de sorpresa al sentir mezclarse su aroma con el del señor R, que sabía a coñac, a tabaco y a menta, una combinación masculina muy agradable. El miedo asomó sus patitas para hacerla batir en retirada, pero la poca cordura que le quedaba se vio empañada por una niebla densa que enturbió toda su sensatez.

No, en ese instante en el que besaba como si no hubiese un mañana a un completo desconocido, Laura Hills no era dueña de sí misma, ni le interesaba serlo.

El señor R besaba bien, con mucho ímpetu tomaba el control de su boca explorando todos sus ángulos de manera rítmica. Al principio Laura se dejó besar contentándose con las delicias que le hacía sentir. No obstante, la pasión encendida la hizo querer más y, armada de un valor que no sabía que poseía, comenzó a explorar la boca de él. Era caliente, húmeda y atractiva.

Tras unos ardientes instantes de pasión a rojo vivo, separaron sus labios. Se tomaron un más que necesario respiro antes de proseguir con el beso. En ese segundo asalto, ella notó que la mano de él hurgaba debajo de su voluminosa y corta falda y sintió cómo le acariciaba los bordes de encaje de su delicada lencería. Gimió enloquecida por aquella deliciosa sensación y, como respuesta, R incrementó el juego de sus dedos, avanzando con presión hacia el foco de su deseo. Hundiendo los dedos dentro de ella, comenzó unos movimientos giratorios muy placenteros. Laura se sintió sacudida por un crudo deseo y unas oleadas de placer agitaron todo su interior. Sin ser consciente de otra cosa que no fuera la gloriosa sensación de gozo que sentía, comenzó a mover sus caderas, siguiéndole el juego.

Cuando estuvo a punto de precipitarse al vacío, el señor R abandonó su zona húmeda y prosiguió con sus caricias, dibujando unos círculos muy sensuales sobre la parte interna de sus muslos. Enloquecida, trató de asimilar

el malhumor provocado por el deseo frustrado y, a través de un velo cargado de excitación, escuchó cómo su falda plisada abandonaba su cuerpo. Acto seguido, él enganchó los dedos en los ribetes de sus braguitas y comenzó a rularlos hacia abajo. Una sensación de poderío se adueñó del cuerpo desnudo de ella y, cuando él la atrajo hacia la cama, apenas le quedaba un atisbo de coherencia en su cerebro.

—¿Prefieres algo en especial? —lo escuchó preguntar.

«Sí, que me rompas el himen y me reveles el misterio de la humanidad», se contestó a sí misma, mientras decía: —Nada especial... solo sexo, ya sabes, normal.

Él soltó una risilla desconcertada.

—Querida L, el sexo siempre es normal, solo hay puntos de vista diferentes.

Después la volvió a besar, la tumbó sobre la cama y la apesó bajo su cuerpo. Laura sintió una oleada de pánico. Estaba a un paso de tener a ese hombre dentro de ella. ¿Sentiría dolor? ¿Se daría él cuenta? El prelude había fluido de forma natural; no obstante, a partir de ese momento el terreno le era desconocido.

Decidió dejarse llevar por él, cerró los ojos con fuerza y abandonó su cuerpo a sus expertas manos. Los acordes musicales se vieron alterados por el ruido de un plástico al romperse. Se tensó al máximo al intuir que se estaba colocando el preservativo y comenzó a respirar de forma acelerada. El señor R lo interpretó como una señal de deseo por su parte y se afanó en introducir su miembro erguido en la vagina de ella. La cabeza del pene entró al principio con suavidad, pero, al chocar con el escudo de su himen, salió desconcertado.

Laura dejó de respirar, rogando al universo para que el pene regresase de nuevo, con más fuerza. El universo la escuchó, el pene regresó y, en esta ocasión, se abrió camino con más ímpetu. El himen cedió unos milímetros, hecho que le provocó un dolor sordo que la hizo dejar escapar un grito de su garganta. Laura se dio cuenta de sus propios gemidos de dolor cuando notó

que el pene se retiraba de forma apresurada. El señor R se apartó de ella con celeridad y preguntó, enfadado: —Pero ¿qué es lo que te pasa? Vienes a un sitio promiscuo, pides sexo normal y, chillando, no dejas paso.

Ella se incorporó y sopesó sus opciones. Por lo visto, no era tan fácil romper un himen de veinticinco años de antigüedad. Traspasada la barrera inicial, lo más difícil, ya estaba hecho. Sentía deseo por el señor R, solo quedaba un pequeño gran paso y su problema estaría resuelto. Escuchó su propia voz, impersonal, decir: —Es la primera vez que estoy en Dark Face y la primera vez que me acuesto con un hombre.

El señor R se levantó de un salto de la cama. Preguntó, aterrorizado: —¿Eres menor de edad? ¿Cómo pudiste entrar aquí?

Ella intentó orientarse, buscándolo en la oscuridad: —No soy menor, tengo veinticinco años. —Se acercó a él buscando sus manos y cuando las encontró las atrapó entre las suyas—. Por favor, acuéstate conmigo, es muy importante para mí. Aquí, ahora, esta noche. Sin preguntas.

Él tardó unos segundos en contestar. Laura no le podía ver la cara, pero intuía que debía de ser todo un poema.

—Vamos a pedir una copa, estoy a un paso de sufrir un infarto. —Y, mientras tecleaba en la pantalla digital, añadió—: Si no eres menor y con veinticinco años sigues virgen, con seguridad tienes algún problema. Si quieres que sigamos con esto, has de decirme la verdad.

Las copas llegaron de manera mecanizada y cada uno tomó la suya de un trago. Ella se sentó en el borde de la cama y dijo con tristeza: —El primer hombre del que me enamoré no pudo acostarse conmigo. Ocurrió el día de decimoctavo cumpleaños. Según él, me encontraba demasiado perfecta y sentía que no daba la talla. A partir de ese día, su rechazo me ha seguido como una sombra. No soy pura e inocente en el sentido literal de la palabra, he tenido algunos novios con los que he llegado lo suficientemente lejos, hasta he conseguido orgasmos, pero nunca he logrado llegar al deseado final. Necesito superar este trauma de una vez por todas y por esto estoy aquí. Quiero dejarme

llevar con un desconocido, que no me vea, ni se acobarde ante mis demonios.

El señor R se acercó de nuevo a ella y le dijo con voz ronca mientras le acariciaba la mejilla: —Mis manos han tocado cada milímetro de tu piel. Aun cuando no te he visto, sé que estás perfecta. Si fuese una situación normal, no me acobardaría; sin embargo... tu caso es muy delicado. Continuar con esto significaría aprovecharme de una circunstancia débil. Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Capítulo 10

Rhett se acomodó en el sofá y miró con impaciencia el reloj. Faltaban diez minutos para el comienzo de la comedia de su casa. En un principio se había negado a asistir al encuentro de las dos familias, pero se vio obligado a ceder puesto que se trataba de un asunto financiero y él poseía más de la mitad de las acciones de su familia.

Además, ese día se sentía especialmente feliz. La noche anterior pasada en Dark Face lo había sorprendido. Nada más conocer a L había sabido que tenía algo especial. En un principio, había quedado sorprendido ante los cambios repentinos de su personalidad; la vestimenta atrevida chocaba con sus gestos torpes, casi pueriles. Su boca cálida lo había recibido primero con precaución y dudas para encenderse en cuestión de segundos en un fuego devorador.

Cuando había acariciado su piel desnuda, la había notado vibrar, como si aquello fuese lo mejor que había recibido en su vida. Rhett se consideraba un hombre con mucha experiencia, sus brazos habían estrechado mujeres de todo tipo; maduras, jóvenes, expertas y no tanto. Sabía que era un buen amante, atento, paciente y bien dotado por la naturaleza; no obstante, ante aquella mujer que acababa de conocer a oscuras había sentido el temor de no dar la talla. Parecía demasiado perfecta para ser real.

La sensación que había experimentado la primera vez que se hundió en su calidez fue eufórica. Tanto que no se había percatado de que era virgen. Tras el segundo intento, los gritos de ella le revelaron, sin lugar a duda, que algo raro y fuera de lo normal estaba pasando. Como si toda la situación no fuera más que surrealista, se encontró con una deliciosa mujer, que le suplicaba en la oscuridad que fuera el primero hombre en su vida.

En un principio se había negado, no era el tipo de persona que le gustase aprovechar situaciones vulnerables. Y en aquel instante, L lo era. Había intentado mantenerse firme, pero todas sus buenas intenciones lo abandonaron cuando ella tomó la iniciativa, lo empujó sobre la cama y volvió a encender la pasión.

—No soy una mujer débil, ni me encuentro en una situación delicada. Necesito acostarme con un hombre esta noche. Por favor, no te acobardes. No me harás ningún bien, créeme. A los hombres que han estado conmigo y no han conseguido llegar hasta el final les he atribuido una excusa, pero, si en la oscuridad tampoco lo consigo, mi trauma se agrandará. Pensaré que tengo un grave problema. Por favor, si me deseas, hazme tuya.

¿Cómo podría un hombre con sangre en las venas resistirse a aquello? Recordó su primera experiencia de acostarse con una virgen, lo había hecho cuando tenía quince años. Eran los dos muy jóvenes e inexpertos. La chica era seca y torpe, y no dejó de chillar ante cada embestida de él. Acabó dolorido e insatisfecho. Nunca deseó repetir aquello. Sin embargo, con la desconocida de Dark Face fue diferente. Estrecha y cálida, se retraía para después acoplarse perfectamente a él y a sus movimientos. A pesar de ser su primera vez se movía con gracia.

Rhett había tratado de no dejarse llevar demasiado para no hacerle daño; se había concentrado en tener los sentidos alertas y había iniciado la penetración de una forma suave, para incrementar lentamente el ritmo de las embestidas.

L se había abandonado en sus brazos y, cuando su elástico himen cedió bajo la presión de su miembro endurecido, un quejido suave escapó de sus labios al tiempo que le clavaba las uñas en la piel de sus hombros. Rhett le había sellado la boca en ese mismo instante y, mientras su lengua profundizaba dentro de su boca húmeda, su miembro se había deslizado muy hondo en su interior.

Oleadas de euforia lo habían invadido e inducido a incrementar el ritmo de

las embestidas, pero se había contenido pensando en lo que ella debía de sentir. Había parado un momento, apoyándose sobre los codos había dejado un pequeño espacio entre sus cuerpos y, al sentir que las manos de ella lo atraían de nuevo hacia su cuerpo, había vuelto a hundirse dentro de su calidez.

En esa ocasión se había dejado llevar por lo que el cuerpo le pedía y la intensidad con la que sus cuerpos se habían fusionado hizo que el momento cumbre no tardase mucho en aparecer. L se había precipitado la primera hacia el abismo, y había arrastrado tras ella a su pasional y eufórico amante.

Sus cuerpos saciados habían permanecido en la misma posición, unidos y apretujados el uno sobre el otro. Ella había palpado con la mano la línea de su espalda y había subido despacio hacia su rostro. Se había removido y, cambiando su postura, se había tumbado sobre él. Le había buscado la boca musitando en sus labios: —Gracias.

Rhett no había sabido cómo encajar aquel «gracias». Acababa de pasar por una experiencia alucinante y ella le daba las gracias como si hubiese hecho un enorme sacrificio.

—¡Ha sido un placer! —había conseguido, balbucear—. Quiero que sepas que tú nunca tuviste la culpa, tu pasado está plagado por unos inútiles cobardes que te hicieron responsable de sus propios fracasos. Eres una mujer increíble.

Como respuesta a sus halagos ella había depositado un beso caliente en su boca. Acto seguido había abandonado la cama y se había dirigido hacia la pequeña ducha, instalada en el mismo cuarto. Rhett había escuchado el chorro de agua caer sobre ella y, un par de minutos más tarde, había intuido que había terminado de ducharse y buscaba su ropa.

Ante su deseo de marcharse había experimentado una sensación de pérdida. Sabía que las reglas de Dark Face eran muy estrictas en ese sentido; si una parte decidía marcharse, la otra no podía intervenir. Rhett había roto las reglas por primera vez en los diez años de frecuentar aquel local y había dicho: —No te vayas todavía. Quédate conmigo un poco más, no porque

tengas un objetivo, sino porque quieres. No te lleves de mí solo el recuerdo del dolor. Aunque no lo creas, te acordarás de mí y de este momento toda tu vida.

Ella había dejado de rebuscar su ropa, había acudido a la máquina de las bebidas y había pedido con éxito dos copas de champán. Le había entregado una a Rhett y, mientras chocaba su copa con la de él, había dicho: —Tienes razón, lo siento, he sido descortés. Quiero que sepas que me llevo un buen recuerdo de esta noche, fue imprevista y... especial. Lo he pasado bien contigo, de verdad. Y me siento liberada. Te debo un millón de gracias.

Y Rhett había vuelto a tenerla entre sus brazos. Una vez superadas las barreras iniciales, ella había respondido con prontitud y deseo a sus demandas. Estaba tan encendida y caliente que costó creer que había hecho el amor por primera vez tan solo un poco antes.

Al cabo de unos largos minutos de preludio y caricias, Rhett había vuelto a hundirse dentro de ella y ambos habían disfrutado de un glorioso orgasmo que les dejó vacíos y exhaustos, uno en los brazos del otro. Él había deseado en ese instante quedarse para siempre en aquel cuarto oscuro, con la mujer desconocida y sin rostro. No le hacía falta saber nada más sobre ella. Y había vuelto a romper las reglas del local y le había pedido el teléfono, para quedar en una cita normal.

Ella se había reído despreocupada y le había dicho con una voz limpia y sonora: —Imposible quedar con nadie, señor R. Mañana conoceré a mi futuro marido y dentro de un mes seré una mujer casada.

—Entonces, ¿por qué has hecho esto? —había preguntado, confundido—. No tiene lógica. Ninguna.

Ella había acortado la distancia entre ellos, había depositado un beso suave sobre sus labios y le había dicho en un susurro: —No más preguntas, por favor.

Y Rhett había permanecido quieto y callado mientras escuchaba cómo se vestía y cerraba la puerta tras de ella, al marcharse. Quince minutos más tarde

había abandonado de forma precipitada el local. Se había regañado a sí mismo por no haber reaccionado antes, no podía dejar a esa mujer salir de su vida como si nada.

Había salido a buscarla en el aparcamiento de la planta décima, luego se había paseado despacio por cada planta por si encontraba algún indicio sobre ella. Pero a las dos de la madrugada el garaje estaba medio vacío y poco iluminado. Y él no sabía lo que buscaba. Una hora más tarde, cansado y frustrado, abandonó el garaje para dirigirse a su ático, situado en pleno corazón de Londres, muy cerca de la casa de sus padres.

De vuelta a la realidad Rhett escuchó a su madre entrar. Se levantó y le besó la mejilla. Luego la hizo girar admirando en voz alta su aspecto. Ellie había puesto todo el empeño para estar a la altura de la situación. Su vestido color trigo tostado quedaba entonado a la perfección con aquella tarde de sábado. Su rostro irradiaba felicidad.

En ese momento llegaron los invitados.

Capítulo 11

Rhett reprimió su malestar interior y se alineó junto a sus padres para recibir a las honorables invitadas. Se quedó un paso atrás, observando cómo su padre, Carlos Mendoza, se tomaba en serio el rol de buen anfitrión. Primero, saludó al asesor, quien entró escoltado por las dos mujeres.

A primera vista, no hubo ninguna sorpresa; eran las dos justo como se las había imaginado: estiradas y presumidas, fingían dignidad y sangre azul por los cuatro costados.

Rhett esperó paciente de pie, junto a su hermano Daniel. Su madre avanzó un paso, sonriendo con timidez. En el aire se palpaba la tensión.

El asesor del grupo Hills tomó la palabra para realizar las presentaciones.

—¡Buenos días a todos! —saludó alisándose las solapas de la americana con nerviosismo—. Os presento a la señora Anne Hills y a su hija, la señorita Laura Elizabeth Hills.

El patriarca de los Mendoza fue el primero en acercarse para besar las manos de las dos mujeres. Después, llegó el turno de la matriarca, quién se presentó y saludó con amabilidad.

Rhett, como primogénito, dio un paso al frente, se acercó a la mujer mayor y le besó la mano con galantería.

—Soy Rhett Mendoza, el hijo mayor y el presidente de nuestro grupo empresarial. Encantado de conocerla, señora.

La mujer inclinó la cabeza y esbozó un intento de sonrisa, parecido a una mueca. Acto seguido, se giró hacia la heredera y quedó parado ante su belleza. Con el semblante serio, ella le lanzó una mirada penetrante y fría. Rhett se sintió atrapado por sus intensos ojos azules y, cuando consiguió desviarse, su

vista se enganchó en sus labios llenos y ligeramente húmedos.

«Vamos, Rhett, no seas cretino y contrólate. Parece que no hubieras visto una mujer guapa en años».

—Soy Rhett Mendoza, encantado —la saludó, mientras le prendía con suavidad la muñeca y depositaba un beso de cortesía en la parte superior de su mano. Un extraño sentimiento lo recorrió de arriba abajo al encontrarse de cerca con su piel. Su olor le era tremendamente familiar y el tacto le resultaba conocido. Se esforzó en disimular su mirada devoradora y se reprendió por la trayectoria de sus pensamientos.

—Laura Elizabeth Hills. —Sus ojos azules brillaron con fuerza y una sonrisa tensa, colmada de seguridad, hizo acto de presencia en su rostro luminoso—. Encantada de conocerte.

En ese instante a Rhett se le abrió un agujero imaginario debajo de sus pies y sintió que caía al infierno. O se elevaba al paraíso. No supo distinguir. Se quedó pasmado ante la evidencia. La mujer que estaba en el salón de la casa de sus padres, dispuesta a casarse por interés, era la «L» de Dark Face. No quedaba la menor duda; la misma voz, el mismo olor especial, la misma textura de la piel, la misma muñeca estrecha y fina. Y se llamaba Laura, coincidía la inicial. ¿Cómo era posible que una chica de la alta aristocracia frecuentase un lugar promiscuo como Dark Face?

Rhett estaba desconcertado y colmado de dudas. Decidió observarla y no decir nada por el momento. Tal vez no era esa mujer y su memoria le jugaba una mala pasada. En las últimas horas no había podido dejar de pensar en ella y era más que probable que se imaginara cosas que no eran.

Llegó el turno de su hermano para conocerla. Daniel le lanzó una arrebatadora sonrisa, al tiempo que le besaba con afección la mano. Después, se acercó y le dijo algo divertido al oído, lo que provocó que ella estallase en una repentina risilla cristalina. Animado, Daniel le guiñó el ojo y la tomó por el brazo en actitud amistosa. Los dos se acercaron a la mesa y se sentaron uno al lado del otro.

Rhett sentía que la sangre le empezaba a hervir en las venas al ver la buena química que había nacido entre ellos. Una avalancha de emociones desconocidas comenzó a borbotar en su interior.

Anne Hills se sentó a su lado, por lo que no le quedó otra opción mejor que sentarse enfrente de la bella heredera. Comenzaron por hablar sobre el tiempo y otras trivialidades. Laura prestaba toda la atención posible a Daniel, quién desplegaba sobre ella todo su arsenal de encantos. A Rhett solo lo miró una vez con indiferencia y no parecía para nada interesada en conversar con él.

Por primera vez en su vida, Rhett deseó estar en el lugar de su hermano. Cuando su madre indicó con alegría que los dos jóvenes hacían una bonita pareja, casi se ahogó con su vaso de agua y le lanzó una mirada asesina a su madre, que esta no supo cómo interpretar. Alterado, centró de nuevo la atención en ella y la analizó de forma disimulada. La delicada línea de su cuello se perdía entre los hombros redondos y estrechos. El pecho pequeño y firme subía y bajaba con regularidad, debajo de una camisa ceñida de seda color rosa pálido. Sus dedos largos jugaban con nerviosismo con un pequeño anillo esférico. La cara redonda y su piel traslúcida evidenciaban sus labios carnosos, entreabiertos. Cuando hablaba, su voz modulada lo transportaba al oscuro cuarto donde él había disfrutado de todo lo que veía delante. Él había besado aquellos succulentos labios y acariciado cada milímetro de su piel.

El asesor de la familia Hills lo sacó de sus conjeturas:

—Señores, el motivo de nuestro encuentro es uno de amistad, pero también necesitamos tratar temas de negocios. Tengo preparadas varias copias de la situación actual de las empresas Hills. Os agradezco que echéis cuanto antes un vistazo. Como bien sabéis, se trata de un intercambio beneficioso para las dos familias. Para alcanzar un trato es necesario el acuerdo de la señorita Hills y del hijo elegido. Si es posible, mañana necesitaré contar con vuestras opiniones. —El asesor miró con intención a Laura y a Daniel.

Ya todo el mundo daba por hecho que la pareja estaba formada, a Rhett

nadie lo tomaba en cuenta. Tras observar de forma inquisitiva a su padre, lo escuchó decir: —Personalmente, creo que mi hijo Daniel formaría una buena pareja con la señorita Hills. —Y, girándose en dirección hacia ellos, continuó orgulloso—: Son jóvenes, de la misma edad y parece que se llevan bien. Mi hijo mayor es un hombre muy ocupado, lleva todo el peso de la compañía; yo, por mi salud, apenas lo ayudo.

—Papá, primero estudiaremos los informes y después tomaremos las decisiones pertinentes —lo cortó su primogénito con más brusquedad de la que pretendía—. Daniel no tiene experiencia en los negocios, no podrá hacerse cargo de unas empresas en quiebra.

Rhett se arrepintió al momento de soltar aquellas palabras, pero no había forma de retirar lo dicho. ¿Pero qué demonios le estaba pasando? Había restregado la mala situación de las mujeres en sus caras sin delicadeza ni tacto alguno, además de despreciar las cualidades de su hermano en público. Por primera vez en todo el encuentro, Laura pareció acordarse de su existencia. Lo estudió con ceño fruncido, al tiempo que su mirada celeste se perdía en las profundidades oscuras de él.

—Señor Mendoza, no tienes por qué preocuparte, no tenemos ninguna intención de alterar el orden de vuestras reglas. Tengo entendido que eres el presidente del grupo, si llegaremos a un acuerdo, tomarás las riendas de las empresas Hills y cuando leas el informe verás que no es gratuito. Controlarás el cuarenta por ciento de nuestras acciones, por lo que los procedimientos financieros los llevarás tú, sin influir otros aspectos. Yo formaré parte junto a Harrison del consejo de administración y será necesario que esté de acuerdo con las medidas que se tomen. Además, tanto yo como Daniel queremos aprender, ya tenemos suficiente edad.

Los asistentes mostraron simpatía ante la repentina rabieta de la joven heredera y Daniel, animado por su gesto, se creció ante la adversidad al ver que los tenía a todos en el bolsillo.

Miró a su hermano con reproche y añadió también en su defensa: —Rhett,

siempre pensando en el dinero. —Hizo un gesto despectivo con la mano y se giró hacia ella añadiendo con galantería—: Estoy seguro de que tú y yo formaremos un buen equipo.

—Si se quiere prosperar en los negocios, alguien tiene que pensar en el dinero, Daniel. En todo caso, yo... lo siento, no quise decir lo que dije —se disculpó Rhett, abatido.

Ella se removió inquieta en la silla, pero no aceptó sus disculpas. Era más que obvio que la buena sintonía había abandonado la estancia. Sin previo aviso se levantó de la mesa de reuniones y dijo mirando en dirección a su madre: —Agradecemos esta reunión, pero será mejor que nos marchemos. Mañana a las cinco de la tarde comunicaremos nuestras decisiones a Harrison. Si son positivas, organizaremos otro encuentro para avanzar con el proyecto. Si alguna de las partes decide que no quiere participar, no volveremos a vernos. Gracias por todo.

Ante su actitud cargada de superioridad, a Rhett lo inundaron unas oleadas repentinas de indignación. Se levantó de su silla con brusquedad y dijo con voz autoritaria: —Como presidente del grupo, antes de emitir un informe financiero y valorar los riesgos de nuestra inversión, necesito ver las empresas de Londres y consultar los archivos de contabilidad. —Y, tras una breve pausa, preguntó—: Digamos ¿mañana a las diez?

—¿Dudas de la veracidad de nuestro informe? —se ofendió, incrédula. Agitaba nerviosa sus largas pestañas y en su mirada celeste brillaba con fuerza la irritación.

«¿Indignada? ¡Perfecto! Ahora ya somos dos», pensó él complacido.

—Siempre pongo en duda cualquier negocio nuevo —le contestó en tono profesional—. No es personal.

Ella irguió los hombros y tomó una generosa porción de oxígeno.

—En ese caso, mañana a las diez te espero en mi oficina del edificio Center.

Rhett sintió que el sofocante calor le daba una tregua y, más animando,

pensó en darle las gracias cuando escuchó a su hermano decir: —Me gustaría asistir también a esta reunión.

Rhett no pudo despegar los labios, puesto que lo invadió de nuevo el sofocante calor.

Capítulo 12

Una vez que los invitados se hubieron marchado, Carlos Mendoza regresó con paso vivaz al comedor lanzando destellos de ira con la mirada. Al encontrarse a Rhett en pie de salida, lo tomó por el brazo y le dijo con autoridad: —Ahora mismo me explicarás a qué se debió tu comportamiento de antes.

—Sí, yo también quisiera saberlo —intervino Daniel—. Todo iba de mil maravillas cuando insultaste sin motivo a la chica, desconfiando de todo. No es solo un maldito trato comercial, vamos a ser familia con esta mujer.

—Ya me disculpé con ella y dije que no era nada personal —contestó en tono tranquilo—. Como presidente de nuestro grupo, tengo la obligación de comprobar cada nueva inversión que hagamos. No me gustó nada que me dejaseis al margen. Y ya veremos si, al final, seremos familia o no.

—Pero ¿quién te ha dejado al margen? —preguntó su padre colérico—. Tenemos en nuestras manos los informes, serás el primero en dar tu opinión.

—Sí, pero en la reunión disteis todo el protagonismo a Daniel sin darme la ocasión de pronunciarme.

—¿Qué me he perdido de ayer a hoy? —preguntó su hermano moviendo la cabeza con incredulidad—. ¿No pediste que no contáramos contigo? Dijiste que no querías saber nada del asunto del matrimonio concertado. Pues hemos respetado tu decisión. Tienes razón, todas las responsabilidades pesan sobre ti, es hora de que arrime el hombro. Esta ocasión será perfecta para mí, me casaré con la chica y me ocuparé de sus negocios, bajo tu mando, claro está. ¿Dónde está el problema?

Rhett se quedó por un instante pensativo, debatiendo si debía contar parte

de la verdad a su familia.

—De ayer a hoy la situación ha cambiado. Yo conozco a la chica.

—¿La conoces? —intervino su madre en la discusión—. Por todos los ángeles, ¿desde cuándo? ¿Por qué no dijiste nada hasta ahora? La impresión general fue que terminabas de conocerla.

—Cierto —recalcó Daniel las palabras de su madre—. No habéis mostrado ninguna señal de que os conozcáis, yo creo que estás celoso porque la chica me ha elegido a mí.

Rhett resopló. Se sentía furioso ante la situación. Sabía que su familia tenía razón en pedirle explicaciones y no pensaba batirse en retirada antes de luchar.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —preguntó su padre, con cautela—. ¿Hay algo entre vosotros? Te comportas como si entre esa chica y tú...

—No —admitió de inmediato—. Sin embargo, no puedo permitir que se case con Daniel. Lo siento, por el momento no puedo daros más explicaciones. Si queréis que los planes sigan adelante, yo me casaré con ella. En caso contrario, no firmaré ningún papel y sabéis que tengo la última palabra por ser el socio mayoritario.

A continuación, se giró hacia su hermano y le tocó el hombro en gesto fraternal: —Sin mi ayuda, podrás casarte con ella, pero no conseguirás salvar sus empresas. Olvídate de ella.

Tras escuchar aquello, Daniel apartó la mano de Rhett de su hombro y dijo con amargura: —Te olvidas de un pequeño gran detalle, querido hermano. Ella tiene que elegir. Y por la impresión general de hoy, yo seré su elegido. Olvídate de ella.

—Pero ¿qué os pasa? —gritó la madre de ambos indignada—. ¿Estáis peleando por una mujer?

—¡Esta tontería se acabó! —ordenó el patriarca con voz potente y enfadada—. Dejad de reñir delante de vuestra madre, ya no sois dos chiquillos. La chica es guapa, de eso no hay duda, pero no puede ser un motivo

para que os enfrentéis entre vosotros. Además, Daniel tiene razón. Ella elegirá. Quién sea su escogido se casará con ella. Y después de esto, ni una palabra más. ¡Ni una! En esta casa se os ha inculcado respeto. Rhett, tu actitud me decepciona.

El hijo mayor bajó la cabeza; derrotado, abandonó el salón en silencio. Sabía que su comportamiento no era el adecuado, pero el sofocante calor que había invadido su cuerpo desde que había descubierto quién era ella le había nublado por completo la mente y le impedía razonar. Su familia tenía razón.

Se olvidaría de todo y fingiría que Laura era una simple mujer que acababa de conocer. Dejaría las cosas en manos del destino.

Animado por estos pensamientos, acudió al cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. Apoyó la cabeza contra la superficie lisa del espejo y se encontró con una imagen suya irreconocible: una expresión de derrota compuesta por una mirada preocupada, casi afligida, ceño fruncido y labios apretados. El nudo de su elegante corbata de seda estaba desecho, colgando de cualquier manera. Tiró de ella con rabia al suelo y cuando el cuello de su camisa se aflojó por el estirón divisó sobre su piel bronceada dos arañazos junto a la base del cuello. En aquel momento experimentó un despertar, una señal de que no debía rendirse.

La chica que él deseaba era real. Lo vivido con ella en aquel cuarto oscuro había existido de verdad. El destino se la había dado a él primero, en todos los sentidos. Ella, sin saberlo y sin proponérselo, lo había esperado a él. Y Rhett comprendió que la vida le ofrecía un regalo.

Se secó la cara con una toalla y paseó los dedos por su pelo. Se abotonó la camisa y enderezó los hombros. Él no era un perdedor. Lucharía por su felicidad. Sintió un pinchazo agudo atravesar su pecho al pensar que su oponente sería su hermano. Su único hermano, más pequeño, al que tenía el deber de proteger.

¿Qué era lo justo? ¿Qué era lo correcto?

De un lado, estaba la familia, lo más sagrado que había tenido siempre y,

del otro, una mujer que aparentaba fortaleza, pero que en el fondo era muy frágil. Cada vez que cerraba los ojos, sentía su presencia, y su tacto lo llevaba impreso en los sentidos.

Buscó en su ordenado cerebro algo coherente que lo ayudase a tomar la mejor decisión, pero, en vez de reglas claras y decisiones firmes, encontró mucha confusión y desorden.

Su cerebro ya no era el de siempre. Una niebla espesa y desconcertante se cernía sobre su capacidad racional. Volvió a mirarse al espejo y preguntó con rabia a la imagen reflejada allí: —¿Quién eres tú?

Capítulo 13

Laura se asomó impaciente a la ventana. Cuando un todoterreno plateado aparcó delante de su casa, salió corriendo para recibir a su mejor amiga. Se encontraba muy sola y desorientada, necesitaba la cordura y el sentido de realidad de Minerva.

Cuando esta bajó del vehículo, se abalanzó sobre ella y la abrazó en plena calle, con lo que se ganó la mirada de reproche de George, su guardaespaldas. Minerva le dio un fuerte apretón, la tomó por el brazo y entraron en la casa.

—¡Vámonos! —la apremió, comprensiva—, antes de que a George le dé un ataque.

Nada más acomodarse en el salón, Laura sacó una botella de champán que se estaba enfriando en una cubitera de cristal, la descorchó con mimo y declaró animada: —¡Me voy a casar el 15 de diciembre! —Acto seguido, llenó las copas y admiró las burbujas que se formaron en la superficie del líquido amarillo-verdoso.

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó Minerva extrañada, mientras aceptaba la copa que su amiga le ofrecía y probaba un sorbo—. ¿Con quién, si se puede saber?

Laura se quedó pensativa unos momentos, haciendo caso omiso a la expresión inquisitiva de su amiga.

—¿Sabes lo que significa tantas burbujas en un vaso de champán? —preguntó distraída.

—No sé... puede significar que el champán esté recién descorchado o que tú no estés en todos tus cabales...

—Significa —continuó ella, con sabiduría— que la persona que sostiene

una copa así tiene muchos pretendientes. Y yo tengo cuatro para casarme: dos hermanos, un divorciado y un abuelo.

—¡Esto se pone interesante! —exclamó Minerva, divertida—. Cuéntame todos los detalles, del matrimonio y del local al que fuiste el otro día. Que sepas que no me he olvidado del tema.

—Dark Face ha sido lo mejor que me pasó en mucho tiempo. —Laura titubeó un momento al recordar la cascada de emociones vividas en ese lugar. Tomó las manos de su amiga entre las suyas y exclamó emocionada—: ¡Por fin he descubierto el misterio de la humanidad! Ha sido genial. Mejor de lo esperado, aun cuando no tengo ni idea de cómo es el hombre con quien me acosté.

—Pero ¿cómo es el sitio? —se interesó, Minerva—. ¿Pudiste ver algo? ¿Habéis hablado?

—Sí, hemos hablado. Nada más entrar en el bar, por los nervios y la oscuridad, me caí de la silla. ¿Te lo puedes creer? Mi vecino de la barra me ayudó a sentarme. Olía muy intenso a menta y jazmín. Me atrajo desde un principio. Después, activamos las estrellas rojas y nos exploramos. Es alto, me saca al menos una cabeza, su manera de abrazar es firme, por lo que intuyo que tiene brazos fuertes, viste de manera clásica, ya sabes, la típica camisa de tela suave que huele a detergente caro y tiene una cicatriz en la sien, o eso me pareció al explorarlo.

Laura tomó una pausa y se refrescó la boca con otro sorbo de champán. Las burbujas le espolearon la lengua y le dejaron un sabor fresco y dulzón. Después se quitó las zapatillas y le enseñó los pies descalzos a su amiga.

—Mira mis tobillos, ¿qué te parecen?

Minerva le tocó la frente, contestándole en tono burlón:

—Fiebre no tienes y tus tobillos están igual que siempre. —Las dos amigas soltaron una sonora carcajada.

—Ríete tú, pero mis tobillos tienen algo especial, el misterioso hombre del Dark Face me eligió porque le gustaron. Por cierto, se llama R.

Las dos admiraron el famoso tobillo de Laura entre risas y guasas, mientras la aludida seguía contando las emociones vividas y la intensidad del momento cumbre.

—Entonces, tuviste mucha suerte —concluyó, Minerva—. Te ha tocado al azar un hombre bueno, comprensivo y pasional. Por lo que cuentas, me gusta el señor R.

—La verdad es que sí —contestó Laura, esbozando una generosa sonrisa—. Es un hombre educado, pasional, experto en tratar con mujeres y besa fenomenal. En algún momento he sentido una conexión especial con él y creo que el sentimiento ha sido mutuo: me ha pedido el teléfono.

—¿Y... se lo diste? —preguntó Minerva, al tiempo que la sombra de la preocupación se cernía sobre su cara—. ¿Volverás a verlo?

—No —se apresuró Laura, en contestar—. Me moriría de vergüenza. Dark Face quedará guardado para siempre en la caja de mis recuerdos. Será mi secreto más oscuro. No podría enfrentarme, a plena luz del día, al hombre con quién me acosté sin conocerlo de nada, aunque una parte de mí --mi lado oscuro, creo-- desea más de él. Cada vez que mis pensamientos regresan a esa noche, paso por distintas emociones relacionadas con el hecho de que me atreví a ir a ese sitio, a todas luces promiscuo, oscuro y prohibido. Por un lado, siento que debería sentirme culpable y decirme a mí misma cosas del tipo: ¿cómo pudiste ser tan inconsciente? Pero, francamente, no me siento para nada culpable, he esperado una vida entera para que llegue a mi vida un hombre así, que tenga la personalidad necesaria para dominar mis miedos. Y ya sabes el dicho, si la montaña no viene al hombre, el hombre debe de acercarse a la montaña. Así lo sentí esa noche y así lo hice. El asunto del «matrimonio a la carta» hizo que mis hormonas reventasen --que, dicho sea de paso, ya era hora-- y actué por instinto.

—¿Has visto que eran solo pájaros negros en tu cabeza? Te hacía falta encontrar un hombre de verdad. Yo no te culpo por lo que hiciste, lo único que me asusta de un local así es la falta de seguridad.

—Sí, es cierto, pero las mujeres de hoy tenemos que ser valientes porque, de lo contrario, los adelantos que se han hecho para combatir el machismo no habrán servido de nada. Míralo desde esta perspectiva: si un hombre quiere ir a un local como Dark Face, no teme por su integridad física, entonces ¿qué habría de temer una mujer? Y otra cosa que me saca de quicio es la conciencia tan obsoleta de la sociedad: si va el señor equis; es comprensible, bueno, el pobre estaba falto de cariño, o meramente quería sexo. Si va una mujer, la sociedad la mira mal y la condena. ¿Por qué?

Minerva la escuchó con una expresión de admiración dibujada en el rostro.

—¡Así se habla, campeona! Eres tan arrolladora, con este aplomo y estos ojos penetrantes, no es de extrañar que hayas intimidado a todo hombre que se te ha puesto por delante. Yo soy todo lo contrario a ti, miedosa, prejuiciosa y muy romántica, sigo pensando que deberías volver a encontrarte en tu camino al señor R. Ha sido el único que ha podido contigo hasta la fecha.

—Yo también lo pienso —confesó, Laura—. Pero solo un poco. Es una de estas cosas que asumes que solo te pasa una vez en la vida. Aun cuando quisiera, ¿cómo encontrarlo? Además, muy pronto me convertiré en una mujer casada; deja que te cuente la historia de mi matrimonio.

—¡Soy toda oídos! Dios, qué vida más trepidante tienes últimamente.

—Ya te digo. No salgo de mi asombro. Mira, el matrimonio concertado se trazó en un principio para Michael, pero, como ha renunciado, tomé la decisión de seguir el mismo camino. No tengo elección, la situación financiera está peor que nunca.

El semblante sereno de ella se ensombreció y una expresión de preocupación apareció en su mirada, al tiempo que una lágrima solitaria comenzaba a brillar sobre su cara. La limpió con desdén y continuó: —Odio a Michael. ¿Cómo ha podido dejarme sola? Es un puñetero egoísta. Yo no sé nada de finanzas, ¿cómo podré llevar a flote un barco hundido? Mi asesor ha encontrado varias opciones de marido a la carta, pero todas malas. Un viejo, un divorciado y una familia mestiza, de madre inglesa y padre mejicano.

Elegimos a los últimos porque tienen dos hijos jóvenes, solteros. No es que me importe mucho, al fin y al cabo, será un matrimonio de conveniencia, pero tendremos que residir juntos y guardar las apariencias por lo menos un par de años. No me veo ir por ahí con un hombre que es mayor que mi madre.

—Si no estás convencida, no lo hagas —le aconsejó Minerva, con suavidad—. Ten paciencia, tal vez más adelante salga algo mejor. Perder la fortuna familiar no es el fin del mundo. Te aseguro que la gente normal también vive, ríe, llora, sufre y es feliz. Yo era más feliz cuando no era nadie y no tenía servicio veinticuatro horas en mi casa. Me sentía libre. El dinero de Cristian me tiene encarcelada. Y mis preocupaciones se han multiplicado.

Laura se cubrió la cara con las manos y soltó un largo suspiro cargado de amargura.

—Lo sé, pero me siento responsable. La carta de mi hermano ha hecho que madure de golpe. Por un lado, entiendo la decisión de Michael de huir, pero yo no tengo salida. No puedo abandonar a mi madre, ni dejar que se desmorone todo lo que tenemos. Aun cuando quisiera, no puedo permitirme ser egoísta.

—Te entiendo... si estás decidida, vamos a ver cuál de los dos hermanos es compatible contigo.

—Ya lo tengo clarísimo. El mayor de los hermanos Mendoza tiene treinta y tres años, es grosero, prepotente y antipático. Me está poniendo pegas y esta misma mañana ha venido al despacho para revisar los números de todas nuestras empresas. Sobre su aspecto físico, te diría que tiene un atractivo peligroso, uno de esos que no entra a primera vista por algo en concreto, pero te atrae de forma irremediable a medida que te habla y te mira. Cuando clavaba su mirada oscura en mí, sentí que me incendiaba por dentro, una especie de emoción rara en mí, ya sabes que no me turbo por cualquier necesidad. Además, no es para nada mi tipo. En dos palabras, no me gusta nada y yo no le gusto a él y, para serte sincera, tengo la impresión de conocerlo de alguna parte, pero no recuerdo de dónde —concluyó su relato con el ceño fruncido.

—Vale, pues si Rhett es todo lo que dices, descartado —resolvió Minerva, en tono comprensivo—. Cuéntame, ¿cómo es su hermano?

—¡Daniel es un sol! —La voz de Laura se volvió efusiva—. En sentido literal. Es un bombón guapísimo, de mí misma edad, un Brad Pitt de joven, como a mí me gustan. Es amable, simpático y hemos congeniado a la primera.

—Cuidado con los Brad Pitt —la advirtió Minerva—. Acuérdate que uno, en tu pasado, no fue tan genial como aparentaba. Y no sé, ¿no es demasiado joven para remontar tus negocios?

—Ya... allí está también mi duda —reconoció la bella heredera—. Rhett es la cabeza de la familia en los negocios y se ve de lejos que es un tipo responsable, una de esas personas que, aun cuando no te gusta, sabes que puedes contar con ella. Daniel, en cambio, es un tipo de sonrisa fácil, pero no quiero juzgarlo tampoco, ya sabes que, a veces, la gente es prejuiciosa con los guapos, como si, por el mero hecho de serlo, no pudieran ser otras cosas también. Me he propuesto conocerlo más; en principio, él es mi primera opción.

Capítulo 14

El reloj marcaba los segundos con lentitud. En el silencioso salón de la familia Mendoza, casi se podía escuchar el paso de las manillas por el disco circular. Al marcar las cinco en punto, la tensión subió como la espuma y la atención se centró en el teléfono.

Era la hora convenida para que el asesor de la familia Hills comunicase la decisión de la heredera. Pasaron un par de minutos de la hora acordada y el teléfono seguía en silencio.

Rhett se acercó a la ventana y, a través de la superficie lisa del cristal, vio reflejada la imagen de su hermano Daniel. Sonreía con una expresión triunfante en el rostro, seguro de ser el elegido de Laura.

Rhett deseó por un instante olvidarse de ella, retomar su vida en el momento que la había dejado dos días atrás y reencontrar su paz interior. Pero ya era tarde. Laura ya estaba metida en su ser; convivía con él y, como una serpiente, lo revolvía por dentro. Sintió una sacudida al escuchar el sonido estridente del teléfono. Su padre contestó y mantuvo una corta conversación. Se lo veía contento, por lo que dedujo que la «serpiente» acababa de entrar en su familia.

Carlos colgó el teléfono y comunicó contento:

—Ha llamado Harrison, las cosas han salido conforme lo esperado. El elegido de la chica es Daniel, vamos a felicitar al futuro duque de Hills. —Y, mirando a Rhett, añadió en tono sosegado—: Cómo te dije el otro día, no quiero escuchar ninguna palabra más sobre este asunto. Apoyarás a tu familia y darás todo el sostén necesario a tu hermano. ¿Entendido?

Rhett le sostuvo la mirada con valentía, sopesando en su mente la opción

de desafiar a su padre. Decidió aplazar el enfrentamiento, antes era necesario hablar con ella. Daniel interpretó el silencio de su hermano como una victoria y acudió contento a abrazar a su madre. Ella le deseó, con lágrimas en los ojos, mucha suerte y felicidad.

—Aun cuando sé que es un matrimonio de conveniencia, espero de corazón que os enamoréis el uno del otro y que tengáis un matrimonio de verdad. Reunís las cualidades necesarias para que así sea. Formáis una pareja tan bonita.

Su padre lo felicitó advirtiéndole:

—No será fácil, tanto para lo malo como para lo bueno. A partir de ahora, te olvidarás de tu antigua vida, te convertirás en un personaje modelo a seguir. No puedes dejarnos en mal lugar ni a nosotros ni a ella. ¿Entendido?

—Descuida, padre —le aseguró su hijo con aplomo.

Rhett no se pronunció, agarró su abrigo y salió con paso decidido para buscar su coche. La tarde era fresca y grisácea. Como su alma en ese momento. No se iba a rendir antes de poner las cartas boca arriba.

Apretando el acelerador a fondo, desplazó el vehículo con un chirrido estridente. Conectó el teléfono y, utilizando el buscador de voz, gritó al aparato el nombre de ella. En unos segundos una voz impersonal le contestó: —Teléfono identificado, llamando... —Y el interior se llenó de los estridentes tonos de la llamada. Al cuarto, escuchó la voz cristalina de ella al otro lado de la línea.

—Hola, Laura, soy Rhett Mendoza... Eh... necesito hablar contigo.

—Hola, Rhett. ¿Os ha llegado mi decisión? —preguntó haciendo caso omiso a su petición.

—Sí, Harrison nos lo comunicó hace unos minutos —le informó él, de manera escueta.

—¿Entonces? —lo sorprendió ella con otra pregunta cortante.

—Quiero verte. Voy de camino para tu casa —insistió él, en tono implacable—. ¿Digamos en veinte minutos?

Ella se quedó en silencio, su aplomo la pilló desprevenida. Se recuperó con rapidez y le contestó: —Mira, el tema financiero, que tan preocupado te tiene, podrás comentarlo a partir de ahora con mi futuro marido, ya sabes... con Daniel.

—No se trata de un tema financiero —le aclaró mientras paraba el coche en un semáforo.

—Entonces, ¿de qué se trata? —volvió a preguntar sin poder ocultar la confusión que sentía.

Tras observar el semáforo en verde, Rhet reanudó la marcha.

—Si quieres averiguarlo, en quince minutos estaré delante de tu casa. Te advierto que no me iré sin antes hablar contigo.

Y colgando el teléfono, le quitó a Laura la oportunidad de protestar. Había forzado la nota y lo sabía, pero necesitaba verla y convencerla de que renunciara a Daniel.

Cruzó con rapidez el río Támesis y localizó la dirección de ella. Se trataba de dos casas iguales, asentadas en perfecta simetría una con la otra, que convivían en la misma parcela. Aparcó justo en la entrada y se dispuso a esperar. Bajó la ventanilla y se quedó mirando en silencio los alrededores.

Tras unos minutos la observó aparecer en el marco de la puerta. Vestía informal, con vaqueros tipo pitillo y un suéter de cuello vuelto de color verde oliva. No se apreciaba maquillaje en su cara y el pelo lo llevaba recogido en una coleta sencilla. Se acercó a la ventanilla y le lanzó una mirada inquisitiva. Él abrió la puerta del coche con la intención de bajarse, pero ella lo detuvo con la mano.

—No pretenderás que hablemos así, a través de la ventanilla. Sube, por favor, te invito a un café —le pidió él, con amabilidad.

—No me apetece tomar café contigo, me imagino que será breve lo que tienes que contarme. —Y, apremiándolo con la mirada, continuó—: Tengo prisa.

—¿Qué fue de la famosa educación inglesa? —se mofó él, en tono

burlón—. Me imagino que te habrá contado tu asesor que los Mendoza queremos subir escalones en la sociedad, no retroceder.

Ella meditó una milésima de segundo y le contestó más sosegada: —Perdona. No era mi intención ser maleducada. Te estás saltando los términos del acuerdo, y esto me enerva. No puedes presentarte aquí sin estar invitado. Y ya que has mencionado la educación, te diré que la primera regla es la siguiente: no abuses de la buena fe.

Él le empujó la mano con suavidad y bajó del coche. Al encontrarse de frente con sus penetrantes ojos azules, sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Laura le sostuvo la mirada unos segundos, desafiándolo. Una ráfaga de aire agitó su coleta y propagó a su alrededor un discreto olor a almendras. La tensión se ciñó sobre ellos como una nube negra y opaca. Finalmente, ella apartó la vista, abrió la boca para protestar, pero recapacitó y dijo: —Vamos, entonces, pasa. Como puedes ver, no estoy preparada para salir.

Capítulo 15

El salón de Laura era parecido a ella. Elegante, decorado en colores alegres, salpicado por varios complementos color pastel que le daban un toque acogedor y refinado. La anfitriona le señaló un sofá afelpado y los dos ocuparon extremos opuestos. Tras unos largos segundos, ella rompió el silencio.

—Como ya te dije antes, no pienso tomar café contigo, así que no te invitaré a nada. Dime, ¿a qué debo el honor de tenerte en mi casa?

Él esbozó una sonrisa sincera y se recostó en actitud despreocupada contra el respaldo del sofá: —Si todos los aristócratas que quedan en este país se parecen a ti, no sé si nos conviene emparentaros con vosotros. Y lo digo muy en serio.

Ella no se inmutó por su comentario y le devolvió una sonrisa forzada. Sabía a ciencia cierta que lo hacía con la intención de hacerlo sentirse incomodo por haber irrumpido en su casa.

—Conversación tampoco pienso darte —continuó en el mismo tono reacio—, así que, cuanto antes hablemos, mejor.

—Observo que eres directa. Bien, iré directo al grano, entonces. No puedes casarte con Daniel.

La voz de Rhett sonó segura y firme. Laura le sostuvo la mirada unos segundos.

—¿Y por qué no? ¿Hay algo que deba saber? Cosas inimaginables del tipo que tu hermano pudiese ser un asesino en serie, un depredador sexual, o... quizás ¿gay?

—Daniel no es nada de eso, y tu burla no viene a cuenta. Sin embargo, es

un chico joven, que nunca se ha comprometido con nadie, estará quieto mientras dure la novedad, después regresará a sus antiguas costumbres y te aseguro que no te resultarán para nada agradables.

—No me parece una razón importante. Este matrimonio tiene dos grandes objetivos: que yo saque mi patrimonio a flote y que vosotros obtengáis reconocimiento social y un título nobiliario. Una vez que estéis integrados en nuestro círculo y las empresas Hills estén saneadas, dará igual si mi matrimonio con Daniel es perfecto o no. Puedo y me casaré con él.

—Puedes, pero no lo harás —continuó Rhett en tono tranquilo, aparentando controlar la situación, aunque en su fuero interno comenzaba a dudar. Había sacado toda la artillería pesada y, ante eso, ella no se había inmutado siquiera—. En cuanto escuches lo que tengo que contarte.

Laura frunció el entrecejo y en su semblante apreció una expresión de sorpresa.

—Ilumíname, entonces. Estoy impaciente por saber cómo puedes hacerme cambiar de opinión.

Rhett respiró hondo. Lo abrasó de nuevo un intenso calor por lo que se quitó la americana y se remangó el suéter que llevaba por debajo. Lanzó hacia ella una mirada intensa y añadió en voz baja: —No quería hablarte de esto todavía, pero me estás obligando.

—¿Hablarme sobre qué? —preguntó, extrañada por el matiz que adquiría la conversación.

—Sobre... Dark Face. —Las dos palabras cayeron como un trueno ruidoso sobre el silencioso salón. Ella palideció, sus ojos perdieron el brillo expectante y el labio de abajo se separó ligeramente del labio superior y dibujó en su rostro una expresión de sorpresa. Por lo visto, había esperado oír cualquier otra cosa menos aquello. Tras unos segundos, consiguió centrarse y dijo con aparente tranquilidad: —Dark Face... No te sigo... ¿A qué te refieres?

—¿Tal vez al hecho de qué tú y yo hemos coincidido allí el pasado viernes por la noche?

En esa ocasión, la sangre abandonó por completo sus mejillas, el impacto de sus últimas palabras se notaron con claridad en su rostro. Enderezó los hombros y consiguió balbucear: —No sé de qué me estás hablando.

—Te estoy hablando de que yo soy R y tú eres L. —Se acercó a ella, le tomó las manos con delicadeza y continuó en voz baja—. Te acostaste conmigo, ¿entiendes ahora por qué no puedo permitir que te cases con mi hermano? Ni puedo ni quiero hacerlo.

En esa ocasión, ella superó la sorpresa inicial, por lo que le empujó las manos con brusquedad y le contestó con insolencia: —¿Pero qué tonterías estás diciendo? Te estarás confundiendo. Tú y yo nos conocimos el pasado sábado en la casa de tus padres. Hemos intercambiado, como mucho, tres o cuatro frases. Nos hemos vuelto a ver esta mañana en la sede Hills y...

Sus cuerpos se rozaron y pudo sentir el calor de su cuerpo. Él hubiera deseado abrazarla para tranquilizarla, pero se contuvo.

—Laura, ¿es necesario comportarnos como críos? —Le cogió con delicadeza la muñeca izquierda y notó cómo se tensaba—. Si lo prefieres, te traeré pruebas. Sabes tan bien como yo que en ese local se paga con tarjeta de crédito. Removeré tierra y mar, y encontraré pruebas. Pero ¿lo consideras necesario? Mírate cómo has reaccionado cuando he tocado tu muñeca. Te has estremecido y lo sabes.

En esa ocasión, ella palideció de verdad. El labio inferior le temblaba y en el azul sereno y profundo de sus ojos se podía ver un destello de rabia.

Laura Hills estaba enfadada. Su mayor secreto había salido a la luz. En su cara se reflejaban las preguntas que atravesaban su mente. ¿Cómo era posible que la hubiese reconocido? ¿Cómo?! Estaban a oscuras, sin verse, sin identificarse. ¿Cómo podía estar tan seguro? ¿Le quedaba alguna salida? Si era así, ¿cuál?

Él pareció leer el hilo de sus pensamientos. Al verla tan desconcertada, decidió aclararle la situación: —Si te preguntas por qué estoy tan seguro de que fueras tú, te diré que frecuento Dark Face desde hace más de diez años y

tengo los sentidos muy desarrollados. El primer indicio que tuve fue por tu muñeca, es muy estrecha. Luego tu tacto, me resultó muy familiar. Tu olor me quitó las últimas dudas y, nada más conocerte, mi cuerpo se sintió atraído por el tuyo como un imán. Cuando me hablaste, lo supe con seguridad. Al saber que tu nombre empezaba con la L, entendí que eras ella, la mujer de Dark Face. Así que, lo siento, pero estoy absolutamente seguro de quién eres.

Ella retiró su mano y, de forma instintiva, se alejó de él. Abandonó el sofá y se acercó a la ventana dándole la espalda. Él la imitó y se situó a su lado, sin tocarla. La luz tenue de la tarde se filtraba con timidez a través de la corona del árbol que custodiaba la ventana. Una hoja seca se desprendió de una rama y flotó en el aire moviéndose con lentitud. Al final, cayó en el suelo, y formó junto a otras hojas caídas una alfombra amarillo-rojiza.

Con la vista fijada en la alfombra otoñal, la joven dijo en voz baja: —Digamos que es posible que tu teoría fuese cierta. Puede que me haya sentido agobiada por presentarme en una casa extraña, dispuesta a aceptar un marido por interés sabiendo que era virgen. Elegir un hombre en la oscuridad al que no volvería a ver jamás no es lo mismo que una relación convencional. Ha sido contigo cuando podría haber sido con cualquier otro. ¿Qué importancia puede tener? Para mí, ninguna.

—Dark Face es lo que es y podríamos decir que, a primera vista, no tiene importancia. —Rhett contemplaba abstraído el baile lento de las hojas otoñales a través de la ventana—. El problema es que, desde que me acosté con aquella mujer, no dejo de pensar en su piel, en su boca y en su cuerpo. No dejo de imaginarme como sería otro encuentro con ella. No hay ningún momento del día en el que su recuerdo no me obsesione. Hay una conexión entre nosotros dos, estoy seguro de que tú también lo has sentido. ¿Sigues pensando que no tiene ninguna importancia?

Ella se giró hacia él y le lanzó unos gélidos destellos azules: —Borra Dark Face de tus recuerdos, para ti y para mí, no habrá ningún mañana.

—Siempre hay un mañana. —Rhett la miró con sinceridad y, mientras

decía eso, la realidad de sus palabras repicó en su interior.

Capítulo 16

Rhett acudió a la barra y pidió un coñac seco. Desde el día que le había declarado a Laura su interés por ella, su vida se había convertido en un infierno. Cuanto más se acercaba y se ilusionaba él, más se alejaba ella.

Tras la sorpresa inicial, Laura no había tenido reparos en aceptar la nueva situación. Había reconocido haber estado en Dark Face, pero no se había inmutado ante el descubrimiento de que su pareja de ese día había sido él. Parecía no tener sangre en las venas, ni que un corazón latiera en su pecho. Fría e insensible a partes iguales.

No cambió de idea con respecto al matrimonio con Daniel. Dijo que era su última palabra, o se respetaba o no había trato. En las últimas semanas, Rhett había intentado olvidarse de ella. Con todas sus fuerzas, ansió sacarse a la serpiente de su pecho. Había retomado sus antiguas costumbres, había quedado con Lynn y volvió a visitar Dark Face. Varias noches seguidas había acudido al local buscando un fantasma en la oscuridad. No había podido acercarse a nadie, ningún olor ni tacto lo convencieron. Sabía en el profundo de su ser que la buscaba a ella.

Rhett se había enamorado solo una vez en su vida, cuando tenía veintiún años. Había conocido a Mara en la mansión de su abuelo, Raúl Mendoza. Sus cortas vacaciones en la ciudad mejicana le habían bastado para conocerla y enamorarse de ella. Mara trabajaba como sirvienta y provenía de una familia muy humilde. Rhett recordaba con claridad el color de su piel, parecido al chocolate con leche, y su mirada aterciopelada. Todas las noches se escapaban a un lugar secreto, junto a la playa. Mara se quitaba el vestido de sirvienta y se convertía en una diosa. Se bañaba desnuda en el mar y se abandonaba en sus

brazos con su piel mojada y resbaladiza.

Había prolongado todo lo que pudo sus vacaciones, pero, al llegar el mes de septiembre, Rhett había tenido que regresar a Inglaterra. Había intentado llevársela con él, pero se había encontrado con un muro implacable formado por toda su familia. Nadie del clan Mendoza quería emparentarse con una sirvienta. Rhett se había separado de ella prometiéndole que el siguiente verano, en cuanto acabara sus estudios, regresaría a por ella. Y había regresado.

Pero no había encontrado ni rastro de Mara. Sus abuelos le dijeron que su familia se había trasladado al Sur y que no sabían su paradero. Él intuyó que la habían despedido, pero no encontró ninguna prueba. La buscó por toda la zona, recorrió los pueblos cercanos, hasta contrató un detective para encontrarla. Pero no halló ninguna pista; la tierra pareció habérsela tragado.

Fue ese mismo verano cuando descubrió el local de los encuentros a oscuras. Y en la penumbra, el joven Mendoza halló consuelo a su lastimado corazón. A veces, se había topado con un olor o tacto parecido al de Mara, y había revivido los momentos de ese verano junto a ella.

Le duró la obsesión diez largos años, hasta encontrar a Laura. La serpiente. Su serpiente. Era distinta a Mara y a todas las mujeres de su pasado.

De regreso a la realidad, dirigió la mirada hacia Laura y Daniel. Bailaban sonrientes; ella movía los brazos con gracia y contoneaba sus caderas de manera elegante. El sofisticado vestido de raso de color oscuro evidenciaba su piel translúcida y el pelo rubio claro formaba una cascada sobre su espalda parcialmente desnuda. Ella sorprendió su mirada y, por un momento, sus campos visuales se cruzaron.

Después, apartó la vista y continuó con su baile, ignorándolo. Rhett acabó su copa de coñac y pensó marcharse, cuando observó a Daniel alejarse. Se aproximó a ella, rogando a todos los dioses posibles para que el DJ pinchara una canción lenta. Y los dioses lo escucharon. Cuando de fondo empezaron a sonar unos acordes suaves, se acercó a su espalda, cruzada en forma de equis

por dos cintas de raso. Ella, al sentir su presencia, se dio la vuelta y le ofreció un primer plano de su adorable cara. Frunció el ceño de manera inquisitiva, pero, por alguna razón, no se apartó de él. Rhett le besó la mano con suavidad y le pidió en voz baja: —Baila conmigo.

Ella dudó un segundo, pero, contrario a lo esperado, asintió. Depositó las manos alrededor de su cuello y acompasó sus pasos con los de él. Rhett sintió su propia serpiente interna bailar de alegría y un nudo pesado se instaló en su garganta. Inspiró su perfume y, posando una mano sobre la equis de su espalda, sintió bajo sus dedos el suave tacto de la seda y el calor de su piel desnuda, una combinación irresistible. De repente, la voz cristalina de ella lo sacó de su reciente burbuja de felicidad.

—Y dime, Rhett, ¿cuál es tu plan? ¿Nos seguirás a todas partes y buscarás el momento oportuno para ocupar el lugar de tu hermano?

Él se echó a reír, al tiempo que sacudía los hombros de forma ligera. La joven movió la cabeza con incredulidad y continuó: —¿Te das cuenta de que hemos formado una situación muy ridícula? He venido a la fiesta de pedida de mi mejor amiga acompañada por dos hombres.

—La próxima vez que mandes una invitación a casa, esfuérate un poco más y pon el nombre completo. Has puesto «señor Mendoza» y hemos acudido tanto mi hermano como yo. Agradece que no se haya presentado, también, mi padre.

Ella estalló en una risa sincera, hecho que provocó un auténtico desastre en el mundo interior de Rhett. Sabía que, en vez de alejar la serpiente, la estaba engordando por momentos.

—Tienes razón, aunque podías no haberte dado por aludido. Sabes que mi favorito es Daniel. ¿De qué forma te lo tengo que decir?

—Y tú, la mía. ¿De qué forma te lo tengo que decir? —le preguntó mientras le daba una vuelta y volvía a sujetarla con firmeza por la cintura.

El resto de la canción lo bailaron en silencio. Al finalizar, le cogió la parte interna de la muñeca y depositó un beso suave sobre el pulso de ella. Notó

cómo su brazo se tensaba y el recuerdo del Dark Face se cernió sobre ellos. Se desprendió de su muñeca con pesar y, como Daniel no había regresado todavía, decidió alargar aquello un poco más.

—Te invito a una copa. ¿Un Dry Martini, quizá?

Ella asintió pensativa y se marcharon juntos a la barra. Rhett le sujetó la silla y la ayudó a sentarse. El recuerdo de su caída los hizo sonreír con complicidad.

—Vecinos, como en los viejos tiempos —brindó él, mientras le ofrecía una copa.

—Tienes razón —asintió mientras chocaban sus copas.

—Tengo razón... ¿en qué?

—Los viejos tiempos, Rhett, son eso, viejos. No te hagas ilusiones, no cederé.

—¿Y por qué no? —preguntó desilusionado al ver que los recuerdos de la noche que habían compartido no surtían ningún efecto en ella—. Es solo un matrimonio de conveniencia. Ni más, ni menos.

—Porque tú conoces mi secreto más oscuro —se sinceró Laura, de repente—. Cada vez que te mire, lo recordaré. Por favor, déjame ir.

—No puedo. —Su voz resonó rota y dolida—. Lo he intentado, créeme, pero es demasiado tarde.

—¿Tarde? —preguntó confundida al tiempo que levantaba una ceja y fruncía de manera leve el ceño.

—A estas alturas, supongo que te habrás dado cuenta de que estoy enamorado de ti.

Y dicho eso, se alejó y le dejó paso a Daniel, quien regresó junto a ella.

Acto seguido, abandonó la fiesta y salió de forma precipitada. Una llovizna densa lo empapó y se refugió apresurado en el interior de su coche. En la seguridad de su vehículo, golpeó varias veces el volante con rabia.

Sintió ira en contra de sí mismo por haberle confesado su amor. De hecho, hasta ese momento, no había sido consciente de que lo que sentía por ella era

amor. Y, quizás, no lo era. Atracción, deseo, probablemente. Pero ¿amor? ¿No eran palabras mayores? Se estaba rebajando cada día más, mendigándole su atención. La quería en su vida, pero no a cualquier precio.

—¡Eres un completo idiota, Rhett Mendoza, y lo sabes! —le espetó al extraño que lo miraba con el ceño fruncido desde el espejo retrovisor.

Y en ese instante, supo con certeza que tenía que matar a la serpiente. De lo contrario, la serpiente lo mataría a él.

Capítulo 17

El primer lunes de diciembre se presentaba soleado. Debajo del cielo limpio y azul se divisaba la Torre Gherkin, que imponía con sus ciento ochenta metros de altura. Se trataba de un rascacielos acristalado, en forma de pepinillo, que reunía en sus cuarenta plantas las empresas más importantes de la ciudad.

Cuando el taxi paró delante del edificio, Laura pasó su tarjeta por el lector del chofer, le dio las gracias y bajó con rapidez.

Llegaba tarde. Nada más entrar en el edificio consultó el gráfico de las empresas y averiguó que la sala de reuniones del Grupo Mendoza estaba situada en la décima planta. Pulsó el botón del ascensor y esperó impaciente su llegada. Miró el reloj y resopló al ver que había traspasado el cuarto de hora políticamente permitido.

No quería llegar tarde, y menos, aquel día. Del resultado de la reunión dependía el futuro de las empresas Hills.

Mientras el ascensor se elevaba hacia el piso elegido, Laura se examinó con ojo crítico en el enorme espejo que ocupaba la pared frontal. Su corto vestido color rosa cuarzo, de forma asimétrica, tipo túnica, le pareció demasiado atrevido. El pelo recogido en un moño suelto le ofrecía un aspecto alborotado, poco recomendable para una reunión formal como aquella. Por último, observó con enfado que los tacones de sus caros zapatos italianos eran exagerados.

Iba a una reunión de negocios, no a tomar un estúpido té en el club social.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un clic sonoro, se resignó pensando que era demasiado tarde para lamentarse por su aspecto. Se arrebuñó

el abrigo alrededor de su cuerpo y se recolocó un mechón rebelde en la nuca. Pisó el suelo con firmeza y, al observar la sigla del Grupo Mendoza escrita en mayúsculas, supo que había llegado a su destino.

Abrió la puerta de acceso y fue recibida por una recepcionista sentada en un despacho en forma de semicírculo. Indicó su nombre y, tras firmar el registro de entrada, dejó su abrigo y accedió a la sala de juntas acompañada por la eficiente empleada.

Nada más entrar quedó maravillada ante las vistas impresionantes que se extendían desde el despacho acristalado. Las dejó de lado al sentirse observada por tres pares de ojos enfurruñados.

Rhett fue el primero en darle la bienvenida de una manera bastante descortés.

—Señorita Hills, llega veintidós minutos tarde. —Y, lanzándole destellos oscuros y fríos con la mirada, continuó—: ¿Sabe que soy una persona extremadamente ocupada?

Ella se quedó parada ante su frío recibimiento.

¿Qué le pasaba a Rhett? No parecía el mismo hombre que, tan solo un par de semanas atrás, se había declarado enamorado de ella. Buscó apoyo en Daniel, quien se encontraba sentado al lado de su hermano. Este esbozó un intento de sonrisa, pero no alegó nada en su defensa.

Harrison, el tercer miembro de la reunión, la apremió con la mirada, por lo que Laura comprendió que nadie enfrentaría a Rhett por ella. Enderezando sus hombros adquirió la postura más digna posible y se excusó en voz baja.

—Lo siento, había más tráfico del previsto.

—El mismo que nos encontramos nosotros al venir. —Resonó, de nuevo, la voz potente de Rhett—. Y, aun así, llevamos esperándola desde las diez. En punto.

Laura sintió que la sangre le invadía la cara y se imaginó que sus mejillas debían de tener el mismo tono rosa cuarzo que su vestido. Parecía una pobre estudiante reñida por el profesor gruñón de turno por haber llegado tarde.

¿Quién se creía que era ese engreído para hablarle así?

—Ya presenté mis disculpas —lo reprendió, enfadada—. Como su tiempo es tan valioso, ¿no cree que deberíamos empezar la reunión, en vez de sermonearme? Digo, para no desperdiciar estos preciosos minutos que dice que no tiene, pero aun así malgasta en amonestarme.

Rhett abrió la boca para contestarle, pero Harrison se adelantó y cortó el enfrentamiento: —Vamos, Laura, ven y siéntate a mi lado.

Soltó el aire retenido en sus pulmones y encaminó sus pasos hacia la silla indicada. Mientras se acomodaba, observó cómo Rhett pulsaba un botón y pedía con amabilidad a su secretaria: —Que pase Lynn, por favor. Dile que la señorita Hills ha conseguido, por fin, llegar.

La mañana iba a ser muy intensa, pensó Laura, enfadada consigo misma por haber empezado con mal pie.

Unos momentos más tarde, entró en la sala una mujer corpulenta que contoneaba las caderas al andar de una manera demasiado evidente. A Laura le cayó mal desde el primer instante. Al llegar junto a Laura, Lynn Hecht, la directora financiera del Grupo Mendoza, le tendió la mano con frialdad y la miró de un modo desafiante, hasta se podía apreciar en su semblante un atisbo de desprecio.

Laura notó su cara arder y un sofoco muy grande le llenó el pecho. ¿Por qué se encontraba tan mal? Algo no iba bien y, para su sorpresa, no pudo identificar lo que era.

Lynn se acercó a Rhett sonriéndole con complicidad. Al sentarse a su lado, la ajustada falda que le enmarcaba como un guante sus caderas redondas se le subió hacia arriba y dejó sus muslos atléticos descubiertos al completo.

Laura divisó cómo ese detalle a él no le pasaba desapercibido y tardó unos segundos en reponerse.

Ahogó un grito al darse cuenta de que entre la directora financiera y su jefe existía una relación. Era demasiado obvio. Sus lenguajes corporales hablaban por sí mismos. Sin saber con qué finalidad, Laura comenzó a analizar las

muñecas de Lynn. Tenía las manos grandes y sus muñecas envueltas en varias pulseras de plata eran gruesas. No parecían del tipo que le gustasen a él. ¿O sí? Y si así fuese, ¿qué le importaba a ella?, se preguntó malhumorada.

Comenzó la reunión.

La muy eficiente Lynn tomó la palabra hablando de forma despectiva sobre las empresas Hills.

—Lo siento, pero los datos que manejamos son malísimos. No he encontrado nada valioso en estas empresas puesto que en los últimos años han sido administradas de manera ineficiente.

Laura pensó desganada que, si fuese por esa mujer, sus empresas podían cerrar aquella misma mañana.

—¿Crees que podríamos sacar un plan de viabilidad para hoy? —se interesó Rhett tras escuchar el informe.

Lynn, cambiando la postura corporal, enseñó un poco más de su desnudo muslo y contestó con eficiencia: —Sí, lo haré enseguida, pero te adelanto que no daré mi visto bueno para invertir en esto. No me parece rentable.

Rhett le paró el entusiasmo haciéndole un gesto con la mano: —Estas empresas son una prioridad para nosotros, puesto que muy pronto la señorita Hills se convertirá en la señora Mendoza.

Por primera vez desde que había empezado la reunión, Lynn la miró con simpatía. Se dirigió a ella con amabilidad, bajando la guardia: —¿Te vas a casar con Daniel? ¡Qué sorpresa!

—No estoy del todo segura —contestó Laura, malhumorada.

Ante esa negativa se giraron hacia ella cuatro pares de ojos sorprendidos.

—Pensaba que la boda era un hecho —intervino Daniel, posando sobre ella una mirada desconcertada—. Faltan menos de tres semanas para el enlace. Ya tengo el esmoquin listo y mis amigos me están organizando la despedida de soltero —le reprochó como si ese último detalle fuera insalvable.

—Sí, es verdad. Yo mismo comuniqué tu decisión —la reprendió Harrison, al tiempo que se alisaba las solapas de su americana con gesto

alterado—. ¿Laura?

Ella consiguió ponerse colorada una vez más. Se secó las manos sudorosas de la tela de su vestido y evitó enfrentar las miradas furiosas que le quemaban la piel. El silencio de la sala pedía a gritos una explicación por su parte, pero, por mucho que se esforzó, Laura no pudo justificar sus últimas palabras.

Capítulo 18

Minerva escuchó su busca pitar. Dejó el volante médico que estaba revisando y comprobó el mensaje que acababa de recibir.

Reconoció el número de la recepción y se apresuró a salir para ver la urgencia que tenía. Al llegar junto al mostrador de la entrada, observó a su amiga Laura pasearse agitada de un lado al otro de la sala.

—¿Puedes tomarte una pausa de unos minutos? —le preguntó angustiada cuando advirtió su presencia—. Necesito hablar contigo.

Al verla tan mortificada, Minerva le sonrió con comprensión: —Claro. Vamos a la sala de descanso. Allí podemos hablar tranquilas.

Caminaron en silencio y se sentaron en una mesa apartada.

—¿Quieres tomar café o algo?

—No, nada, gracias. —Laura negó con la cabeza—. Solo necesito hablar.

A continuación, se levantó de silla para volver a sentarse.

—No sé qué diablos me pasa. Me ocurren cosas que no entiendo. He perdido el control.

Minerva le cogió las manos entre las suyas para infundirle ánimos y, mirándola a los ojos, le preguntó con suavidad: —Tranquila, estás muy alterada. Cuéntame despacio. ¿Qué es lo que tienes?

—Es por la situación del matrimonio «a la carta», pensaba que lo tenía todo bajo control y, ay, ingenua de mí, me estoy saboteando a mí misma, si te lo puedes creer.

—Me dijiste el otro día que habías elegido a Daniel.

—Odio a Michael, por su culpa estoy en esta situación —se lamentó Laura, estallando en llanto.

Minerva se levantó de su silla y la abrazó con suavidad.

—Se está acercando la fecha de la boda, es normal que estés nerviosa. No es lo mismo hablar sobre una situación que hacerla realidad, ¿verdad?

—No es eso, sabes que yo no soy muy pasional y me tomo las cosas con mucha calma. Pero ahora me siento alterada, rara, es como si me hubiese picado un mosquito venenoso. Me parece que todo va mal y estoy muy enfadada. El prisma con el que observo el mundo ha cambiado de lentilla, todo lo que antes me parecía blanco, hoy se ha convertido en negro. —Y le contó a su amiga lo que acababa de pasar en la reunión.

—¡Pero, amiga! —se asombró, Minerva—. ¿No dijiste que Rhett era insoportable?

—¡Y lo es! —exclamó plenamente convencida—. No sabes cómo se ha portado hoy conmigo. ¡Fatal! Delante de todo el mundo, me pidió explicaciones por haber tardado unos minutos de nada. No me había dado tiempo ni de saludar que lo escuché decir con altanería: «Señorita Hills, llega veintidós minutos tarde».

—¿Entonces? —insistió Minerva—. Sé sincera conmigo para que te pueda ayudar. Algo tuvo que haber pasado para que cometas semejante disparate.

—Quiero ser sincera, pero aún no sé qué me ocurre. Primero, me molestó sobremanera el distanciamiento de Rhett, creo que me esperaba otra cosa de él, ya sabes, una mirada cálida, gestos de amabilidad, después de haberme dicho en tu pedida que estaba enamorado de mí.

—¿Te dijo eso?! —volvió a asombrarse su amiga—. No me lo habías contado. Y tú ¿qué le contestaste?

—Nada, porque no me dio tiempo a reaccionar. Me lo soltó así sin más y se marchó —continuó, colérica—. Fue muy extraño todo; después de eso, no ha vuelto a buscarme ni he sabido nada más sobre él. Hasta hoy, en la reunión.

—Tú tampoco lo buscaste —observó Minerva, con tranquilidad—. Dejaste entender que sus sentimientos no te importaban.

—¿Crees que él esperó que lo hiciera?

—Yo pienso que sí —opinó la médica, al tiempo que arrugaba el entrecejo—. Es un hombre adulto de treinta y tres años, no creo que se declare todos los días. O, por lo menos, no creo que lo haga así a la ligera.

—No pienses tan bien de él porque no se lo merece. Es un mujeriego. Hoy en la reunión me he dado cuenta de que tiene un idilio con su directora financiera. Una mujer barata y sin estilo. ¡No paraba de enseñarle los muslos por debajo de la mesa! —declaró, ofuscada—. Y tiene unas muñecas gruesas como la boca de un tarro. ¿Te lo puedes creer?

—¿Y a ti qué más te da? —se sorprendió, Minerva—. Pareces celosa. La boca de un tarro, dice. ¿De dónde has sacado esta maldad, señorita Hills?

A pesar de su ceño contrariado, el gesto de Laura se suavizó.

—¡No! —exclamó, cubriéndose la cara con las manos—. Esto no me puede estar pasando a mí. No puedo estar celosa de... ¡Rhett Mendoza! Jolín, Minerva, en vez de ayudarme a salir de este pozo, me afondas aún más.

—Cálmate, no lo sabemos con seguridad. Con todo lo que me cuentas, empiezo a intuir dos teorías. Las cosas siempre ocurren por alguna razón.

Laura apartó las manos de su rostro, que lucía un poco más contento: —Sabía que tu sentido de la realidad me ayudaría. Doy gracias al universo porque eres mi amiga. Dime tus teorías, por favor.

Minerva rio complacida.

—Mi primera teoría es la siguiente: es posible que estés atraída por Rhett desde vuestro primer encuentro en Dark Face. Y que digo posible, es más que probable que así sea porque, querida mía, lo que ahí ocurrió fue importante. Te guste o no, lo admitas o no, Rhett Mendoza fue el primer hombre en tu vida. Como él te ha subido en un pedestal, te has permitido el lujo de menospreciar sus sentimientos porque pensabas que lo iba a hacer siempre. Sin embargo, hoy te ha tratado de manera distinta y ha hecho saltar la primera señal de alarma. Al entrar en escena una mujer que le interesa, encendió en ti la segunda señal de alarma. Mi querida amiga, hoy tu amor propio se ha visto ignorado, y no te ha gustado nada. Por esto, anunciaste a la desesperada que

puede que ahora sí te interese. Todo lo que digo tiene mucho sentido, pero hay algo que no me cuadra.

—¿El que? —preguntó Laura, con la cara desencajada por la impresión que le había dejado la teoría número uno.

—No me has nombrado para nada a Daniel. ¿Ha dicho algo que te haya molestado? Al fin y al cabo, él ha quedado fatal hoy. Pobre, me da hasta risa imaginármelo preocupado por perderse la despedida de soltero.

—Sí, imagínate, parecía un crío; además, hoy he comprendido que es un cobarde. Cuando su hermano me riñó por haber llegado tarde, no articuló ni una palabra para interceder por mí. ¡Ni una sola! Se quedó con el culo pegado a su silla y una estúpida sonrisa dibujada en el rostro. Yo necesito un hombre fuerte a mi lado, alguien de quien pueda aprender y sentirme orgullosa, no un niño que no mueve un solo dedo en mi defensa y que está más preocupado por las burlas de sus amigos que del hecho en sí. Por muy rubio y precioso que sea, mi prisma de hoy ha vislumbrado su verdadera cara.

—Entonces... ¿te has decidido por Rhett? —preguntó Minerva, levantando las cejas con incredulidad.

—No... del todo. Vamos a ver la teoría número dos.

Minerva resopló y las dos soltaron una sonora carcajada. Cuando estuvieran más calmadas, su amiga expuso su segunda teoría: —Puede que seas presuntuosa y lo hayas hecho por pura vanidad. Hasta ahora, él ha ido detrás de ti y has disfrutado rechazándolo. Como un juego. Hoy te han quitado el juego y no te ha sentado bien. No quieres el juguete para ti, pero tampoco se lo quieres dejar a otra. Como una niña caprichosa, has saltado hoy por puro instinto.

Laura volvió a cubrirse la cara con las manos.

—Y si es así, cometeré un grave error —se lamentó ella—. Si lo elijo ahora, se puede ilusionar. Y le puedo hacer daño.

Minerva asintió con la cabeza y le dijo con suavidad: —Solo tú tienes la respuesta. Piénsalo mucho, por favor. No juegues con los sentimientos de las

personas. Duele. Te lo digo por propia experiencia. Y una cosa más —añadió, mientras miraba el reloj con el ceño fruncido, señal de que tenía que reincorporarse a su trabajo—. ¿Quieres saber quién es mi favorito?

—¡Claro! —exclamó Laura, ansiosa—. No sabía que tenías uno.

—En la fiesta de mi pedida, te vi bailando con Daniel. Hacéis una pareja bonita, pero no creo que seáis compatibles. Demasiado parecidos. Yo creo que Rhett es la persona que tú necesitas. Y por su forma de mirarte, me he dado cuenta de que está loco por ti. Solo espero que no lo hayas alejado con tu comportamiento.

Capítulo 19

Rhett se tumbó sobre la cama, cerró los ojos, buscando encontrar armonía entre su cuerpo y su mente. Había tenido un mal día. Relajó los músculos y se dejó envolver por una deliciosa sensación de serenidad.

Un sonido estridente le estropeó la paz recién alcanzada. Se giró hacia el sonido y observó en la pantalla del móvil parpadear el nombre de Laura. Apagó el teléfono y buscó de nuevo relajarse.

Pero ya no pudo encontrar la paz. Su cama de metro ochenta le pareció de repente muy pequeña e incómoda. Se levantó malhumorado y volvió a encender el móvil, preguntándose si Laura lo habría llamado de verdad o se lo estuvo imaginando.

En los últimos quince días se había obligado a no buscarla. Desde que le había declarado su amor en la fiesta de su amiga, su lado emocional había esperado ansioso alguna respuesta por su parte. No había dado señales de vida, por lo que tuvo que hacerse la idea de haber perdido a la segunda mujer de su vida. Y comprendió que debía dejarla marchar para que emprendiera su camino al lado de su hermano.

Mientras estuvo alejado de ella, su decisión se sustentó bastante bien. Hasta había llegado a pensar que solo había sido una obsesión pasajera y que la serpiente estaba dominada. Pero ese mismo día, nada más verla aparecer en la sala de reuniones de su oficina, notó su voluntad doblegarse. Creyó que había superado el momento crítico, pero al parecer no era así. Laura estaba metida en su alma más de lo que le gustaba reconocer.

Ante ese doloroso descubrimiento, se enfadó muchísimo con él mismo, con ella y con el mundo entero. Para desahogarse, había descargado toda su ira

interna en su contra, aprovechando el hecho que había llegado tarde. La vio sorprendida y descolocada. La señorita noble no estaba acostumbrada a rendir cuentas. Vaya que no.

Atacarla lo había hecho sentirse bien y hubiera continuado si Harrison no hubiese intervenido para calmar los ánimos.

Laura había parecido diferente y, en más de una ocasión, sus miradas se habían cruzado. Antes de abandonar la reunión, había declarado delante de todo el mundo que no estaba segura de querer casarse con Daniel.

Era la primera vez que Laura dudaba con respeto a eso. ¿Qué podría significar el cambio de su actitud? Podía ser que el perfecto Daniel acababa de ser destronado, o que estuviera empezando a tener interés por él. Pero Rhett no quería hacerse esperanzas.

Recordó el final de la reunión. Daniel tenía el rostro enrojecido por la sorpresa recibida y le pedía explicaciones con la mirada. Harrison resoplaba apurado, intentado poner orden. Laura se salió del guion que ella misma había escrito y, al verse presionada, se marchó apresurada.

—Siento mucho todo esto... me gustaría pensarlo un día más. Mañana tendrán mi decisión definitiva.

Rhett regresó a la realidad y casi ahogó un grito de sorpresa al comprobar que, en efecto, lo había llamado, no en una ocasión, sino en cuatro. En su móvil tenía cuatro flamantes llamadas perdidas suyas.

Mientras dudaba de si debía devolverle las llamadas o no, escuchó el telefonillo de su ático. No esperaba a nadie. Se acercó al monitor del video portero y se quedó con la boca abierta al ver la desafiante mirada azul de ella enfocar sin disimulo la camera. Descolgó el telefonillo y abrió la puerta.

Quince segundos después, el ascensor paró en la planta veinticinco, donde vivía Rhett. Los altos tacones de Laura pisaron el suelo con firmeza hasta que llegaron a su puerta.

Él la esperó paciente apoyado en el marco. Laura se paró delante del anfitrión, esbozó una tímida sonrisa y dijo con desenvoltura: —Hace algún

tiempo, viniste a mi casa sin ser invitado. Ha llegado la hora de devolverte la visita. —Y, enseñándole la bolsa de papel que llevaba en la mano, añadió—: Por cierto, he traído la cena.

Él se apartó a un costado y la dejó pasar. Laura avanzó en el interior segura de sí misma, dejó la bolsa sobre la mesita de la entrada y se acercó con paso firme a la pared central de cristal, desde donde Londres lucía en todo su esplendor.

—¡Menudas vistas tienes! —Admiró sin disimular el paisaje urbano. Luego, acordándose de que había llegado de improviso, añadió—: Necesito hablar contigo.

Él consiguió, por fin, despertar de la sorpresa y la miró abiertamente.

—Pues... soy todo tuyo. Estoy, como comprenderás, más que desconcertado por tu actitud de hoy.

—Lo sé. —Laura vaciló, cohibida—. Tuve un día raro... no sé ni yo misma por dónde comenzar.

—Primero, señorita Hills —dijo, acercándose a ella—, yo soy un buen anfitrión. No hemos quedado, pero, ya que estás aquí, te considero mi invitada. Dame tu abrigo, por favor.

La joven se sorprendió por su amabilidad y titubeó un momento. Se desprendió de su abrigo de manga larga con bolsillos de *tweed* y se lo entregó para que lo guardase.

—De camino, encontré un *bistró* abierto. No conozco tus gustos, compré pollo flambeado con coñac —comentó al tiempo que señalaba la bolsa de papel—. Es un clásico, espero que te guste.

—¿Cómo sabías qué estaba en casa? —preguntó sosteniéndole la mirada.

—No lo sabía —reconoció al tiempo que levantaba los hombros con indiferencia—. Cómo no contestabas mis llamadas, decidí intentarlo.

—Si no contestabas tus llamadas... es posible... que estuviera ocupado —observó Rhett, sin querer ceder tan rápido.

—¿Lo estás? —preguntó alerta, mirando a su alrededor con sumo interés.

—No, no lo estoy —admitió él, con franqueza.

—Bien, entonces, vamos a poner la mesa para probar el pollo —propuso la invitada, al tiempo que lo interrogaba con la mirada sobre la ubicación de la cocina.

Él le indicó el camino y pasaron a una estancia enorme, que tenía la pared frontal formada desde el techo hasta el suelo de cristal. Ornamentada en colores oscuros, la estancia estaba reluciente, parecía un lugar de decoración de alguna tienda de muebles caros en vez de una utilizable.

—¿Guisas alguna vez aquí? —se interesó mientras daba vueltas por la cocina con la bolsa en la mano—. No parece que sea funcional.

—Te sorprenderían las cosas que se pueden hacer en mi cocina. —Rhett le sonrió con picardía, al tiempo que miraba con intención la isleta ancha que brillaba en medio de la estancia.

Laura se puso roja como un tomate al imaginarse una pose de los dos, desnudos y apoyados en el marco de granito. Dios Santo, ¿y por qué se imaginaba semejante disparate?

Capítulo 20

Mientras el anfitrión sacaba de un cajón un mantel blanco impoluto y lo colocaba con cuidado sobre la mesa del salón, la invitada se quitó los llamativos zapatos de tacón que llevaba puestos desde primera hora de la mañana y exhaló un suspiro de puro gozo: —¿Tienes zapatillas de casa de reserva? —Y, mirando con intención sus pies, añadió—: Me están matando los tacones.

Él dejó el mantel de lado y se dirigió hacia otra estancia, que Laura supuso que sería su dormitorio. Se le reseco la boca pensando que había invadido la intimidad de él con tanto descaro.

—¿Pijama necesitas? —lo escuchó preguntar.

Suspiró, se merecía la burla. Rhett regresó con unas zapatillas grandes, color azul oscuro, que dejó con gesto ceremonioso al lado de sus pies: —Cuarenta y cinco. Es mi talla, tendrás que conformarte. No esperaba tener invitados esta noche y, por norma general, la mayoría de los que vienen aguantan los tacones, no me piden zapatillas.

Ella los calzó con rapidez y, debido a que eran seis números mayores de lo que gastaba, anduvo con dificultad. Tenía un aspecto gracioso, puesto que el pantalón ajustado de cuero que llevaba puesto no casaba bien con las grandes zapatillas. Rhett soltó una carcajada sonora, y ella lo imitó pocos segundos después.

Más relajados se sentaron en la mesa. Mientras él sacaba el corcho de la botella de vino, ella observaba sus movimientos de forma disimulada. Rhett vestía un suéter en pico, en tono azul marino con rayas horizontales blancas, y unos pantalones de algodón de color beige, que se sujetaban a su cintura con

un cinturón estrecho color tostado. El pelo lo llevaba un poco más corto que de costumbre y la cicatriz de la sien potenciaba una mirada agradable. Unas pestañas largas y gruesas, de color negro intenso como su pelo, custodiaban sus ojos oscuros, que parpadeaban agitados. Laura nunca lo había mirado con atención y tuvo que admitir que Rhett Mendoza era un hombre interesante y atractivo. ¿Cómo no lo había visto antes?

Sintió la necesidad de hacer algo, por lo que se dispuso a sacar la comida del interior de la bolsa. Rhett dejó el sacacorchos y sirvió vino en las copas de cristal que previamente había dejado sobre la mesa. Cuando finalizó su tarea, alzó la suya en señal de brindis.

—Bienvenida a mi casa. Brindo por tu extraño comportamiento y, para serte sincero, pienso que eres una impostora. Nada de lo que hiciste hoy tiene sentido.

Ella sonrió algo cohibida y alzó su propia copa. Sabía que muy pronto tendría que descubrir sus cartas. Todas.

Ajeno a su tormenta interna, Rhett agarró un cuchillo y cortó un trozo de pollo que depositó en el plato de ella, luego hizo lo mismo para él. Mientras tanto, Laura se encargó de aliñar la ensalada de canónigos con vinagreta tibia y la colocó en medio de ambos.

—Vamos a probar la carne y luego intentaré darte una explicación —propuso ella, mientras pinchaba con el tenedor una hoja verde y la llevaba a la boca—. Se va a enfriar y es una pena, huele de maravilla.

Él asintió y comenzaron a comer en silencio. El plato resultó ser muy apetecible y el vino muy acertado; sin embargo, Laura apenas lo probó. Después de unos largos minutos de intentar aparentar normalidad apartó el plato medio lleno y, sin más preámbulos, anunció: —¡He decidido casarme contigo!

Ante esa afirmación, Rhett se quedó con el tenedor a medio camino de su boca. No pudo finalizar el gesto y lo dejó sobre el plato. Cogió el vaso de vino y lo miró un largo rato como si la explicación a lo que acababa de

sucedir se encontrase en el incesante movimiento de las burbujas.

—¿Casarte conmigo? —repitió finalmente al tiempo que clavaba sus oscuros ojos en ella—. ¿Por qué? Esta opción nunca ha entrado en tus planes.

Ella vaciló un par de segundos, intimidada por la tensión creada.

—No lo sé todavía.

—Laura, lo siento, pero, si no me das una buena explicación, no me casaré contigo —apuntó con voz potente y decidida—. He sido sincero contigo siempre, te confesé mis sentimientos, hasta te dije que me estaba enamorando de ti. Desde nuestra última conversación, en la fiesta de tus amigos, lo he pasado bastante mal. Me pediste aquel día que te dejase ir y, según ves, he cumplido tu deseo. ¿A qué se debe tu cambio de actitud? ¿Qué tipo de matrimonio quieres?

—Sé que mi actitud parece la de una niña mimada que no sabe lo que quiere y, en parte, es verdad. —Laura soltó un largo suspiro—. No es fácil enfrentarme a mi realidad de ahora. Pensaba que era más fuerte de lo que soy en realidad. En un principio elegí a Daniel porque somos parecidos y tiene fácil trato. La primera impresión que me llevé de ti, nada más conocerte, no fue precisamente buena: parecíamos incompatibles y diferentes. Y luego, me enteré... lo de esa noche.

Tomó un sorbo de vino para refrescar su boca seca y continuó: —Cuando supe lo de Dark Face, el mundo se me cayó encima. Imagínate lo que fue para mí saber que un extraño conocía mi secreto más oscuro. He crecido en un mundo rígido, plagado de prejuicios, no creas que frecuento lugares como Dark Face todos los días. Me da mucha vergüenza que alguien conozca mi secreto y que ese alguien sea mi marido.

Rhett dejó los cubiertos sobre el plato y volvió a llenar las copas con vino. El líquido color dorado emitía destellos luminosos desde las copas de cristal. Ella probó un sorbo y continuó su discurso con voz temblorosa.

—Me imagino que te habrás preguntado lo que sentí cuando me declaraste tu amor. Para serte sincera, nada. Por todas las razones que te acabo de contar,

nunca me he planteado una opción contigo, siempre te he considerado un estorbo en mi camino. Quería una transacción rápida y limpia. Y Daniel... parecía perfecto.

—¿Entonces? —preguntó ligeramente contrariado—. Estás a un paso de tener tu transacción limpia y rápida. ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

Laura fijó su vista azulada en los ojos oscuros de él y continuó con franqueza: —Hoy, en la reunión, comencé a tener dudas. Daniel es un chico estupendo, pero infantil y bastante débil, y es más que obvio que yo necesito a mi lado a alguien fuerte, aun cuando se trate de un matrimonio de conveniencia.

—Laura, si es por eso, no tienes por qué preocuparte, tus empresas estarán bien, Lynn y yo cuidaremos de ellas. Te lo prometo. En cualquiera de los casos, yo gestionaré tus finanzas, es el trato que mi familia hizo con la tuya —apuntó en tono tranquilizador.

—Ya, Lynn —resopló, de forma despectiva—. Es un todo en uno, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó, confundido.

—Es tu directora financiera, tu amante, tu asesora —escuchó ella su voz decir, demasiado tarde para poder pararla. ¡Ya está! Lo había soltado.

Ante su reproche velado, los ojos de Rhett se convirtieron en dos pelotas de ping pong.

—Lynn no es mi amante, solo nos hemos acostado alguna vez que otra. Y no sé por qué tuviste que sacar el tema, no es de tu incumbencia —le recriminó contrariado.

—Ya que la nombraste la salvadora de mis empresas, es de mi incumbencia —subrayó con desdén sus últimas palabras sintiéndose cada vez más acalorada.

—Laura, estoy intentando entenderte. —Rhett juntó las manos en actitud reflexiva—. Pero no consigo adivinar qué es lo que quieres de mí. Habla claro y no juegues conmigo. ¿En qué has pensado?

—En un matrimonio de conveniencia. Tú salvarás mis empresas y yo te

daré el reconocimiento social. Pongamos un plazo de un año. Tengo tres condiciones y aceptaré tres tuyas a cambio. —Al decir aquello sus mejillas se tiñeron de un rojo suave, muy parecido al color del suéter de cuello redondo que llevaba puesto—. Por supuesto, si son razonables.

—Esto se pone interesante. —Rhett se recostó contra el respaldo de la silla en actitud relajada—. Las damas primero.

Ella se pasó la lengua por su labio inferior, tragó saliva y dijo con voz entrecortada: —No tendremos intimidad, no puedes volver a Dark Face mientras estemos casados, ni acostarte de forma esporádica o regular con Lynn. ---Ante la sonrisa burlona de él, añadió—: Y viviremos en Hills House.

—Laura, querida, no me salen las cuentas —observó divertido—. Tus tres condiciones son cuatro.

Capítulo 21

La boda de Rhett y Laura se celebró el sábado 15 de diciembre de 2016, en la catedral de San Pablo, la segunda catedral más grande del mundo. La eligieron por su belleza y su historia y, también, con el objetivo de dar a conocer a Rhett Mendoza a la alta sociedad londinense. En la misma catedral se casaron, varias décadas atrás, el príncipe Carlos y Diana.

A las once de la mañana, el novio llegó puntual en un carruaje de caballos. Vestido de Enzo Romano, ofrecía un aspecto impecable. El esmoquin color negro intenso combinaba a la perfección con la camisa blanca impoluta y la pajarita de seda ponía el punto de elegancia exigido. Su mirada resplandeciente junto a la expresión de plenitud dibujada en su rostro denotaba que se encontraba, sin lugar a duda, en el mejor día de su vida.

Cuando entró en la iglesia del brazo de su madre, quedó sorprendido ante la multitud que ahí lo esperaban. No era lo mismo contar novecientos invitados sobre papel, que verlos a todos juntos apilados en la majestuosa catedral. Había un poco de todo; amigos íntimos suyos y de Laura, directivos del Grupo Mendoza y de las empresas Hills, abogados y otros colaboradores de las dos familias. También, políticos y empresarios importantes con los que Rhett tenía relación de negocios. Por último, se hallaba presente en la catedral toda la flor y nata de la alta sociedad londinense. Mujeres estiradas, que portaban pamelas enormes sobre sus cabezas, acompañadas por señores enfundados en trajes sobrios y caros.

El novio le sonrió a su madre, quién pisaba con firmeza las relucientes baldosas de la catedral, contenta por reencontrarse con su pasado, puesto que una parte de su familia se encontraba presente. Así como habían sospechado,

con aquella unión habían estrechado lazos y su madre comenzó a recuperar el prestigio perdido años atrás. Y Rhett quedó satisfecho por partida doble; él encontró la felicidad y su madre, el orgullo perdido.

Veinte minutos más tarde, la futura señora Mendoza hizo su aparición del brazo de un tío suyo, un señor alto y delgado que tenía más títulos nobiliarios que pelos en la cabeza.

Rhett pensó en ese momento que era la mujer más hermosa que había visto jamás.

El vestido de novia, confeccionado de una sola pieza, con cierre tipo corsé, le delimitaba la cintura con una franja ancha bordada a mano con oro blanco. La parte de abajo, compuesta por varias capas sobrepuestas, tenía mucho volumen, y con cada paso que daba hacia bailar a su alrededor la seda natural del vestido. Al igual que la cintura, tenía los bajos y el escote bordados a mano con oro blanco.

Una pequeña tiara de diamantes le sujetaba el velo largo y vaporoso. El único toque de color, que resaltaba sobre el impecable vestido, era un pequeño ramo de flores, compuesto por rosas amarillas.

Laura se despidió de su tío y se situó al lado de futuro marido. Sus miradas se encontraron y esbozaron una enorme sonrisa. Juntaron las manos delante del clérigo que oficiaba el matrimonio y, con los nervios a flor de piel, se pasaron las arras sagradas, jurando cuidarse y quererse toda la vida.

Mientras realizaban el ritual, él se preguntó si lo que estaba sucediendo era realidad o solo una ilusión. ¿Cumpliría ella los juramentos?

Cuando el clérigo pidió los anillos, apareció Minerva, una preciosa chica española que, como mejor amiga de la novia, cumplía con su deber de dama de honor. A Rhett le caía muy bien y sabía que el trato era mutuo. Minerva se acercó con timidez y entregó los anillos. Su vaporoso vestido color violeta pálido enmarcaba su cuerpo voluptuoso y, al llegar junto a la novia, se sonrieron con afecto. Momentos después, los dos lucían con orgullo en el dedo anular izquierdo una alianza ancha de oro blanco y platino, gravada con sus

iniciales: R y L.

Tras finalizar la ceremonia, un sonriente Rhett tomó la mano de su recién estrenada mujer y, entre felicitaciones, abrazos y vítores, salieron airoso de la imponente catedral, rumbo al restaurante donde se celebraría el banquete.

Se trataba de un castillo antiguo, habilitado para el evento bajo la atenta mirada de su suegra, Anne Hills. Se había encargado en persona de todos los detalles, por lo que, en la entrada, los invitados se encontraron con ornamentos florales de rosas blancas y amarillas envueltas en sendas hiedras, que formaban un hilo floral continuo y sinuoso.

Una banda de música clásica tocaba unos acordes suaves, afines al principio de la velada. Mesas redondas decoradas con manteles de tela egipcia, rodeadas por sillas revestidas de seda color champán, esperaban ser ocupadas por los invitados.

En la mesa de los novios se sentaron los padres de Rhett, Anne Hills, Daniel --el perjudicado de la noche--, Harrison y el padrino de la boda, acompañado por su mujer.

Can't help falling in love fue la canción elegida para abrir el baile, interpretada por Michael Buble. Aparte de ser una canción romántica, su letra era muy acertada para el caso del novio.

No había podido evitar enamorarse de ella. Le había ofrecido su mano y, con ella, su vida entera, como un río que fluye hacia el mar.

Días atrás habían ensayado el baile, por lo que, al hacerla girar sobre sí misma un par de veces, arrancaron los aplausos más sinceros de los invitados. El baile finalizó con un momento emotivo; Rhett, embriagado por la felicidad, le acogió el rostro entre sus manos y acercó sus labios a los de ella. Fue un momento corto e intenso. Ella se dejó besar, sin embargo, su cuerpo se crispó y sus labios se tensaron en una inequívoca señal de rechazo. Unos destellos cortantes aparecieron en su mirada azulada y encendieron la primera señal de alarma en el rebotante corazón de Rhett.

¿Ella no sentía lo mismo que él en ese instante?

Habían acordado casarse por interés mutuo, pero sus tres condiciones habían sido las siguientes: 1. Intentar que el matrimonio funcionase de verdad.

2. Ella no podía volver a Dark Face.

3. No podía acercarse a Daniel.

Ella aceptó sus condiciones, así como él accedió a las suyas. ¿Se estaba él ilusionando con algo irreal?

Ahuyentó aquellos pensamientos e intentó disfrutar de su noche. Pero una garra desconocida estranguló su rebotante felicidad y la serpiente venenosa de la duda comenzó a removerse a sus anchas en su interior.

La parte final de la velada fue compuesta por buena música, bailes y platos exquisitos que se paseaban por las mesas, unos detrás de otros.

La anécdota de la noche la protagonizó, sin intención Anne, a quien John Smith, un adinerado empresario, invitó a bailar y no paró de dar vueltas a su alrededor, ante la desesperación de esta.

Una sola persona no bailó.

Daniel Mendoza no se despegó de su silla, ni sonrió en toda la noche. Miraba impotente cómo su hermano mayor le acababa de robar su vida.

Capítulo 22

Michael había fijado su residencia en Primosten, un pequeño pueblo de pescadores del litoral del mar Adriático, formado por casas de madera ataviadas con tejados inclinados y rodeadas por sendos bosques de pino, donde se entremezclaba de forma armoniosa el olor salado del mar con la frescura de los abetos.

No había planeado vivir allí, simplemente había dejado de tomar decisiones y de intervenir en el curso de su vida. Depositar todo el peso de sus problemas sobre los hombros de su hermana Laura había sido la última decisión que había tomado. Y la más difícil.

No se sentía orgulloso lo que había hecho, pero la necesidad de alejarse de todo había sido más fuerte que su sentido de la responsabilidad. A veces, se arrepentía y se llamaba a sí mismo cobarde y, otras tantas, estaba seguro de haber hecho lo correcto.

El día que había dejado atrás su vida se llevó consigo el pasaporte y dos mil libras, pero dejó, por orgullo, todas sus tarjetas y objetos de valor. Había acudido a la estación de trenes y se había subido en el primer tren que había parado en el andén. No tenía rumbo alguno, así que había dejado al destino elegir por él.

Días más tarde, tras varias combinaciones de trenes, había llegado a Primosten y sorprendido por la belleza del lugar y la paz que transmitía.

Había deambulado varios días por la playa; al ser pleno verano, no necesitó alojamiento puesto que la fina arena lo abrazaba cada noche, mientras ahogaba sus penas en el vino de la región.

Su cara adquirió color y su cuerpo consiguió relajarse. En aquel bonito

pueblo de pescadores, Michael aprendió qué era la soledad, la tranquilidad, el hambre y la sensación de no tener nada. El día que se quedó sin dinero, pensó con amargura que, hasta en los más paradisíacos lugares, existían las preocupaciones. Se preguntó a que recurriría una persona cuando le apretaba el hambre y no podía permitirse pagar nada.

Ese día acudió al pequeño bar de la playa y pidió comida. Al principio, los locales lo sorprendieron con su hospitalidad, casi un mes vivió de sus buenas intenciones. Pero llegó un día que hasta el más amable pescador le aconsejó buscarse la vida.

Entonces, Michael comenzó a descargar pescado en el puerto. Lo poquito que ganaba lo gastaba en bebida y, si algo le sobraba, compraba comida.

Sin embargo, con la llegada del otoño, las noches se volvieron frescas y comprendió que necesitaba una vivienda. Por suerte, con su caro reloj Cartier, que se había quedado olvidado en su muñeca, consiguió hacer un trueque. Lo entregó a cambio de un año de alquiler en una cabaña de madera. Y, día tras día, dejaba su vida cursar sin intervenir. No pensaba en el pasado, ni planeaba el futuro.

Un día cualquiera, salió de su pequeña cabaña y se encontró de frente con un sol muy brillante e intenso. Lo cegó y apartó la vista, preguntándose qué hora sería. Por el crujido de sus tripas, dedujo que era tarde. El hambre era una sensación nueva y apremiante que, después de varios meses de penurias, había aprendido a controlar. Sin embargo, lo que no podía retrasar era la sensación de agobio que le producía la falta de alcohol. Rebuscó en su bolsillo y encontró unas monedas. Cuando terminó de contarlas, su humor empeoró al comprender que no tenía suficiente.

Malhumorado, acudió al pequeño bar, situado a la orilla de la playa que reunía a los pescadores que salían cada mañana temprano a faenar.

En la terraza divisó un grupo de turistas. Apresuró el paso, pensando que sería su oportunidad para sacar algo de dinero y aplacar el hambre que sentía.

Estaba de suerte; los turistas eran escoceses. Michael se presentó y ofreció

sus servicios como guía turístico, pidiendo cobrar cinco libras la hora. Los turistas miraron extrañados a aquel hombre delgado y mal vestido, con el pelo largo y ondulado y la cara atizada por el viento y el sol. Pero sus modales y su acento impecable les inspiraron confianza y lo contrataron.

Michael sintió la felicidad invadir su maltrecho cuerpo. Trabajar un par de días como guía significaba no pasar hambre, ni sufrir agobio por falta de alcohol. Los próximos días serían felices. Así de simple.

Tras sellar el acuerdo, sus compatriotas lo invitaron a almorzar. Michael tomó una copa de vino y, cuando el gusano que convivía con él quedó satisfecho, comió un bocata de pan con queso.

Después del almuerzo, llevó a los cinco turistas para hacer un *tour* por la playa Radica, una de las más bonitas de Croacia. Sus compatriotas quedaron encantados con el entorno y decidieron pasar ahí el día entero. Mientras tomaban un descanso, una chica rolliza se acercó a él y le preguntó: —Por tu acento pareces inglés, y uno con buena educación, ¿cuál es tu historia?

—No tengo ninguna historia, he decidido vivir aquí y punto. Soy un hombre sin pasado, que vive el presente como quiere —contestó, malhumorado.

—Pero esto no es posible. —La chica rio—. Por mucho que deseemos huir del pasado, siempre estará en nosotros. ¿Fue por una mujer? —insistió.

—No, no fue por una mujer —le contestó Michael, arisco—. Déjame en paz.

—¡Vale, vale! —La chica levantó las manos en señal de rendición—. Si no fue por una mujer, ¿qué pasó?

Como respuesta, se alejó de ella lanzándole una mirada ofuscada. Sin poder evitarlo, a su retina comenzaron a llegarle imágenes de Laura y de su madre, de Giulia y de su fallecido padre. Se sentó en una roca solitaria y clavó su vista en la inmensidad azul del mar.

La chica entrometida, pasó por su lado y, tras sacar algunas bonitas instantáneas del lugar, le dijo sin mirarlo: —El pasado nunca desaparece, a

cualquier lugar irá contigo. No te engañes a ti mismo.

Michael fingió no escucharla y abrió la última cerveza que le quedaba.

Capítulo 23

Residencia Hills House esperaba silenciosa la llegada de los recién estrenados duques de Hills.

Anne decidió abandonar su casa para marcharse a su vivienda de invierno, situada en Sussex, en el Sur de Inglaterra. Discutió con Laura acerca del personal que debía de permanecer en la casa y, ante las insistencias de esta, accedió a llevarse el personal con ella y dejó Hills House a cargo de la tercera doncella, de una cocinera, una limpiadora y un jardinero.

Rogó, insistió y suplicó a su hija para que no hiciera el ridículo solo con cuatro empleados, pero Laura estaba plenamente convencida de que cuatro personas eran más que suficientes para atenderlos a ella y a su marido. Anne pensó malhumorada que la juventud actual no sabía nada de la vida.

Dispuso preparar en la primera planta dos apartamentos completos, uno para Laura y otro para su marido.

No sabía qué tipo de relación tendría su hija con su recién estrenado marido, puesto que, en un principio, Laura se había decantado por Daniel y, en el último momento, había cambiado de opinión y se había casado con su hermano. Cuando su madre le había preguntado el motivo, ella levantó los hombros con indiferencia y había dicho que Rhett le pareció más indicado que su hermano. Anne no le creyó, sabía que algo debió de haber pasado entre su yerno y su hija; no obstante, se conformó con la versión que Laura estuvo dispuesta a darle.

Ordenó preparar la habitación de Laura acorde a una noche de bodas. Vistió su cama con sábanas de seda y en una cubitera dejó enfriar un buen champán francés. Compró para su hija un *negligé* blanco de satén con su bata

acorde y, para su yerno, un pijama de seda color gris oscuro.

Anne deseó de todo corazón que la relación entre ambos fuera verdadera y no solo una cortina para tapar las miserias que cada uno llevaba debajo del brazo.

¡Su única hija se casaba por dinero! Le horrorizaba pensar que, detrás de todas las rosas envueltas en hiedras, se escondía un sucio matrimonio salpicado por intereses vulgares como el dinero y la ascensión social. Cuando quedaban unos pocos invitados, se acercó a su hija: —Estoy agotada. Me voy a dormir a tu casa, mañana temprano salgo para Sussex. En Hills House está todo dispuesto. Sé amable con tu marido, eres anfitriona, se horrorizará al ver que solo dispones de cuatro empleadas en la casa.

Laura alzó la vista hacia el techo abovedado.

—Deja de preocuparte, te aseguro que mi marido no me dejará en nuestra primera noche por no tener la puerta custodiada por un lacayo.

—¡Un lacayo es una necesidad primordial en una casa! —soltó su madre con vehemencia y, tras ver a su hija reír, añadió—: Sí, ríe, ríe, ¿no has aprendido nada de mí?

—¡Mamá! —exclamó de buen humor, mientras se acercaba y le daba un beso en mejilla—. He aprendido demasiadas cosas de ti.

Su madre se quedó rígida puesto que no le gustaban los gestos de afecto y menos en público.

—Estos gestos son el resultado de tu amistad con la española. Sabes que no los apruebo.

—Pues te pierdes de lo más bonito de la vida —la compadeció su hija con dulzura—. El calor humano es muy reconfortante, y nosotras nos lo perdemos tras la excusa de las apariencias.

—Miedo me da de lo que encontraré a mi regreso dentro de unos meses. ¿Qué será de ti? —preguntó Anne de forma retórica, mientras negaba con la cabeza—. Casada con un medio mejicano, amiga de una española, y sin lacayo en la puerta.

Laura rio de buena gana y le volvió a dar un beso en la mejilla. Su madre, en esta ocasión, abrazó a su hija: —Te deseo mucha suerte. —Y, mirándola a los ojos, le preguntó con preocupación—: ¿Puedo irme tranquila?

En ese instante llegó su yerno, justo a tiempo para escuchar la preocupación de Anne. Rodeó la cintura de Laura y apoyó la cabeza en su hombro: —Querida suegra, vete tranquila. Te prometo que tu hija se queda en buenas manos.

La mujer le lanzó una mirada de reprimenda por la familiaridad con lo que había hablado y el modo de abrazar a su hija en público. Dijo en tono afectado: —Rhett, querido, quedan todavía algunos invitados.

La mirada desconcertada de Rhett no captó el mensaje. Laura supo que tenía que intervenir para evitar el principio de la Tercera Guerra Mundial. Apartó las manos de su marido y se separó de él.

—Rhett, querido, no puedes abrazarme en público, ni le puedes hablar a mi madre de tú.

—Ah —soltó él, a modo de entendimiento—. Tomaré nota. Lo siento.

Laura sonrió divertida y su madre asintió con los labios apretados: —Gracias, querido. Hay otro aspecto sobre la casa que me gustaría hablarlo contigo antes de irme.

—¡Claro! —aceptó solícito.

—No consigo llegar a un entendimiento con Laura sobre los empleados de la casa. Hills House es una propiedad grande que necesita cuidados. Solo disponéis de cuatro personas a vuestro servicio —dijo apenada, clavando la vista en sus sofisticados zapatos de piel—. Y la casa no tiene lacayo.

Él comprendió que debía de fingir para tranquilizar a su suegra.

—Váyase tranquila, lo primero que haré mañana será contratar a más gente. —Y, mirando a Laura, dijo contrariado—: ¡Querida, no podemos vivir sin un lacayo!

Ella abrió la boca para protestar, pero al ver un brillo burlón en sus ojos, supo reconocerlo y le siguió la corriente para tranquilizar a su madre.

—Puede... que tengáis razón —accedió, vencida.

Anne miró agradecida a su yerno y quedó complacida del modo como había sabido resolver aquel asunto tan importante. Ahora sabía que dejaba a su hija en buenas manos.

Se despidieron apenas tocándose las caras. Mientras Anne se disponía a buscar al chofer, se acercó a ella un hombre mayor y bien parecido.

—Señora Hills, observo que está en pie de salida, ¿la puedo acompañar a su casa?

—¡Sería genial! —exclamó la novia, mientras le tendía la mano al hombre—. Soy Laura, no he tenido el gusto de conocerlo.

—John Smith —se presentó el hombre, mientras le besaba la mano de manera efusiva—. Es un placer. A su madre tuve el placer de conocerla esta noche.

—Nos hemos dado cuenta —intervino divertido el novio—. Soy Rhett Mendoza, encantado.

—Tu padre me invitó —dijo John Smith, mientras le daba la mano—. Enhorabuena por conseguir a Laura, una mujer que, sin lugar a duda, ha heredado la belleza de su madre.

Anne se ruborizó y decidió poner punto final a aquella extraña situación: —Señor Smith, es usted muy amable, pero mi chofer me está esperando. Buenas noches y gracias por acompañarnos en este día tan especial.

Y marchándose con dignidad dejó al distinguido señor desconcertado.

Capítulo 24

Rhett bajó el primero y abrió la puerta del copiloto para que su mujer pudiese salir. Su vista recorrió los alrededores de Hills House y quedó impresionado ante la grandeza del lugar.

—Sí que es grande la propiedad —dijo mientras se acercaban a la puerta de la entrada—. Puede que tu madre tenga razón con respecto a los empleados. Uno puede vagar por aquí durante días y no verlo todo.

Ella llevaba puesto todavía el vestido de novia y andaba con dificultad. El velo le colgaba de cualquier manera sobre el pelo despeinado. Al escuchar su observación, se paró en seco y le respondió malhumorada: —Rhett, estaremos aquí el tiempo mínimo posible. No te lo tomes todo tan en serio. Muchos empleados son una gran responsabilidad, no pararán de darme la lata con tonterías.

—Entonces, ¿por qué vivimos aquí? —preguntó él, desconcertado—. Los dos disponemos de vivienda en la ciudad, desde aquí tardaremos más de media hora para llegar a Londres.

—Porque somos los nuevos duques de Hills. Los poseores de otros títulos nobiliarios acudirán aquí en los próximos días para conocerte. Será tu lanzamiento oficial. Y mi parte del trato se cumplirá.

Cuando llegaron delante de la puerta, Laura hizo el andén de entrar, pero él la detuvo.

—Espera un segundo. —Tiró de su cintura y la tomó en sus brazos. Después, empujó la puerta con la punta del pie y pisó con firmeza el suelo de la entrada. Laura forcejeó, riendo.

—Pero ¿qué haces? ¡Para! Déjame, ya no tenemos necesidad de fingir,

solo somos tú y yo.

Él despegó los labios para contestarle, pero se quedó la respuesta en la punta de la lengua al encontrarse en su campo visual con tres mujeres uniformadas, que esperaban en el medio de la estancia. Interrogó con la mirada a Laura, quien se soltó de sus brazos y enderezó su vestido de novia. Cuando estuvo presentable sonrió en dirección a las mujeres y las saludó. Una de ellas se adelantó un paso.

—Señora Hills. Señor Mendoza. ¡Felicidades! Hemos decidido esperar por si necesitaban algo. —Y, mirando hacia las otras dos mujeres, añadió en voz baja—: Solo quedamos nosotras en la casa.

—Lo sé, Marta, no te preocupes, mi marido y yo pasaremos aquí poco tiempo, no daremos mucho trabajo. Esta noche... no necesitamos nada. Muchas gracias por el detalle de habernos esperado, pero no era necesario. Por favor, iros a dormir.

Las tres empleadas saludaron con educación y se retiraron.

Laura comenzó a subir los escalones de una interminable escalera de roble y él siguió sus pasos, al tiempo que admiraba la lustrosa barandilla y las molduras de formas geométricas que se iniciaban en los peldaños y acababan debajo de la baranda. Tras llegar al primer piso, se extendió delante de ellos un largo pasillo, cubierto por una gruesa moqueta color mantequilla. Pasaron de largo dos puertas y accedieron a una espaciosa habitación decorada en tonos masculinos, con cuarto de baño y balcón integrado.

—Mi madre habilitó este apartamento para ti. —La novia señaló con la mano la estancia y continuó su presentación, como si fuese una agente inmobiliaria y Rhett el inquilino—. Desde aquí se puede acceder a un despacho, por si necesitas trabajar algún día desde casa, y hay otro acceso al vestidor, por si te traes algo de ropa.

Él no hizo comentario alguno con respecto al apartamento. Lanzó un largo suspiro y en su semblante se podía leer la decepción. Laura, al percatarse de su aflicción, preguntó preocupada: —¿No te gusta? Acércate, el despacho está

muy bien equipado y la habitación...

—Así que... haremos vidas separadas desde ya —murmulló pensativo ignorando de forma consciente los anexos que ella le enseñaba—. Se supone que es nuestra noche de bodas. ¿No podrías hacer de agente inmobiliario mañana y regalarme esta noche?

Sus miradas chocaron y una incómoda ola de silencio se instaló entre ellos.

—Es lo que acordamos. —Su voz sonó fría como el acero—. ¿Qué esperabas?

—Una de mis tres condiciones fue lo de intentar que esto funcionase. —Rhett buscó con insistencia encontrar una pequeña muestra de cariño o de comprensión—. Y tú aceptaste.

—Estoy demasiado cansada para tener esta conversación ahora —le contestó, arisca—. Ese es tu apartamento, por el momento, sabes todo lo que hay que saber; mañana te enseñaré el resto de la casa y te pondré al corriente con las reglas generales, me refiero a horarios de las comidas, cenas, etcétera. Buenas noches, Rhett.

Él no le contestó, ni tampoco le deseó buenas noches; se limitó a darle la espalda y comenzó a desabotonarse en silencio los botones de su camisa de bodas. Laura se quedó unos segundos en medio de la habitación, indecisa, pero ante su silencio salió de forma titubeante.

Instantes después entró en su propio cuarto y contempló pensativa a través de la luz de las velas el champán que se enfriaba en la cubitera. Se reprimió por su falta de tacto y se sintió mal por haber herido el orgullo de Rhett. Además, comprendía el hecho de que él se sintiera engañado.

El día que aceptó casarse con ella, le impuso sus tres condiciones y, una de ellas, había sido que ella consintiese que la relación entre ellos funcionase de verdad. El lado pasional de Laura, que había conocido a Rhett en la intimidad, deseaba con fervor un acercamiento --¿a quién le amargaba un dulce?--, pero su yo racional encontraba dudas por todas partes.

Dark Face estaba muy presente en sus pensamientos, pero ahora estaban en Hills House y las cosas eran bien distintas. Se habían casado y tenían por delante un cúmulo de responsabilidades y compromisos que no podían eludir.

Laura resolvió que no podía arriesgarse a tener intimidad, porque un fracaso emocional arruinaría su frágil relación antes de comenzar. Hasta que finalizara el año de compromiso, tendrían un trato cortés y educado.

Con esos pensamientos en la cabeza, intentó quitarse el vestido de novia, pero el apretado corsé parecía imposible de desatar. Pensó en llamar a una de las chicas de la casa, pero era muy tarde y ya les había dicho que no las necesitaba.

Descalza, con el pelo despeinado y el vestido medio desabrochado agarró el pijama de su marido, la botella de champán y dos vasos. Sus pensamientos giraron en torno a Rhett mientras pisaba la gruesa alfombra persa que cubría el pasillo. Tocó con suavidad y, al no recibir respuesta, entró.

Rhett se había quitado la camisa de bodas y lucía su torso desnudo. Seguía al lado de la ventana y contemplaba pensativo el alba a través del cristal. Al escucharla entrar, se giró, sorprendido. Ella sonrió de oreja a oreja, intentando insuflarle entusiasmo, y le enseñó la botella de champán: —Mi madre nos ha dejado una botella de champán. —La dejó sobre la mesa y le enseñó el pijama—. Y un obsequio para ti.

—Laura, yo no duermo con pijama, gracias. —Girándose molesto, le dio de nuevo la espalda—. Estaré solo en mi apartamento, no incomodaré a nadie.

Ella se acercó y se apoyó en el marco de la ventana. Buscó su mirada con insistencia y, cuando la encontró, dijo ruborizándose levemente: —No puedo quitarme el vestido de novia.

—¿Así que es eso? —Se giró hacia ella, luciendo en el rostro una mezcla de diversión y preocupación—. Solo me buscas por interés.

—También traje champán —se defendió con una mohín—. Y el pijama.

Él sonrió con amargura; dándole la vuelta con gesto brusco, le soltó los lazos del apretado corsé. Le aflojó el vestido y bajó despacio una manga,

después la otra. Las capas de seda bordadas a mano dejaron paso a sus hombros desnudos y, a duras penas, pudo frenar el deseo de acariciarle la piel. Enfadado consigo mismo, la volteó hacia él y le dijo con más brusquedad de la que pretendía: —Listo, ya puedes seguir tú misma.

—Gracias. Déjame que te invite a una copa y me iré a dormir —propuso ella—. No quiero que estés enfadado conmigo.

—Laura, estoy aquí para cumplir un trato, no para martirizarme. —Un ligero temblor hizo acto de presencia en su voz—. No tomaré champán con una mujer medio desnuda, para después vestirme con un pijama de seda y quedarme solo. Si quieres compañía, te quedas.

—¡Por favor! —suplicó ella—. Una copa para firmar la paz. Solo una.

Él suspiró y asintió con la cabeza. Se sentaron en el borde de la cama y chocaron.

—¡Por una bonita amistad! —brindó ella, mientras alzaba su copa.

—Laura, yo no quiero una bonita amistad. —Rhett imitó su gesto, al tiempo que notaba vibrar la desesperación dentro de él—. Yo te quiero a ti.

Capítulo 25

Rhett abrió perezoso los ojos, consultó el reloj y, al observar que eran las once de la mañana, decidió levantarse, ya que tenía que enfrentarse a su primer día de hombre casado.

Se pasó la mano por el pelo en actitud pesimista al encontrarse solo en un día que debería de haber sido, sin duda, uno de los más felices de su vida.

Recordó la conducta desconcertante de su recién estrenada mujer: fría y distante al fijar los términos del matrimonio, amable y seductora al regresar a su cuarto con la botella de champán. Y Rhett decidió ser optimista.

Estaban casados, por lo tanto, lo más difícil estaba conseguido. Solo le faltaba ser paciente y enamorarla. Esperar a que el tiempo colocara las piezas en su sitio.

Con esos alegres pensamientos en la cabeza, entró en la ducha y se lavó con rapidez, puesto que la casa no era muy calurosa. El aire fresco de diciembre traspasaba los ventanales envueltos en gruesas cortinas de brocado. Se vistió informal con tejanos y una sudadera juvenil, y salió de su cuarto. En la mansión tronaba el silencio y, mientras recorría el pasillo, se sintió observado desde la pared por varios duques de Hills, que mostraban caras malhumoradas.

Se preguntó si, algún día, él tendría su propio cuadro colgado en la fila interminable de aquella pared. Se acercó y los contó, y puesto que hubo ocho a lo largo de los años, dedujo que Rhett Mendoza sería el noveno duque de Hills.

Siguió avanzando por el pasillo hasta llegar al apartamento de Laura. Asomó la cabeza y, tras ver la habitación vacía, se marchó. Bajó los escalones

y decidió investigar dónde se hallaba la cocina. Atravesó el amplio salón y se topó de frente con Marta, la tercera doncella, quien, al percatarse de su presencia, se acercó apresurada.

—Señor Rhett, buenos días. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—Buenos días, eh sí, me gustaría saber dónde está la cocina —le pidió con jovialidad.

—¿Para qué necesita saber dónde está la cocina? —preguntó extrañada la tercera doncella—. El desayuno se sirve en el salón del té, que, por cierto, ya está preparado.

—Porque me gustaría preparar yo mismo el desayuno para mi esposa —declaró un sonriente Rhett, ante la mirada alarmada de la chica.

—¡Pero eso es inaudito! —exclamó la doncella perturbada—. Los señores no suelen meterse jamás en nuestra cocina, por favor, es mi primer día al frente de esta casa, no me haga pasar por estos apuros.

—¿Qué pasa, Marta?

Laura bajaba las escaleras vestida informal.

La chica se giró hacia ella y, muy agradecida por su presencia, le contó afanada lo sucedido. Laura resolvió a favor de la chica.

—Rhett, por favor, no alteres el orden de la casa. Vámonos a desayunar.

Él cedió y la acompañó al salón del té, donde fueron servidos con café, *brioche*s, pan tostado, mermelada, zumo natural de naranja y huevos revueltos con *beicon*.

—Me siento extraño en esta casa —se quejó mientras daba un bocado a una rebanada de pan untada con mermelada de fresas—. Nunca podremos tener intimidad si las chicas aparecen en cada rincón de la casa.

—Da gracias al cielo de que solo sean tres. —Ella sonrió al tiempo que acercaba la taza humeante de té a sus labios—. Por lo regular, aquí trabajan unas diez personas, cada una con su función bien establecida. No asustes a la pobre Marta, la menos estirada de todas.

El resto de la tarde lo pasaron juntos; Laura le enseñó la extensa

propiedad, y lo familiarizó con los horarios y el orden de la mansión Hills.

Los siguientes días fueron frenéticos; reuniones, cenas y comidas con la nobleza londinense. Rhett acabó cansado de tanta lady y tanto *sir*, y harto de vestir todos los días de etiqueta. Laura cumplía a la perfección su papel de esposa atenta y solícita durante el día; sin embargo, después de cenar, se recluía en su apartamento y lo dejaba solo y, cada vez, más desesperado. Intentó acercarse a ella de todas las maneras posibles, pero siempre se estrellaba contra el muro de indiferencia que había levantado.

Laura Hills era un bloque de hielo que, por el momento, no tenía intención de derretirse.

Cuando cumplieron la primera semana de casados, él la invitó a cenar a un exclusivo restaurante. Desde su silla, no podía apartar la vista de ella. Se veía espléndida con su vestido de una sola pieza, en tono naranja oxidado, sujeto en la cintura con un lazo ancho de piel. Su pelo largo y rubio se derramaba sobre su espalda como una cascada.

—¿Te pasa algo? —le preguntó al verla pensativa.

—No dejo de pensar en mi hermano. Desde el día que se fue, no hemos sabido nada de él. Y tengo un mal presentimiento.

Él alargó el brazo y le tocó la mejilla con suavidad. Ella agradeció el gesto con la mirada, por lo que Rhett le alzó el mentón y la miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué no me has dicho nada? Si tú quieres, puedo buscarlo.

La cara de ella se iluminó, visiblemente complacida: —¿Crees que podrás encontrarlo? Dejó las tarjetas en casa y su cuenta está sin tocar...

—No se encuentra lo que no existe. Mañana mismo me pondré en contacto con un detective, prepárame algunos datos sobre él, una foto y el nombre completo.

—Gracias Rhett. —Laura le tomó su mano entre las suyas—. A veces pienso que no te merezco.

—Eso es verdad —se pavoneó contento—, pero yo soy optimista y

paciente. Algún día, espero que comprendas todo lo que significas para mí. Confío que no sea demasiado tarde, ya sabes, cada paciencia tiene un final.

Ella le soltó la mano y comenzó a admirar los destellos luminosos de su anillo de pedida, un gran diamante cuadrado. Finalmente, dijo: —No te lo tomes a mal, pero no quiero hablar sobre ese tema ahora.

—Nunca quieres hablar de ello—le reprochó Rhett, contemplándola abatido—. En fin, cuando quieras hacerlo, ya sabes dónde encontrarme; vivo en el mismo pasillo que tú, el de los cuadros malhumorados. Cambiando de tema, tengo buenas noticias sobre tus empresas, quiero adelantarte que las cosas han comenzado a mejorar.

—¿De verdad? —Un brillo intenso iluminó su mirada sorprendida—. Cuéntamelo todo, tengo muchas ganas de saberlo.

—Ya veo. —El humor de él empeoró por momentos—. El dinero te puede. Cuanto antes se recupere tu situación económica, antes podrás deshacerte de mí.

—¡Rhett, yo no he dicho esto! —le espetó con la mirada encendida.

—Tienes razón, perdóname. Tienes derecho a alegrarte, al fin y al cabo, por eso aceptaste casarte conmigo. Lynn consiguió firmar unos excelentes contratos con empresas extranjeras solventes, en breve, exportaremos todas las existencias y produciremos de nuevo. Esta semana reabriremos dos fábricas y pienso que...

—Ya... la maravillosa Lynn. —Laura cogió su copa y bebió un sorbo, visiblemente molesta—. Todo lo hace bien.

—¿Quién te entiende? —Rhett lanzó destellos cortantes con la mirada y abrió los brazos con impotencia—. Pareces celosa, ¿pero de qué? Lynn es muy buena profesional y, en base a eso, se ha ganado el puesto de directora financiera del Grupo Mendoza. No es mi amante, ya te lo dije y, aunque lo fuera, ¿a ti qué más te da? No quieres nada conmigo, me tienes recluido en una mansión de más de trescientos años de antigüedad. Llevó una semana de castigo, mucho más no duraré, algo tendré que hacer para no volverme loco.

—¡Rhett! —Laura le habló con voz suave al tiempo le tomaba la mano con delicadeza—. Perdóname, estoy muy contenta por los buenos resultados. No soporto a Lynn y me da rabia que hables de ella con tanta consideración. Además, es posible que algún día quiera algo contigo. Ten un poco más de paciencia, por favor, hasta que me aclare.

Capítulo 26

El primer día de Navidad, los duques de Hills fueron invitados a comer a casa de la familia Mendoza. Pasaron la Nochebuena cada uno por su lado: Laura prefirió cenar con los colaboradores de la Fundación Hills y a Rhett no consideró oportuno invitarlo.

En la víspera de la noche anterior, él salió de casa huraño y no regresó en toda la noche.

Laura tenía los nervios tensados al máximo al ver que no daba señales de vida. Era la primera vez, en su corta vida de casados, que no iba a casa a dormir. Marcó su número varias veces, pero su teléfono estaba apagado.

Después de un largo tiempo de espera, Laura comenzó a tomar en cuenta la posibilidad de que le hubiese ocurrido algún accidente. Marcó el teléfono de todos los hospitales importantes de Londres para preguntar si tenían un paciente con sus datos. Media hora después, regresó al mismo punto de partida. A Rhett parecía habérselo tragado la tierra.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, se quedó esperándolo pegada al marco de la ventana.

Se había vestido con esmero para acudir a la comida de Navidad en la casa de sus suegros. Llevaba puesto un elegante vestido de terciopelo color gris claro, sujetado en la cintura por una tira ancha bordada con piedras de Swarovski de diferentes colores. El pelo, peinado con cuidado, lo llevaba medio recogido y un maquillaje discreto completaba su estudiado estilismo.

Sobre la una del mediodía, divisó en el horizonte su coche, que se acercaba. Muerta de preocupación salió disparada a su encuentro.

A primera vista él parecía estar bien, ya que hizo más maniobras que de

costumbre para aparcar el coche. Bajó con tranquilidad de su todoterreno ofreciendo un aspecto pulcro, como recién sacado de una caja de Navidad. Llevaba el traje color carbón planchado de manera impecable y la camisa almidonada, perfectamente conjuntada con la corbata de seda con formas geométricas. Cuando sus miradas se cruzaron, se produjo una pequeña explosión.

—Querida, ¿serán imaginaciones mías o me echaste de menos? Veo que estás impaciente por pasar el día en mi compañía. —Sonrió sin humor—. Si estás lista, vámonos, mi madre nos está esperando.

Laura no daba crédito a lo que estaba escuchando, ni una disculpa, ni una explicación. Nada. ¡Nada!

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —le espetó furiosa—. Llevo toda la maldita mañana llamándote, pensando que has sufrido un accidente.

—Estoy impresionado de que te hayas dado cuenta de mi ausencia —siguió Rhett ironizando con voz sosegada—. La mayoría de la gente, ya sabes, ese tipo de personas con dos dedos de frente, disfrutan Nochebuena en familia, yo tuve que improvisar la mía porque a ti no se te dio la real gana de celebrarlo conmigo. Así que no te atrevas ahora a pedirme explicaciones. No te atrevas.

—¿Dónde estuviste? —chilló enloquecida golpeándole el pecho con los puños—. ¿Sabes que llamé a todos los hospitales de la ciudad?

Él le apartó las manos con delicadeza y se alejó un paso.

—Laura, donde yo haya estado, no es asunto tuyo. A partir de ahora, las cosas cambiarán entre nosotros, no me obligues a tomar decisiones, por lo menos, no aquí, en medio de la calle. Lo de anoche... fue demasiado. Si te apetece comer con mi familia, ya que mi madre nos ha invitado a los dos, sube al coche. Si no quieres venir, regresa con tus cosas y déjame tranquilo. No pretendo discutir y tengo prisa.

Ella lo fulminó con la mirada, aturdida por su frialdad. Giró sobre sus talones y entró en la casa. Regresó momentos después con el abrigo puesto.

Sin hablarle, se montó en el coche y se colocó el cinturón de seguridad.

Rhett pulsó el acelerador con brusquedad y, arrancando con un rugido, el coche avanzó hacia la salida de la propiedad a toda prisa.

—Si sigues conduciendo de esta manera, yo...

No le dio tiempo terminar la frase, ya que el potente frenazo de Rhett la propulsó hacia delante con brusquedad.

—En la casa de mis padres, la Navidad es sagrada. Siempre hay alegría y buena disposición. Si no te encuentras animada, no hace falta que vengas, mi madre no se merece malas caras, yo te disculparé.

Una expresión dolida cruzó el rostro de Laura. Pestañeó aturdida y abrió la puerta del coche con la intención de bajarse. Él la tomó del brazo, un poco más sosegado: —Lo siento, no pretendía ser grosero, pero no quiero que mis padres se preocupen por lo nuestro ahora. Ya después de las fiestas, tomaremos decisiones. Les avisaré, a mi manera, de que nuestra convivencia no funciona.

Laura cerró la puerta del coche y consiguió articular con voz dolida: —No sabía que estabas tan mal conmigo.

Rhett reanudó la marcha y, mientras el coche se deslizaba por la carretera, estalló con sarcasmo: —¿Me tomas el pelo?! En vísperas de Navidad, me avisas que no cenarás conmigo porque ya tienes planes. ¡Planes! ¿Sabes cómo me he sentido? Como un imbécil. Por si no fuera suficiente, tienes la desfachatez de recriminarme por no haber venido a casa a dormir. ¿Sabes lo ilusionado que estuve con la llegada de las fiestas? ¡Maldita sea, Laura! Me contagié del espíritu navideño, los milagros y la felicidad. Pensaba que, por fin, encontraríamos la calma, contaba con que ocurriría un milagro, pero ¡ya ves! —Agitó las manos en actitud de impotencia—. Es imposible, me rindo.

Laura encajó todos sus reproches con una expresión aturdida de sorpresa. Una lágrima solitaria comenzó a rodar por su mejilla encendida.

—No sabía que para ti las fiestas fueran tan importantes. De verdad, lo siento si te sentiste ofendido por lo de anoche. No fue mi intención...

—Tú no sabes ni sientes nada. —Y, tras un suspiro hondo, Rhett acentuó las últimas palabras con amargura—: Nada de nada.

El resto del camino lo hicieron en silencio, cada uno preso de sus propios pensamientos. La residencia de los Mendoza los recibió cargada de alegría y adornada con cientos de luces que parpadeaban de manera intermitente y ofrecían un espectáculo navideño entrañable. Nada más entrar, se encontraron con un imponente árbol decorado en tonos alegres y calcetines rojos colgados en las repisas. Apilados bajo este, esperaban para ser abiertos decenas de regalos.

Sus padres, junto a Daniel y la abuela paterna que había viajado desde México para pasar las fiestas con ellos, los recibieron con alegría y buenos deseos.

—Y contadme, ¿cómo habéis pasado la primera Nochebuena de casados? —quiso saber la madre de Rhett.

Laura se sintió incomoda y buscó la mirada de su marido con insistencia.

Él la tomó con gesto cariñoso por la cintura bordeada con piedras Swarovski y, tras besarle la frente con rapidez, la animó con la mirada.

—Vamos, cariño, cuéntale a mi familia lo bien que lo pasamos. Fue... una noche inolvidable. Laura se ha esforzado mucho.

Los colores abandonaron la cara de la aludida y, por mucho que intentó despegar los labios, no lo consiguió. La abuela de Rhett se percató de que algo extraño le pasaba, por lo que la tomó del brazo en actitud cariñosa.

—Tenía muchas ganas de conocer a la mujer que ha robado el corazón a mi nieto. Rhett me ha contado maravillas sobre ti y, la verdad, veo que no exagera, estás preciosa, cariño.

Capítulo 27

Una luz muy brillante rodeó a Laura, al tiempo que notaba que su cuerpo levitaba. Alzó la vista y observó sobresaltada que estaba volando alrededor del sol. Alejado unos metros de ella, se encontraba Rhett. Laura intentó agarrarle la mano, pero no consiguió tocarlo.

—¿Por qué te alejas? —preguntó abatida.

—Necesito otro sol —le contestó él, mientras se apartaba.

—No lo hagas. Quédate conmigo.

Rhett se dio la vuelta y siguió su camino hasta que desapareció de su campo visual. Laura lo buscó en la tenebrosidad, pero no fue capaz de dar con él. Un dolor crudo le atravesó el corazón, por lo que abrió los ojos de golpe y se topó de frente con la densa oscuridad.

Palpando con la mano su cama y su colchón de plumas, comprendió aliviada que solo había sido un sueño. Consultó el reloj de su mesita de noche y, al ver que eran las cinco de la madrugada, se volvió a meter debajo de las sábanas. Pero ya no pudo conciliar el sueño.

Laura no era supersticiosa, ni creía en las señales. Se sintió desconcertada al verse asaltada por un aluvión de preguntas y varias dudas se colaron dentro de ella.

¿Habría decidido Rhett abandonarla?

Recordó angustiada cómo había finalizado la comida de Navidad en la casa de los Mendoza. Pasaron un día increíble con buena comida, regalos y gestos de cariño. Laura recibió sorprendida abrazos y calor humano, y se despidieron prometiendo volver algún otro día. La abuela de Rhett le regaló una pulsera de piedras preciosas, muy antigua, heredada de su madre. En un

principio, Laura se negó aceptarla, pero, al ver la mirada ilusionada de la anciana, la colocó orgullosa en su muñeca izquierda y admiró maravillada los destellos de luz que emitían las piedras con cada movimiento.

Durante el camino de vuelta no hablaron. Él la acompañó hasta Hills House y, delante de la puerta, se despidió visiblemente incómodo.

—Yo... creo que será mejor que me vaya.

—No puedes dejarme aquí sola —le había reprochado aturdida.

—Lo siento, tú lo quisiste así. —Rhett había levantado las palmas de sus manos hacia arriba en señal de que se había rendido ante la situación—. Mañana, si quieres, podemos comer juntos para establecer los detalles de la separación.

—¡No... no te vayas! —le había rogado asustada.

Rhett había soltado una risilla nerviosa y posado las manos en gesto protector sobre los delgados hombros de ella.

—Terminaremos la farsa del matrimonio, pero no sufras, los negocios seguirán. No te preocupes por tus empresas, soy tu socio, no dejaré que se hundan. —Alargando el cuello, había depositado un beso frío sobre su mejilla encendida—. Te lo prometo. Buenas noches, Laura.

Y, dicho eso, había girado sobre sus talones y se había alejado sin mirar atrás. Ella había salido corriendo detrás de él y lo había asido por la curva del brazo. Rhett se había parado y la había interrogado con la mirada. Su mujer parpadeaba angustiada, buscando encontrar en él una pequeña muestra de comprensión, pero en esa ocasión solo halló distancia y frialdad.

—Quédate esta noche —le había rogado abatida—. Mañana hablaremos con tranquilidad. No te vayas así, por favor.

—Solo esta noche —había claudicado y había regresado con ella a la casa.

Una vez dentro la magia se volvió a disipar y los dos se fueron a sus respectivos dormitorios para pasar la noche en solitario.

Laura retornó a la realidad y se dio cuenta sorprendida de que estaba

asustada. Asustada de quedarse sola, sin familia, sin nadie en quién apoyarse. En las últimas semanas, Rhett se había convertido en su mundo. Pero sus dudas e inseguridades le habían impedido apreciarlo. Él se había desvivido por cumplirle cada deseo, luchando por sus empresas, dándoles el empujón necesario para volver a funcionar. Había sido paciente, amable y cariñoso.

En más de una ocasión, había intentado acortar la distancia entre ellos y, al encontrarse sus rechazos, se alejaba por un tiempo y regresaba después con su habitual energía. Rhett Mendoza sabía querer a una mujer.

Un destello de luz atravesó su cerebro y Laura cayó en la cuenta de que no deseaba separarse de su marido. Su lado pasional le pedía a gritos una oportunidad. Cerró los ojos y recordó la noche en Dark Face. Se convulsionó excitada al recordar el primer beso: intenso, húmedo, necesitado. ¿Por qué había tardado tanto en comprenderlo? Necesitaba a Rhett de un modo desesperado, tanto a nivel físico como emocional.

En medio de ese descubrimiento, se consoló pensando que no estaba todo perdido. Él seguía siendo su marido y, por el momento, compartían la misma casa. La duquesa de Hills se prometió a sí misma que recuperaría su amor y se ganaría su confianza.

Aquello no era el final, solo el principio de un nuevo día. Los dos merecían tener una oportunidad. Se lo habían ganado.

A las nueve en punto bajó a desayunar rebotando optimismo. Eligió un suéter de cuello cisne, en tono claro, y lo combinó con unos pantalones ajustados. Rhett bajó media hora después y dijo con tranquilidad, mientras se sentaba a desayunar: —He encontrado a tu hermano. Vive en Croacia.

—¿Has... encontrado a Michael? —preguntó, sorprendida y aturdida a partes iguales—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Te dije que lo haría —contestó sosegado, mientras se preparaba una tostada con mantequilla—. No sé por qué te sorprendes tanto. Hasta ahora, no creo que hayas expresado en mi presencia algún deseo que yo no haya tratado de cumplir. Lo de Michael ha tardado un poco más, esta mañana me han

confirmado su paradero.

Ella se cubrió la cara con las manos, emocionada. Sin tocar su desayuno, se levantó apresurada para prepararse.

—Sin desayunar no iremos a ninguna parte. Siéntate y come algo, por favor. O, al menos, tómate el café. El viaje durará como mínimo unas dos horas, más el camino hacia el aeródromo.

En esa ocasión Laura no discutió. Volvió a sentarse asombrada en su silla y se tomó una taza de café.

—Te acompañaré en este viaje porque se trata de otro país y no sabemos lo que nos vamos a encontrar. Nada más regresar, fijaremos los términos de la separación.

La mirada de Rhett fue directa y segura de sí misma, por lo que a Laura no le quedó otra que asentir.

—De acuerdo.

Una hora más tarde, sentados en un jet privado volaban rumbo hacia Croacia.

Laura pensó, emocionada, que volvería a ver a Michael después de tantos meses. Seguía enfadada con él, pero también lo echaba mucho de menos.

Capítulo 28

El mes de diciembre fue duro para Michael. Debido al mal tiempo, el bar de pescadores permaneció cerrado, por lo tanto, no había turistas, ni había trabajo. Vagaba hambriento por el pueblo, después se acercaba a las playas cercanas en búsqueda de algún bar abierto. Conseguía, casi siempre, una copa, que era lo que más ansiedad le traía.

Su cuerpo podía aguantar el día entero sin comer, pero la falta de alcohol le producía ansiedad. Llevaba varios días tosiendo y la escasez de la comida del último mes empezaba a dejar huella en su esquelético cuerpo.

Intentó incorporarse en la cama para consultar la hora, pero, al sentirse tan cansado, se dejó caer de nuevo sobre el duro colchón. Se cubrió con la manta áspera, deseando sentirse arropado por unas sábanas almidonadas de algodón. Sonrió con amargura y dudó que su vida hubiese sido diferente alguna vez.

Intentó dormirse, pero la sensación de hambre y la falta de alcohol no lo dejaron tranquilo. Como un niño pequeño se acurrucó en posición fetal; sabía que, de esa manera, su estómago quedaría aplastado y se calmaría. Al menos un poco.

Consiguió su objetivo y se sintió mejor; sin embargo, lo invadió una sensación de tristeza. Las lágrimas comenzaron a fluir sobre sus mejillas reseca.

Michael Hills se sentía solo. Y abandonado. Quería regresar a casa, pero no tenía el valor. Había sido débil y cobarde.

Mientras intentaba conciliar el sueño y olvidarse de la sensación de hambre y sed que lo recorría por dentro, escuchó unos golpes suaves en la puerta. Nunca nadie visitaba a Michael.

Pensó que, tal vez, serían unos turistas en búsqueda de un guía. Un atisbo de esperanza lo atravesó de arriba abajo, ya que tendría comida y bebida. Esos pensamientos positivos consiguieron animarlo. Se levantó con dificultad, puesto que su cuerpo maltrecho respondía a los estímulos con lentitud. Se acercó a la ventana y, tras mirar a través de la hoja de cristal, observó a un hombre, alto, bien vestido, con aspecto de ser turista.

Michael abrió la puerta y se quedó petrificado al encontrarse de frente con su hermana. Consciente de que no tendría buen aspecto, se analizó de arriba abajo; hacía días que no se preocupaba por su aspecto. Vestía unos vaqueros viejos, manchados y sucios, que se escurrían por su huesudo cuerpo. El suéter de lana que llevaba puesto se lo había regalado una mujer del pueblo, era tosco y le quedaba grande. El pelo desaliñado y grasiento le llegaba hasta la altura de los hombros. Su mirada azul, antaño limpia y clara, estaba nublada y enrojecida. Michael Hills estaba irreconocible.

El desconocido miró a Laura con el ceño fruncido: —¿Es tú hermano?

Ella asintió con la cabeza mientras que sus mejillas sonrosadas se llenaban de lágrimas. Se acercó a él y abrazó su cuerpo delgado. Michael, por la emoción del momento, permaneció casi inmóvil. Laura, al ver que no reaccionaba, lo zarandeó con firmeza.

—Michael, soy yo, Laura, tu hermana, ¡mírame! —Él rehuyó su mirada, tenía demasiada vergüenza. Lo volvió a sacudir—. Ya pasó todo, he venido a llevarte a casa.

Michael levantó la cabeza y murmuró en voz baja: —No puedo regresar. He renunciado a mi familia.

—Pero tu familia no ha renunciado a ti. —Laura intentó sonreír, mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Además, nuestra familia ha crecido, mira, te presento a Rhett, mi marido.

Michael le tendió la mano, sintiendo vergüenza al ver que tenía las uñas negras y descuidadas. Su cuñado lo sorprendió con un fuerte apretón que casi le provocó dolor.

—¿Cuándo os casasteis? —preguntó todavía aturdido por la noticia: —Hace diez días —contestó, orgullosa su hermana—. El 15 de diciembre.

Michael no tenía equipaje, así que se limitó a cerrar la puerta de la cabaña y se marchó sin mirar atrás.

Por insistencia de Laura, acudieron a un hotel de la costa, donde Michael se duchó y vistió la ropa nueva que su cuñado le compró en la tienda del hotel. Laura lo ayudó a comer, como si fuese un niño pequeño. Cuando estuvo presentable, dejaron el hotel y se marcharon al aeródromo.

Tras subir al avión, Michael se sintió vacío y extraño. Como un pez fuera del agua. Contempló la costa bañada en aguas turquesas por última vez, pensando que en ese lugar había aprendido el verdadero valor de las cosas.

Laura pareció leerle los pensamientos. Se acercó a él y le apretó las manos con energía.

—No te preocupes por la vuelta. Tómate las cosas con tranquilidad.

—Necesito una copa —fue su respuesta sombría a los ánimos infundidos por su hermana—. Algo fuerte, si puede ser. Por favor.

La suplica de su voz atizó el corazón de la joven.

—No puedo darte alcohol. —Negó con la cabeza en un intento de hacerlo desistir—. Te veo tan frágil. Pareces enfermo.

—He renunciado a vosotras y también a mí. —Su voz salió rota y desgarrada.

Rhett tras presenciar la escena entre ambos acudió al pequeño bar y sacó una botella de *brandy*. Puso en un vaso unos cubos de hielo sobre los que vertió una buena cantidad de bebida. Le acercó la copa a su cuñado enfrentándose a la mirada reprobatoria de Laura.

—Dale tiempo —le pidió—. Ven, déjalo que asimile los cambios.

Michael se limitó a darle las gracias con la mirada y vació la copa de un trago. En cuanto estuvo solo se dedicó a contemplar de manera ausente cómo las gruesas nubes blancas envolvían las alas del pequeño avión. Dos horas más tarde, pisaban suelo londinense.

Capítulo 29

El último día del año amaneció bastante soleado. Repleta de optimismo, Laura canturreaba una alegre melodía al tiempo que contemplaba satisfecha el vestido que llevaría esa noche, la última del año.

Era, sin lugar a dudas, espectacular. Largo, de color rojo fuego, con un escote generoso y la espalda en forma de joya marcada en pedrería. Lo recogió con cuidado y lo colocó en su maleta de viaje. Sonrió para sus adentros al recordar que dentro de pocas horas volaría a Roma para pasar la fiesta de Nochevieja con su marido.

Verificó el contenido de su equipaje y añadió ropa interior y otra muda para el día de regreso, aparte de su neceser y su bolsa de maquillaje. Comprobó que estuviera todo y cerró la cremallera. Consultó el reloj y, al ver que faltaba menos de dos horas para la partida, comenzó a maquillarse.

Con el regreso de Michael y el ambiente tenso que existía entre ella y su marido, los últimos días del año habían sido muy intensos. La situación de su hermano era muy delicada; mucho peor de lo que había sospechado en un principio. El día siguiente de su llegada lo llevó a una clínica para realizarle un chequeo general. Los médicos le diagnosticaron una neumonía severa, aparte de anemia y dependencia al alcohol. Laura se vio obligada a separarse de él un día después de haberlo encontrado y, a pesar de las protestas de Michael, lo dejó ingresado en la clínica.

—Has pasado por una depresión muy severa y tienes neumonía. Además, es preciso que dejes el alcohol —le suplicó mientras le acariciaba el pelo recién cortado con cariño.

—La neumonía me la pueden tratar en casa. Podría vivir en tu chalé, por

favor, no me dejes aquí —le imploró su hermano, contemplándola con sus ojos azules todavía nublados—. Además, solo tomo una copa de vez en cuando, puedo dejar el alcohol cuando yo quiera.

—No lo dudo, pero es necesario que pases un tiempo en observación. Necesito que te recuperes y que seas el hombre fuerte de siempre. Las empresas han comenzado a despegar, tienes que ayudarme.

—Nunca he sido fuerte —se lamentó Michael, desmoronado—. Y lo sabes.

Ella depositó un beso fraternal en su mejilla y abandonó la pequeña habitación, que olía a desinfectantes y medicinas. Mientras bajaba los escalones de la entrada, dio rienda suelta al torrente lagrimal que se había esforzado en retener en la presencia de su hermano.

—Has hecho lo correcto —la tranquilizó Rhett de camino a casa—. No hay otro modo de ayudarlo para que se recupere. Será un proceso largo y difícil.

—Lo sé —sollozó desconsolada—, pero esto no hace que me sienta menos culpable por haberlo ingresado sin su acuerdo. Fue muy doloroso enfrentar su mirada acusadora.

Tras llegar a casa aquel día, tuvieron la temida discusión acerca de la separación.

—Bueno, así como acordamos el otro día, ha llegado el momento de marcharme a mi casa —anunció en tono solemne.

Laura se acercó a su marido, y le cogió la mano con suavidad.

—No quiero que te vayas. Sé que estás muy enfadado conmigo y no te culpo. Te diré en mi defensa que no he sido mala a propósito. Tú eres un hombre excepcional, y yo... yo tardé en descubrirte. Quédate y dame una oportunidad, no descarto que tengamos un acercamiento en el futuro.

—Laura, tú hablas así porque no tienes sentimientos por mí. —Rhett la soltó y retrocedió un paso—. Pero yo sí los tengo por ti. A veces, siento hasta dolor de la necesidad de tenerte. Cuando estás cerca, mi cuerpo entero se

enciende y se consume con lentitud. ---Inspiró hondo, tomó una bocanada generosa de aire y continuó más sosegado—: No puedo ocupar el apartamento del pasillo de los cuadros malhumorados una eternidad, esperando a que tú decidas qué es lo que quieres. He sido paciente. Demasiado. Pero no puedo más.

—Acordamos tener un matrimonio de conveniencia —se defendió ella, en tono débil.

—Cierto, pero también tuvimos el Dark Face. —Rhett se acercó, le tomó la mano y la apretó contra su pecho a la altura del corazón. La respiración de ella se aceleró y sus miradas se cruzaron—. Lo que vivimos ahí fue de verdad. Tuvimos química, nuestros cuerpos conectaron. Escucha mi corazón, está bailando de alegría cuando tú estás cerca, ¿qué hago con él, me lo arranco?

Las lágrimas nublaron la visión de Laura. Se sintió muy desdichada y no sabía cómo encontrar un camino que la llevase de nuevo hasta él. Sin saber qué hacer dejó descansar la cabeza en su pecho y se abrazó a su torso con una necesidad desbordante.

—No quiero quedarme sola —sollozó—. Siento que hayas tenido que sufrir por mi culpa. Dame una oportunidad, unos días, por favor. Te propongo que pasemos el fin de año juntos, tú y yo. Si no funciona, aceptaré que te marches —le suplicó entre lágrimas.

—No puedo. Tu propuesta llega tarde, tengo planes. —La apartó un poco de él mirándola con franqueza a los ojos.

—Cancela tus planes, entonces —propuso ella con valentía—. Al fin y al cabo, soy todavía tu mujer. Seguro que tus planes... lo pueden entender.

—Ya veo. —Rhett sonrió con amargura—. Eres mi mujer solo cuando te interesa serlo.

—Aun así —se empeñó ella—. Lo soy, ¿verdad?

—Lo eres —admitió él. En los rostros de ambos comenzó a dibujarse la alegre expresión de la esperanza.

—Entonces, me merezco una oportunidad —declaró ella, con optimismo—. Me gustaría pasar la última noche del año... por ejemplo, ¿en

Roma?

—Dios, ¿con quién me he casado? —Rhett soltó una carcajada sonora—. Vas a poder conmigo y mira que me considero fuerte.

—¿Entonces esto es un sí? —Los azules ojos de Laura brillaron por la expectación y una sonrisa generosa se asomó en la comisura de sus labios porque ya intuía su respuesta.

—Es un sí —claudicó feliz—. ¿Quién es capaz de llevarte la contraria?

Ella aplaudió contenta, depositó un beso sonoro en su mejilla abrazándolo con firmeza.

—Gracias, no te arrepentirás.

—Eso espero —meditó medio convencido, al tiempo que la duda se cernía sobre su rostro.

Y Laura no solo consiguió que su marido no la abandonase, sino que, conforme a sus deseos, pasarían el fin de año en la capital italiana.

El claxon del coche de Rhett interrumpió el hilo de sus pensamientos. Agarró su pequeña maleta y voló, en sentido literal, por las escaleras para encontrarse con él.

Capítulo 30

Michael tenía frío aun cuando el termómetro de la habitación marcaba veintiocho grados centígrados. Si al lo menos lo dejaran tomarse una copa, se relajaría y se sentiría mejor, pensó.

Laura lo había encarcelado en ese lugar odioso, donde podía disponer de todo, menos de una copa. Él no era alcohólico, ¿nadie podía entenderlo? Tomarse unas cuantas copas al día no significaba serlo.

Sentía añoranza de Primosten, allí había pasado penurias y hambre, pero había disfrutado de libertad. Nada más regresar a Londres, se había sentido encorsetado y condicionado.

Michael, eres esto; Michael, tienes que hacer esto otro.

Escuchó unos golpes suaves en la puerta y, tras consultar el reloj, comenzó a vestirse para acudir a la cita con la psicóloga del centro. Unos minutos más tarde, se encontraba sentado en un cómodo sillón alargado en forma de riñón. La psicóloga le sonrió desde su silla con timidez. No era la misma que lo había atendido los días anteriores. Ese aspecto no le pasó desapercibido y le infundió mal humor.

No tenía ánimos para contar su vida a cincuenta personas diferentes; era más, no tenía siquiera por qué hablar con un psicólogo.

La chica se presentó con la misma sonrisa tonta que llevaba dibujada en el rostro desde el minuto uno.

—Hola, Michael, mi nombre es Sarah y soy la psicóloga de apoyo del centro. Mi compañera, que te atendió el otro día, se encuentra de vacaciones. Encantada de conocerte.

—No tengo por qué ver a cincuenta psicólogas —ladró, malhumorado—.

Es más, no necesito ver a ninguna. —Dio voz a sus recientes pensamientos.

—Bueno, cincuenta... serían demasiadas —entró ella en su juego—, pero dos me parece un número aceptable.

Michael le lanzó una mirada irascible y no le contestó. ¿Esa mujer le tomaba el pelo? «Dos me parece un número aceptable», la imitó en su mente.

—Hoy es el último día del año —retomó la conversación la risueña Sarah—. ¿Cómo te encuentras?

—Definitivamente, estaría mejor en mi casa —soltó entre dientes, manteniendo el tono enfadado—. No sé por qué me encuentro aquí.

Ella fijó en él unos segundos sus ojos amables y después rebuscó un folio entre sus papeles. Empezó a leer, lo que provocó en Michael otra sensación de malestar. ¿Esa incompetente ni siquiera había leído su ficha?

Sarah levantó de nuevo la vista y le dijo con voz tranquila: —Sufres una severa depresión, eres alcohólico, anémico y tienes neumonía. ¿Te parece poco?

—El informe está equivocado —se defendió—. Veo que no tienes ni idea. La neumonía está controlada --de hecho, he terminado el antibiótico--, para la anemia me han impuesto una dieta rica en vitaminas e hierro. —Tomó un respiro, resopló y continuó—: No soy alcohólico, solo bebo alguna copa cuando me apetece y lo puedo dejar cuando yo quiera, y no sufro depresión, solo he pasado por una mala racha. Eso es todo.

—Bueno, pues cuánto me alegro de que esté todo solucionado —concluyó animada la psicóloga.

Michael frunció el ceño, debatiendo en su mente si le tomaba el pelo, lo estaba tratando como a un loco de verdad o se había creído su versión.

—Entonces, ¿puedo regresar a mi habitación? —pregunto más animado.

—¿Tienes algún plan? —contraatacó ella.

—Veo que me tomas el pelo —observó, molesto—. Si quieres mi opinión, te diré que eres una psicóloga pésima. Vienes a la cita sin haber leído mi ficha y haces observaciones y preguntas absurdas.

—¿Por qué le das vueltas a todo? Te he preguntado si tenías un plan porque sé, con seguridad, que no tienes ninguno. He pensado que sería mejor, ya que no te pasa nada, hablar de cualquier cosa y conocernos un poco. Y, Michael, sí que he leído tu ficha.

—¿Por qué deberíamos conocernos mejor? —preguntó al tiempo que se levantaba del sillón y se paseaba intranquilo por el despacho—. Me imagino que, después de las fiestas, vendrá la otra psicóloga y no volveré a verte.

—Pues... porque estoy de guardia —contestó Sarah, resuelta—, y no tengo otro plan mejor. Los demás pacientes son alcohólicos, depresivos o en rehabilitación. Eres el único paciente de aquí al que no le pasa nada.

—Te estás riendo de mí —concluyó Michael enfadado, mientras se dirigía hacia la salida.

—¿Por qué piensas eso? —quiso saber la psicóloga, al tiempo que se levantaba de su silla y se apoyaba sobre el marco de la ventana en actitud relajada—. Me dijiste que no eres alcohólico y yo te creí, me aseguraste que no sufres depresión y también te creí. ¿Por qué, en vez de alegrarte, te enfadas conmigo?

—Ah... ya sé. —El rostro de Michael se contrajo en una mueca burlona—. Eres la lista de la clase, ¿verdad? Tu trabajo de fin de carrera se llama *¿Cómo tratar a un pobre loco en vísperas de Navidad?*

—Si me permites, para mi interés personal, contéstame a una pregunta —le pidió ella, haciendo caso omiso a su anterior observación.

—Depende de la pregunta, claro.

—¿Por qué crees que los profesionales de este centro, que es uno muy reconocido, dirían sobre ti que sufres enfermedades que, en realidad, no tienes? Pareces una persona de buena familia, a ciencia cierta, con estudios. Alguna teoría tendrás.

—Sí, tengo una teoría. Pero no sé si la quiero compartir contigo, la verdad.

—¿Por qué no? —pregunto ella, con sutileza.

Michael no le contestó y se quedó un tiempo contemplado un punto inexistente en el reluciente mármol que adornaba la repisa de la ventana. Después, se aclaró la voz y dijo en voz baja: —Mi hermana acaba de casarse con un millonario rico y poderoso. Me encontró en malas condiciones y creo que se avergüenza de mí. Soy un estorbo y, por eso, me ha ingresado en este centro en contra de mi voluntad. Los médicos me tienen que encontrar algún defecto para permanecer aquí, ¿no crees?

Al ver la expresión indescifrable del rostro de Sarah, añadió pensativo: —Es mi teoría, por supuesto.

—Tu teoría es... interesante y podría ser cierta, pero ¿qué te parece si te cuento la mía? Me imagino que habrás tomado en cuenta la posibilidad de que tu hermana te quiere y se preocupe por ti. Que tus problemas sean serios y necesiten cuidados médicos. Aceptar tus dificultades es el primer paso para currarte. Cuanto más tardes en admitirlo, más alargarás tu estancia aquí. Piénsalo.

—No tengo nada en lo que pensar —le espetó él mientras abría la puerta y salía del despacho sin mirar atrás.

Capítulo 31

Boscolo Exedra Roma es un majestuoso hotel situado en plena Piazza della Repubblica, desde donde se tiene acceso a los lugares más emblemáticos de la capital italiana.

Los duques de Hills alquilaron una *suite* en la primera planta y quedaron maravillados por la decoración, donde multitud de detalles refinados, específicos del siglo XVI, estaban conjuntados a la perfección con las nuevas tecnologías. El aspecto general daba la impresión de estar viviendo en una atmósfera fuera de tiempo.

Una vez instalados, decidieron visitar los lugares más representativos de Roma. Comenzaron con la Fontana de Trevi, la famosa fuente de la ciudad eterna. Como todos los turistas del lugar, prepararon monedas para tirarlas al agua y la cámara para inmortalizaron el evento.

—¿Sabes por qué se tiran tres monedas? —le preguntó Rhett mientras contemplaba su rostro reflejado en el agua.

—No lo sé, creo haber visto en una película que se cumplen tres deseos. Uno por cada moneda.

—Así es —asintió jugando con las tres que había preparado para lanzar al agua—, pero apuesto que no sabes cuáles son.

—¡Sorpréndeme! —le pidió Laura y tiró la primera moneda en el agua.

Él imitó su gesto y, entre los dos, admiraron las pequeñas burbujas que se formaron en la superficie cuando las monedas penetraron dentro del agua.

—La primera significa que volveremos a Roma.

—Bah, eso no es un deseo. —Laura se colocó detrás de la oreja un mechón sedoso que se había salido de su coleta y añadió un poco

contrariada—: Podemos regresar aquí en cualquier momento. —Tiró la segunda moneda, expectante.

—Atenta porque ahora viene la mejor parte —anunció él, de manera triunfante—. Hemos tirado dos monedas, esto significa que... ¡encontraremos el amor!

—¡Ese sí que es un buen deseo! —Laura meditó pensativa mientras tiraba la tercera moneda.

—Acabas de tirar la tercera moneda, la Fontana de Trevi dice que te casarás con la persona amada.

Laura lo miró sorprendida y dijo con un mohín gracioso: —Entonces, para nuestro caso, los tres deseos quedan en uno. Estamos casados, podemos volver aquí en cualquier momento, solo falta enamorarnos.

—¿Y te parece poco? —Rhett inclinó la cabeza y selló su boca con un beso rápido, después tiró de su cintura, la acogió en sus brazos y la hizo dar vueltas a su alrededor.

—Rhett, ¿qué haces? ¡Para! —Laura intentó escabullirse entre risas y protestas—. Bájame, la gente nos mira.

—¿Y qué? —Aflojó el encorsetamiento y apoyó el trasero de ella sobre la barandilla del puente—. Vinimos aquí para intentar ser felices, no para preocuparnos de lo que dice la gente. De eso tenemos de sobra en casa.

Laura apartó las manos de Rhett de ella y se bajó de la barandilla, sonrojada, al tiempo que hacía un intento de arreglar su aspecto alborotado. Se alejaron con pesar de la fuente para seguir visitando el centro histórico. La siguiente parada la hicieron en la Plaza Navona, donde admiraron esculturas y edificios de gran valor artístico. Desde ahí se dirigieron hacia el Panteón, y quedaron impresionados por la arquitectura de la antigua Roma. Al caer la tarde, regresaron al hotel para prepararse para la cena de gala que se celebraba esa misma noche.

A las diez en punto, entraron en el restaurante. El vestido rojo fuego de Laura, que llegaba hasta el suelo, atrajo las miradas como un imán. El pelo

largo lo llevaba planchado y retirado en un lado, lo que dejaba al descubierto su oreja derecha, desde donde brillaba un enorme pendiente en forma de estrella. Rhett posó la mano sobre su espalda cubierta de pedrería y la ayudó a acomodarse en la silla. Vestía de riguroso gris, salvo la corbata estrecha, compuesta por varias figuras geométricas de color rojo. Era su pequeña aportación para conjuntarse con ella.

La cena de gala comenzó con los primeros entrantes que, según la carta, eran gambas ahumadas con ensalada de manzana verde y mayonesa de mango, acompañadas por una botella de vino blanco afrutado.

—¿Sabes que llevamos la friolera cantidad de quince días casados y no te he visto desnuda todavía? —le preguntó Rhett, contemplándola con intensidad a través de su copa de vino.

—Pues a ver si nos espabilamos de una vez, señor Mendoza. —Laura lo miró fijamente y la sonrisa burlona que apareció en sus labios se ensanchó—. Porque quince días son muchos días.

La mirada de su marido se agrandó por la sorpresa. Apoyó los codos sobre la mesa y juntó sus manos debajo de su barbilla en posición pensativa.

—Así que quieres que me espabile. ¿Me lo dices en serio?

—Completamente.

Ante el gesto sorprendido de él, Laura estalló en una carcajada sincera, que fue interrumpida por la llegada del camarero que les trajo el primer plato de la cena, compuesto por pescado crudo con achicoria y mandarina, que ninguno de los dos pudo tragar. Lo apartaron entre las risas y bromas pertinentes que se ganó la presentación escalofriante del pobre pez.

El último plato de la noche les encantó, el salmón ahumado con vinagreta de frambuesa estaba exquisito.

La llegada del postre desató la pasión dentro de ellos. Laura se lamió los labios impregnados en *mousse* de chocolate y Rhett hundió su propia cuchara en un estrato generoso de nata de menta. Sus miradas se cruzaron y hablaron por ellos. Laura, presa de un repentino deseo, le tiró de la corbata para

atraerlo hacia ella y selló su boca con un beso dulce y sensual.

El sonido de las doce campanadas los obligó a separarse. Brindaron con champán y pidieron como único deseo el enamorarse el uno del otro. Se besaron apasionados bajo la lluvia de estrellas que caía desde el cielo en forma de fuegos artificiales.

Una orquesta comenzó a tocar los éxitos de ese año y otras canciones específicas de fiesta. Rhett no era un buen bailarín; sin embargo, la efusión del momento y la felicidad que emanaba todo su ser hicieron que se acoplarse con mucho éxito al ritmo de ella y de los demás.

A las cinco de la madrugada decidieron poner punto final a la fiesta y regresaron a la habitación. Nada más entrar, Laura comenzó a desvestirse con gestos sensuales. Rhett contempló fascinado el espectáculo que tenía delante. Solo para él.

Laura se acercó lentamente hacia su marido, le deshizo el nudo de la corbata y la dejó caer en el suelo. Se centró después en los botones de la camisa que, uno a uno, quedaron desabrochados. Deslizó la mano por su piel y le rozó con suavidad su torso desnudo. Rhett parpadeó agitado y se dejó abrasar por una ola ardiente de calor que inundó su interior. Le abrazó el cuello con las dos manos y selló su boca con una imperiosa necesidad.

—No puedo esperar más —suplicó excitado en sus labios.

El cuerpo de ella reaccionó ante sus palabras cargadas de pasión y se encendió al sentir cómo sus manos grandes liberaban su cuello y bajaban con suavidad hacia sus pechos. Se arqueó presa de un repentino espasmo. Él le acarició los senos con dedos expertos, aplastando sus labios con frenesí.

—Esto será intenso, Laura, mi yo entero en cuerpo y alma te necesita con desesperación —le susurró en su pelo, guiando sus cuerpos elanzados hacia la cama.

—Quiero que sea intenso, Rhett. Mucho. Que nos consuele todas y cada una de las noches frustradas que hemos pasado.

Su marido la tomó en brazos y la depositó con cuidado sobre la cama.

Aplastó las placenteras curvas de su cuerpo bajo el suyo y le capturó las dos muñecas en una deliciosa ilusión de cautividad. Sus labios hambrientos recorrieron su piel encendida hasta llevarla al borde del precipicio. Entonces paró y la miró a los ojos con intensidad. La necesidad que encontró en su mirada nublada, junto a la súplica de su voz, hizo que se abandonara en su interior.

Las primeras luces del día encontraron dos cuerpos desnudos y relajados, que dormían abrazados plácidamente.

Capítulo 32

Ministry Of Sound es el lugar ideal para celebrar cualquier fiesta. Constituida por cuatro bares, cinco ambientes y tres pistas de bailes, es una de las discotecas más famosas de Londres.

Ryan Cameron, directivo del Grupo Mendoza, eligió ese lugar para celebrar su aniversario. Entre los invitados se encontraba Daniel, uno de los dueños del Grupo Mendoza, quien se acercó al cumpleaños y le dio dos palmaditas en la espalda, deseándole un cambio de ciclo favorable.

—Gracias por venir, Daniel. —Ryan le tendió la mano con camaradería—. ¿Y Rhett?

—No sabría decírtelo —contestó molesto—. Desde que se casó, lo veo muy poco.

—El casado casa quiere —intervino otro chico en la discusión.

—Así es —asintió el joven Mendoza, mostrando una falsa sonrisa. Rhett, Rhett y siempre Rhett. ¿Conseguiría alguna vez librarse de él?, se preguntó ofuscado.

—Yo, en su lugar, haría lo mismo. —Ryan le guiñó un ojo con complicidad—. Su mujer es tremenda. Menuda suerte ha tenido, se ha llevado un bombón de primera calidad.

Daniel se separó malhumorado del grupo, buscó un lugar apartado en la barra y pidió una copa. El matrimonio de su hermano le quemaba la sangre. Los odiaba a los dos. Esa mujer debería haber sido suya, junto con el título de duque. Daniel se hubiera distanciado de los Mendoza y de la eterna sombra de Rhett, que lo perseguía día y noche.

Mientras pensaba en su hermano y en la manera de devolverle el golpe

recibido, notó detrás de él la presencia de una mujer. Primero, lo envolvió un perfume sensual y, luego, dos manos firmes le taparon los ojos.

Daniel inspiró el aroma que desprendía, pero no la reconoció. Se giró y retiró las manos de su cara. Lynn, la directora financiera del Grupo Mendoza, curvó sus labios en una seductora sonrisa.

—Lynn, qué sorpresa, no sabía que vendrías.

—¿Y por qué no? —Levantó una ceja perfectamente depilada—. Ryan ha invitado a todos los solteros de la empresa. ¿Qué plan mejor para pasar un viernes por la noche?

—Tienes razón. Siéntate. —Daniel le señaló un taburete que había a su lado—. ¿Te pudo invitar a una copa?

—Claro —accedió ella, mientras se sentaba y cruzaba las piernas con un movimiento sensual, hecho que provocó que la falda corta que llevaba se le subiera por los muslos, y dejara al descubierto sus piernas torneadas y atléticas.

—Para tu edad, te mantienes en plena forma —observó Daniel.

—No sé si me acabas de lanzar un cumplido o un insulto. Tampoco soy tan mayor —se defendió ella—. Solo tengo algunos años más que tú.

Daniel se giró hacia el camarero y pidió dos cócteles bien cargados de ginebra.

—¿Tu hermano dónde está? —preguntó Lynn, con aparente indiferencia, mientras aceptaba la copa que le ofrecía.

—Pues... desde el día de Navidad, no sé nada de los tortolitos.

—Estarán todavía en Roma. —Lynn arrugó el ceño pensativa—. Rhett no ha pasado esta semana por la oficina. Contesta a los correos desde casa, pero se ha desentendido de todos los actos de la semana. Esto es muy poco habitual en él.

—¿Han ido a Roma? —preguntó Daniel, más exaltado de lo que pretendía—. ¿Cuándo?

—Ah, ¿no te lo contó? —Suspiró, afligida—. No para de viajar con su

mosquita muerta. La semana pasada se llevó el avión de la compañía y viajó a Croacia, y el 31 se fueron a Roma para pasar ahí el Fin de Año.

—Hmm.. —murmulló Daniel—. ¿Dolida?

—Resentida, más bien —admitió con franqueza—. Entre tu hermano y yo no hay nada.

—Aunque... te gustaría —insistió Daniel con la vista clavada en ella—. ¿Verdad?

—Puede. —Un largo suspiro escapó de sus labios.

—¿Quieres que te cuente un secreto? Yo también estoy resentido. Podríamos aliarnos para provocar algunas aguas en ese matrimonio. ¿Qué me dices?

Lynn no respondió de inmediato. Comenzó a dar pequeños golpecitos con sus largas uñas en el frío mármol de la barra. Daniel le agarró la barbilla, demandando su atención.

—Cuenta conmigo, pero ¿qué podríamos hacer a estas alturas? Es demasiado tarde —sentenció la directora financiera, tras unos segundos de reflexión.

—Llegar tarde es mejor que no llegar nunca. —Daniel se removió inquieto en la silla y en su rostro apareció una sonrisa diabólica—. Como aperitivo, podríamos crear un malentendido entre ellos.

—Esto empieza a ponerse interesante. —Lynn le lanzó una mirada cargada de admiración—. El pequeño de los Mendoza ha dejado los pañales y se ha convertido en un hombre de verdad.

Daniel sonrió complacido y, tras rebuscar en el bolsillo de su chaqueta de piel, sacó una pequeña bolsa de plástico. Agarró su brazo, depositó la droga dentro de la palma de su mano y la cerró después con cuidado. Ella contempló el contenido con nostalgia y se la devolvió.

—Daniel, hace tiempo que no me meto esta mierda. Eres muy joven y no lo necesitas para divertirte. Deberías dejarlo.

—¡No me jodas! —Daniel volvió a guardar la droga en su bolsillo—. Iré

un momento al baño, después te contaré mi plan.

Lynn terminó su copa y pidió otra ronda al camarero mientras esperaba a su recién estrenado aliado. Este regresó unos minutos más tarde acompañado por un excelente humor. Lynn conocía aquella mirada. Ella misma la había lucido años antes. Por suerte, había conseguido dejarlo.

—Chica lista —la felicitó él, aceptando la copa que le ofreció—. Necesito información de sus planes más inmediatos. ¿Cuándo es la reunión mensual?

—Ahora que lo mencionas... —Lynn entrecerró los ojos en actitud pensativa—. La junta se fijó para la semana que viene, no recuerdo si el miércoles o el jueves.

—Bien, intenta retrasarla hasta la tarde, para terminar a la hora de cenar. Guárdate en la manga alguna emergencia y suéltala cuando estén a pie de salida. Tú ocúpate de Rhett, que de ella me encargaré yo.

Daniel y Lynn prepararon con detalle el plan de ataque. Excitados y animados por las perspectivas que se dejaban entrever, pidieron al camarero otra ronda de bebidas.

Capítulo 33

Laura bajaba los escalones de su casa canturreando una canción pegadiza. Su excelente humor se esfumó al encontrarse en el salón principal a Marta. Tenía el semblante serio y le dijo, nada más verla: —El señor Rhett está otra vez en la cocina.

Laura sonrió para sus adentros al imaginarse el delicioso desayuno que prepararía su marido. Posó una mano sobre el hombro de Marta para tranquilizarla.

—Está bien, no pasa nada; por favor, dejarlo preparar el desayuno si es lo que él quiere.

—¡Pero no puede ser! —insistió Marta, alterada—. Jamás había pasado en esta casa. ¿Por qué me tiene que ocurrir a mí?

—Porque los tiempos cambian —dijo Laura en tono consolador, mientras daba la eterna discusión por terminada y se dirigía a la cocina.

Nada más entrar, observó cómo su marido untaba con esmero sendas tortitas con crema de chocolate. Se acercó a él y le dio un beso tierno en los labios.

—Huele de mil maravillas, pero me temo que nuestras chicas del servicio están molestas y resentidas contigo.

—Me disculparé con ellas, aunque no sé por qué se forma tanto revuelo con la dichosa cocina —se quejó, mientras dejaba el plato con tortitas sobre la mesa. Laura llevó la cafetera y sirvió el café en las dos tazas que había en la mesa.

Desde que habían regresado de Roma, los duques de Hills trataban de no separarse en ningún momento. Día tras día, Laura descubría nuevas facetas de

su marido y estaba plenamente convencida de que casarse con él había sido lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Él, por su parte, estaba profundamente enamorado de ella, no se cansaba de mirarla y malcriarla.

—¿Qué hacemos hoy? —le preguntó, mientras la animaba a probar una tortita glaseada.

—Hoy te vas a trabajar, Rhett. No hay «no» que valga. De lo contrario, el Grupo Mendoza se hundirá. Además, por la tarde tenemos que asistir a la junta mensual, Harrison en persona me pidió que fuéramos. Yo iré primero a ver a Michael, comeré con él y, por la tarde, acudiré a la oficina para asistir a la junta.

—No me apetece ir —exhaló Rhett con el ceño fruncido—. Es lo mismo que hago desde hace una década, ¿qué hay de malo en que me tome un respiro? Todos los empleados disfrutaban de días libres después de casarse. ¿Yo por qué no?

—Si seguimos así, yo pesaré una tonelada y tú serás pobre y aburrido. —Laura se acercó y le rodeó el cuello con los brazos. Acarició con delicadeza su mejilla y estampó un beso sonoro en sus labios—. Vamos, sé bueno y te compensaré. En cuanto acabemos, te invitaré a cenar.

—¡Vale! —accedió su marido a regañadientes, al tiempo que tiraba de su cintura y la sentaba sobre sus rodillas—. Aunque, si lo pienso bien, con una tonelada de más, estarás preciosa.

Una hora más tarde abandonaban Hills House cada uno montado en su propio vehículo. Rhett bajó la ventanilla del suyo y se despidió con un enérgico movimiento de mano. Antes de incorporarse a la carretera, pisó el freno y esperó a que el coche de ella llegase a la misma altura del suyo. Laura se detuvo y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Cuánto tiempo hace que nos separamos? —preguntó, ansioso.

Ella consultó el reloj del salpicadero y le contestó de buen humor: —Veinte segundos. En punto.

—Veinte segundos, son... muchos segundos. Desde ya te echo de menos y

no sé cómo aguantaré el resto del día sin ti. ¡Te quiero, Laura! —gritó sonriente, mientras reanudaba la marcha en dirección a Londres.

Ella se tomó su tiempo antes de continuar su camino. Aun cuando no quería reconocerlo, experimentaba la misma sensación de apego que él. Esa mañana había hecho un esfuerzo sobrehumano para separarse de Rhett. Se regañó a sí misma por aquel comportamiento infantil, recordándose que su marido no se alistaba voluntario para ir a la guerra, solo se marchaba a trabajar y lo vería dentro de unas horas.

Una ráfaga de aire frío penetró a través de la ventanilla y, al colarse dentro de su cuerpo, le dejó un mal presentimiento. Molesta consigo misma por comportarse como una adolescente enamorada, reanudó la marcha, pero, por mucho que intentó pensar en otra cosa, su cerebro volvía una y otra vez a lo mismo. Para distraerse pisó el acelerador y, subiendo el volumen de la radio, canturreó una canción pegadiza que sonaba en la emisora.

Media hora más tarde, aparcaba su coche delante de la clínica de Michael, al que localizó en la piscina. Cuando sus miradas se encontraron, ella le hizo un gesto efusivo con la mano. Michael apartó la mirada y siguió braceando, haciendo caso omiso a su presencia. Estaba dolido con ella y, cada vez que lo visitaba, intentaba castigarla.

Laura respiró hondo para llenarse los pulmones de oxígeno y paciencia, y se sentó en un escalón al pie de la escalera.

Un cuarto de hora después, Michael salió de la piscina, agarró una toalla y se sentó al lado de su hermana. Laura centró su atención en él y se alegró al ver que había ganado un poco de peso y empezaba a parecerse al Michael de toda la vida. La expresión de su rostro encendido por el esfuerzo parecía más serena.

—Te veo mucho mejor que la semana pasada.

—Laura, estoy bien, ya te lo dije. Quiero salir de aquí, por favor —suplicó animado por su observación positiva.

—Michael, quiero que salgas de aquí tanto o más que tú. —Una ola de

tensión que apareció de la nada se instaló entre los dos hermanos—. Ahora, dime, ¿acudes a las clases de alcohólicos?

—No iré a esas estúpidas clases —gritó, enfadado—. Yo no soy alcohólico. ¿De qué maneras os lo tengo que decir?

—¿Quién más te pide que vayas? —se interesó sorprendida.

—Nadie —contestó, con brusquedad.

—¿Michael? —Laura clavó en él una mirada inquisitiva, dándole a entender que no aceptaba un no por respuesta.

—He conocido a una chica —claudico a regañadientes—. Bueno, en realidad, no es una chica, es una de las psicólogas del centro, se llama Sarah y no para de darme la lata con eso. ¿Contenta?

—Contenta. —Laura se puso en pie de un salto y le tendió la mano a su hermano—. Hoy mismo asistirás a esas clases; no porque las necesites, sino para que yo y la dichosa psicóloga te dejemos en paz. ¿Qué me dices?

Michael no le contestó; pero sus ojos hablaron por él. Acudió a su habitación, se vistió y, media hora después, Laura le acompañó a su primera reunión de alcohólicos. Durante los cincuenta minutos que duró la sesión, Michael no habló ni se interesó por nada en particular, pero ya había dado su primer paso en la dirección correcta.

Capítulo 34

La reunión mensual del Grupo Mendoza duró más de lo previsto. Casi cuatro horas de gráficos, situaciones y números dejaron a los asistentes exhaustos.

Era el primer mes que las empresas Hills no registraban pérdidas y se mantenían estables, aspecto muy alabado por Lynn y su equipo de especialistas.

Rhett presidía la reunión y, en más de una ocasión, sintió la tentación de sacar a todo el mundo de la sala para poder tocar y besar a su mujer, que estaba sentada a tan solo un metro de distancia de él. Cada vez que sus miradas se cruzaban, la serpiente que convivía dentro de él pegaba saltos de alegría. Se aflojó con disimulo el nudo de su apretada corbata para poder respirar con normalidad y seguir el hilo de la reunión.

Los números finales indicaron que el Grupo Mendoza había ganado en el último trimestre más de quince millones de libras esterlinas. Se esforzó en mantener la concentración en los números, pero ni siquiera los excelentes resultados consiguieron desviarlo del foco de sus pensamientos.

A la última hora de la tarde, dio por terminada aquella agotadora reunión.

—Señor Mendoza, acaba de llegar un fax de la mina Santos, de México. Han hallado un metal precioso y los expertos creen que es realmente valioso. Tenemos que ver los informes para establecer el precio de salida al mercado —lo informó Lynn con eficiencia cuando estaba a punto de salir de su despacho—. Lo siento. Es necesario que se quede un rato más.

Sus ánimos cayeron en picado, debatiéndose entre el deber y el placer. Sabía que era importante quedarse; no obstante, su cuerpo entero le pedía a

gritos marcharse. Tras unos segundos de embarazoso silencio, Laura intervino.

—Rhett, quédate, da igual, yo cenaré cualquier cosa en casa, estoy agotada.

—¿Y tu invitación a cenar? —preguntó arisco al ver que se disponía a marcharse.

Ella se alzó de puntillas y le dio un beso en los labios: —A trabajar. Cenaremos juntos cualquier otro día.

Rhett se quitó el abrigo de mala gana y regresó huraño a la oficina. Minutos más tarde, se dejó envolver por los informes y las características del nuevo metal. Para testear el mercado, decidieron ponerle un precio de salida alto. Si funcionaba, ganarían una fortuna; en caso contrario, siempre estaban a tiempo de rebajar el precio inicial.

Dejaron la situación resuelta antes de lo previsto y Rhett pensó que, si se daba prisa, llegaría a tiempo para cenar con Laura. Marcó su número, pero no consiguió localizarla. Cuando Lynn le propuso cenar algo en el pequeño restaurante de la misma avenida para seguir hablando del nuevo proyecto, aceptó pensando que su mujer estaría en la cama y no le importaría.

—Rhett, hay muchos detalles que necesito consultar contigo —le dijo Lynn al finalizar la reunión—. Pero no aguanto más estar en la oficina, estoy hambrienta, llevamos diez horas trabajando. Necesito una copa.

—Tienes razón —se disculpó el—. Siento haberte agobiado hoy, al no haber venido tantos días se nos han juntado muchos asuntos.

Salieron apresurados del edificio y se encontraron con un frío cortante en la calle. Lynn comenzó a tiritar, puesto que vestía una chaqueta ligera de punto. Rhett la arropó con sus brazos y, entre risas y tropiezos, entraron en el pequeño restaurante que estaba situado en la esquina.

De repente, la mirada de Rhett chocó con las lagunas azules de su mujer, que estaba cenando junto a Daniel. La tierra al completo dejó de girar y Rhett sintió debajo de sus pies las baldosas de granito bailar. Varios flashes e imágenes llegaron a su retina sobre el modo como habría trascurrido la cena.

Se imaginó a Laura y Daniel mientras compartían confidencias y sonrisas al tiempo que brindaban con el vino blanco que se divisaba en el fondo de las copas de cristal.

El cortante frío que había sentido tan solo unos momentos atrás lo abandonó para dar paso a un abrasante y sofocante calor. Una avalancha de rabia e impotencia lo incitó abandonar el restaurante, pero el orgullo se lo impidió y lo empujó hacia la mesa de la discordia.

Laura palideció de forma perceptible y, en su mirada, Rhett encontró sorpresa. Tras unos segundos de embarazoso silencio, consiguió balbucear: —Cuando me marché, me encontré a Daniel en el ascensor. Como los dos teníamos hambre, decidimos entrar y picotear algo.

«Se está justificante, se siente culpable», pensó Rhett tensionado.

—¿Y tú no tenías un asunto muy importante que atender?

«Así que, para defenderse, ataca», especuló Rhett, confundido.

—Yo sigo trabajando, de hecho, los dos seguimos trabajando —Rhett se giró hacia Lynn y esperó impaciente a que corroborase su versión.

Él también se defendía, pensó enfadado. ¿Se sentía culpable? ¡Maldita sea, no!

Para su sorpresa, Lynn no recalcó su versión, solo se limitó a sonreír de forma indescifrable.

—Tengo hambre. —La directora financiera lo tomó del brazo con familiaridad—. Vamos a sentarnos, si te parece, a otra mesa, así no molestamos.

—¿Molestar?! —Las mejillas de Laura comenzaron a arder—. Estás hablando de mi marido en mi presencia. ¿Te das cuenta?

Rhett pasó en cuestión de segundos por diferentes estados de ánimo: enfado, sorpresa, asombro, confusión y, otra vez, enfado.

¿Qué demonios estaba haciendo Lynn? ¿Y por qué Laura se comportaba como una mujer engañada?

Daniel presenció en silencio cómo las pequeñas aguas provocadas por él y

Lynn se convertían en un tsunami en toda regla. Decidió aportar su granito de arena.

—Sentaros aquí, si queréis, nosotros ya nos íbamos. —Y, tras mirar a Laura con complicidad, añadió—: Te llevaré a casa, sé que no te gusta conducir de noche.

«¿Que qué? ¡Ni lo sueñes! No lo voy a permitir», decidió Rhett sofocado por la rabia que sentía.

—Daniel, no te molestes —tronó, lanzándole destellos enfadados con la mirada—. Mi mujer es mayorcita y puede conducir.

En respuesta a su declaración de intenciones, Laura apartó la silla y tomó a Daniel por el brazo. Dijo con voz clara y pausada: —Estoy muy cansada y, en este momento, completamente incapaz de conducir. Si Daniel es tan amable de acompañarme, estoy lista para irme.

Las palabras de Laura hicieron que Rhett viera el restaurante entero teñirse de rojo. Las rodillas le comenzaron a temblar por lo que se dejó caer en una silla para aplacar su ira. Entre nubes escarlatas, la observó alejarse en compañía de Daniel. Él la ayudó a ponerse el abrigo, tocándole con las yemas de los dedos su cuello largo y gracioso.

—Qué aprovechéis la cena. Os recomiendo pato con manzana verde, es la especialidad de hoy —ironizó Laura, antes de salir del restaurante cogida del brazo de Daniel.

Rhett no pudo tragar bocado y, un cuarto de hora después, salió disparado en dirección a House Hills.

Cansado y tremendamente confundido se preguntó si ella se sentiría todavía atraída por Daniel. ¿Habían quedado en alguna otra ocasión?

Una de sus tres condiciones, para casarse con ella, había sido «No te acerques a Daniel».

Golpeó el volante con rabia al recordar que su mujer lo había dejado en ridículo, yéndose con él.

Laura Hills era una mujer cínica y calculadora. Los demonios se

explayaron a gusto dentro de su cabeza y la serpiente que convivía con él se retorció en su interior, y le provocó dolor. Cuando aparcó el *jeep* delante de la casa, estaba más que convencido que su mujer no lo amaba y que había fingido tener sentimientos por puro interés.

Capítulo 35

Laura escuchó la puerta de la entrada abrirse y bajó las escaleras corriendo.

—¡Vaya, acaba de llegar mi marido infiel! —exclamó zalamera—. ¿Qué pasa, el pato con manzana verde no ha sido del agrado de tu amante?

—Laura, ¡no vayas por ahí! —le advirtió él, con la mirada encendida.

Ella abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Se sentó sobre el primer escalón de la escalera y, tras unos segundos de silencio, preguntó abatida: —¿Por qué con Lynn? Una de mis tres condiciones, antes de casarnos, fue la de no acercarte a ella. Me has hecho sufrir.

—¿Sufrir? —gritó Rhett fuera de sí, al tiempo que se movía inquieto de un lado para otro—. Pues yo estoy completamente roto. ¡Roto! No acercarte a Daniel fue mi principal condición para casarme contigo. Y lo sabes.

—No te atrevas a echarme la culpa a mí. —Laura se levantó de un brinco y acortó la distancia que había entre ellos. Él retrocedió un paso. Una mezcla de sentimientos contradictorios se apoderó de su mente y una neblina espesa le impedía razonar. Tenía que marcharse de ahí para aclarar sus ideas.

—Me has humillado yéndote con él, no te acerques a mí. Recogeré algunas cosas y me iré.

—¿Adónde? —chilló ella, mientras le golpeaba el pecho con los puños. Él apartó sus manos con tranquilidad y retrocedió otro paso.

—No me toques, Laura, se acabó. Regreso a mi casa. Mañana mandaré a por el resto de mis cosas y mi abogado se pondrá en contacto contigo para establecer los términos del divorcio. Pídeme lo que quieras, te lo daré todo, a cambio de que me lo pongas fácil. Estoy roto por dentro, joder, todo esto ha

sido una gran mentira.

Golpeó tensionado la barandilla de la escalera y subió con paso acelerado los escalones hacia su cuarto. Un minuto más tarde, se paró en el pasillo de los cuadros malhumorados y dijo a modo de despedida: —Queridos duques, no hubo suerte; ella no me ama, así que mi retrato no estará ahí colgado con vosotros.

Arrastró la maleta con sus enseres personales y regresó al salón. Observó que Laura estaba sentada en el mismo escalón de antes. La miró de soslayo, parecía frágil y asustada. Se le encogió el corazón y su enfado disminuyó en intensidad. Comprendió esperanzado que cabían dos posibilidades para solucionar el conflicto: si ella se lo pediría, Rhett olvidaría todo y se quedaría. De lo contrario, tenía que marcharse y admitir su derrota.

Cada paso que daba en dirección a la salida sin escuchar su voz se le hizo eterno. Cuando retiró el pestillo, giró la cabeza hacia ella. Parecía una estatua; en su rostro no había señales de que su partida la afectase de modo alguno. Por una milésima de segundo, pensó regresar a pesar de su silencio. Pero no pudo. Rhett Mendoza también tenía orgullo.

—Lo que pensé de ti, nada más conocerte, resultó ser cierto —dijo con tristeza, mientras abría la puerta.

Ella pareció despertar del estado letárgico en cual se encontraba. Sus grandes ojos azules se posaron expectantes en él: —¿Y qué fue lo que pensaste?

—¡Qué eres un ángel con alma de demonio! —exclamó dolido, mientras cerraba la puerta tras él.

Laura escuchó el motor de su *jeep* rugir y los neumáticos chirriar, señal de que había salido de prisa. Momentos después, el motor se escuchó lejano y Laura se vio envuelta por un silencio aterrador. En ese momento, cayó en la cuenta de que su marido la había abandonado. El hombre del que se estaba enamorando había salido de su vida en silencio sin que ella hiciera nada para retenerlo.

Comprendió aturdida que todo lo que había ocurrido esa noche había sido un desafortunado cúmulo de malas circunstancias y ella, con su comportamiento infantil y prepotente, lo había empeorado.

Había herido a su marido delante de una empleada y de su propio hermano.

¿Cómo pudo haberlo tratado así? El enfado en contra de sí misma creció en intensidad y el sentimiento de rabia nubló su mente.

Rhett, que era el hombre más bueno de la Tierra, tuvo que abandonar su casa en plena noche, herido y desconsolado. ¿Y qué era lo que había hecho ella? Nada. ¡Nada!

La niebla que había oscurecido sus sentidos se disipó y su corazón despertó.

Quizás aún no estaba todo perdido. Como un resorte, agarró las llaves del coche y salió de su casa a toda prisa. Buscaría a Rhett y lo traería de vuelta. Pediría perdón, suplicaría su perdón, si fuese necesario.

El frío cortante del mes de enero caló hondo en sus huesos y se arrepintió de ser tan impulsiva y salir sin ropa de abrigo. Entró con rapidez en su coche, encendió el motor y se dirigió hacia su ático, situado en pleno corazón de Londres. Conservaba las llaves de su garaje, por lo que pudo acceder al interior, pero, al llegar junto a su plaza, observó con desosiego que estaba vacía.

Rhett no había llegado todavía. ¿Dónde pudo haber ido?

Cogió el móvil y marcó su número, pero nadie le contestó. Era comprensible que no quisiera hablar con ella. Se preguntó si pudo haber ido a la casa de sus padres para recriminarle a Daniel.

Subió de nuevo al coche, temblando por el frío. Pisó el acelerador y se dirigió hacia la casa de sus suegros. Se armó de valor y llamó al timbre de la puerta, aun cuando era una hora muy inapropiada; el reloj del salpicadero marcaba las doce menos cuarto de la noche. Tuvo suerte y le contestó el portero, quién le aclaró que su marido no había pasado por ahí desde hacía

varios días.

Se despidió y volvió a conducir, esa vez, sin rumbo. Derrotada pensó que se le habían acabado las opciones. ¿Dónde pudo haber ido? ¿La casa de Lynn era una posibilidad?

Un sexto sentido le dijo que un Rhett atormentado no acudiría a la casa de su ex amante. ¿Dónde iría un Rhett dolido y destrozado? ¿Dónde renacería? ¿Dónde?

Y, de repente, se hizo la luz. O la oscuridad, según se mirara. Rhett Mendoza podría haber ido a curar sus heridas en Dark Face. Allí, en la oscuridad, dónde nadie lograra ver su dolor.

Laura cerró los ojos para retener el torrente de lágrimas que amenazaba derramarse sobre su mejilla y se mordió el labio inferior con tanta rabia que segundos después notó el sabor de la sangre en su boca.

Si su marido pisaba Dark Face, incumpliría la segunda condición de ella y... le sería infiel. Podría ser que, en ese mismo instante, él estuviera besando la boca de otra mujer, aplastando contra su pecho otro cuerpo encendido. Y con ese gesto dejaría de pertenecerle. Laura llegaría demasiado tarde.

Las lágrimas retenidas comenzaron a rodar por sus mejillas y le nublaron la visión mientras conducía a gran velocidad.

Como el garaje del edificio era inmenso y no había manera de localizar un coche en medio de cientos, aparcó en una acera lateral, situada justo enfrente de la salida del garaje, y se dispuso a esperar. Si su teoría era cierta y su marido se encontraba en el interior del local, en algún momento saldría.

Una hora más tarde, tuvo que apagar el motor del coche, debido a que no le quedaba gasolina. No podía ausentarse para llenar el depósito por si Rhett salía. Y era de vital importancia saber la verdad.

A las tres de la mañana, una temblorosa Laura, observó cómo la puerta del garaje se abría de par en par y dejaba paso a un *jeep* grande, Land Rover, de color negro.

Momentos más tarde, el coche fue tragado por la oscuridad de Londres, y

se llevaba con él una bonita historia de amor. Laura apretó los párpados con fuerza para contener las lágrimas. Se palpó con la mano la zona izquierda de su pecho, para calmar los latidos de su corazón destrozado. Había cometido un error y había tenido la voluntad para enmendarlo. Había reaccionado con rapidez, pero, aun así, había llegado demasiado tarde.

Con Dark Face había empezado todo.

Con Dark Face había terminado todo.

¿Era el final o el principio de un nuevo día?

Capítulo 36

La mirada empañada de Laura se llenó de imágenes de Rhett abrazado al cuerpo de otra mujer. Visualizó con claridad cómo su marido activaba su estrella verde y tomaba con delicadeza la mano de la mujer que estaba sentada a su lado. Segundos después, depositaba en el interior de su muñeca un beso ardiente aspirando con avidez el perfume de la desconocida. Ella, a su vez, le perfilaría la línea de su torso, al tiempo que se dejaría rodear por sus brazos fuertes. Los dos se abrazarían con fuerza y, justo entonces, sus labios se unirían en un beso intenso y sensual.

Vencida por el torrente de imágenes que no paraban de asaltarla, dejó la cabeza reposar sobre el volante y cerró los ojos. La invadió una ola sofocante de calor, y la necesidad de una bocanada de aire fresco se le hizo imperiosa. Deslizó la ventanilla del coche hacia abajo y una ráfaga le golpeó el rostro y le agitó el pelo pegado a su mejilla encendida. Ahuyentó las imágenes de Rhett abrazado a la desconocida y salió del estado de trance en el que estaba sumisa.

En ese momento se percató de que estaba tiritando por el frío. Encendió la luz y el reloj del salpicadero le indicó que eran las cuatro de la madrugada. Se encontraba sola en su coche desde hacía más de cinco horas.

Con mano temblorosa, giró la llave para poner el coche en marcha, pero este rugió emitiendo unos ruidos extraños y, después de varios intentos, se paró y dejó a Laura sumergida en el más oscuro silencio. Se tocó la frente; las venas le latían deprisa y sus mejillas estaban ardiendo.

Se notó de repente muy cansada. ¿Y si cerraba los ojos? Podía ser que todo lo vivido en las últimas horas se convirtiera en una pesadilla y, al

despertar, encontraría su vida teñida de rosa. Estaría en su casa, tumbada sobre su cómodo colchón de plumas y tapada con una manta suave. Alargaría la mano y encontraría a Rhett a su lado. Le daría un beso apasionado en la boca y acoplaría su cuerpo al de ella, susurrándole al oído que era el amor de su vida. Y, envuelta en sus brazos, Laura sentiría calor.

Un atisbo de coherencia le gritó desde un rincón de su cerebro; su marido la había engañado y «el amor para siempre» quedó fulminado ante la primera discusión seria.

Rhett la había abandonado y, en la misma noche, había acudido a Dark Face para lamer sus heridas. ¡Cabrón!

Se mordió el labio con rabia y sintió que el sabor salado de las lágrimas se impregnaba con su propia saliva. Alterada, se limpió la cara con el dorso de la mano y cogió su móvil.

Necesitaba ayuda. Escrutó la pantalla con el ceño fruncido y estalló en llanto al darse cuenta de que no tenía a nadie a quién llamar. Su madre se encontraba en la residencia de invierno y su hermano en la clínica de rehabilitación. Rhett ya no era nada suyo y antes prefería morir que dejarlo verla tan hundida. Solo le quedaba Minerva. No quería molestarla en plena noche, más en su delicada situación, pero Laura Hills, aparte de a su amiga, no tenía a nadie más.

Al tercer timbre, Minerva descolgó con voz adormilada.

—¿Laura? —Al oír la voz de su amiga comenzó a sollozar—. ¿Qué pasa?

—No me queda gasolina y tengo mucho frío. —Su voz sonó muy débil.

—¿Dónde estás? —preguntó Minerva con preocupación—. Vamos a recogerte, tranquila.

—En mi coche, delante de Dark Face. —Suspiró rendida y después añadió en voz baja—: Estoy muy cansada.

—¿Rhett está contigo?

—No, no está conmigo. —Y Laura colgó.

Cerró los ojos y se dejó arropar por una placentera sensación de paz. Un

mundo de colores se extendió delante de ella y la atrapó en un profundo sueño.

Capítulo 37

Momentos después, unos golpes sonoros en la ventanilla la sacaron de su particular sueño. Despegó los parpados y divisó, a través del cristal, la cara de su amiga. La alegría inundó su corazón y quiso sonreírle, pero su cuerpo parecía entumecido y solo consiguió esbozar una mueca de dolor.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para pulsar el botón y desbloquear el coche. Vio a modo de película lenta cómo Minerva y Cristian la agarraban entre los dos y la subían a otro coche. Su amiga le tocó la frente y apremió alterada a Cristian para que condujera más deprisa. Intentó incorporarse para tranquilizar a su amiga, pero, para su sorpresa, su cuerpo no respondía.

Cerró de nuevo los parpados y se abandonó a un estado de calma y paz. Cuando escuchó el motor del coche pararse, abrió los ojos y vio cómo unos celadores colocaban su cuerpo sobre una camilla de emergencia y la llevaban con rapidez hacia el interior de un hospital. Laura hubiera deseado incorporarse para decirles a todos que no estaba enferma.

¿Por qué percibía tanta preocupación a su alrededor? Despegó los labios con dificultad, pero las palabras no salieron de su boca, por mucho que lo intentó. Miró alrededor y, cuando encontró la mirada angustiada de Minerva, esbozó un quejido de impotencia.

—No te esfuerces, tranquila, todo saldrá bien, tienes mucha fiebre.

Sintió un pinchazo, como si una mosca trepara por su brazo en un caluroso día de verano. Lanzó un gemido que se ahogó en sus labios y, momentos después, cayó de nuevo en un profundo sueño.

—¿Laura, puedes oírme? —El sonido de una voz conocida llegó hasta ella al tiempo que una mano tomaba la suya con delicadeza.

Despegó las pestañas con dificultad y aclaró la vista. Un techo muy blanco le dio la bienvenida, por lo que se acordó de que estaba en el hospital. Giró la cabeza y, en su trayectoria, apareció un rostro familiar regido por dos ojos amables color chocolate. Conectó con ellos y se sorprendió al encontrarse una expresión angustiada, colmada de preocupación.

Intentó esbozar una sonrisa que quedó congelada en su rostro al recordar que el dueño de aquella mirada ya no era nada suyo. Retiró su mano con brusquedad e hizo una respiración profunda para serenarse.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonó fría como el acero—: No quiero verte.

—Minerva me ha llamado. Llevas ocho horas ingresada y yo estoy muy preocupado por ti.

—Te seguí y vi como salías de Dark Face. —Su marido parpadeó sorprendido y, ante su vacilación, añadió dolida—: Lo sé todo.

—No sabes nada. —Rhett la miró francamente, al tiempo que acariciaba con ternura la mejilla. Ella le sostuvo la mirada buscando indicios de su culpabilidad, pero tuvo que admitir para sus adentros que no encontró ninguno—. Ahora descansa, te han traído con cuarenta de fiebre, en cuanto estés recuperada, hablaremos.

—¿Estuviste en Dark Face? —insistió esperanzada.

La expresión angustiada de su rostro fue respuesta suficiente.

—Sí —contestó, bajando la mirada.

—Entonces, no hay nada de qué hablar —sentenció, al borde de las lágrimas—. Vete.

—No es lo que tú crees. —Rhett soltó un largo suspiro y le limpió con la mano una lágrima que se abría camino en su rostro apagado—. No entiendo por qué me seguiste y te quedaste allí tanto rato, a cinco grados bajo cero.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo —le espetó malhumorada.

Él exhaló un largo suspiro y la miró de un modo cálido y comprensivo.

—Todavía tienes la frente caliente —observó preocupado—. Llamaré al

médico.

Caminó con paso apresurado hacia la puerta y, antes de salir, se giró hacia ella.

—Soy el dueño de Dark Face. Anoche tuve que ir por problemas de trabajo.

Capítulo 38

Rhett dejó a su mujer descansar y acudió a la sala de espera. Se preguntó en qué momento su vida se había convertido en un auténtico infierno.

La noche anterior, nada más salir de Hills House con el corazón roto, lo habían llamado de urgencia de Dark Face. Había encontrado el local precintado por la policía y los agentes que lo custodiaba le habían informado que un anónimo había denunciado la presencia de una menor en el local.

Llamaron a los empleados de la planta de arriba para el interrogatorio. Los clientes perdieron el anonimato y tuvieron que presentar la documentación a los agentes. Rhett sabía que ese escándalo sería el principio del fin de Dark Face.

Recordó con nostalgia cómo había surgido la idea de fundar el local, nueve años atrás. Después de perder a Mara, su recuerdo lo obsesionaba. En un viaje a Noruega se topó sin querer con un lugar parecido a Dark Face y, en la oscuridad, conoció una mujer que adquirió el cuerpo de Mara.

Nada más regresar a Londres, fundó su propio local. Al principio, Dark Face fue un *pub* normal, regido por la penumbra, con camareros y demás personal, pero con los años lo modernizó hasta convertirlo en el local selecto y exclusivo que era en el presente.

Una vez que los agentes de policía hubieron registrado a todos los clientes, tuvieron que admitir que la denuncia resultó ser falsa, puesto que, como cabía esperar, no localizaron ninguna menor. Rhett había intentado explicar a los policías que contaban con máquinas muy modernas previstas de sensores, que leían la edad cronológica de los clientes a través de una radiografía instantánea de muñeca. A pesar de esto, los agentes precintaron el local,

aduciendo que estaba bajo investigación policial. A la una de la madrugada dejaron el local desierto y Rhett había tenido que ir a la comisaria para formalizar su declaración. Ahí se había encontrado a su abogado y, unas tres horas más tarde, cansado y ojeroso se había dirigido hacia su casa. ¿Qué más podría salir mal ese día?

Había perdido en la misma noche a su mujer y a su local del alma. Rebobinó en su mente los acontecimientos de la noche, su discusión con Laura y la frialdad de ella ante su partida. Cuando estaba aparcando el coche en el garaje, había recibido una llamada de Minerva.

—Hola, soy Minerva, perdona la hora. —Rhett había consultado su reloj y su desconcierto había aumentado al ver que eran las seis de la madrugada—. Se trata de Laura.

—¿Qué pasa con Laura? —había preguntado distante, dolido por su reciente separación.

—Está ingresada en St Thomas Hospital. La encontré hace una hora, sola, en su coche, vestida con una camiseta y con cuarenta de fiebre.

Rhett se había quedado mudo de asombro. Tras unos segundos de silencio, su cerebro había vuelto a funcionar y había preguntado: —¿Laura está ingresada? Anoche la dejé en Hills House. ¿Por qué estaba sola en la calle?

—No sé muchos detalles. Me llamó para decirme que se encontraba delante de Dark Face.

Se había instaurado una pausa embarazosa y la culpabilidad había comenzado a colarse en su cuerpo. Multitud de preguntas se agolparon en su cabeza, pero no fue capaz de decir ni una sola palabra.

—Por suerte, yo conozco vuestra historia y acudí enseguida con Cristian —había continuado Minerva—. La encontramos inconsciente, con síntomas de hipotermia y con fiebre alta. No te asustes, está todo bien, los médicos la tienen bajo control y la fiebre ha remitido. Pensé que deberías saberlo.

—Claro que debo saberlo, ella es... Por favor, mándame las coordenadas del hospital y voy enseguida. Gracias por avisarme.

Desconcertado y corrompido por la culpa, había sobrepasado todos los límites de velocidad en su marcha hacia el hospital. Nada más entrar, se había observado en un ventanal y no le había gustado la imagen del hombre que le devolvió la mirada. Rhett Mendoza parecía hundido. En su rostro cansado, sus ojos vivos y llenos de optimismo se habían convertido en dos trozos de carbón, fríos y apagados. La expresión de su cara indicaba confusión.

Sus pensamientos giraron de forma obsesiva en torno a lo sucedido y, en ese instante, comprobó que, si la vida se teñía de oscuro, quedaba sitio para empeorar todavía más.

—¿Puedo invitarte a un café? —Minerva le dedicó una sonrisa cálida y comprensiva.

Ahuyentó sus pensamientos y asintió agradecido. La mejor amiga de su mujer insertó algunas monedas en la máquina expendedora y, segundos más tarde, un intenso olor a café envolvió la sala de espera. Se sentó a su lado y le ofreció un vaso pequeño de plástico. Rhett miró sorprendido el café corto y, tras tomar un sorbo, su desconcierto aumentó al ver que era muy cargado, justo como le gustaba tomarlo.

—¿Cómo sabías qué tipo de café me gusta?

—Laura lo mencionó en una ocasión —contestó serena.

—¿Ella te contaba cosas sobre mí? —preguntó complacido y, a la vez, sorprendido—. Difícil creerlo.

—No te sorprendas. Laura ha hablado mucho de ti últimamente. ¿Qué pasó anoche?

Como respuesta dejó caer su rostro entre sus manos y rezó por fuerza. Fuerza por mantener su compostura ante los reproches de Laura y ante los suyos propios.

Minerva le tomó las manos con delicadeza y le dijo en voz queda: —Rhett, conmigo puedes hablar. Suelta tus dudas, te sentirás mejor. Su estado no es grave, no te atormentes. Además, ahora dormiré por lo menos tres o cuatro horas seguidas.

Él asintió pensativo, al tiempo que se rascaba la perilla que había florecido de la nada y le daba un aspecto descuidado y, al mismo tiempo, atractivo.

—No sé qué fue lo que nos pasó, estábamos muy bien, tanto que esta mañana no quería irme a trabajar para no distanciarme de ella. —Sonrió con nostalgia—. Laura insistió, pero, tras veinte segundos alejado de ella, ya la echaba de menos. Tuve que trabajar durante todo el día, llevaba semanas sin acudir a la oficina. Por la tarde, Laura acudió a la junta directiva y estuvimos varias horas seguidas con la reunión mensual. Sobre las nueve, mientras salíamos del Grupo Mendoza, a mí me surgió una emergencia y tuve que quedarme. A partir de ese momento, todo se torció.

Al recordar lo sucedido se sintió poseído por oleadas de rabia. Para desquitarse aplastó el vaso vacío de plástico entre sus dedos y su rostro se oscureció. Tras unos segundos de silencio, continuó desahogándose: —Me dijo que se iría a casa y, de repente, nos encontramos en el pequeño restaurante de la esquina. —Su mirada se encendió y continuó ofuscado—: Estaba con Daniel.

Minerva arrugó de forma ligera el entrecejo y preguntó con tranquilidad: —¿Tú ibas solo?

Rhett cerró los ojos con gesto cansado y añadió en voz baja, apenas audible: —No. Yo iba con Lynn.

—¿Y por esto ha comenzado la Tercera Guerra Mundial? —se sorprendió, al tiempo que se apoyaba contra el respaldo de la silla—. Sé que en un principio Laura se decantó a Daniel y es lógico que te haya molestado encontrarla con él, pero, por Dios, son cuñados, con seguridad se habrán encontrado por casualidad. Y en lo que respecta a Lynn, sé que Laura no la soporta, pero no creo que se sienta amenazada por ella.

—Ahora, con la distancia, lo veo de un modo distinto; no obstante, cuando ocurrió tuve la sensación de ver cómo la magia que tanto nos costó construir se evaporaba por completo. Me encontré con una Laura desconocida, que se

marchó del restaurante con Daniel y, después, quedó impasible ante mi partida de la casa.

—¿Te has marchado de Hills House? Lo siento mucho —se lamentó Minerva, visiblemente afectada.

—Una sola palabra suya y me hubiera quedado —confesó con amargura—. Cada paso que daba hacia la puerta sin escuchar su voz me llevaba al borde del precipicio.

Al revivir de nuevo la separación, no pudo reprimir algunas lágrimas solitarias que comenzaron a derramarse por su cara y se perdieron entre la barba sin afeitar. La mirada cálida y comprensiva de Minerva lo reconfortó, y se regañó a sí mismo por ese momento de debilidad. No quería la compasión de nadie; si Laura no lo amaba, pues debería admitirlo. La serpiente se agitó nerviosa en su interior ante esa posibilidad y deseó calmar la alteración que sentía.

—Ella se quedó impasible ante mi partida. No le importó.

—¡Rhett! —Minerva le rozó la mano en actitud consoladora—. Nunca juzgues las apariencias. Acuérdate que encontré a Laura medio inconsciente delante de Dark Face. Sí que le importó.

Capítulo 39

Lynn subió con rapidez los peldaños de la escalera y se apostó delante de la puerta giratoria que, al detectar su presencia, empezó a rodar despacio y recogió los destellos de luz del sonriente sol que reinaba en solitario. Pisó el suelo con firmeza y se perdió entre los ejecutivos que se apilaban delante del ascensor.

La directora financiera del Grupo Mendoza contoneó sus caderas al ritmo de una imaginaria canción *reggae*, hecho que atrajo todas las miradas y atiborró la enorme entrada de gestos de cortesía. Se llenó los pulmones de autoestima pisando la primera el suelo del ascensor. Tenía prisa y encontraba aburrido descubrir que la mayoría de los hombres eran tan previsibles. Cualquier individuo que trabajaba en ese edificio, ante su cantoneo y dos o tres botones desabrochados del cuello de su almidonada camisa, caía rendido a sus pies. Cualquiera, menos uno.

Y Lynn deseaba al único que no la quería a ella.

Mientras el ascensor de la Torre Gherkin se elevaba hacia la décima planta, recordó con anhelo su historia particular con Rhett. Llevaba dos años enamorada de él en secreto. Había desplegado todos los encantos habidos y por haber sin conseguir otra cosa, aparte de respeto, de su parte. Casi había perdido la esperanza cuando, tres meses atrás, él la nombró directora financiera del Grupo Mendoza. Un puesto muy codiciado por economistas más experimentados que ella.

Recordó las discusiones que se formaron en torno a su nombramiento, por el hecho de ser mujer y, además, treintañera. Pero Rhett Mendoza se mantuvo firme y depositó en sus manos las cifras de todo el grupo. Lynn se dejó la piel

para mantener la postura ante la presión propia del puesto y ante los sentimientos que brotaban dentro de ella cada vez que estaba cerca de él. Y, por exigencias del nuevo puesto, trabajan codo con codo a diario.

Comenzó a vivir dentro de una nube rosada, enseñándole cada día a su jefe las deliciosas curvas de su cuerpo. Faldas de tubo apretadas, que evidenciaban su generoso trasero, combinadas con camisas blancas, almidonadas, bien desabrochadas eran su uniforme diario. Poco a poco, ganó confianza y, sin aparente intención, acortó las faldas y dejó relucir por debajo de la mesa de trabajo sus piernas musculosas.

Rhett comenzó a mirarla con más detenimiento y Lynn supo que era cuestión de tiempo conquistarlo. Semanas después de su nombramiento, consiguió un importante acuerdo con una empresa japonesa, por lo que viajaron juntos a Tokio. Tras cerrar el trato, se dejaron envolver por la alegría, la emoción del éxito y la exquisita comida japonesa.

Lynn no supo qué excitó más a su jefe; si la exótica comida, las especias, el sabor del dinero o su apretado vestido color cereza. Podía ser que, al final, fuera el vino. O los meses de atributos prietos bajo su apretada falda. Nada más salir del restaurante, con los oídos llenos de los acordes suaves de música oriental, intentaron parar un taxi. Al no conseguirlo, caminaron eufóricos en la noche, saboreando lo desconocido de aquella ciudad tan diferente. Pronto, los altos tacones de Lynn dejaron huella en sus pies, y se detuvieron en un banco. Él le quitó con determinación su elegante zapato con suela de color rojo como la sangre. Lo dejó en el suelo y le masajeó con delicadeza la planta del pie, envuelta en media de seda. Lynn se estremeció al recordar las yemas de sus dedos deslizarse sobre el perfil sedoso de su pierna y la presión suave de sus dedos en su pantorrilla.

Momentos después, el segundo zapato descansaba en el suelo junto al primero, y la lengua de Lynn exploraba con avidez la boca de su deseado jefe.

—Tu boca tiene sabor a vino —jadeó ella—. Y el vino que nos han servido fue exquisito.

Y en plena calle, bajo la noche iluminada de Tokio, Lynn decidió dar rienda suelta a su pasión. Él le correspondió con cierta reticencia, como si no quisiera traspasar ese puente, pero, a pesar de todo, su jefe no era más que un hombre y, como la mayoría, era previsible. Lynn comenzó a seducirlo aplastando sus generosos pechos contra su torso duro, al tiempo que bajaba la mano hacia su entrepierna y acariciaba con dedos expertos su pene sin traspasar la tela de los pantalones, mientras su lengua bailaba alegre alrededor de su cuello.

Cuando la llama estuvo encendida, Lynn propuso parar un taxi. De camino al hotel, se subió a horcajadas sobre él y comenzó a mover las caderas al mismo tiempo que apretaba sus nalgas contra su entrepierna simulando un baile tribal, exótico y desconocido, mientras su boca aprisionaba la respiración de él. Cuando pisaron el suelo del lujoso hotel, su jefe no se acordaba siquiera de que tenía una habitación propia y, sin más palabras que sus roces corporales, entraron precipitados en la habitación de Lynn.

Ella decidió que era su momento y disfrutó de la pasión que su cuerpo desprendía. Se quitó la ropa despacio, con gestos sensuales, y cuando su voluptuoso cuerpo se quedó en lencería íntima, se acercó a él y lo animó para que le quitase el sujetador. Cuando sus pechos grandes y pesados bailaron en libertad, se abrazó a su cuello y, con un leve empujón, lo hizo retroceder hasta llegar a la cama. Lynn le desabrochó con sensualidad los botones de la camisa, que le quitó con brusquedad; después, con manos expertas liberó su miembro viril, empalmado y duro como una piedra. Centró la atención en él, enroscándolo con su boca y degustándolo con avidez. Sin pudor se dejó llevar por todas y cada una de las fantasías vividas en secreto por más de dos años.

Al despertarse al día siguiente, la directora financiera del Grupo Mendoza pensó dos cosas: que había pasado la noche más feliz de sus treinta años de vida y que su jefe había superado todas sus expectativas. Y se moría por repetir aquello. Complacida, estiró los brazos con languidez, recapacitando que, sus dos pensamientos, eran tres.

Él dormía plácidamente a su lado, abrazado a la suave almohada. Lynn decidió darle un despertar de lo más original. Quitó la sabana y admiró contenta el objeto de su deseo. Lo contempló unos instantes y tuvo que esforzarse en apartar la vista de él puesto que se encontraba igual de despierto que ella. Sonriendo se acercó a él, pero sus labios no llegaron a tocarlo. Rhett abrió los ojos de golpe y la apartó con gesto serio. Fue el primer jarro de agua fría que Lynn se llevó. Primero de muchos más.

—Los dos bebimos mucho anoche y lo pasamos muy bien, pero vamos a dejarlo aquí, ¿vale? Esto no puede volver a pasar. —Abandonó la cama y, cerrando la puerta del baño tras él, la dejó inmersa en el desconcierto.

Pero ella no era una mujer que se doblegaba con facilidad. Había ganado una batalla después de un largo periodo de espera. Estaba preparada para cualquier imprevisto. De hecho, era de esperar, el típico jefe arrepentido que no deseaba líos con su empleada, bla, bla, bla, qué antiguo sonaba eso. No iba a rendirse con tanta facilidad. Al fin y al cabo, los hombres eran muy previsibles. Demasiado.

Hicieron el viaje de vuelta a Londres en las mejores condiciones; no dejaron de hablar de negocios y ella lo excitó de nuevo enseñándole los números del acuerdo que acababan de firmar. Las empresas Mendoza ganarían con ese contrato más de veinticinco millones de libras esterlinas. Y con esa sencilla evaluación financiera, Lynn se llevó a su jefe al *toilette* del avión. Y aterrizaron doce horas después en Londres, exhaustos y satisfechos.

En definitiva, el viaje a Tokio fue todo un éxito.

En Londres, las cosas fueron mucho más difíciles de conseguir. Compartían espacio y trabajo en la oficina cada día, pero siempre rodeados por decenas de otros empleados. Para poder atraparlo, Lynn tuvo que armarse de toda la paciencia posible y de mucha sutileza.

Consiguió ingeniarse diferentes motivos para atraerlo a su casa, pero no lograba avanzar. Después de acostarse con ella, él se marchaba sin comprometerse ni dejarle alguna esperanza. Lynn no se rindió, pensando que

eso era mejor que no tener nada.

En la oficina se hablaba mucho sobre Rhett y nadie alardeaba de alguna aventura sentimental con él. No tenía novia formal, así que los caminos estaban despejados. ¿Podría alguien impedir a una entregada Lynn conseguir lo que quería en la vida?

Todo parecía ir conforme a sus planes, cuando de repente y de la nada, a los oídos de Lynn llegó una noticia latente. El objeto de sus deseos se iba a casar.

Y a partir de ese momento, Lynn no pudo acercarse más a él.

Sus planes iban de mil maravillas cuando en su camino se interpuso una mujer fría y estirada de la clase alta londinense.

¿Estaba Lynn en su derecho a odiar a esa mujer?

Capítulo 40

Nada más entrar en su despacho, Lynn pulsó el botón que la comunicaba con su secretaria personal. Sin saludar, preguntó con fingida voz profesional: —¿Ha llegado el señor Mendoza?

—Buenos días, señorita Hecht, el señor Rhett no ha venido todavía. Sin embargo, acaba de llegar el señor Daniel.

—¿Daniel está aquí? —repitió, complacida—. Prepara dos cafés bien cargados y llévanoslos a su despacho. ¡Y que nadie nos moleste!

Su voz sonó imperativa y, ante el silencio de su secretaria, recordó los buenos modales y se maldijo por ser tan maleducada. Finalmente, colgó sin agradecerle nada.

Segundos más tarde salió de su despacho con paso firme y decidido, y acudió al cuarto de baño para comprobar su aspecto. Deseaba ofrecer un talante impecable a su recién estrenado socio. Una unión más perfecta, imposible. Juntos perseguían el mismo objetivo: separar a los recién estrenados señores Mendoza.

Se plantó delante del espejo y sacó de su neceser una barra de labios en tono rojo intenso. Con esmero pintó el labio de arriba, para apretar después con más energía el labio inferior. Observó encantada cómo florecía una boca viva y alegre. Lanzó un beso al espejo y se dirigió con paso decidido hacia el despacho de Daniel. Tocó con rapidez y, sin esperar respuesta, asomó la cabeza: —¿Se puede? —preguntó expectante. Se moría de ganas por conocer el resultado de su alianza.

—Pasa —la invitó Daniel de buen humor.

«Si sonrío de esa manera, significa que el plan ha dado resultados», pensó

Lynn, mientras cerraba la puerta tras ella.

—¿Victoria? —preguntó vacilante, sin atreverse a celebrar antes de tiempo.

—¡Victoria! —le confirmó sonriendo de oreja a oreja—. Rotunda —añadió mientras se acercaba a ella y, en un estado de humor increíble, la tomó por la cintura e improvisó junto a ella unos pasos de baile.

Lynn siguió sus pasos y estalló en una risa histérica. Puesto que la venganza amorosa liberaba endorfinas, se sintió poseída por una excitación parecida a la de antes de un intenso orgasmo.

En medio del improvisado baile, vieron asomarse por el marco de la puerta la cabeza de la secretaria particular de Lynn. Sorprendidos, se separaron un paso, visiblemente incómodos.

—¿No sabes llamar a la puerta? —ladró Daniel, enfurruñado por la invasión de la empleada.

—Disculpe, señor. —La mujer se sonrojó. Ante su mirada inhóspita se quedó parada en el limbo de la puerta, sosteniendo con manos trémulas la bandeja con los cafés—. He tocado varias veces, pensé... que no estaban.

—Y si pensabas que no estábamos, ¿para qué has entrado? —Daniel insistió en sacar adelante su interrogatorio.

—Para asegurarme —consiguió balbucear la mujer cada vez más apurada. La tensión hizo mella en ella y un temblor incontrolable se apoderó de su cuerpo. Sintió cómo los dos dedos de la mano derecha resbalaban por el borde de la bandeja.

«Esta inútil dejará caer los cafés en el suelo y nos pondrá en evidencia», pensó Lynn ofuscada, mientras decía en voz alta: —Señora Drew, muy amable por su parte en traernos los cafés, déjelos sobre la mesa del señor Mendoza, por favor, y márchese. —Ante el desconcierto de la secretaria, añadió cortés—: Gracias.

La secretaria respiró aliviada y colocó los dedos resbaladizos sobre el borde de la bandeja. Después se acercó y la depositó, sana y salva, sobre el

escritorio. Salió midiendo sus pasos y con la vista clavada en el suelo. Una vez cerrada la puerta, Daniel se dejó caer con pesadez sobre su cómodo sillón de cuero color blanco y bramó: —Tu secretaria nos vio bailar. ¿Crees que dirá algo por allí?

—Déjala en mis manos, no dirá nada —le aseguró Lynn, sin poder disipar del todo la preocupación que envolvía su rostro.

—Hay que mantenerla controlada —insistió Daniel—. ¿Por qué te mostraste amable con ella?

—Daniel, ¡he dicho que la dejes en mis manos, joder! —soltó ella irritada, mientras en su mente tomaba nota de despedir, cuanto antes, a la señora Drew.

—No quiero cuchicheos, Lynn —le advirtió el joven Mendoza.

Lynn se sentó sobre el borde del escritorio y rasgó un sobre con azúcar, que dejó caer en su taza de café. Removió el líquido humeante con la cuchara de plata y tomó un pequeño sorbo. Miró a Daniel por encima de su taza y dijo con voz seductora: —No queremos que una inútil ensombrezca nuestra victoria, ¿verdad?

Ante eso, la cara de Daniel se relajó. Se acercó a la bandeja de cafés y tomó un pequeño sorbo de su propia taza sin añadirle azúcar.

—Ah ,sí, déjame que te cuente lo más importante. Rhet se ha ido de casa.

La mirada de Lynn cobró vida propia.

—¡No! —negó mientras emitía una risa gutural y sonora—. No pudo ser tan fácil.

—Puede que no sea una separación definitiva, pero es un primer paso muy importante. Y también hay un segundo paso en marcha. Y puede que un tercero.

—Dime —lo apremió Lynn impaciente—. ¿Qué tienes en mente?

—Anoche, sobre las once, la duquesita vino a buscarlo a casa. Para que no lo encontrara, se me ocurrió una idea genial; llamé a la policía y denuncié la entrada de una menor en Dark Face. Imagínate el resto.

—Daniel, ¿por qué has hecho esto? —le preguntó confundida—. Dark Face es un local muy rentable, por un escándalo así se hundirá.

—¿Y qué querías que hiciese? —gritó Daniel alterado, al tiempo que abría las manos en señal de impotencia—. ¿Dejar que se reconcilien?

—No —admitió ella, a regañadientes—. En todo caso, algo menos dañino, ¿no crees?

—Por algo menos dañino no lo habrían llamado en plena noche —le reprochó Daniel enfadado por su repentino sermón—. ¿Qué quieres? ¿Tener los putos números siempre en verde, o tener a Rhett y a los números que van detrás de él?

—Yo no lo quiero por su dinero —dijo Lynn con el semblante serio.

Una cierta dosis de ironía apareció en la sonrisa de Daniel.

—Bien. ¿Qué sabemos por ahora de la feliz pareja? —Ella desvió la atención de un modo muy eficaz.

—No mucho, me temo. Están desaparecidos los dos; él, me imagino que durmiendo, me acaba de confirmar el abogado que salió de madrugada de la comisaria.

—¿Rhett tuvo que acudir a la comisaria? —se sobresaltó Lynn—. Has ido demasiado lejos.

—Yo estoy dispuesto a todo para separarlos —exclamó Daniel exaltado, al tiempo que su mirada penetrante y fría exigía respuestas—. ¿Y, tú?

Lynn se quedó unos segundos en silencio, sopesando una respuesta. Después, alargó la mano y le dio un fuerte apretón a su socio, como si de un acuerdo financiero se tratase: —Estoy dispuesta a todo para recuperarlo.

—Bien, chica lista, necesito que estés de mi lado porque llevaré a cabo la tercera parte de nuestra pequeña venganza. Estaré desaparecido un par de días. Tenme al corriente de todo lo que ocurra aquí. —Terminó el café y se limpió las comisuras de los labios con una servilleta. Después se enfundó su chaquetón de plumas y dijo a modo de despedida—: *¡Bye, bye my love!*

—¿Adónde se supone que vas? —preguntó desconcertada, mientras lo veía alejarse en dirección hacia la puerta.

—A México, muñeca, deséame buen viaje. —Lanzándole un beso al aire,

cerró la puerta con fuerza y dejó a Lynn descompuesta, con la taza de café en la mano.

—¡Buen viaje! —balbuceó para sí misma.

Depositó la taza de café sobre la mesa y regresó a su despacho, decidida a hacerle la vida imposible a su secretaria. Quizás, con un poco de suerte y ante cuatro gritos, la muy inútil presentaba su dimisión.

Capítulo 41

Laura se levantó de la cama enfurruñada. Los antibióticos habían surtido efecto con rapidez y la fiebre desapareció, pero se sentía débil, mareada y muy cansada. Consultó el reloj y comprobó que faltaban tan solo unos minutos para la primera visita médica de ese día. Su tercer día en el hospital. Rhett había fijado su residencia en la sala de espera, pero ella no aceptaba verlo.

Si él era el propietario de Dark Face, ¿cambiaba ese hecho las cosas? Definitivamente, sí, pero Laura no estaba dispuesta a darle descanso todavía. Al fin y al cabo, estaba ingresada en el hospital por su culpa, era justo que él tuviera su dosis de sufrimiento también.

Escuchó unos golpecitos en la puerta y, acto seguido, Minerva asomó la cabeza a través del marco de la misma. Laura esbozó una sonrisa amistosa e invitó a su amiga sentarse junto a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal, quiero irme a mi casa —se quejó malhumorada—. Eres médica y, además mi amiga, algo podrás hacer para dejarme marchar.

—Bien dicho, soy médica y amiga y, por eso mismo, no puedo dejarte ir.

—Minerva se sentó sobre el borde de la cama y la miró con gesto serio.

—Odio esa mirada. No trae nada bueno.

—Tienes razón, no trae nada bueno —admitió Minerva, al tiempo que la contemplaba de hito en hito—. Pensé que éramos amigas.

—¿A qué viene este sermón? —Laura se incorporó y esperó expectante—. Claro que somos amigas. ¿Qué te pasa? Me miras de un modo raro.

—Viene a que me ocultaste lo del embarazo. —La mirada cálida de Minerva se endureció bajo su ceño fruncido—. ¿Eres inconsciente? ¿Cómo

podiste esconder algo así? La medicación podría haber eliminado el feto.

Laura se quedó pasmada. Los colores abandonaron su cara y su mirada se agrandó. Despegó los labios con dificultad: —¿Estoy embarazada?!

Fue el turno de Minerva de quedarse atónita. Sopesó la situación y, tras entender que había informado a su mejor amiga de su reciente maternidad sin tacto ni sensibilidad, se le cayó el mundo encima. En su mirada se reflejaba un inmenso amor y cariño, al tiempo que le rodeaba los hombros y le daba un fuerte abrazo.

—Lo siento mucho, Laura —se excusó, apenada—. Pensé que lo sabías. Oh, he metido la pata hasta el fondo, de verdad, perdóname.

—¿Estás segura? —balbuceó su amiga, aturdida—. ¿Cuándo te enteraste?

—Sí, lo estoy, al cien por cien. Las primeras pruebas me tuvieron intrigada porque no me cuadraba nada y pedí al laboratorio repetir las. Esta misma mañana han llegado los resultados. Hay dos noticias, una buena y otra mala. ¿Cuál quieres oír primero?

Laura titubeó un momento.

—La buena, por favor.

—La analítica salió perfecta, el viernes te darán el alta. —Decepción en la cara de Laura al entender que le quedaban dos días de estancia en el hospital—. Es necesario que te quedes dos días más, lo siento, aprovecharemos y te haremos todas las pruebas del embarazo.

—Entiendo —claudicó la paciente, sorprendentemente tranquila—. ¿Cuál es la mala noticia?

—Te administramos un antibiótico fuerte, es posible que aparezcan complicaciones.

—¡No me lo puedo creer todavía! —Una mezcla de ilusión e incredibilidad se alojó en la su mirada—. Un hijo con Rhett. Por cierto, hoy no lo he visto ¿está en la sala de espera?

—No, no lo está, le prohibí que viniera más —respondió Minerva, suavizando la voz—. Para estar apoyando las sillas de plástico de la sala de

espera, mejor que siga con su vida.

Ante la mirada contrariada de su amiga, preguntó: —¿Has aceptado verlo ayer? ¿O antes de ayer?

Laura se quedó callada sosteniéndole la mirada, sin pestañear.

—Ya me lo imaginaba —continuó Minerva, sin inmutarse—. Sin embargo, quiero que sepas que está muy pendiente de ti, cada hora intercambiamos mensajes sobre tu estado, en cuanto aceptes, le avisaré y vendrá.

—¡No quiero verlo! —clamó Laura, llena de orgullo—. Todavía, no.

—De acuerdo —la tranquilizó su amiga—. Tú sabes mejor y de ninguna manera te voy a decir lo que tienes que hacer con tu vida. En todo caso, no alargues este sufrimiento mucho más, por favor, Rhett está destrozado, me da mucha pena.

—Lo sé... pensaba perdonarlo ya, no obstante, al saber lo del niño... ahora necesito reflexionar.

—Reflexionar... ¿sobre qué? —Minerva le tomó las dos manos con delicadeza, llamando su total atención—. Vais a ser padres. Tiene derecho a saberlo.

—Necesito tiempo para asimilarlo yo primero; total, nunca hemos hablado de tener hijos. ¿Cómo se lo tomará? —Su entrecejo se arrugó.

—Rhett es un hombre que tú no te mereces —le reprochó Minerva con vehemencia—. No sé ni cómo te estás haciendo esta pregunta. Seguro que se sentiría el hombre más feliz del mundo.

—Tienes razón. —Laura se cubrió el vientre plano con las palmas de la mano y lo analizó con atención, como si fuese la primera vez que le veía.

—¡Vas a ser mamá! —exclamó Minerva emocionada.

—¡Voy a ser mamá! —Laura agitó sus pestañas en un intento de retener el torrente de lágrimas que comenzó a recorrer sus mejillas encendidas—. No le digas nada, por favor; en cuanto salga, yo lo avisaré a mi manera. Además, quiero asegurarme de que está todo bien.

—No te preocupes —la tranquilizó Minerva, mientras se disponía a

salir—. Me encargaré de que te hagan todas las pruebas pertinentes, ve pensando en un ginecólogo, te adelanto que yo no lo soy.

Laura le sacó la lengua y Minerva levantó la vista hacia el techo.

—Entré en este hospital como un pájaro roto y saldré de aquí resplandeciente y feliz —exclamó radiante—. Y tú, querida amiga, eres plurifacética, si atiendes las roturas musculares de los compañeros de equipo de tu chico, seguro que podrás con un embarazo de nada.

Minerva sonrió con indulgencia y dijo mientras abría la puerta para salir: —Estoy de guardia, iré a ver a mis minipacientes; en un rato, vuelvo a pasarme por tu habitación. Adiós, pájaro fénix. —Y le lanzó un beso desde el aire.

Laura esbozó una generosa sonrisa y se dejó caer con pesadez sobre la dura almohada de su cama de hospital.

Capítulo 42

Daniel arrastraba los pies con dificultad puesto que las dieciocho horas de vuelo le habían dejado las piernas entumecidas.

Había sido agotador realizar ese viaje, pero su ambicioso objetivo merecía el esfuerzo. Nada más llegar a la zona exterior del aeropuerto, reconoció al chofer de su abuela, que lo esperaba delante de un elegante Mercedes color negro metalizado. Avivó el paso y, momentos después, la sofisticada Ciudad de México se desplegó delante de sus ojos en todo su esplendor. Al adentrarse en la exclusiva zona residencial Santa Fe, donde su abuela tenía fijada su residencia, le dieron la bienvenida regios edificios acristalados, contruidos en líneas rectas y modernas. Su abuela Susana, a sus ochenta y un años, dirigía con mano de hierro los negocios de los Mendoza esparcidos por toda América Latina.

Daniel le tenía mucho aprecio y sabía que la misión que tenía por delante no iba a ser fácil. Tendría que andarse con pies de plomo. Quince minutos después, el chofer paró delante de una impresionante mansión y dos guardaespaldas vestidos de negro se acercaron al coche para custodiar al recién llegado a la casa. Daniel recordó que las órdenes de su abuela no podían ser contestadas y se dejó llevar sin rechistar por los dos hombres hasta el interior de la casa. Nada más entrar, fue recibido por una mujer joven, uniformada, quién lo saludó con calidez, a modo de bienvenida: —La señora Mendoza lo está esperando en la biblioteca, pasé, por favor.

Instantes después, mientras abrazaba el cuerpo huesudo de la matriarca, Daniel pensó que estaba muy delgada y desmejorada.

—Te encuentro preciosa, mamá Susana —mintió mientras le besaba la

mano en señal de respeto.

—¡Tú sí que eres precioso! —exclamó complacida, mientras depositaba un beso sonoro en la mejilla de su nieto—. Y mientes fatal. Desde que regresé de Londres, arrastro un puñetero resfriado que no me deja comer, ni dormir. Por mi edad, los médicos sacuden los hombros en señal de impotencia y es comprensible. Tu repentina llegada me ha colmado de alegría. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Poco tiempo, me temo. He de cumplir con un encargo de mi hermano.

—¿De Rhett? —El rostro apagado de la matriarca se iluminó—. ¿Cómo va su matrimonio? Su mujer es tan distinguida y bonita, hacen una pareja espectacular.

Daniel luchó por deshacerse del molesto nudo que se formó en su garganta al pensar que aquella distinguida mujer debería haber sido suya. ¡Suya! «Rhett, la cabeza de la familia», «Rhett, el que lleva los negocios con mano de hierro», «Rhett el responsable», siempre todo lo mejor para él. ¿A Daniel qué le quedaba?

Se hinchó los pulmones de oxígeno, alargó sus labios compungidos en una seductora sonrisa y se preparó para alcanzar el objetivo de su visita. Cuanto antes lo soltara, antes regresaría a casa.

—Están fenomenal, mamá Susana, han pasado el fin de año en Roma y les va de mil maravillas. —Hizo una corta pausa para pillar desprevenida a la anciana y continuó—: Rhett me ha pedido que venga para cerrar una cuenta abierta que tiene con el pasado.

—¿Una cuenta abierta con el pasado? ¿De qué se trata?

—Se trata de Mara. —Daniel habló con suavidad, controlando con atención la modulación de su voz. No quería sonar ansioso, ni tampoco inseguro—. Mi hermano necesita asegurarse de que está bien. De esa manera, dejará el pasado atrás y se centrará en su nueva vida.

—Mara... —repitió la anciana de manera ausente, al tiempo que se friccionaba la ceja derecha con las yemas de los dedos—. ¿Todavía la

recuerda? ¿Después de tantos años?

—No se trata de eso, mi hermano la tiene como una cuenta pendiente, nada más —afirmó Daniel con rotundidad.

—Yo no sé dónde está. Hace muchos años, demasiados para que recuerde cuántos, que se marchó con su familia al Sur. Me imagino que, a estas alturas, estará casada y tendrá un montón de hijos; entre mi nieto y ella no pasó nada significativo, solo fue un amorío de verano —dijo la anciana con cautela.

Daniel sintió la mirada asusta de su abuela recorrerle las entrañas. Hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma.

—Estoy de acuerdo, mamá Susana, pero ya sabes cómo es Rhett, se preocupa por todo. Déjame que hable con Mara. Si mantienes el misterio, seguirá pensando en ella y puede que afecte a su matrimonio. Y... no queremos eso, ¿verdad?

La anciana dejó de estar en guardia y rebajó la tensión en los hombros. Daniel había dado en el clavo y lo sabía. Era el momento de atacar para conseguir, de una vez por todas, aquella valiosa información.

—No existe ningún peligro, abuela, de verdad; tú conociste a Laura, ¿qué mujer puede competir con ella?

—Tienes razón —admitió la anciana, tras unos segundos de reflexión—. Puede que haya llegado el momento de hacer las paces con el pasado. De Mara nos encargamos mi difunto marido y yo. He procurado que tenga una vida fácil y cada mes le pasamos una pensión, junto a la advertencia de no buscar a Rhett. Vive en Acapulco, en el estado Guerrero, situado al Suroeste de México, a unas cuatro horas en avión de aquí.

Daniel ahogó con dificultad el grito de alegría que inundó su garganta. Había conseguido sacar de las garras de su abuela aquella valiosa información. Lo que Rhett no había podido conseguir en años de insistencias y arrebatos, Daniel lo había obtenido casi sin esfuerzo.

«Eres un *crack*, mucho más valioso que tu hermano», se alabó a sí mismo con optimismo.

Para no levantar sospechas, Daniel pasó el resto del día con la anciana y esa misma noche viajó a Acapulco. El tiempo era un factor importante para el éxito de su plan. A primera hora de la mañana siguiente, pisaba el suelo de Acapulco, ciudad portuaria situado a las orillas del océano Pacífico. Quedó embelesado ante la gran belleza natural de la costa, conocida como la Riviera de México. Admiró desde el interior del taxi los lujosos hoteles, situados en la orilla del océano, y tuvo que admitir que la fama de ese sitio era más que merecida, se trataba de un lugar paradisíaco.

El taxi lo dejó delante del hotel Banyan Tree Cabo Marqués, donde Daniel tenía una habitación reservada. Una vez instalado, salió al balcón y se dejó llevar por las espectaculares vistas. Una camarera menuda, que vestía un riguroso uniforme negro con puños blancos, le sirvió el desayuno y, mientras depositaba la bandeja sobre la mesa, no le quitaba la vista de encima.

Era el efecto de «*Stop-hombre-atractivo*» que producía en el sexo opuesto casi siempre. Daniel la despachó con gesto descortés y comenzó a disfrutar del rico desayuno, al tiempo que ordenaba en su mente los pasos que debía dar ese día. Se sentía nervioso, pero no dudaba de su éxito. Si había podido doblegar a mamá Susana, no había duda de que conseguiría cualquier cosa.

Media hora más tarde, bajó a la recepción para pedir un taxi. Le entregó al conductor la dirección facilitada por la anciana y, con el corazón encogido, se sentó en la parte trasera del vehículo, esperando llegar a su meta. Poco después, el coche paró delante de un hotel destartado. Desde lo alto del cielo despejado, el sol calentaba el techo de cristal curvo de un edificio viejo pintado en un descolorido tono rosa.

A Daniel lo asaltaron varias preguntas. ¿Mara vivía en un hotel? ¿Sería suyo? ¿Fueron sus abuelos tan generosos con la amante de su nieto o era una simple empleada? Para el éxito de su plan, Daniel deseó que la última opción fuese la verdadera. Necesitaba que Mara fuera pobre y desgraciada.

Recorrió con la mirada la parte frontal del edificio. La puerta de cristal, en su día corredera, estaba medió abierta y, a través de ella, Daniel divisó la

recepción. Entró con paso decidido y se topó con una mirada altiva, oscura, medio escondida bajo unas pestañas generosas, que le dio la bienvenida de una manera señorial. No tenía nada del espíritu servil que se esperaba de una empleada sentada detrás de una recepción.

Sonrió dejando entrever una fila regular de dientes blancos, que se asomaban detrás de unos labios sensuales. Una melena abundante se esparcía sobre sus hombros rectos y cubiertos de forma parcial por dos tiras amarillas. Su tez aceituna salía beneficiada por el contraste que le ofrecía su vestido. Daniel supo al instante que esa increíble mujer debía de ser Mara. Suponía que su edad rondaría alrededor de los treinta años, pero, tras analizar su aspecto general, la chica no parecía tener una edad en concreto.

El joven Mendoza llegó junto al mostrador y, para ganar tiempo, pidió información sobre precios y disponibilidad. Mientras la chica extendía sobre la mesa un folio promocional que contenía las utilidades del hotel, él decidió salir del anonimato: —Soy Daniel Mendoza, el hermano menor de Rhett.

La chica paró de hablar y agitó sus largas pestañas con rapidez, al tiempo que un brillo de esperanza iluminaba su mirada oscura.

«Bien, todavía lo recuerda», se animó Daniel.

—¿Un Mendoza aquí? —Un cierto aire de burla hizo acto de presencia en el tono impertinente de su voz—. ¿A qué se debe el honor?

—¿Eres Mara? —Daniel esperó ansioso su respuesta. La chica lo miró con sorpresa no disimulada, después alargó la mano y le dio un leve apretón.

—Mara Colunga.

Sin saber por qué, Daniel se sintió alterado por el contacto con ella. Mara emanaba tensión sexual por los cuatro costados. Justo lo que Daniel necesitaba para aniquilar a la duquesita.

—Encantado, Mara, tenemos que hablar.

Capítulo 43

El trayecto de vuelta hacia Londres transcurrió de manera agradable. Daniel cerró los ojos satisfecho de escuchar la respiración regular de Mara a su lado. Así como había previsto, la chica aceptó el reto de viajar a Londres para reconquistar a Rhett.

Mara y su familia trabajaban en el hotel donde la había encontrado. Los Mendoza le pasaban un dinero todos los meses, pero su padre era alcohólico y la bebida en Acapulco no era precisamente barata, por lo que los Colunga nunca conseguían llegar a fin de mes en condiciones. Su madre trabajaba de cocinera y sus tres hermanas limpiaban el hotel.

—De lo que me cuentas, entiendo que tu vida no fue fácil —observó Daniel—. ¿Por qué no buscaste a mi hermano? Él no pudo dar contigo por mucho que lo intentó, pero tú podrías haberlo localizado con facilidad.

—El dinero de tus abuelos nos ha venido bien todos estos años, además de no saber que fuera especial para él. Pensé que fui una simple aventura de verano.

—Mis abuelos se tomaron la molestia de pagarte todos estos años para que no lo buscaras. ¿No sospechaste que habías sido alguien importante para él?

—Al principio, lo pensé y soñaba cada día con verlo aparecer por la puerta. Con el paso del tiempo, su recuerdo se desvaneció. A los veintidós años me casé con Ralph, un alemán que trabaja en la oficina de turismo. Pensé que, por fin, mi vida encontraría un sentido. —Sonrió con amargura—. No fue así, por desgracia. Ralph es un sádico y un perverso. Me pegaba todos los días y abusaba de mí. A pesar de todo, aguanté cuatro años a su lado,

resignada. Rezaba y confiaba que algún día se convertiría en un esposo atento y bueno.

—¿Y qué fue lo que pasó? —preguntó Daniel, intrigado y alarmado a partes iguales, puesto que la presencia de un marido destrozaría todos sus planes—. ¿Te cansaste de él?

—No, fue al revés, el muy cerdo se cansó de mí —estalló con voz cargada de rencor—. Me dejó y se casó con una chiquilla de apenas diecisiete años. Y tuve que regresar con mi familia. Y vuelta a empezar.

—Hoy por hoy, ¿sales con alguien? —se interesó Daniel, para saber si alguien podría zarandear sus planes.

—Nadie que merezca la pena mencionar. —Mara quitó importancia al asunto—. Cuéntame cosas sobre Rhett. ¿Sabe qué viniste a buscarme?

Daniel enderezó su espalda en el asiento y encendió todos los pilotos de emergencia de su cerebro. Mara no era la típica desgraciada; poseía, además de inteligencia, un orgullo significativo, aun cuando era una «doña nadie», y debía manejar la situación con mucha sutileza.

—Mi hermano pasa, ahora mismo, por una mala racha. Hace poco se casó con una estirada de la clase alta que le hace la vida imposible. Llevan un par de días separados. No quiero que vuelva con mi cuñada porque lo hace infeliz.

—Así que Rhett está casado... —Mara se dejó caer contra el respaldo de su asiento en actitud resignada—. Entonces... es demasiado tarde —añadió con pesar.

Ante esa falta de seguridad, Daniel se alarmó. No podía permitir que se desilusionase. Clavó los dedos en sus hombros y la zarandeo con determinación: —Tú eres el amor de su vida. Él lo dejará todo por ti. Por favor, no lo dudes. Tenéis una nueva oportunidad, no la desgastes. Confía en ti.

Un brillo de esperanza apareció en las lagunas oscuras de ella, pero tras unos segundos de regocijo, la duda volvió a angustiarla: —¿Y si no es así? ¿Si no quiere saber nada de mí?

—Yo soy tu aliado. Ante cualquier imprevisto, me llamarás y buscaremos

un plan B, pero no será necesario, estoy seguro. De todas formas, mantendremos nuestra amistad en privado. Ya sabes que Rhett es un tipo muy orgulloso, no quiero que sepa que estoy implicado, déjalo pensar que fue el destino el que os juntó de nuevo. Mi plan es el siguiente: te presentarás esta tarde en su oficina, no hay razón para esperar más. Le dices que te enteraste de su paradero gracias a una revista de economía que salió en México. El resto lo dejo en tus manos.

Con los aspectos del plan bien definidos pisaron suelo londinense horas más tarde. Por el cambio horario, llegaron de madrugada y fueron recibidos por una lluvia densa. El llamativo vestido amarillo de Mara desentonaba en exceso con la gris mañana londinense.

Cogieron un taxi hasta el hotel donde Mara tenía una habitación reservada. Daniel le recomendó que se comprase algo de ropa de abrigo y quedó en recogerla por la tarde para llevarla al Grupo Mendoza.

Ese mismo día, cerca de las tres de la tarde, Daniel esperaba paciente delante de la recepción del hotel donde se alojaba su recién estrenada aliada.

La chica llegó puntual, vestida con unos llamativos pantalones ajustados y un suéter con lentejuelas, que brillaba en exceso. Las botas bajas no encajan bien con nada de su vestimenta, el conjunto entero parecía barato. Sin embargo, Daniel pensó que la situación se salvaba por la imponente presencia de ella. No vestía con estilo, pero emanaba tanto poderío que cualquiera hubiera quedado fulminado ante su sensualidad.

Daniel tenía a Mara en Londres dispuesta a conquistar a Rhett. ¿Qué más podía pedir?

De camino al Grupo Mendoza, le reiteró que tuviera cuidado de no mencionarlo. Veinte minutos después, Daniel aparcó el coche en el garaje subterráneo y se despidió de ella.

—Toma el ascensor y sube a la décima planta. No tiene perdida, una vez ahí, acércate al mostrador y pide hablar con mi hermano. Te pondrán pegas porque no tienes cita, pero insiste, di que vienes de México, eso llamará la

atención. ¿De acuerdo? —preguntó tensionado.

Tras despedirse de ella se refugió en su propio despacho. Excitado, espiaba desde la ventana mientras esperaba ansioso la llegada de Mara. Rio de oreja a oreja al advertir que la chica había conseguido pasar el primer filtro. Lanzó un grito de triunfo, tras verla caminar junto a la secretaria de Rhett hacia el despacho de este.

Una hora más tarde, la puerta del despacho de su hermano mayor permanecía cerrada.

¡Su plan estaba funcionando!

Su buena disposición se esfumó tras ver aparecer a Lynn en su campo visual. Se le borró la sonrisa de la cara cuando la escuchó preguntar con expresión compungida: —¿Sabes quién es la mujer que está con Rhett?

Capítulo 44

Rhett se friccionó los ojos con las yemas de los dedos, pensando que las fantasmas del pasado habían regresado a él para atormentarlo. Clavó la vista en la mujer que acababa de entrar en su despacho sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Los ojos oscuros de ella cobraron vida propia implorando ser reconocidos. La nariz altiva, la piel nítida, el pelo rizado, todo el conjunto le era extremadamente familiar. ¿Mara? ¿Después de tantos años? No se atrevió a soñar en voz alta y esperó escuchar su voz.

—¡Hola, Rhett! Soy yo, Mara. ¿Te acuerdas de mí?

¿Que si se acordaba? Su cerebro se alteró y comenzó a trazar líneas regulares, lo que le dejó la sensación de encontrarse borracho. ¿Cuántas veces había soñado ese momento? Esa instantánea en donde la puerta de su despacho se abriría y, tras su marco, aparecería ella. En su imaginación, Mara vendría para quedarse. Y él se convertiría en el hombre más feliz del universo. Rhett. Mara. Juntos.

De pronto, las líneas regulares de segundos atrás se alteraron y, en su retina, apareció Laura. Mara había sido su amor y su obsesión por años, pero ahora Laura era su esposa y él estaba enamorado de ella. ¿Lo estaba?

Mientras los rostros de las dos mujeres se entremezclaban en su mente, consiguió balbucear, trastornado: —¿Mara?! Perdona, tuve un momento de... estoy muy sorprendido, pasa, siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo? —preguntó solícito una vez que consiguió reponerse del *shock* inicial.

Ella negó con la cabeza y, tras una leve vacilación, acertó la distancia entre ellos, abrió los brazos como una mariposa en pleno vuelo y se abandonó

en sus brazos. Los cuerpos encendidos se rozaron, primero, con vacilación y, después, se fundieron en un ansioso apretón.

Mara sonrió, al tiempo que pasaba con suavidad las yemas de los dedos por la mejilla de él. Ante esa suave caricia, Rhett se estremeció y disfrutó del contacto. Cerró los parpados y se dejó invadir por su perfume, que lo transportó una década atrás. La chica le sonrió con calidez, levantando la vista hacia él.

Rhett se perdió en la oscuridad de su mirada y volvió a trastornarse, puesto que la imaginación le jugó otra farsa y le pareció ver la mirada azul, limpia y transparente de Laura interpuesta entre ellos. Sintió un calor abrazador invadirlo y aflojó sin disimulo el nudo de su corbata. La magia del momento se esfumó y se separó de ella.

«No seas ridículo, pareces un adolescente ante su primer calentón», se amonestó a sí mismo, intentando calmar su alboroto interior.

Mara retrocedió dos pasos y se sentó pensativa en una silla. Rhett se acomodó en su sillón sintiéndose de repente muy cansado. Su corazón se resentía por los altibajos de los últimos días y las fuertes emociones provocadas por la aparición de su primer amor. Intentó reponerse y, para ganar algo de tiempo, llamó a su secretaria para pedir cafés. Necesitaba serenarse y ordenar sus pensamientos revueltos, que no dejaban de aletear en diferentes direcciones.

—Rhett, he venido para quedarme. —Mientras decía aquello lo contemplaba con comprensión y su voz pausada le provocó una repentina subida de tensión. La serpiente que habitaba en su interior despertó alarmada—. La pregunta es ¿hay sitio para mí en tu vida?

¿Lo había?

Pensó abatido que, si esa misma escena se hubiese producido un par de meses antes, su respuesta hubiese sido clara, sin ápice de vacilación. Pero ahora, todo era diferente. Laura era su mujer y él estaba profundamente enamorado de ella.

¿Lo estaba? ¿Y ella?

Sabía por Minerva que ese mismo día había abandonado el hospital y él se había quedado esperando en vano una señal de su parte o al menos un mensaje.

La mirada comprensiva de Mara le atravesó el pecho y se estremeció al ver cómo se sumaba a su tormenta interior. Se sintió mareado ante la fuerte conexión que acababa de formarse entre ambos.

La joven se puso de pie y se acercó a él. Se sentó de cuclillas, al tiempo que tomaba su mano y depositaba un beso caliente en su palma. Envolviéndolo con su mirada aterciopelada, le inspiró fuerza. A Rhett ese gesto tierno le llegó directo al corazón. Llevaba meses maltratando su alma, amando con locura una mujer que no lo amaba a él.

Y en pocos instantes, Mara hizo que se sintiera deseado, importante y querido. El mismo centro del universo. Y para un ser humano desdichado y rechazado, era reconfortante sentirse así.

—No te atormentes —le susurró con delicadeza—. Sé que estás casado. Si no sientes lo mismo que yo, me iré para siempre.

Él la miró con una mezcla de sorpresa y anhelo.

—Durante los últimos diez años estuviste presente en mis recuerdos; pero hace un par de meses conocí a Laura, mi mujer, y me enamoré de ella. Estoy muy confundido, necesito tiempo para ordenar mis sentimientos.

—¿Y tu mujer? ¿Te quiere?

—No, ella no me quiere —reconoció un tanto avergonzado—, pero tengo la esperanza de que lo haga... algún día.

—Rhett, ¿por qué te maltratas, entonces? No pienso dejar que sufras. ¿Qué sentido tiene perseguir sueños rotos? Solo te aportarán amargura. El destino me trajo a ti en un momento crucial, ¿es que no lo ves?

—Estoy muy confundido ahora mismo, mis sentimientos por ti se han mezclado con las emociones vividas con ella...

—Tienes que aceptar que el destino se adelantó por ti. Te he encontrado y quiero ser tuya.

Y Mara le declaró su amor incondicional detallándole cómo, diez años atrás, Raúl Mendoza los obligó a ella y a su familia a abandonar la Ciudad de México para trasladarse al Sur.

—Traté de oponerme... me negué a abandonar la mansión de tus abuelos, quería esperarte, así como acordamos, pero me amenazaron con hacer daño a los míos. ¿Y quién era yo para tener alguna posibilidad en contra de ellos?

—Al escuchar la confirmación de sus sospechas, Rhett apretó las mandíbulas con fuerza, envuelto en un enjambre de rabia en contra de sus abuelos.

Mara siguió contando los sacrificios que tuvo que hacer toda su familia sola y abandonada a su suerte en una ciudad desconocida.

Cuando su secretaria le anunció que se marchaba, comprendió lo tarde que era.

—Cómo ha volado el tiempo. Son las ocho, pasadas. Vámonos, te invito a cenar.

Capítulo 45

Laura canturreaba una canción llena de ritmo al tiempo que se miraba en el espejo. Levantó la camisa vaquera que llevaba puesta y contempló su vientre desnudo con atención. Por el momento, lucía la misma cintura de siempre; no obstante, al situarse de perfil, le pareció entrever otro corazón latir dentro de ella. Repleta de optimismo, dejó de admirarse y se preguntó qué ropa debería ponerse. Abrió el armario y buscó con la mirada un vestido apropiado. Aquella misma noche compartiría con su marido la noticia de que iban a ser padres.

Pegó un brinco de alegría, pero enseguida se contuvo, pensando en el otro corazón que llevaba dentro de ella.

Tras ojear varios vestidos, se decantó por uno de manga larga, color azul intenso, que enmarcaba sus brazos y perfilaba su esbelta figura. Se cepilló el pelo con energía y lo dejó descansar libremente sobre su espalda. Apenas necesitó maquillaje, ya que la ilusión de una recién embarazada brillaba con luz propia.

Minutos más tarde, se apostó delante de las tres empleadas de la casa y dijo con su mejor sonrisa dibujada en la cara: —Agradezco toda vuestra preocupación de los últimos días y quiero avisaros que el señor Rhett volverá a casa esta noche.

Un resoplo colectivo resonó en el salón.

—¡Qué alegría, señora! —exclamó Marta, aliviada—. Si fue por nosotras, por el tema de la cocina, que sepa que no volveremos a interferir. Si al señor le gusta cocinar, no lo molestaremos más, ni nos quejaremos. Haremos turnos, si fuera necesario.

El entusiasmo de Marta, junto a su franco pesar, emocionó a Laura.

—No fue por la cocina. —Ahuyentó la imagen de su marido al entrar en el restaurante del brazo de Lynn. Desechó los recuerdos negativos, enderezó los hombros y levantó la barbilla con optimismo—. Esta noche preparad una cena festiva para celebrar su regreso, por favor.

Dicho eso, se arropó con un abrigo de lana para resguardarse de frío, enrolló alrededor de su cuello una gruesa bufanda de tricote, enguantó sus manos y salió corriendo a buscar su coche. Antes de arrancar el vehículo, encendió la calefacción, comprobó el depósito de gasolina y, cuando estuvo segura de que todo estaba en orden, pisó el acelerador y puso rumbo hacia su ático.

—Vamos a traer a papá a casa, cariño. —Estalló en una risa repentina al darse cuenta de que le hablaba a su barriga.

Decidió que le gustaba estar embarazada. Era maravilloso pasar en segundos por diferentes estados de ánimos, como sentir ganas de llorar y después reír a carcajadas.

Unos veinte minutos más tarde, aparcó su coche en el garaje subterráneo del edificio donde vivía Rhett. Tras ver su *jeep* estacionado en la plaza, avivó el paso, pensando que estaba de suerte. Tan solo unos pocos segundos la separaban de los abrazos fuertes y acogedores de su marido. Necesitaba mimos y besos. Lo necesitaba a él. Menuda sorpresa le iba a dar.

En el ascensor, contempló su imagen reflejada en el espejo lateral. Después de casi una semana hospitalizada, su cara se veía delgada y pálida. Apretó con fuerza los labios para impregnarles algo de color y se pellizó las mejillas con el mismo fin. Ladeó la cabeza y ahuecó su pelo con dedos expertos. Se contempló de nuevo, su rostro ya tenía mejor aspecto y el pelo descansaba disciplinado sobre sus hombros. Caminó con energía y, cuando llegó delante de su puerta, pulsó con seguridad el timbre.

Agudizó el oído sorprendida al escuchar que del otro lado de la puerta se acercaban unos tacones. Un sexto sentido la alertó insertándole la palabra

«peligro» delante de sus ojos. Sus piernas comenzaron a moverse solas en dirección hacia el ascensor, pero Laura se obligó a permanecer quieta, clavada delante de la puerta. Decidió que nunca más se comportaría de forma precipitada, actuando antes de tiempo.

La puerta se abrió y casi ahogó un grito al ver que sus pensamientos más oscuros cobraban vida. Delante de ella apareció una mujer joven, vestida de manera provocativa. Le sonrió despreocupada, al tiempo que le lanzaba una mirada inquisitiva.

La cara de Laura experimentó una explosión de calor. Hizo un último esfuerzo para no perder la compostura, ante la clara evidencia que tenía delante. Seguro que aquello tenía una explicación plausible. ¿Verdad?

—¿Han traído la cena? —escuchó la voz de su marido preguntar e instantes después apareció en el marco de la puerta.

Los colores abandonaron su cara y toda esperanza de que aquello tuviera una explicación razonable quedó hecha añicos. Su flamante marido esperaba la cena en la intimidad de su casa, junto a una chica preciosa.

¿Qué explicación lógica podría existir?

La última pizca de esperanza la abandonó cuando se encontró con la mirada de Rhett y halló en ella sorpresa y desconcierto. Y también divisó un atisbo de... ¿culpa?

Apretó furiosa los dientes para detener el torrente de lágrimas que estaba a punto de recorrerle las mejillas encendidas.

«No, no se te ocurra llorar. Haz el favor», se regañó a sí misma.

Lo último que deseaba era ofrecer un espectáculo lagrimoso delante de ellos.

—¿Laura? ¿Te encuentras bien?

La voz de Rhett sonó extraña, como si estuviera a mil años de distancia de ella.

«No, no estoy bien, cretino», maldijo enojada en su mente, mientras contestaba, lo primero que le vino a la cabeza.

—Vine a dejarte las llaves de casa. —Y mirando con insistencia en dirección a la chica, escuchó, por fin, una media explicación de su parte.

—Te presento a Mara, una vieja amiga.

Un pequeño temblor en su voz traicionó su estado de ánimo y Laura comprendió que su marido estaba alterado. Culpable, alterado, sorprendido... Dios, no le gustaba nada el significado de todo aquello.

Mientras le daba la mano a la chica, su cerebro empezó a funcionar con rapidez y el nombre de Mara salió a relucir entre sus recuerdos. ¿Quién era esa mujer?

—Te ves pálida, pasa, por favor —la invitó Rhett después de un breve e incómodo momento de silencio.

Laura decidió batirse en retirada. No sabía quién era su enemiga y necesitaba tiempo para averiguarlo. Aun cuando deseaba creer que lo que veía no era lo que parecía, no podía negar la evidencia que tenía delante.

—¡Toma, tus llaves! —Alargó la mano y depositó con gesto brusco un juego de llaves metálicas en la palma de su marido.

Alrededor de los tres se instauró un clima hostil. Por fin, la tercera en discordia pareció notar lo porque se despidió y desapareció en el interior del piso: —Iré adentro. Encantada de conocerte, Laura.

—Llevo días intentando verte. —Rhett se esforzó en entablar una conversación normal tras quedarse a solas—. ¿Te encuentras bien? Me alegro de que te hayan dado el alta.

—Veo que no te gusta perder el tiempo. —Laura resopló y clavó su mirada acusatoria en sus ojos—. ¿Quién es la chica?

—No lo sé todavía.

Ni palabras tranquilizadoras, ni la típica contestación masculina de que la chica no era nadie.

No lo sé todavía. ¿No lo sé todavía? ¿No lo sé todavía?! ¡Cabrón!

—Entonces... no hay nada más que decir. —Se encontró abrumada por lo violenta que se sentía; estaba hablando con su marido, delante de la puerta de

su propio piso, donde se encontraba una chica joven, a la que él... no sabía qué nombre ponerle. Tuvo que morderse la lengua para no lanzar un grito de rabia e impotencia. Giró sobre sus talones y le dio la espalda sin mirarlo. Notó que la mano de él le rozaba el codo. Se dio la vuelta, armándose del coraje suficiente para enfrentar su mirada confusa.

—Dame unos días y te lo explicaré todo —le pidió—. Por favor.

Laura no pudo despegar los labios y supo que no podía retener por más tiempo el torrente de lágrimas que estaba a punto de derramarse sobre su rostro. Liberó su codo y dirigió sus pasos hacia el ascensor sin mirar atrás.

Cuando la puerta del ascensor se cerró tras ella, dio rienda suelta a las emociones contenidas y liberó las barreras que había levantado a la fuerza entre sus emociones.

Comenzó a llorar de forma violenta.

Se preguntó cómo era posible que un día que tenía tan buenas perspectivas se convirtiera en un completo desastre. ¿Qué le pasaba a Rhett? ¿Tenía una aventura?

Mara, Mara. ¿Por qué le soñaba su nombre tan familiar?

Se sentía impotente. En ese mismo instante, se suponía que ella y su marido deberían estar planificando felices el nombre de su futuro bebé. La cara de él rebotaría dicha ante su futura paternidad.

Bajó la mirada hacia su vientre y experimentó el presentimiento de que su bebé sería una niña. Una niña preciosa, rubia como su madre y con ojos oscuros como su padre.

No quería transmitirle su angustia, por lo que se tranquilizó y condujo hasta Hills House lo más serena que pudo. Nada más entrar en casa, notó las hormonas revolucionarse de nuevo al toparse de frente con la mesa puesta con todos los honores.

Cuando las tres chicas de servicio la recibieron con una pancarta donde ponía «Bienvenido a casa, señor Rhett», Laura estalló en llanto.

Capítulo 46

Rhett llegó a la oficina temprano. No había podido pegar ojo en toda la noche y necesitaba mantener su mente ocupada. Se consideraba un hombre de ideas claras y no le gustaba el caos que habitaba dentro de su cabeza. La noche anterior había herido a Laura y también a Mara. ¿Sería verdad que las mujeres tenían un sexto sentido?

Después de la marcha de su mujer, su encuentro con Mara le supo sucio y vulgar. A ojos ajenos, parecía tener una cita con una mujer barata en la intimidad de su casa. Y era lo último que trataría de hacer: engañar a su mujer y convertir el asunto de Mara en algo vulgar. Se sentía confundido, culpable, ilusionado... una mezcla de sentimientos contradictorios que lo dejaron exhausto. La noche anterior, una vez que Laura se marchó, había comprendido las consecuencias de sus actos, por lo que llamó un taxi y se despidió de Mara.

—Necesito estar solo —se excusó incapaz de poner orden en sus pensamientos—. Verte después de tanto tiempo ha hecho que me altere y todos mis sentidos están descolocados. La llegada de mi mujer ha convertido nuestro encuentro en malo e indebido. Hasta que tome una decisión, te pido que me dejes tranquilo.

Mara mantuvo el tipo, pero la decepción traspasó su delicada piel.

—No hagas esto, Rhett —le rogó—. No desprecies lo nuestro solo por una coincidencia. La llegada de tu mujer fue eso, una coincidencia, no lo dudes.

Se acercó a él y le sonrió afectuosa. Le acarició con suavidad la mejilla y depositó sobre ella un beso suave y fugaz, como el relámpago de una estrella. Él cerró los ojos, confundido y complacido a partes iguales.

En cuanto se quedó solo, había dejado los pensamientos vagar libremente en torno a todo lo que había ocurrido esa tarde.

De vuelta en su oficina, decidió aplazar su lucha interior para más adelante y pulsó el botón que lo comunicaba con su secretaria. Minutos después, su eficaz empleada le sirvió una taza de café corto y bien cargado. El olor estimuló sus sentidos y supo que pronto se encontraría mejor.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —preguntó la empleada con el semblante serio—. Hay algo que debería saber.

—¡Claro! —aceptó solícito y la invitó a sentarse—. ¿Qué ocurre?

La mujer titubeó un segundo y se removió inquieta en su asiento. Trabajaba para Rhett desde hacía más de cinco años. Era una empleada modelo que nunca chismorreaba ni se salía de sus atribuciones.

—Es sobre mi compañera, la secretaria de la señorita Hecht. Hace unos días, presencié una escena entre ella y el señor Daniel y, a partir de ese momento, su jefa le está haciendo la vida imposible. Sé que este asunto no me incumbe a mí, pero debe saber que entre su hermano y la directora financiera hay un trato especial y pasan mucho tiempo juntos.

Rhett pensó malhumorado que lo último que le faltaba escuchar ese día eran los líos de oficina. Su expresión molesta fue respuesta suficiente, por lo que su secretaria, añadió: —Me siento muy incómoda por hablarle sobre ello, pero hay otro aspecto que me llamó bastante la atención: entre los archivos de los viajes al extranjero, encontré uno a nombre de señor Daniel. Se trata de un viaje a Ciudad de México, de hace un par de días. Se lo llevé a la señorita Lynn para que le dé entrada de registro, por el tema de los gastos, y me parece muy extraño que no haya nada inscrito todavía.

De pronto, una bombilla roja se encendió dentro del cerebro de Rhett.

—¿Qué día viajó mi hermano? —preguntó con el corazón encogido.

—La reserva tenía fecha de salida para el miércoles por la mañana desde Londres y la de regreso está sin registrar. Hoy vi al señor Daniel, por lo que caben dos hipótesis: que no haya realizado el viaje, por lo que la reserva se

tendrá que registrar a pérdidas, o que haya regresado, pero se omitió el registro de ida y vuelta.

—De acuerdo, hablaré personalmente con la señorita Lynn. —Rhett dio la conversación por terminada—. Gracias por avisarme.

Cuando se quedó solo en su despacho, comenzó a verificar los registros de viajes de los empleados de la compañía. No constaba ningún viaje de Daniel al extranjero. Se preguntó si podría tener alguna conexión con el regreso de Mara.

Impaciente, marcó la extensión de Lynn. Al escuchar su voz al otro lado de la línea, espetó malhumorado: —Lynn, necesito ver la hoja de los viajes al extranjero y el listado de gastos de esta semana.

—Dime qué es lo que buscas exactamente, filtraré para ti y te llevaré a tu despacho la información exacta —se ofreció solícita.

—Es un control rutinario, quiero ver todos los gastos de esta semana. Sin excepción. —Y colgó, sin despedirse.

Instantes después, escuchó golpes en la puerta y Lynn apareció en su campo visual. Desde la fatídica noche que había cenado con ella en el restaurante, no habían vuelto a coincidir. La mujer se sentó en la silla, cruzó las piernas con descaro y le entregó una carpeta.

Él la ojeó con atención y comenzó a verificar los datos, haciendo caso omiso de la presencia de Lynn en su despacho. Ella, al notarse ignorada, se agitó en la silla, demandando una pizca de atención. Su jefe la despachó sin mirarla.

—Puedes retirarte, Lynn, gracias. Por el momento, no necesito nada más.

—¿Pasa algo, Rhett? —se interesó impaciente.

—No lo sé todavía. Una revisión rutinaria, nada más —contestó de manera evasiva.

La directora financiera salió desconcertada y cerró la puerta tras de ella con cuidado. De regreso a su oficina, quedó atrapada por las dudas.

Rhett verificó tres veces el listado, donde figuraban trece viajes. Daniel

Mendoza no aparecía en ninguno de ellos.

Cansado, dejó caer pensativo su cabeza entre sus manos.

Capítulo 47

Lynn pisaba el suelo con firmeza, clavando sus largos tacones en las baldosas de mármol del Grupo Mendoza. Pasó de largo la puerta de su despacho y se dirigió con paso firme hacia la oficina de Daniel. Entró sin tocar y enfrentó sin pestañear su mirada contrariada.

—¿Cómo te atreves a entrar de esa manera? —la espetó él, fulminándola con la mirada.

—Daniel, explícame ahora mismo el misterio del viaje a México. Rhett está investigando todas las salidas de esta semana. Seguro que es por ese dichoso viaje. No me lo preguntó directamente, pero estoy segura de que lo hará. Dame una buena razón para mentir por ti.

—No te preguntará nada porque el viaje no está registrado —contestó Daniel con tranquilidad—. Además, ¿a qué viene esta histeria?

—Eres un niño. —Lynn se dejó caer en la silla con gesto cansado—. ¿En qué mala hora me dejé enredar por ti? Si el viaje se pagó con dinero de la empresa, aparecerá más tarde o más temprano. Al mismo tiempo, si Rhett sospecha de algo, no descansará hasta averiguarlo.

—Tranquila, no meterá sus narices en nuestros asuntos, una buena temporada estará entretenido. Te pudo asegurar que un viaje que no le incumbe será lo último que ocupe sus pensamientos.

—¿Eso crees? —lo interrogó Lynn con el ceño fruncido—. ¿Dime, entonces, por qué en este instante está revisando los viajes de la semana?

—¿Está de buen humor? —tanteó Daniel el terreno.

—No, no lo está —respondió Lynn enojada—, sino todo lo contrario. Nunca lo he visto tan arisco.

Una sombra de preocupación cruzó el rostro de Daniel. La confianza de hacía apenas unos segundos se esfumó de su rostro.

—Eres la directora financiera del grupo. Algo podrás hacer para mantener un maldito gasto oculto. Viajé a México como parte de nuestro plan.

—No, Daniel, no trates de manipularme. Si fuese nuestro plan, me hubieras consultado. Y yo te hubiera aconsejado, sin dudarlo, que reservaras el maldito billete por Internet tú solito y que lo pagaras con tu dinero.

—Lynn, si yo caigo, te llevaré conmigo. —El joven Mendoza la señaló con el dedo—. Por tu bien, oculta el viaje.

—No te atrevas a amenazarme. —Sus mejillas se encendieron. Se levantó con brusquedad y se encaminó precipitada hacia la salida. Daniel la alcanzó de un salto y la asió por el brazo.

—No te alteres, te lo contaré todo. Fui a México para buscar a una antigua novia de mi hermano. —Las pupilas de Lynn se agrandaron por la sorpresa—. Es, o por lo menos era, el amor de Rhett. Ella separará a los tortolitos para siempre. ¿A que está genial?

La mirada de Lynn se encendió y ladeó la cabeza con incredulidad.

—Daniel, ¿hablamos idiomas diferentes tú y yo? Mi interés es Rhett, si lucho para que se separe de su mujer es porque no lo ama ni lo hace feliz. Y lo quiero para mí. Deseo eliminar competencia, no aumentarla.

—Mara, de la que te estoy hablando, no es ninguna competencia. Se trata de la chica que viste entrar ayer por la tarde en su despacho, una mujer barata y sin estilo. Mi hermano no tardará ni dos días en darse cuenta de que fue una quimera del pasado. Pero mientras eso pasa... —Hizo una pequeña pausa significativa—. Nos libraremos de la duquesita.

—¡Daniel, qué verde estás todavía en materia de mujeres! La chica que trajiste es explosiva, guapa y *sexy*, a él le importará un bledo su estilo. —Lynn se sentó en la silla con gesto cansado.

En ese preciso momento se abrió la puerta y Rhett irrumpió en el despacho.

—¿Estáis reunidos? —preguntó con fingido interés.

Lynn intentó responder algo, pero no consiguió que el sonido de su voz traspasara sus labios. Daniel lo miró despreocupado y le contestó con aparente tranquilidad: —Algo así, Lynn me acaba de informar que estás investigando los gastos semanales. ¿No tienes cosas más importantes que atender?

Rhett entrecerró los ojos y dejó aparecer en su rostro una sonrisa burlona. Dirigiendo la atención hacia su hermano, le preguntó con voz tranquila: —¿Algún gasto importante? Por ejemplo, ¿un viaje que hayas olvidado declarar?

—Rhett, a mí no me interrogues. —El rostro de Daniel se crispó.

—Tienes razón —admitió, con franqueza—. Por qué preguntarte a ti cuando tenemos presente a la máxima responsable de nuestras finanzas. --- Dirigió la mirada hacia una Lynn mortalmente pálida—. Dime, ¿hay algún viaje de mi hermano pendiente por registrar?

Los diez segundos que tardaron las palabras en salir de la boca de la directora financiera se hicieron eternos.

—Que yo sepa, no —consiguió balbucear.

—Hoy estaré fuera de la oficina durante todo el día. —Mientras se dirigía hacia la salida, le lanzó a Lynn una mirada de advertencia—. Mañana por la mañana quiero tener sobre mi escritorio el informe de los últimos viajes que se pagaron con el dinero de la compañía. Y, por supuesto, los detalles.

—No permitiré que pongas en duda mi palabra —saltó Daniel, enojado—. Si yo digo que no he viajado, pues punto final a la historia. Y aun cuando lo hubiese hecho, no tengo por qué darte explicaciones, soy tan dueño de esto como tú.

—Mi querido hermano, en este grupo o empresa o como quieras llamarla, hay normas y reglas bien establecidas. Cada céntimo que gastamos y cada céntimo que ganamos quedan registrados. Mensualmente, se hace el balance entre entradas y costes, se pagan los impuestos y las ganancias se reparten

entre los socios. Se llama contabilidad. —Esbozó una mueca sarcástica—. Si hubieses prestado, alguna vez, interés por saber cómo se gestiona una empresa, con seguridad, sabrías las normas básicas.

La cara de Daniel adquirió un tono rojizo y las mandíbulas crujieron bajo la presión del momento. Lanzó a su hermano una mirada gélida y fría. Abrió la boca para liberar la rabia que se amontonaba dentro de él, pero volvió a cerrarla y se quedó callado.

—Si es lo que yo creo, te saldrá muy caro. —Rhett salió dando un portazo y dejó a su hermano y a la directora financiera completamente aturridos.

Capítulo 48

Laura cambió la postura corporal, intentado sobrellevar lo mejor que podía la sensación de angustia que se había apoderado de ella. Juntó las dos manos debajo de las costillas, realizó una expiración honda y se quedó quieta, esperando el resultado. En cuanto sintió una leve mejoría, dejó de presionarse las costillas y respiró con normalidad.

Tras unos segundos de aparente tranquilidad, la angustia sacudió su cuerpo con fuerza y la obligó a levantarse de la cama. Tropezó con la manta y, a punto de caerse, enderezó su cuerpo y caminó con dificultad hacia el cuarto de baño. Se arrodilló delante del váter y, tras dos o tres arcadas, expulsó con violencia el líquido que oprimía su garganta. Instantes después, se levantó y analizó su aspecto en el espejo. Los ojos apagados parecían hundidos dentro de dos círculos grisáceos, y el pelo enmarañado estaba pegado a su cara verdosa y lívida.

Abrió el grifo y arrojó agua fría sobre su rostro. Se cepilló los dientes con avidez, agradeciendo el efecto refrescante del mentol. Un hambre atroz le estaba pidiendo a gritos comida, por lo que se abrochó el albornoz y bajó las escaleras en busca de la cocina. Se preguntó cómo era posible pasar, en tan solo cuestión de segundos, de un estado de angustia a una devoradora sensación de hambre. Por un lado, expulsar y, por otro, ingerir. Su hija se comportaba de una manera irracional desde antes de nacer. Contradictoria. ¡Como su padre!

Lanzó una mirada al imponente reloj Ludwig XII, y se sorprendió al comprobar que eran solo las seis de la madrugada. Su hija era madrugadora. ¡Como su padre! Laura odiaba madrugar.

Entró en la cocina y buscó con desesperación el pan. Al no encontrarlo, empezó a desordenar las cosas, trasteando con los utensilios de cocina. Momentos después, observó a Marta en el marco de la puerta. Su empleada la miraba desconcertada, tras ver a su perfecta jefa hecha un desastre mientras rebuscaba entre los armarios de la cocina.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? ¿Qué necesita?

—Necesito... —La voz pausada de Laura retumbó en el silencio de la casa—. Un poco de pan.

Marta escuchó la necesidad de su jefa con gesto consternado. Tras el aturdimiento inicial, contestó: —El pan nos lo traen todos los días a las siete de la mañana, señora. Nadie jamás desayuna antes de esta hora. —Consultó el reloj, el cual sacó del bolsillo de su camión de franela, y constató—: Faltan cuarenta y cinco minutos.

Laura se dejó caer con pesadez sobre la silla de la cocina.

—No puedo esperar tanto. —Tras unos segundos de silencio, volvió a preguntar, más animada—. ¿Pan de ayer no queda?

—Señora, ¿seguro que se encuentra usted bien? En la cocina de los empleados siempre queda del día anterior. Iré a ver.

Y, avivando el paso, la mujer dejó a su jefa sentada en el medio de la cocina, con el pelo revuelto y la cara demacrada. Regresó con una barra, que dejó sobre un plato: —¿Quiere que le prepare el desayuno?

El olor a pan mejoró visiblemente el aspecto alborotado de Laura. Se levantó animada y rompió la punta. Se sentó en la silla y disfrutó de cada bocado que tragaba como si fuese el manjar más exquisito del mundo. La sensación de angustia desapareció por arte de magia.

—Así que te gusta el pan, ¿eh? —Clavó la vista en su barriga y frunció el ceño—. Pues... que sepas que engorda, bonita. Cuando estés fuera, podrás hacer con tu cuerpo lo que te plazca, pero mientras vivas en el mío, hay reglas. ¿Estamos?

Y, saliendo de la cocina, dejó a su empleada con una gran señal de

interrogación dibujada en el rostro.

De regreso a su cuarto, decidió dormir un par de horas más. Se deslizó dentro de las sábanas almidonadas, cerró los ojos y se dejó envolver por una sensación de bienestar. Su paz recién alcanzada fue interrumpida por el sonido de su móvil. No quería hablar con nadie por lo que se tapó la cabeza con la colcha e intentó ignorarlo. No obstante, el estridente sonido siguió llegando con insistencia a sus oídos. Enervada, alargó la mano y, sin mirar la pantalla, respondió.

—Laura, soy Harrison, perdona la hora. ¿Estabas durmiendo?

—Harrison, son las seis de la mañana, claro que estoy durmiendo.

—La fábrica de Leeds está en huelga. Desde anoche.

—Pero ¿esa fábrica no estaba cerrada? —preguntó alarmada, incorporándose en la cama.

—Sí, pero dejamos las puertas abiertas a una posible reapertura. Los sueldos de los empleados quedaron suspendidos por tiempo limitado. No cobran prestaciones ni salario desde hace dos meses. Se han atrincherado dentro de la fábrica y exigen hablar con el dueño, en este caso, contigo.

Laura cerró los ojos, imaginándose a sí misma delante de un grupo de hombres enojados, que no cobraban su salario desde hacía dos meses. Tendrían toda la razón en estar resentidos. Decidió enfadarse con el portador de la noticia.

—¿Y por qué se hicieron las cosas tan mal? ¿Por qué dejamos a esta gente en una situación tan precaria? —Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. El sol no se veía por ningún lado, solo un manto de gruesas nubes.

—Laura, son decisiones financieras. Tu marido dejó la puerta abierta a una posible reapertura. Dijo que...

—Pues llámalo y pídele que vaya a rendir cuentas a los trabajadores descontentos —resolvió con desdén.

—No puedo dar con él. Tiene el teléfono apagado.

Una oleada de indignación la recorrió por dentro y ahuyentó como pudo

dos o tres instantáneas que llegaron a su mente, relacionadas con su marido y la chica a la que él no sabía que nombre ponerle.

—Me parece que tu padre está ocupado, cariño. —Se acarició la barriga con gesto cansado—. Pues qué remedio, iremos nosotras.

Capítulo 49

Harrison se comprometió a viajar con Laura esa misma tarde a Leeds. Mandó un coche a Hills House para recogerla y llevarla al aeródromo. Laura llegó a la pista con el semblante serio y la cara compungida por la preocupación. Bajó del coche buscando con la mirada a su asesor y, al no encontrarlo, lo llamó.

—Laura, al final no podré acompañarte, lo siento, decisiones de último minuto —se excusó el asesor—. Irá contigo un representante del Grupo Mendoza.

—Harrison, ¿no puedes dejarme sola! —Su voz se quebró—. No puedo enfrentarme a una plantilla de hombres enojados sin ti.

—No estarás sola y, si lo piensas bien, es mejor que vaya alguien del grupo Mendoza para que podáis ofrecer una solución. Ya sabes que mi poder de decisión ya no es el que era.

Las hormonas revolucionaron el interior de Laura y casi estalló en llanto en pleno aeródromo. Se colocó las gafas de sol para protegerse de miradas ajenas y se dirigió con paso apresurado hacia el *jet* que estaba aparcado en la pista. Subió los peldaños de la escalera y fue recibida con amabilidad por una azafata que le indicó el camino y le dijo que su acompañante ya se encontraba a bordo. Al llegar al asiento asignado, comprendió que el representante era su marido.

Dio mentalmente las gracias por llevar puestas las gafas de sol, hecho que la ayudó a disimular el impacto que le provocó su presencia. Simuló indiferencia y, cuando estuvo preparada para enfrentar lo inevitable, se quitó las gafas y le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz glacial—. No te necesito.

—¡Hola, Laura! —la saludó su marido con voz amable—. Me alegro de verte.

—¡Ya! —Una buena dosis de ironía se coló en su mirada—. Me lo puedo imaginar.

El tenso momento fue interrumpido por el comandante, quien les aviso por los altavoces que el avión despegaría en unos minutos y que el trayecto duraría unos veinticinco minutos. Cuando el piloto se despidió deseándoles un buen viaje, Rhett retomó la conversación: —No seas prejuiciosa. Tenemos que hablar y lo sabes.

—¿Y te parece un buen momento para hablar? —Una pizca de amargura se coló en su voz—. Nos enfrentaremos en breve a una plantilla enfurecida. ¿De quién fue la extraordinaria idea de dejar a esa gente desamparada? Ah, ya me lo imagino, la maravillosa Lynn.

—¿Puedo hablar? —preguntó Rhett, con tranquilidad.

—Adelante —lo invitó y de manera involuntaria se arropó el vientre con las manos—. Estás en tu *jet*.

—Hasta que finalice el año de casados, soy el responsable de tus empresas. Y hasta ahora, las cosas han ido bien, casi todas están repuntando. Todas, menos esta.

—¿No es una molestia muy grande para un hombre tan ocupado como tú ir en persona y rendir cuentas a una empresa en quiebra, que ni siquiera es tuya?

La mirada almendrada de él adquirió unos tonos oscuros.

—Laura, la vida real no es un juego. Esta gente no te recibirá con tres doncellas, un lacayo y el té a punto. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó, enojado.

Ella despegó los labios para replicar, cuando notó la nave avanzar muy deprisa, a punto de despegar. En general, no le gustaba los aviones y, en particular, entendió que a su hija tampoco. Unas arcadas de náuseas comenzaron a sacudirle el estómago.

«Por favor, aguanta», le pidió en silencio a su hija. «No me delates delante

de tu padre».

Se agarró al brazo del sillón y apretó con fuerza las mandíbulas. Rhett, al verla tan pálida, se sentó a su lado y le arropó los hombros con un brazo consolador. Ella cerró los ojos sin protestar, acomodó la cabeza en su hombro e inspiró su perfume con avidez. En ese instante, se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Y lo segura que se sentía a su lado. El avión enderezó sus alas y voló en línea recta, pero ellos no parecieron darse cuenta. Permanecieron un tiempo en silencio, disfrutando de la sensación de paz y dicha que el calor humano transmitía.

Tras un tiempo, abrió los ojos y admiró a través de la ventanilla las nubes blancas y esponjosas que envolvían las alas del avión. Con pesar, salió de su particular sueño, apartó las manos de su marido de su cuerpo y dijo enojada: —No me toques. Déjame en paz.

Rhett regresó pensativo a su asiento y aceptó con educación el café que le ofreció la azafata. Tomó un sorbo y clavó su mirada color chocolate en las lagunas azules de ella: —Laura, no estoy aquí contigo en calidad de presidente del Grupo. Estoy aquí porque soy tu marido.

Ella apartó su café sin probarlo y se tomó su tiempo en contestarle: —¿Así que eres mi marido? —Una mueca irónica hizo acto de presencia en su rostro.

—¿Acaso no lo soy?

—Lo eres, supongo —admitió a regañadientes, deseando que el nombre de «Mara» desapareciera de su cerebro para siempre.

Rhett percibió su aflicción. Le alzó la barbilla y la miró directamente a los ojos: —Aclarado este punto, nos queda dos asuntos por debatir. La fábrica junto con la estrategia que llevaremos delante de los empleados y nuestra situación. ¿Por cuál quieres empezar?

Capítulo 50

Rhett salió de la ducha fortalecido. Agarró la suave toalla del hotel grabada con la inicial «H» de Hilton y se friccionó el pelo mojado. Se arropó con el albornoz blanco, cepilló sus dientes y verificó los mensajes recibidos en el móvil. Se sorprendió al encontrar uno de Laura. La sorpresa se convirtió en desilusión tras leerlo: «No bajaré a cenar. Pediré algo ligero en mi cuarto. Estoy cansada. Buenas noches y hasta mañana».

Rhett recordó la reunión de ese día. Habían sido recibidos con gritos e insultos por los trabajadores y se había arrepentido de haberla llevado. Durante todo el encuentro, había procurado tenerla a su lado y no había despegado la vista de ella en ningún momento. Laura parecía distinta. Algo en ella era diferente.

Estuvieron reunidos con los representados sindicales durante más de cuatro horas seguidas. Alcanzaron un medio acuerdo, a falta de pactarlo al día siguiente. Él se mostró dispuesto a invertir en la fábrica setecientas mil libras esterlinas y Laura aportó una idea brillante para el uso del dinero. Hasta ese momento, en la fábrica se lucraba lana virgen que dejaba las telas rudas, de segunda calidad, a falta de otros repastos. Ella propuso utilizar el dinero para comprar maquinas modernas que trabajarían las telas hasta dejarlas listas para el consumo, cuidando al mínimo los detalles. Sería un plus añadido, las telas se venderían con más facilidad, la fábrica volvería a ser rentable y los trabajadores continuarían en sus puestos.

Los representantes sindicales quedaron satisfechos con estas medidas, con la condición de que se reabriera la fábrica en menos de un mes. Si todo se desarrollaba conforme lo planeado, a primera hora del día siguiente, se

firmaría el nuevo acuerdo y regresarían a Londres.

Sintió una punzada de nostalgia por dejar aquella ciudad, puesto que un territorio neutro le parecía el lugar ideal para resolver las diferencias con Laura. Decidió que no podía desaprovechar la ocasión, era necesario enfrentarla, poner las cartas boca arriba y regresar a Londres con las ideas claras.

Descolgó el teléfono y marcó la extensión de la recepción. Una voz agradable y servicial le contestó enseguida.

—Buenas noches, me gustaría saber si la señora Hills ha encargado ya la cena —se interesó.

—Déjeme comprobarlo, por favor —le pidió la recepcionista y, tras unos acordes musicales de espera, le aclaró—: Se la llevaremos en diez minutos. Solo ha pedido una barra de pan recién horneada, una botella de agua mineral y un vaso de leche desnatada.

—Prepararen, por favor, dos raciones de solomillo al punto, acompañado de alguna verdura de temporada. Y una botella de champán, Moët & Chandon, si es posible. El postre lo dejó a vuestra elección. Tráiganlo todo a mi habitación, por favor, mi esposa y yo cenaremos juntos.

Mientras esperaba la cena, se vistió con un pantalón cómodo de pana y una camisa vaquera, a la que remangó los puños. Sus pensamientos no pararon de dar vueltas a la extraña petición de su mujer, puesto que jamás la había visto probar el pan. Y no le gustaba la leche.

Unos veinte minutos después, un camarero vestido de manera impecable le sirvió la cena. Rhett le pagó una propina generosa y se acercó a la habitación de al lado. Tocó con suavidad y, tras escuchar su voz, entró.

Laura acababa de salir de la ducha. El pelo mojado sujeto con una pinza dejaba protagonismo a su cara redonda, que lucía resplandeciente, sin maquillar. Envuelta con el albornoz del hotel, que le venía bastante grande, estaba acurrucada en un sillón. Nada más verlo, la expresión de su rostro cambió. Su mirada pasó de sosegada a inquieta y su posición corporal se

crispó.

Él sintió que le caía encima un chorro de agua fría. En ese momento, tuvo la prueba concluyente de que ella no lo amaba. La había encontrado relajada, resplandeciente, y ante su presencia se había alterado. A pesar de todos los pesares, se recordó a sí mismo que su mujer lo había aceptado por interés. Se arrepintió de haber invadido su intimidad, pero era tarde para echarse atrás.

—¡Hola! —saludó fingiendo entusiasmo—. Pensé que, mientras cenábamos, podríamos preparar los detalles para mañana. —Improvisó lo primero que se le vino en mente.

—Hola, eh... te he mandado un mensaje para cancelar la cena. —Laura entrecerró los ojos de una manera inquisitiva y, a la vez, sorprendida—. Estoy cansada y mi cena está a punto de llegar. No quiero compañía, la verdad.

—Hmm, tu cena... la tengo yo. Una barra de pan no suena muy glamoroso, la verdad. ¿Y leche? ¿No odiabas la leche?

Y, sin esperar la contestación de ella, quitó las tapas de los succulentos solomillos e impregnó el pequeño salón con unos olores muy apetecibles.

—Mira, hay espárragos a la plancha, solomillo en sangre y ¡ensalada de manzana verde! —exclamó orgulloso, mientras colocaba los sabrosos platos sobre la mesa.

De repente, la vio palidecer, saltar con brusquedad del sillón y salir corriendo en dirección hacia el cuarto de baño. Laura actuaba de una manera muy extraña. Se preguntó si estaría enferma.

Unos minutos después, volvió a aparecer, se sentó en el mismo sillón y dijo con voz quebrada.

—Dame mi barra de pan. Y mi vaso de leche. Por favor.

En esta ocasión, Rhett no protestó; le acercó una mesita pequeña delante del sillón y sobre una bandeja de plata le dejó lo que había pedido.

Ella rompió la punta y empezó a masticar trozos pequeños con sumo placer. Pronto su cara adquirió un matiz satisfecho, como si hubiese disfrutado de un manjar exquisito. Él abrió muchísimo los ojos, impresionado por la

escena que acababa de presenciar.

—A mí también me gusta la punta. —Mientras decía aquello, se reprendió mentalmente, puesto que lo consideró una observación tonta; sin embargo, su gesto complacido lo hizo cambiar de parecer. No había duda de que esa conversación era del agrado de su mujer—. ¿Me invitas a la que te queda?

Laura sonrió satisfecha, era más que visible que consideraba favorable el hecho de que a él le gustase la punta del pan.

—A cambio, te ofrezco una copa de champán, sé que es tu perdición. —Rhett descorchó con mimo la botella y llenó dos copas alargadas de cristal.

Ella aceptó la copa un tanto reticente, dejándose atrapar por el movimiento incesante de las burbujas que formaban una espiral sinuosa dentro del líquido dorado. Chocaron sin decir ninguna palabra. La serpiente que convivía con él comenzó a agitarse en su interior cuando la observó dejar la copa sin probar sobre la mesa. Era su bebida favorita y no quería siquiera probarla.

Rhett experimentó una sensación de caída libre al vacío. Se sintió ridículo. Comprendió que había llegado la hora de proteger su corazón. Se agachó hasta que sus caras estuvieran a la misma altura, acortó la distancia entre sus bocas y presionó sus labios con firmeza. Necesitaba despedirse. Darle un último beso. Ella no opuso resistencia y él continuó explorando con ansias la boca húmeda y atrayente de su todavía esposa. Buscó con afán poseer una parte de ella, encontrar la magia que habían tenido antes de separarse. Entrelazó los dedos en su sedoso pelo y la apretó contra su pecho con desesperación. El cuerpo de ella respondió con deseo y un gemido de placer salió de boca. Aplastó sus labios en un beso intenso y necesitado. Rhett notó la excitación aflorar dentro de él y cada segundo de cercanía con ella aumentó el deseo de tenerla, disminuyendo las posibilidades de poder controlarse. Laura inclinó la cabeza y el holgado albornoz que llevaba puesto se escurrió hacia un lado y dejó el hombro y una parte del pecho desnudos. Él supo en ese instante que ella estaba igual de encendida que él. Tal vez no lo quería, pero no podía negar la atracción física que burbujeaba entre ellos cada vez que sus cuerpos

se tocaban. Le apartó el pelo con delicadeza y deslizó la mano hacia su pecho desnudo. Lo acarició con delicadeza, al tiempo que profundizaba el beso, buscando encenderla. Un leve cosquilleo lo hizo bajar la vista hacia su propio pecho, donde la mano de Laura le propinaba un leve empujón. Un dolor crudo le atravesó el pecho tras comprender que su mano no lo acariciaba, sino que lo apartaba.

Despertó bruscamente del sueño en el que estaba sumido. Dejó de tocarla y le cubrió el pecho desnudo con el albornoz. Liberó su boca y, mientras la miraba de nuevo a los ojos, le pareció ver en ellos... ¿liberación?

Agarró su copa de champán, chocó con el vaso de ella que estaba sin tocar sobre la mesa y dijo abatido: —En cuanto llegaremos a Londres, te enviaré los papeles del divorcio.

Y salió dando un sonoro portazo. Dejó el solomillo sobre la mesa sin probar, la botella de Moët & Chandon burbujeando, las copas llenas y a su mujer con lágrimas en los ojos.

Capítulo 51

Laura dejó sus hormonas manifestarse a sus anchas y, tras una buena dosis de llanto y lamentos, decidió que había llegado la hora de serenarse. Se recordó a sí misma que su hija podía sentir sus mismas emociones y no quería estresarla.

Se lavó la cara y, más animada, regresó al salón y probó el solomillo que él había dejado sin tocar sobre la mesa. Estaba delicioso. Se arrepintió de no haber disfrutado de una cena tranquila en su compañía, pero todavía los separaba una montaña de dudas. Rhett no le había contado quién era Mara ni la razón de no saber qué representaba en su vida.

¿Le pediría el divorcio? ¿Se había cansado de sus desplantes?

De repente, un miedo atroz le atravesó el alma, miedo de perderlo antes de que supiera que lo quería. Recordó que el beso de esa noche le supo a añoranza mezclada con tristeza. Deseo salpicado por derrota. Era un último beso.

Y, en este instante, tuvo la certeza de que Rhett se iba a separar de ella.

—No podemos dejar que papá se aleje de nosotras. ¿Verdad, cariño?

Su hija no le pudo contestar, pero Laura intuyó que le había dado la razón. Mientras salía precipitada de su habitación, se ató el cordón del albornoz y se recogió el pelo con la pinza. Pisó la gruesa alfombra que cubría el suelo de parque con determinación, pensando que había llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Exigiría respuestas sobre Mara. Le informaría de que en breve sería padre. Le confesaría que estaba dispuesta a retomar su matrimonio en el punto dónde lo dejaron en la fatídica noche del encuentro en el restaurante.

—Le diremos a papá que lo queremos. ¿Estás de acuerdo?

Su boca se curvó en una gran sonrisa al imaginarse a su hija dar pequeñas volteretas de alegría dentro de su barriga.

Se acercó a la puerta de la habitación de Rhett, rebosando optimismo. Se quitó la pinza del pelo y lo dejó descansar libremente sobre su espalda. Se alisó el albornoz y se preparó para tocar la puerta. En ese momento, la voz de Rhett llegó hasta ella. Acercó la oreja a la puerta a tiempo de escuchar a su marido decir: —Perdona, no me dio tiempo de decirte nada, tuve que viajar a Leeds por motivos de trabajo. Mañana regresaré y cenaremos juntos si te apetece. Además, tenemos que hablar.

Ante sus palabras sintió sus piernas flaquear y casi se derrumbó delante del rellano.

¿Rhett estaba hablando con su amante?

Reprimió las ganas de llorar mientras un viperino pensamiento traspasaba su cerebro. Su marido había aprovechado el viaje para dejarla. Sinténdose ridícula, despegó la oreja de la puerta y se perdió el resto de la conversación. Con paso lento, regresó a su propia habitación.

Y Laura Hills comprendió que la vida la podía obsequiar con regalos importantes, pero, si no sabía apreciarlos, se desvanecían como el primer copo de nieve que no llegaba a cuajar. Cuando las hormonas la dejaron tranquila, se durmió acurrucada sobre sus costillas.

Al día siguiente, su hija se despertó puntual a las seis de la mañana. Después de la primera parada en el cuarto de baño para vomitar, Laura se duchó y pidió el desayuno. Una hora más tarde, se encontraba vestida y satisfecha. Las molestias matutinas disminuyeron en intensidad, por lo que empezó a prepararse para pasar el último día en compañía de su marido. A pesar de todo, quería una despedida educada y tranquila.

Se maquilló los ojos con más esmero de lo habitual, acentuando el azul de su iris con sombra malva satinada. El pelo lo dejó suelto, sujeto en un lado con una pinza violeta. Se vistió de riguroso negro, camisa de manga larga y

bolsillos cuadrados, que se ceñía sobre su torso y se perdía dentro del pantalón de talla larga, que se sujetaba a su cintura con un lazo ancho. Por último, calzó sus zapatos de piel suave, que llamaban la atención con su espectacular color azul eléctrico.

Contenta con el resultado, agarró su abrigo y bajó al restaurante del hotel para esperarlo. Se sorprendió al encontrar que estaba desayunando. El traje oscuro le imprimía un aire sobrio y la corbata estrecha, del mismo tono que la camisa, lo favorecía.

—¡Que aproveches! Eres matinal, me imagino que tendrás prisa por regresar a casa.

—Perdona por no esperarte —se excusó él y la invitó con cordialidad a sentarse—, pero, como últimamente ni comes ni nada te parece bien, pensé que no vendrías.

—Tranquilo, hace rato que desayuné en mi habitación. —Al ver la sorpresa dibujada en su rostro se arrepintió enseguida por habérselo contado—. Me desperté temprano y tenía hambre —se justificó azorada.

Se tomó por cortesía un té y, quince minutos más tarde, salieron de hotel con destino a la fábrica. La reunión con los líderes sindicales en esa ocasión fue breve. Firmaron el convenio y acordaron la reapertura de la fábrica para el 1 de febrero del 2017. En un estado de humor inmejorable regresaron a Londres. A pesar de la tensión que había entre ellos, el viaje transcurrió de manera tranquila. Se lanzaban ojeadas furtivas uno al otro y, cuando sus miradas se encontraban, las desviaban incómodos, como si un muro de cristal se hubiera levantado entre ellos.

Cuando el avión aterrizó, Laura se encontró mal de nuevo, pero en esa ocasión, él no la arropó con sus brazos, ni hizo comentario alguno. Simplemente, se quedó en su butaca, luciendo una mirada indescifrable en el rostro. El corazón de ella lloraba en silencio pidiendo mimos y atención, pero solo pudo encontrar cordialidad y educación. Bajaron del avión y, a pie de pista, los esperaba un coche. Sentada en el asiento de atrás, Laura anhelaba un

milagro. Se imaginaba que regresaría con ella a Hills House para quedarse. Que volvería a ser el mismo hombre jovial y cariñoso de siempre. Que le diría lo mucho que la quería.

Sus imaginaciones se truncaron cuando el coche paró delante de Hills House: —Pronto tendrás noticias mías. Adiós, Laura.

¡Adiós, Laura! ¡Adiós, Laura? ¡Cabrón!

Capítulo 52

Rhett decidió retomar el timón de su existencia, puesto que se consideraba a sí mismo un hombre fuerte, de ideas claras, que no podía vivir en un continuo estado de «no sé qué hacer con mi vida».

La decisión de divorciarse de Laura fue una de las más difíciles de su vida, pero tuvo que aceptar que era la única salida para poder arreglar el desastre emocional que sentía.

La serpiente que convivía con él no le daba tregua ni de día ni de noche y el sabor amargo de la decepción llenaba todo su ser. Sabía por propia experiencia que el dolor persistiría. Olvidar no era fácil.

Para encontrar su paz interior necesitaba poner punto final a su matrimonio, comenzar el duelo y curar sus heridas. No era fácil convencer a un corazón entregado y enamorado de que no era correspondido. Su orgullo vivía sus horas más bajas, preso del rechazo y la incertidumbre continuos que había experimentado en los últimos días.

Aclarado el asunto de Laura, le quedaba por resolver la situación de Mara. Le pidió al chofer que lo llevara al Grupo Mendoza y, nada más entrar en su despacho, observó agradecido que, sobre su escritorio, lo esperaba el informe redactado por Lynn sobre los viajes al extranjero. Abrió la carpeta y buscó con la mirada el nombre de su hermano.

Daniel Mendoza había dicho la verdad. Su nombre no se encontraba en la lista. En su interior le quedaba una pequeña duda, pero decidió despejarla y cerrar ese asunto. Daniel podía mentir, pero Lynn, la directora financiera del grupo, no. Guardó la carpeta en un cajón y comprobó el reloj, casi la hora de comer. Llamó a Mara y quedó con ella.

Unos veinte minutos después, esperaba sentado en el pequeño restaurante del hotel donde ella se alojaba. Mara hizo su aparición, tan hermosa y sensual como la recordaba. Y, por una milésima de segundo, se vio transportado a su juventud, cuando sus ilusiones eran infinitas y aquella mujer ocupaba todos sus pensamientos. Tras depositar un beso en su mejilla tersa, despertó de la ilusión. Mara no podía ser la misma persona de hacía diez años y él, tampoco.

—Estoy preocupada, no sé nada de ti desde hace dos días. Lo que hayas decidido, dímelo ya, la espera me consume. —Una nota de reproche se coló en su melodiosa voz.

—Tuve que viajar por negocios, perdona —se excusó él.

Mara alargó la mano y le tocó la suya. Le sonrió afectuosa y su mirada comprensiva se clavó en los oscuros ojos de Rhett.

—Te he echado de menos. Mucho.

Aquellas simples palabras fueron un bálsamo para el maltrecho corazón del primogénito de los Mendoza. Su lado emocional deseaba reencontrarse con su pasado, darse una segunda oportunidad y dejarse llevar por el torrente de la vida. No obstante, su lado racional lo obligaba hacer lo correcto. Titubeó antes de dar voz a sus pensamientos.

—Mara, me acabo de separar de mi mujer. Lo siento, pero no estoy preparado para empezar nada contigo. Yo no soy así. Al mismo tiempo, no sería justo para ti. Ni para ella. Todos necesitamos tiempo. Si estás dispuesta a esperar, puede que tengamos una oportunidad.

La mirada de la joven perdió brillo y sus hombros decayeron en señal de decepción.

—Comprendo tu situación, si mis circunstancias fueses diferentes, no me importaría esperar. Pero mírame, estoy sola en un país que no es el mío.

—Sí, lo sé. No creas que no he pensado en tu situación. —Rhett tomó un sorbo de vino, ordenándole mentalmente a su serpiente interior calmarse. No estaba haciendo nada malo, solo deseaba ayudar a alguien que se encontraba en apuros. Retomó el hilo de la conversación, al tiempo que se preguntaba por

qué narices se sentía culpable. No había nada de malo en el hecho de querer ayudar a una amiga—. Conservo todavía mi piso de estudiante, es pequeño, pero podría servirte por un tiempo. Si estás de acuerdo, hoy mismo te llevaré allí para que te instales. Para que mantengas tu mente ocupada, he pensado que podrías comenzar a trabajar en el Grupo Mendoza, en el departamento de exportaciones. El otro día me dijiste que hablas alemán, aparte de inglés y español, podrías encajar. Si quieres, claro —añadió.

—Me encantaría... mantenerme ocupada. —Una sonrisa preciosa apareció en los labios de la mejicana y un brillo intenso iluminó su mirada—. Y me parece bien ir paso a paso, despacio y sin prisas.

—Puede que el tiempo que yo necesite sea largo —insistió él—. Sigo muy enamorado de Laura, hasta que no la olvide por completo, no empezaré nada contigo. Además, no sabemos si queda algo de lo que tuvimos... suponemos que sí, pero los años y las experiencias vividas pudieron habernos cambiado.

—La vida nos ha separado una vez. Solo con saber que estás dispuesto a valorarlo, me conformo. Si nuestro destino es acabar juntos, así será.

—Con respecto al trabajo, recibirás un sueldo alto, pero empezarás desde abajo. No me gusta mezclar mi vida privada con el trabajo. Si encajas bien y la coordinadora está contenta, te quedarás con el puesto.

—Me parece bien. Es un principio para mí en todo, estoy dispuesta a intentarlo. Lo único que te pido es verte de vez en cuando. Como amigos —añadió con un brillo de esperanza en su mirada.

Rhett asintió encantado, alargó el brazo y se dieron un apretón sincero.

—¡Bienvenida a Londres, amiga! Me alegro de que estés aquí.

—¡Gracias, amigo!

Y dicho esto se relajaron y disfrutaron de una comida agradable.

Una hora más tarde, Mara se acercó a la recepción, registró su salida, pagó la cuenta y recogió sus pertenencias. Conforme lo planeado, Rhett la llevó al piso y la ayudó a instalarse. Le dejó indicaciones para presentarse en los siguientes días en la oficina de exportaciones. Cuando el asunto de Mara le

pareció resuelto, se dirigió hacia el despacho de su abogado.

Ryan Steel, el abogado personal de Rhett, pertenecía al prestigioso despacho de abogados Preiskel & Co., situado en la zona financiera de Londres. Era un hombre eficiente y sobre todo leal, que llevaba escrita en su frente la palabra «confianza» con letras mayúsculas.

—¡Rhett! —exclamó sorprendido—. ¿Tú por aquí un viernes por la tarde? ¿Pasa algo?

—No te gusta perder el tiempo, ¿eh? —Le dio la mano en gesto amistoso—. A mí tampoco. Necesito un favor.

—¿Un café, una copa? —preguntó el abogado y, ante la negativa de su cliente, continuó en tono profesional—: Tú dirás.

—Quiero que prepares, lo antes posible, una demanda de divorcio. —Tras un breve silencio cargado de significado, añadió—: Laura y yo nos hemos separado.

—Si mal no lo recuerdo, solo lleváis casados un mes —se sorprendió Ryan—. ¿No hay dudas?

—Siempre hay dudas. —Rhett pegó unos golpecitos sonoros en la superficie lisa de la mesa en actitud ansiosa—. Si es posible preparar los papeles esta tarde, mañana por la mañana quiero que los reciba.

—Las prisas no son buenas consejeras. —El abogado intentó frenarle su entusiasmo—. El acuerdo que redactamos antes de la boda te deja en una situación muy complicada; por el plazo de un año, seguirás gestionando su fortuna. Si quieres mi consejo, y aunque no lo quieras te lo daré igualmente, deberías de aguantar al menos once meses, es peligroso romper el acuerdo tan pronto. Si te cansaste de ella, búscate una querida y todos contentos, pero el divorcio, yo, como abogado, no te lo recomiendo.

—Ryan, quiero romper los lazos con ella, por mi bien psíquico y emocional, no es un arrebató de un momento, es mucho más complicado que eso. —Su voz se quebró, pero su mirada permaneció firme en su petición.

El abogado lo estudió con gesto preocupado. No era habitual ver a un

hombre fuerte como Rhett derrumbado.

—Esta mujer puede destrozarte la vida si quiere —le advirtió de nuevo, en un intento de alejar a uno de sus mejores clientes de la tormenta que se le vendría encima—. Te casaste tan ilusionado que no me dejaste hacer separación de bienes. Si le da la gana, se puede quedar con la mitad de lo tuyo.

—Es tarde para lamentarme, si quiere el dinero, que se lo quede. Me da igual —sentenció con voz cansada.

Ante la vehemencia de Rhett, el abogado se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa, en un inequívoco gesto de rendición. Si su cliente decidía tirarse al vacío desde un décimo piso, como era el caso, y no había manera de impedirlo, su principal obligación era preparar el vuelo y suavizarle la caída.

—¿Ella está de acuerdo? —preguntó al tiempo que comenzó a tomar apuntes en un papel—. ¿Cuáles serían los términos del acuerdo?

Dos horas después, la petición de divorcio estaba redactada, lista para ser enviada a la interesada.

Capítulo 53

Daniel Mendoza admiró su reluciente deportivo recién lavado. Se acomodó en el asiento de cuero y cuadró los dos espejos laterales. Levantó la vista hacia el cielo y, al ver que la mañana había amanecido soleada, le quitó el capote.

Ese día su madre cumplía cincuenta y ocho años, y la familia Mendoza al completo se reuniría para celebrar su cumpleaños. Daniel pisó el acelerador a fondo, entusiasmado por escuchar su potente rugido.

Instantes después, el sol se reflejaba en sus gafas de sol y el viento le acariciaba la cara, acompañándolo en su marcha. Daniel Mendoza se sentía feliz. Sus planes habían dado resultados. Redondos.

No sabía con certeza cuál era la situación de Rhett y Laura, pero la cara huraña de él revelaba, a todas luces, que seguían separados. Mara, por su parte, había hecho progresos importantes. Daniel se quedó impresionado cuando se enteró de que ya estaba instalada en un piso de Rhett y formaba parte de la plantilla de empleados de la empresa. ¡Objetivo conseguido!

Daniel, por su parte, se libró de dar otras explicaciones sobre el viaje a México. El informe de Lynn convenció a su hermano y dejó de indagar. ¡Objetivo conseguido!

Con esos pensamientos alegres en la cabeza, disminuyó la velocidad y se alineó detrás de otros coches para acceder a una rotonda. Mientras hacía cola detrás de otros vehículos, le llegó a la retina una brillante idea.

¿Y si le hacía una visita a la duquesita? Para sacarle algo de información y filtrarle algunas novedades. Se preguntó si estaría enterada de los líos de faldas de su flamante marido.

Como era temprano todavía, giró el volante y tomó la dirección hacia Hills House. Media hora más tarde, aparcaba el coche delante de la imponente mansión. Quedó deslumbrado por la grandeza del lugar y la rabia en contra de su hermano creció al pensar que toda aquella riqueza debería haber sido suya.

Lo recibió una empleada uniformada, que lo invitó a pasar al salón de té con una sutil reverencia. Un regocijo lo recorrió de arriba abajo puesto que aquellas costumbres antiguas le gustaban, lo hacían parecer importante.

Tomó asiento cuidándose de no arrugar la tela de su traje y se dispuso a esperar a su cuñada. Unos momentos después, apareció en su campo visual, vestida informal con vaqueros oscuros, una camisa ancha blanca con rayas horizontales negras y el pelo recogida en una coleta alta. Se levantó para darle un abrazo de bienvenida.

—Daniel, qué sorpresa, deberías haberme avisado que vendrías. —Le sonrió, con un leve reproche en la voz, al tiempo que le señalaba un sofá para sentarse.

—Te ves guapísima, como siempre —la alabó el joven con fingida alegría—. Estaba de paso y decidí desviarme del camino para verte. Desde esa noche, me recorre la duda de si Rhett y tú... ya sabes.

Ella enarcó las cejas, sorprendida. Daniel decidió atacar y preguntó, en tono amistoso: —¿Cómo va lo tuyo con mi hermano? No tienes por qué disimular conmigo, sé que os habéis separado.

—¿Rhett lo ha contado a la familia? —La cara de la duquesita sufrió una severa explosión de calor y se encendió de golpe—. Tenemos algunos problemas, pero no creo que sean tan graves como para separarnos.

«Peligro, peligro», sonó una bombilla en la cabeza de Daniel. Aún no estaba roto del todo aquel matrimonio. «Habrà que ayudar un poco», pensó. Fingió sentirse incómodo y mostró una expresión compungida, hecho que alarmó a Laura.

—Sea lo que sea, dímelo.

—No ha contado nada todavía. —Daniel aparentó sentirse apenado, al

tiempo que aplaudía por dentro su buena actuación—. Pero creo que hoy hará pública vuestra separación. Lo siento, Laura, de verdad.

—¿Hoy? —preguntó intrigada al tiempo que se volvía mortalmente pálida.

—¿Ni siquiera te lo contó? Hoy es el cumpleaños de nuestra madre y Rhett ha avisado que vendría acompañado. Si tú no sabes nada, queda de esperar que venga con Mara.

Acentuó sin disimulo el nombre de la chica. Laura abrió muchísimo los ojos, impresionada, y para serenarse tomó una honda bocanada de aire.

—Sabes quién es Mara, ¿verdad? —atacó Daniel de nuevo y, ante su expresión asombrada, simuló estar arrepentido—. Oh, no, he metido la pata hasta el fondo, pensé que te lo habría contado. Es más, creí que, por ella, os separasteis.

—La conocí en casa de Rhett el otro día —reconoció, dolida por saber de su existencia—. Me la presentó como una vieja amiga. ¿Quién es?

—No sé si debería contártelo. —Daniel se batió en retirada—. Será mejor que te lo diga él, a su manera.

—Es demasiado tarde para echarte atrás, ¿no crees? —estalló su cuñada, presa de un ataque de histeria—. Ya que la nombraste, me vas a contar quién es.

Daniel suspiró con pesar, riéndose a carcajadas por dentro. El idiota de su hermano era un cobarde. No se había atrevido a contarle a su adorable mujercita que su amante del pasado había regresado a él. Que el bueno y correcto de Rhett le había puesto un pisito y le había ofrecido en bandeja un trabajo.

—Mara... es el amor de Rhett. —Tras verla empalidecer, decidió suavizar el golpe—. Bueno, perdona, quiero decir que lo era. Se enamoraron siendo muy jóvenes cuando ella trabajaba en la casa de mis abuelos, en Santa Fe.

—Por eso me sonaba tanto su nombre —murmulló con voz apagada—. Ahora recuerdo que tu hermano mencionó una vez esa historia. Vuestros abuelos intervinieron, ella desapareció y él intentó encontrarla.

—¡Exacto! Así fue. Desde entonces, Rhett no ha dejado de buscarla, sin éxito. Al parecer, hace unos días, Mara llegó a Londres y lo buscó. Si mi hermano te ha dejado por ella, significa que el amor de ellos sigue intacto.

—Rhett no me ha dejado —se defendió, levantando el mentón orgullosa.

Su más que visible derrota llenó de alegría a Daniel, quién le tocó el hombro en actitud comprensiva y suavizó la voz.

—Perdona por ser tan brusco, sabes que te aprecio mucho y quiero que sepas la verdad. No me parece justo lo que está haciendo mi hermano contigo. A pesar de todo esto, pretendes protegerlo, pero no finjas conmigo. Por mucho que intentes tapar el sol con un dedo, tienes que reconocer que Rhett ya no es el mismo de antes. ¿Cuándo comenzó a cambiar su actitud hacia ti?

—Estuve ingresada unos días en el hospital y, a pesar de estar enfadados, él vino a verme cada día. Las cosas entre nosotros van mal desde el día que cené contigo y, hace unos días me encontré a Mara en su casa, y el viaje a Leeds... —Su voz se quebró ante la evidencia.

—¿Te das cuenta?! —exclamó Daniel, alterado—. Mara solo lleva unos días en Londres y Rhett le ha puesto un piso y le ha ofrecido trabajar en el departamento de exportaciones del Grupo. Ya está aquí, y siento decirte que ha venido para quedarse. Y, por lo que se ve, él está encantado de que así sea.

Cuando observó a su noble cuñadita abatida, Daniel pensó que había cumplido la misión. Disfrutó de lo lindo de cada cuchillo afilado que consiguió clavarle. Al fin y al cabo, Laura también lo había herido. Le hizo creer que era su elegido para, en el último momento, optar por Rhett. Lo hizo parecer un perdedor a los ojos de su familia y de sus amistades. Recordó abatido las burlas que tuvo que soportar por parte de sus amigos, quienes se negaron a anular la fiesta de despedida. Y Daniel había tenido que hacer de tripas corazón y presentarse a una fiesta de «no despedida» donde celebraron una «no boda».

Saludando a su cuñada, la dejó completamente hundida y derrotado.

¡Objetivo cumplido!

Laura permaneció sentada en el mismo sillón mucho rato después de que Daniel se hubo marchado. La información que su cuñado le había revelado llegó a su cerebro, se procesó de manera correcta, pero, por algún cortocircuito, no era capaz de decodificarla. Laura Elisabeth Hills Mendoza no conseguía entender.

Desde el principio de los principios, Rhett se enamoró de ella. Perdidamente. De eso no quedaba duda. Ninguna. Ella fue caprichosa, cabezota y hasta mal educada porque sabía que se lo podía permitir. Con su paciencia, amor y cariño, Rhett consiguió llevársela a su terreno. Enamorarla. ¿Y todo para qué?

Ahora resultaba que su corazón había pertenecido desde siempre a otra mujer. Que nada más aparecer aquella otra en su vida, había cambiado de bando sin contemplaciones. Mientras ella vomitaba a mares y lidiaba con las náuseas matutinas, el bueno de Rhett hacía realidad sus sueños junto al amor de su vida.

Si no quedaba amor, podía entenderlo. ¿Pero el respeto? Seguían casados y, si él llevaba a otra mujer a la casa de sus padres, ¿no significaba eso faltarles el respeto a ambos?

—¡Cabrón, cabrón y cabrón! —espetó enfadada—. Tu padre es un cabrón —reiteró, mirando hacia su vientre—. Sé que a los niños no hay que hablarles mal del otro progenitor, pero eres todavía muy pequeña, hasta que salgas al mundo, se te olvidará.

Decidió que necesitaba distraerse para no armar de nuevo un mar de lágrimas. Últimamente, lloraba todos los días y sabía que estaba estresando al feto. Descolgó el teléfono y llamó a Michael. Con el ingreso en el hospital y todos los problemas de las últimas semanas, llevaba sin visitarlo más de quince días.

—Tu tío es otro cabrón —le confesó en voz baja a su hija —, pero, aun así, lo quiero mucho y deseo que se recupere pronto. Cuando estés conmigo, te contaré cómo se marchó a Croacia y me dejó sola y con una montaña de

deudas. Fue justo por esas deudas que conocí a tu padre.

Habló unos minutos con su hermano y, nada más colgar, se sintió más animada. Escuchar el timbre de la voz de Marta la sacó de sus conjeturas: —Ha llegado un certificado para usted. Es un documento oficial y el mensajero necesita su firma.

Laura arrugó el entrecejo, puesto que no esperaba ningún documento importante. Acudió a la entrada, firmó el papel que le entregó el mensajero y se quedó con el sobre blanco de grandes dimensiones que este le entregó. Observó que provenía de un despacho de abogados. Una pequeña bombilla se encendió dentro de su cerebro. Ahuyentó la duda, pensando que no podía ser posible, o por lo menos, no tan rápido.

¿O sí?

Despacio y con cuidado, despegó las márgenes del sobre. Extrajo los papeles y, tras leer la primera hoja, en su cerebro se produjo otro cortocircuito. Veía, leía, procesaba, pero no entendía.

La flamante demanda de divorcio de Rhett le revolucionó todas las hormonas habidas y por haber.

---¡Cabrón, cabrón y cabrón! —insultó de nuevo, en voz alta—. ¿Tienes prisa por formalizar tu nueva relación?

Comenzó de nuevo a llorar. Esa vez, por pura rabia y despecho.

Capítulo 54

Ellie Mendoza, a sus cincuenta y ocho años, lucía espectacular, pero ni el vestido impecable, ni los diamantes que brillaban alrededor de su cuello podían ensombrecer la expresión de plenitud que reflejaba su rostro.

Desde su silla, miraba complacida a las personas que compartían mesa con ella. A su derecha se encontraba Carlos Mendoza, su marido. Últimamente, su salud se había visto afectada, ya no era el mismo hombre ágil y enérgico de antes. Las canas se habían multiplicado y habían transformado su oscuro cabello de antaño en una mata blanca. Su gran estatura ya no imponía como antes y escondía con dificultad el temblor de sus manos. Apenas se quejaba, pero Ellie sabía que no pasaba por su mejor momento.

En frente de Carlos, se hallaba sentado Rhett, su primogénito. Aparentaba estar contento, charlando animado con su padre, pero Ellie con su instinto de madre traspasó la máscara que llevaba puesta. Su hijo mayor no pasaba, tampoco, por su mejor momento. Aun cuando sonreía, su mirada estaba triste. Llevaba un mes casado con Laura. Su matrimonio había comenzado siendo un acuerdo, pero semanas después se habían dado una oportunidad como pareja. Ellie recordó el optimismo y la ilusión de Rhett de entonces. Por un corto periodo de tiempo, su hijo había sido feliz.

Sin embargo, ese día su nuera no estaba presente. Él la había excusado alegando en su defensa que no se encontraba bien, pero Ellie llevaba cuarenta años casada y sabía lo que significaba la excusa de «una mujer indispuesta». Claro índice de que tenían problemas.

Ahuyentó la tristeza que le inspiró el estado afligido de su primogénito al encontrarse de frente con su debilidad: su hijo menor, Daniel. Era el contraste

de su hermano en todos los sentidos y ese mismo día parecía más contento de lo normal. Reía despreocupado y formaba a su alrededor un clima de positivismo. Era imposible no quererlo ni sentirse animado en su presencia.

A su lado, se hallaba sentado el padre de Ellie. A sus ochenta y tres años, no parecía estar muy cuerdo y muy a menudo preguntaba a su hermana, también presente, dónde se encontraban. Con el matrimonio de Rhett y su conversión en duque de Hills, Ellie había conseguido hacer las paces con su pasado.

Pensó afligida que la ansiada reconciliación había llegado demasiado tarde. De su familia, solo quedaba su padre, medio senil, y la tía Hera, una solterona malhumorada. Ellie suspiró resignada; su familia estaba reunida y era lo único que importaba, a pesar de todo. La comida trascurrió de forma agradable; descorcharon el mejor champán y Ellie sopló las velas, con un único deseo en su mente: que su familia permaneciese unida y feliz.

Después, fue el turno de los regalos: su marido, en su línea, la obsequió con otro collar de piedras preciosas. Ellie, a lo largo de los años, había recibido tantos que podía abrir su propia joyería. Agradeció halagada el regalo, al que poco después dejó sobre la mesa, sin prestarle mayor atención.

Su padre le entregó una vajilla antigua y bien conservada. A Ellie le hizo ilusión, aun cuando sabía que su padre no pudo haber elegido el regalo. Su tía le entregó un jarrón alargado, en tono marrón tierra, que no tenía ni forma, ni aspecto alguno. Ellie no entendió el obsequio, pero lo agradeció de todos modos, fingiendo estar emocionada por tenerlo. Daniel, muy parecido a su padre, le regaló un broche en forma de margarita, estampado con diamantes y esmeraldas. Sin pensarlo, Ellie lo colgó del cuello de su chaqueta y besó a su hijo con un amor infinito.

Y, por último, llegó el regalo de su hijo mayor. Rhett había rescatado un cuadro antiguo, viejo y deteriorado por el tiempo de la familia de Ellie, al que había mandado a restaurar, y delante de todos lo mostró: en medida casi natural, representaba a Ellie y sus padres, cincuenta años atrás. Su madre se emocionó y dispuso colgar el cuadro en el salón. Hasta su propio padre

pareció cobrar la cordura y se le humedecieron los ojos ante los recuerdos.

Emocionados pasaron al pequeño salón del jardín para tomar té con pasteles. Cuando finalizaron las conversaciones en torno a los regalos, la tía Hera sometió a su sobrino mayor a un interrogatorio sobre su matrimonio.

—Rhett, espero que tu mujer se reponga y podáis pasaros un día a tomar el té conmigo. Me han contado que es una auténtica belleza y tengo muchas ganas de conocerla.

—¡Claro! —La voz del aludido no sonó convincente—. En cuanto podamos, sería un placer.

—¿Habéis pensado tener hijos? —la pregunta hizo que se ahogara con el té que justo en ese instante se estaba tomando.

—Llevamos casados un mes y Laura solo tiene veinticinco años. —Defendió su falta de retoños y las pocas probabilidades de tenerlos algún día con su mujer.

—En mi época, esa edad era considerada muy tardía para concebir. —La mujer, movió los labios con desagrado, mostrando su descontento con la generación actual.

Daniel reía por debajo, contento por el mal rato que pasaba su hermano. Separado y tener que dar explicaciones sobre hijos a la vieja metiche que no paraba de entrometerse. ¡Ah! y con una amante fogosa por el medio.

—¿A qué edad tuviste a Rhett? —siguió la tía Hera indagando en el asunto de los niños. A Ellie se le iluminó la cara, siempre dispuesta a hablar sobre sus hijos.

—Lo tuve con veinticinco años recién cumplidos. Nació en pleno verano, el 2 de agosto.

—La misma edad que tiene tu mujer, ¡mira qué casualidad! —observó la tía, obstinada en tener la razón sobre la edad perfecta para concebir.

—La guerra que nos dio desde antes de nacer —intervino Carlos, en la conversación—. Recuerdo lo mal que lo pasaste, vomitando todas las mañanas. Para no acodarme de los cambios de humor. Creí volverme loco.

—Sí, fue difícil traerte al mundo y te miro ahora, tan alto y tan presentable, cuesta creer que un día cabías en mi regazo. —Ellie le acarició la mejilla con cariño—. Para no acordarme de los antojos tan raros que tenía contigo. Por todos los ángeles, nueve meses comiendo pan.

—¿Comiendo pan? —preguntó Rhett, extrañado—. Nunca... me lo contaste.

—Pues sí, tal como lo oyes —aclaró su madre—, cada día, en ayunas vomitaba y, después, me deleitaba con la punta de una barra de pan. Era lo único que me apetecía comer. —En el salón resonó una simpática carcajada general.

—¿Te gustaba comer la punta? —La voz de su hijo mayor sonó extraña y su rostro adquirió una expresión expectante.

—Sí, sé que cuesta creer que con las delicias que me podía deleitar prefería desayunar y cenar grandes cantidades de pan. Engordé bastante, los médicos me reñían, pero no podía evitarlo. Era lo único que el cuerpo me pedía.

Ante aquella anécdota del pasado, todos los asistentes rieron y vociferaron. Todos menos Rhett, que se quedó pegado a su silla, pálido y tieso, como si hubiera recibido una puñalada en el costado, que no lo dejaba respirar.

—Querido, ¿te encuentras bien? —preguntó su madre, tras verlo trastornado—. De repente, te has puesto pálido.

No fue capaz de responderle puesto que los enloquecidos latidos de su corazón se habían parado en seco. Visiblemente afectado, se levantó con brusquedad, con lo que derramó la taza de té que llevaba en la mano sobre el blanco mantel que cubría la mesa. Se excusó con torpeza y, cuando quiso depositarla sobre la mesa, esta resbaló entre sus dedos y, cayéndose, se rompió en varios pedazos, que se esparcieron por el suelo.

—Lo siento, avisaré a la cocina para que recojan los restos... eh... me tengo que ir —balbuceó distraído—. Gracias por la comida, mamá.

Y saliendo del salón apurado, dejó el mantel manchado de té, los añicos de la taza esparcidos por el suelo y a su familia desconcertada.

Capítulo 55

Desde la casa de sus padres hasta Hills House había una distancia considerable; cerca de media hora en coche. Rhett pisó el acelerador a fondo y cometió varias infracciones de tráfico seguidas: un adelantamiento en línea continua, un ceda el paso ignorado, por no hablar del límite de velocidad, traspasado con creces. El rostro de Laura parecía estar impreso en la misma carretera y sus pensamientos rondaron en torno a ella, una y otra vez.

¿Laura, embarazada?

De ser cierto, explicaría sus cambios de humor y su actitud; a veces fría y a veces cálida, el hecho de no tomar champán y de comportarse de manera extraña. Pero ¿qué motivos la habrían empujado a ocultárselo?

Las dudas, las preguntas y, por qué no decirlo, la ilusión lo acompañaron durante todo el trayecto y diecisiete minutos más tarde aparcaba el coche delante de Hills House.

Bajó medio trastornado y entró en la casa sin llamar al timbre. Gritó desde el salón el nombre de su mujer. Marta salió en su encuentro y, tras ver su rostro desencajado, intentó detenerlo.

—Señor, no grite de esta manera, se lo ruego, la señora está descansando, no se encuentra bien.

—¡Laura, he dicho que bajas! —gritó de nuevo, ignorando a la empleada—. Si no lo haces, subiré yo.

Esperó unos segundos y, puesto que ella no daba señales de querer aparecer, subió con rapidez los peldaños de la escalera de dos en dos hasta llegar al pasillo de los duques de Hills. El cuadro de Rhett estaba colgado en la fila, como el noveno duque de Hills. Se sorprendió, entre medio

complacido y medio perturbado.

Más calmado, tocó con los nudillos la puerta de su dormitorio y, al no recibir respuesta, entró. La encontró tumbada en la cama, acurrucada, con las manos debajo de su costado. Tras verlo entrar, ella despegó los párpados y clavó en él una mirada dolida, acusadora.

—¡Necesito hablar contigo! —Su respiración afanada junto a su voz impaciente denotaron la alteración que sentía—. ¡Ahora!

Laura se incorporó y su rostro demacrado delató que había estado llorando. Se tapó la cara con las dos manos y le pidió en voz baja: —No grites como un salvaje. No estoy sorda.

—¿Por qué no has bajado, entonces? —preguntó más sosegado—. A veces, sacas lo peor de mí.

—Porque no quiero verte —le contestó con tranquilidad—. ¿Qué pasa, necesitas mi firma hoy mismo? ¿A qué viene este escándalo?

—¿Tu firma? —Rhett la miró desconcertado—. No, no he venido por eso. Es importante que hablemos, te espero abajo. Por favor.

—Dame un par de minutos y tranquilízate, baja la voz.

—De acuerdo. —Rhett abandonó su cuarto y se paró en el pasillo, donde admiró un buen rato su rostro malhumorado. ¿Por qué había colgado Laura su cuadro en la pared?

Regresó al salón y se sirvió un vaso de *whisky* seco doble. Lo necesitaba. Al considerar la posibilidad de ser padre en breve, una cascada de emociones y sentimientos encontrados se apoderaron de él. Su corazón comenzó a inflarse dentro de su pecho, a punto de salirse de su sitio. Se tuvo que masajear un par de veces el lado izquierdo de su torso, para calmar su ritmo cardíaco y no sufrir un infarto en ese mismo momento.

Unos minutos más tarde, Laura apareció en el marco de la puerta. Con la cara lavada y el pelo recogido en un moño suelto, ofrecía mejor aspecto. Rhett la recorrió de arriba abajo con la mirada, como si fuese la primera vez que la veía. Aparte de estar más pálida, parecía la misma de siempre: los ojos

serenos, luminosos, la boca llena, ligeramente hinchada, la piel blanca casi translúcida. Intentó medirle la cintura, pero el holgado jersey *oversize* que llevaba se lo impidió.

Ella se sintió observada, pero disimuló no haberse dado cuenta de su escaneo. Sabía que, tras dos horas de llorar, tendría una pinta deplorable. Se sentó en frente de él y dijo lo más serena que pudo: —Tú dirás.

—Quiero hacerte una pregunta. —El noveno duque de Hills hizo una respiración profunda para aplacarse y continuó con voz tensionada—: Prométeme que me dirás la verdad.

Su mujer arrugó el entrecejo y se mordió el labio inferior con gesto pensativo.

—¡Claro! —accedió intrigada—. ¿Qué quieres saber?

Al instante, sus miradas chocaron y una bola de fuego comenzó a rodar en la pequeña distancia que los separaba.

—¿Estás embarazada? —La corta pregunta sonó estridente, como si el cristal de una ventana se hubiese roto en mil pedazos. Los añicos imaginarios se esparcieron en el aire, al tiempo que ella palidecía bruscamente, rehuendo su mirada.

Rhett recordó que en el momento de preguntarle por el Dark Face, había mostrado la misma expresión derrotada. La evidencia le cortó la respiración y pensó trastornado que finalmente no se libraría de sufrir un infarto ese día.

Estaba en lo cierto. Y sin esperar su respuesta, dijo con voz apagada: —No te molestes en negarlo. Tu cara te ha delatado. Es cierto, estás embarazada.

Rhett inspiró hondo y lanzó la segunda pregunta: —¿Desde cuándo lo sabes? —Ante su silencio prolongado, levantó la voz, alterado—. ¿Desde cuándo?

—¡No me grites! —lo amonestó con la cara desencajada—. Es cierto, estoy embarazada. Lo sé desde hace más de una semana. ¡¿Contento?! —preguntó, lanzándole destellos afilados con su mirada.

—Así que estás embarazada y lo sabes desde hace más de una semana —repitió él, con voz suave y sosegada—. ¿Y por qué yo me acabo de enterar ahora?

Se tomó la copa de un trago y se levantó agitado. Dio varios pasos sin rumbo por el salón, después se giró hacia ella, lanzándole a su vez chispas enojadas.

—Eres una malcriada fría, insensible y egoísta. Muy típica de tu clase.

—¿Eso crees? —Laura saltó como un resorte de su sillón mirándolo enojada—. Pues siéntate y ponte cómodo. Tengo muchas ganas de decirte cómo me ha ido las veces que te lo quise contar. Y, de paso, vamos a ver cómo encajamos a tu amante en todo este puzle.

Consultó su reloj y añadió con cierta ironía: —Si nos diésemos prisa, podríamos llegar a la fiesta de cumpleaños de tu madre y, entre todos, encontraríamos el lugar de cada una en tu vida. Yo, por el momento, soy la mujer oficial, embarazada, que ha recibido la demanda de divorcio esta misma mañana. ¡Cabrón! —lo insultó mega satisfecha.

Capítulo 56

Rhett encajó la palabra «cabrón» sin protestar. Ella aprovechó su pequeña victoria y descargó contra él toda la ira acumulada.

—No te atrevas a pedirme cuentas cuando bien sabes que estás jugando a dos bandas. Sé lo de Mara, el gran amor de tu vida, bien plantada en tu piso. ¡Cabrón! —espetó, encendida.

En respuesta a sus insultos, él le atrapó las manos entre las suyas e hizo un intento de tranquilizarla. Laura retrocedió un paso y liberó sus manos con gesto alterado.

—No estoy jugando a dos bandos, relájate, por favor. Te daré todas las explicaciones del mundo, pero cálmate. Las cosas no son así como tú crees.

—De acuerdo —accedió ella, a regañadientes—. Me calmaré por el bien del niño, pero que conste que eres un carbón. ¿Te lo había dicho ya?

—Unas tres veces, por lo menos —le aclaró suspirando resignado—. Me ha quedado claro como el agua, soy un cabrón. No hay necesidad de que lo repitas más.

—¡Bien! —declaró satisfecha. La ira fue desapareciendo de forma paulatina y pronto el gusanito de la cólera quedó apaciguado—. Me enteré del embarazo en el hospital. Minerva me lo soltó así, de repente. —El gesto de su cara se suavizó y su mirada adquirió calidez—. La pobre lo pasó fatal, pensaba que lo sabía. Estoy de unas tres o, como mucho, cuatro semanas, sospecho que he quedado encinta en Roma.

Un brillo luminoso encendió la mirada de Rhett. Le rozó el vientre con suavidad y le pidió en un susurro: —Déjame que disfrute de este precioso instante. Nunca he pensado tener niños y, al escucharte hablar con tanta

naturalidad de ello, me hace sentir tremendamente eufórico. —Se levantó precipitado, acudió al bar y llenó de nuevo su copa. Tomó un sorbo y regresó a su sitio. De repente, una sombra de preocupación cruzó su rostro—. ¿Cómo te lo has tomado tú?

—Pues... en un primer momento, sorprendida. Conoces mejor que nadie... mi situación, hace un par de meses era virgen y ahora estoy embarazada —admitió Laura con franqueza—. No te negaré que me encuentro un poco... abrumada. Pero a pesar de toda nuestra situación, desde el minuto uno, sentí felicidad. Mi instinto me dice que será una niña —añadió, con voz dulce y tono suave.

—¿No es muy pronto para saberse?

—No se sabe todavía, es solo un presentimiento. Será una niña preciosa.

—Será una niña preciosa —repitió con ojos vidriosos. Sintió que un fuerte oleaje arrasaba su mundo interior. Un sentimiento de amor, desconocido hasta ese momento, se apoderó de todo su ser. Se sentó aturdido en la silla para aplacar los sonidos de su agitado corazón.

Laura se inclinó y le cubrió su mano con la suya, al tiempo que le sonreía comprensiva. Intuía que él necesitaba asimilar el hecho de que iba a convertirse en padre, así como lo había necesitado ella nada más enterarse.

—No quise contártelo en el hospital, decidí que era algo demasiado especial —continuó en el mismo tono sosegado—. El día que me dieron el alta, acudí a tu casa para pedirte perdón por la noche del restaurante y rogarte que regresases a casa conmigo. —El tono de su voz se tensó y arrugó el entrecejo—. Me llevé una tremenda sorpresa, puesto que una chica preciosa me abrió la puerta de tu ático. Y tú no sabías qué nombre ponerle. El resto ya te lo puedes imaginar.

Rhett se tapó la cara con las manos, al tiempo que el gusano de la culpa lo reconcomía por dentro.

—Mara vino a verme aquella tarde al despacho. Hace tiempo estuve muy enamorado de ella. No voy a ocultarte la alteración que sentí al verla, fue

alguien muy importante en mi vida. La invité a casa para hablar, no quería ir a un restaurante donde podría encontrarme con algún conocido. Pero no hay nada entre ella y yo, te lo prometo. Mara es mi pasado, el ayer; tú eres mi presente, el ahora.

Un largo instante, sus miradas se sostuvieron. Laura desvió el foco de su atención en un intento de frenar los sentimientos contradictorios que afloraron dentro de ella.

—No sé, no creo que pueda volver a confiar en ti —se sinceró al borde de las lágrimas—. Cualquiera cosa que digas, a partir de ahora, me hará dudar. Eres un hombre justo y responsable, de eso no tengo dudas, es muy probable que me elijas por el niño.

Finalmente, las hormonas le ganaron la partida y estalló en llanto. Se fue derecha a sus brazos y él la abrazó fuertemente. Le acarició el pelo con suavidad y le calmó el llanto. Se acurrucó en su pecho y permanecieron abrazados hasta que se tranquilizó y le pidió entre suspiros: —No te quedes conmigo si amas a Mara. Pase lo que pase, la niña será de los dos, te lo prometo. Siempre fuiste bueno y generoso conmigo, te lo debo.

La serpiente interna de Rhett despertó de golpe. Sus movimientos rápidos le provocaron dolor. Una presión enorme se asentó en su pecho al imaginarse la vida sin ella. Le rozó la frente con delicadeza y depositó un beso cálido sobre sus ojos humedecidos por el llanto. Le acarició la mejilla y selló sus labios succulentos. Ella no protestó, y el sabor dulce de la reconciliación se juntó con la pasión retenida. El beso fue intenso y, a la vez, suave, pasional y, al mismo tiempo, tierno. El noveno duque de Hills le sujetó la barbilla y se ahogó en las lagunas celestes de ella: —No tengo nada que pensar, Laura. Tú eres la mujer que amo. Hemos sido víctimas de un cúmulo de malas circunstancias y empiezo a sospechar que no fueron simples casualidades. —Le levantó la mano y la depositó sobre su propio corazón—. Escúchalo, desde nuestra primera noche en Dark Face está perdidamente enamorado de ti. Y yo, Rhett Mendoza, estoy temblando cuando te beso y me derrito cuando

estoy dentro de ti.

De los labios de Laura salió un suspiro de placer, al tiempo que un gran peso liberaba su corazón.

—Si esto es lo que quiere tu corazón, entonces regresa a casa conmigo. Con nosotras.

La cara de su marido se iluminó, esperanzada. Inclino la cabeza y la besó. Muy cerca de sus labios puso sus primeras condiciones: —Si quieres que regrese, tienes que estar segura de tus sentimientos. No puedo llenar mi corazón con más amor, ni darte más, sin recibir nada a cambio.

Ella asintió, señal de que comprendía su tormento y sus dudas. Había llegado la hora de vaciar su alma y contarle toda la verdad relacionada con sus sentimientos.

—Empecé a sentirme atraída por ti en el momento que acariciaste mi muñeca en Dark Face. No quería reconocerlo ni delante de mi propia conciencia, porque me parecía absurdo sentir atracción por un desconocido, sin embargo, he recordado muchas veces esa noche. La recordaré siempre. Después, todo ocurrió muy deprisa y desperté un buen día casada contigo. Tú me mimabas y me dabas amor, y yo me limité a disfrutar de ello, sin importarme tus sentimientos. En nuestra noche de bodas, decidí que un acercamiento íntimo entre nosotros sería arriesgado. Si no funcionaba, peligraba nuestra unión comercial. Y ambos nos necesitábamos; yo, para sacar mis empresas a flote y tú, para hacerte un hueco en la sociedad. No contaba con el hecho de enamorarme de ti, no sé cómo ni cuándo sucedió. Lo comprendí todo en el momento que te perdí.

La serpiente interna de Rhett dio un brinco importante, pero, en esa ocasión, de felicidad. Posó las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos con el corazón acelerado.

—Tú, Laura Elisabeth Hills Mendoza, ¡estás enamorada de mí! ¡Lo quiero por escrito! —le pidió, al tiempo que una gran sonrisa iluminaba su rostro.

Ella se echó a reír y asintió sonriente.

—Lo tendrás por escrito.

El ansiado abrazo de la reconciliación les mantuvo unidos un par de minutos. Cuando se separaron, en la frente de Laura, se habían formado unas pequeñas arugas.

—¿Y qué pasa con Mara? —preguntó con el corazón encogido.

Rhett decidió disipar las nubes que todavía tapaban una parte de la felicidad recién alcanzada. Pensó que sus hermosos ojos no podían estar cubiertos por dudas.

—Mara está sola en Londres, la ayudaré en todo lo que pueda, esto tienes que entenderlo. Yo soy así, tú me conoces; me necesita, no le daré la espalda.

—¡Es necesario que le des la espalda! —exclamó algo alterada—. De lo contrario, cada vez que escuche su nombre, estaré intranquila. No la quiero entre nosotros. Deja de ser bueno por una vez en tu vida.

—La ayudaré a integrarse, por lo menos al principio. No puedo dejarla sola. Vive en mi piso de estudiante y le ofrecí trabajo. Le diré que hemos vuelto y que esperamos un hijo. Seguirá su camino, pronto será independiente y nos olvidaremos de ella. Te lo prometo.

—No me gusta que esté cerca de ti. —Apoyándose en él posó la cabeza en su hombro—. No me gusta nada de nada.

Capítulo 57

Rhett experimentó una inmensa ola de felicidad al volver a Hills House. Una vez que solucionaron sus desavenencias, se dejaron atrapar por unas más que merecidas paz y serenidad. En los acontecimientos de los últimos días quedaban interrogantes y cosas por desenredar, pero lo más importante se había clarificado.

Mientras Laura descansaba, tomó el mando de la cocina. Las empleadas de la casa en esa ocasión no protestaron y lo dejaron mezclar los ingredientes y llenar la cocina de olores deliciosos. Cuando terminó de preparar la cena, Marta apareció y lo ayudó a limpiar.

—Usted trae alegría a esta casa, señor Rhett. —Le sonrió mientras sacaba los platos para poner la mesa.

—Llámame Rhett —le pidió, guiñándole el ojo al tiempo que pinchaba la corteza del solomillo para ver si estaba crujiente—. A mí, la etiqueta no me va.

—Me sentiré más cómoda llamándolo señor —se excusó la empleada—. Es mejor, créame. Esta gente se escandaliza por cualquier tontería. La señora es joven y liberal, pero no olvide que nació de esta manera y creció con estas normas.

—Perfecto, Marta, como prefieras. Gracias por alegrarte por mi regreso. ¿Alguna novedad en mi ausencia?

—No sé qué pasó entre usted y la señora, pero desde que ha vuelto del hospital, no para de llorar —confesó apenada—. Está muy sola, se comporta de una forma extraña y con nosotras apenas habla. —Se quedó pensativa un instante y añadió—: Por cierto, hoy la visitó su hermano.

—¿Daniel estuvo aquí? —preguntó atónito—. ¿Cuándo?

—Justo antes de la hora de comer. No sé de qué hablaron, pero a la señora la afectó mucho el encuentro; no quiso comer y se encerró en su cuarto hasta que apareció usted. Estuvo llorando.

—¡Qué bien huele aquí! —Laura hizo acto de presencia en la cocina, se acercó a su marido y le dio un beso fugaz en los labios—. Hmm, me muero de hambre, déjame que lo pruebe. Es un antojo —aclaró con cara seria.

—¡Tendrás morro! —la riñó de forma cariñosa, mientras le acercaba la cuchara a la boca.

Mientras ella probaba la salsa, Rhett centró su atención en Marta: —Llama a tus compañeras, por favor, necesitamos comunicarnos algo.

Momentos después, las tres empleadas entraron en la cocina, expectantes. El noveno duque de Hills descorchó una botella de champán y llenó cinco vasos. Laura fue la primera en hablar.

—Como podéis ver, el señor Rhett ha vuelto a casa. —Las tres empleadas sonrieron y se alegraron sinceramente por su regreso. Un jefe tan agradable y poco estirado como él no se encontraba con facilidad.

—Laura y yo queremos darles una buena noticia. Pronto, un nuevo miembro de la familia vivirá aquí. Y necesitaremos vuestra ayuda. —Ofreció a cada una de las chicas una copa de champán y añadió entusiasmado—: Vamos a tener un hijo.

Para celebrarlo, Rhett invitó a las tres empleadas a cenar con ellos. Entre risas y buen humor, acabaron el solomillo en salsa de piña confitada. Marta pidió la receta y acordaron dejarlo preparar la cena un día a la semana. Después, Rhett y Laura se abrigaron y salieron al jardín para dar un paseo. Ella se paró en medio del camino y le dijo con admiración no disimulada: —Eres muy parecido a Minerva, te haces querer con mucha facilidad. Las empleadas te adoran, nunca las he visto tan relajadas. Ella es igual que tú, permisiva y agradable. En la casa de Cristian, todos se desviven por ella. En el otro bando estamos Cristian y yo. Egoístas, fríos y estrictos. Y nadie nos

quiere —se quejó con un mohín.

—No seas dura contigo misma —le pidió de buen humor—. Si tú conseguiste que yo te adore y Cristian se hizo con el amor de Minerva, algo bueno tendrás. ¿No sabes qué los polos opuestos se atraen?

—¡Oh, Dios! —Rio ella de buena gana—. Lo piensas de verdad, ¿entonces? Dime que no soy tan egocéntrica como Cristian. Dímelo, por favor, porque detesto sus modales.

—Querida duquesita —declaró su marido con solemnidad, besándole la nariz en gesto cariñoso—, Cristian a tu lado es un niño pequeño. Eres... mucho peor que él. —Dicho eso, salió corriendo.

Ella alargó los pasos y corrió detrás de él. Cuando lo alcanzó, fingió darle un golpe entre las costillas. El soltó una sonora carcajada y la abrazó con cariño.

—Tú eres la mujer más maravillosa del mundo —la contentó entre risas y besos—. Tal vez te falte humildad y te sobre egoísmo, pero conmigo a tu lado mejorarás bastante. O eso espero.

Reanudaron la marcha, asimilando cada uno las emociones que no paraban de sorprenderlos. En medio de la paz recién alcanzada, llegó la imagen de Daniel. Rhett se paró en el camino y le preguntó con voz grave: —¿Mi hermano ha estado aquí esta mañana?

—Ya veo para qué sirve tener a las empleadas contentas. Sí, vino esta mañana. Fue bastante desagradable, me dio la impresión de que disfrutaba verme sufrir. Me contó quién era Mara, me dijo que le pusiste un piso y trabajo en bandeja y... que era el amor de tu vida.

—Dios, mañana lo mataré —explotó lleno de rabia—. Ese niño me va a oír. Además, sospecho que tiene algo que ver con la llegada de Mara. Si es así, armaré un escándalo muy grande.

—Vi un gesto suyo que no me gustó nada. —Laura se sacudió, para ahuyentar un mal presentimiento—. Como si nos odiara a los dos.

—Es un irresponsable y quiere ser el rey del mundo sin ningún esfuerzo.

Lleva un tiempo protestando porque quiere más cargo en la empresa, más porcentaje de ganancias, pero hasta que yo no lo vea responsable, no pienso complacerlo.

—Me dijo que hoy harías pública nuestra separación. —Su voz se quebró—. Que llevarías a Mara a casa de tus padres.

El rostro sereno de Rhett se oscureció y sus pupilas se dilataron de pura rabia. Apretó las mandíbulas hasta que las escuchó crujir y deseó de todo corazón que llegase el día siguiente para pedir cuentas a su hermano.

Capítulo 58

Es bonito soñar. Es hermoso ver tus sueños cumplidos. Es duro perder la ilusión, pero doblemente sublime volver a encontrarla. Si en alguna ocasión has tocado el cielo y te has visto empujado hacia la oscuridad, has de ser paciente, nada es para siempre, ni siquiera el más opaco silencio.

Rhett se encontraba suspendido en el limbo que delimitaba la realidad de los sueños. No sabía si la dulce sensación que le atravesaba el alma era real o solo un espejismo. Decidió permanecer medio dormido un poco más y disfrutar de aquello. Entonces, notó cómo una piel sedosa envolvía su torso desnudo y le infundía calor. Si algo podía superar los sueños cumplidos era el calor humano. Piel sobre piel, cuerpo con cuerpo, perdiéndose el límite de dónde empieza uno y se termina el otro.

Sonrió satisfecho, abrió los ojos y encontró, a unos centímetros de su cara, un rostro luminoso todavía dormido. Con la yema de los dedos, acarició con suavidad la mejilla de su mujer y descendió despacio hacia su cuello. Ella exhaló un suspiro, pero no se despertó. La mano de Rhett se deslizó por debajo del borde de su camiseta, buscando su piel desnuda. Ante esa caricia, su cuerpo se tensó y empezó a dar señales de vida. Sus párpados se movieron con lentitud, abriéndose hacia un nuevo día. Y mirándose en silencio, los dos supieron que iba a ser un buen día.

—Buenos días, mi pequeña duquesa —murmulló con voz adormilada, atrayéndola hacia él con cariño.

Ella arqueó su cuello y depositó un beso breve en los labios de él. Se acurrucó entre sus brazos, acomodando la cabeza en el hueco de su pecho. Su cabello dorado se esparció sobre su torso desnudo, mientras su mirada azul

contemplaba con amor los ojos de su marido.

—Buenos días, noveno duque de Hills. Estoy feliz por despertar en tus brazos.

Él curvó los labios en una sonrisa complacida. Le rodeó la cara con las manos y se fundieron en un beso apasionado y dulce. Los labios firmes de Rhett aprisionaron su boca. Sus cuerpos se arquearon y se entrelazaron, moldeándose uno bajo la forma de otro. Después, liberó su boca y recorrió la delicada línea de su cuello hasta llegar a sus pechos. Se deleitó con uno, lamiéndolo despacio, y disfrutó al escuchar salir de su boca un jadeo intenso. Pegó un pequeño mordisco y abandonó el pecho izquierdo para centrar su atención en el derecho.

Después, se acomodó sobre ella, apartándole los muslos con delicadeza. Las manos le temblaban y su corazón retumbaba con fuerza dentro de su pecho al ver que ella se abandonaba por completo en sus brazos. Laura le rodeó los hombros y arqueó su espalda, al tiempo que su melena dorada le acariciaba la piel. Rhett enredó los dedos en sus mechones, al mismo tiempo que se deslizaba dentro de ella, sintiendo el tacto sedoso de su pelo y el calor húmedo que le invadía el cuerpo y el alma.

Empezó a moverse sobre ella, acoplándola a él y penetrándola más hondo con cada embestida. La unión culminó con un intenso orgasmo que hizo que los dos hicieran explosión extasiados. Después, llegó la paz y, con ella, el sosiego. Los cuerpos quedaron inertes, relajados, pero todavía abrazados. Rhett cambió de postura y acomodó el cuerpo de ella sobre el suyo. Laura dejó descansar su mejilla sonrojada sobre su torso desnudo, al tiempo que él recobraba la plenitud de sus sentidos y enredaba sus dedos en los sedosos mechones de su cabello. Se sintió asustado ante las fuertes emociones que ella despertaba dentro de lo más profundo de su ser. ¿Cómo era posible desecharla de nuevo, a tan solo segundos de haber estado dentro de ella?

Mientras hacían el amor, Laura había temblado y disfrutado en sus brazos. Rhett sabía que ella también lo deseaba, que su cuerpo ya le pertenecía.

Ella se percató de su pequeña tormenta interior. Cambiando su posición corporal, aguantó su cabeza sobre su codo: —Pareces alterado. Como si no estuvieras del todo feliz.

—¡Estoy feliz! —murmulló mientras tiraba de su cintura y se abrazaba a su cuerpo con afecto—. Me has faltado tanto que mi pobre corazón no se consigue ponerse al día.

Complacida, Laura se desperezó con languidez:

—Acabo de experimentar un abandono total de mí misma, me siento viva gracias a ti.

Aquella espontánea declaración liberó las dudas y ahuyentó los demonios de su cabeza. Laura era suya. En cuerpo y alma. La mujer que amaba con locura lo amaba a él. A continuación, ella le tomó la mano y la colocó sobre su vientre desnudo.

—Saluda a tu hija. Es el primer día que despertamos los tres juntos.

La piel de su vientre era suave y caliente. Rhett la acarició, arropándola casi por completo.

—¡Hola, pequeña! —Un nudo grande se clavó en su garganta y su voz tembló por la emoción—. Soy tu papá.

Sonrieron los dos y una manta de felicidad absoluta se ciñó sobre ellos.

Más tarde, abandonaron la cama con pesar y entraron juntos en la ducha. El cuarto de baño era inmenso y poco acogedor. Los radiadores viejos no conseguían calentar las paredes, por lo que esperaron con ansia el chorro de agua caliente. Cuando el líquido humeante cayó sobre sus cuerpos desnudos, aplaudieron contentos. Entre risas, enjabonaron sus cuerpos resbaladizos; ella protestó porque el gel estaba demasiado frío. Rhett apuntó el grifo hacia ella, al tiempo que su cuerpo envuelto en espuma tiritaba. La ducha no fue del todo agradable, pero consiguió animarlos. De buen humor, regresaron al dormitorio envueltos en gruesas toallas.

—En mi ático, la calefacción va por debajo del parqué, se puede regular desde un mando y tiene varias modalidades de temperatura. Imagínate pisar un

suelo caliente. En pleno enero —presumió orgulloso.

—¿Qué pasa, te has cansado de ser duque? —Rio de buen humor al tiempo que mostraba una mueca contrariada—. Por esta razón, los nobles parecemos tan estirados, por el frío que pasamos en estas mansiones antiguas.

—Laura, con tu embarazo iremos a vivir a Londres —concluyó decidido—. Imagínate, ante cualquier emergencia, aquí estamos a media hora en coche del hospital.

—Tu ático no me gusta mucho —resopló resentida al acordarse de su última visita—. Me trae algunos recuerdos que preferiría olvidar, la verdad. Me gusta Hills House, es una propiedad que tiene alma, podemos ser muy felices aquí. Solo hacen falta unos pequeños arreglos.

Rhett decidió aplazar la discusión que parecía asomarse para romper la felicidad recién alcanzada.

—Bueno, no tenemos por qué decidirlo hoy. —Mientras consultaba su reloj, añadió—. Vamos a desayunar, son las nueve y quiero llegar temprano a la oficina. Tengo muchas cosas que solucionar.

—No quiero más problemas, no te enfrentes a Daniel. Estamos juntos y es lo único que importa. Además, me ha servido de lección, ya sé a qué atenerme a partir de ahora.

—No te preocupes por nada. En un par de horas estaré de vuelta.

Capítulo 59

Rhett se vistió con un traje oscuro, dejando protagonismo a su corbata color ceniza con rombos plateados. Querría ofrecer una imagen respetable, imponente y sabía que aquella vestimenta lo ayudaría a enfrentar a sus desprevenidos enemigos.

Nada más llegar a su despacho, reclamó una reunión urgente con Lynn. Minutos después de convocarla, hizo su aparición en su despacho sonriendo despreocupada.

—Pasa, Lynn, por favor —la invitó con fingida amabilidad y, tras ver su expresión complacida, supo que la tenía totalmente expuesta.

La directora financiera tomó asiento, calculando sus movimientos con precisión. Cruzando las piernas, dejó asomarse los muslos por debajo de su apretada falda. Tensó los hombros y puso en evidencia sus pesados pechos, que se dejaban entrever a través de los botones desabrochados de su camisa. Ver toda aquella carne expuesta de manera tan evidente le produjo repulsa a Rhett.

—Ahora, quiero que me cuentes por qué ocultaste el viaje de Daniel a México. —La voz de su jefe sonó sorprendentemente tranquila. Disfrutó de ver cómo su cara se encendía y en su mirada lasciva aparecía un atisbo de miedo. No se consideraba vengativo, pero tenía que hacer pagar a los que habían traicionado su confianza.

—Daniel no ha viajado a México. Acuérdate de que dejé un informe sobre tu escritorio —se defendió con vehemencia.

—¿Seguro? —preguntó Rhett, levantando una ceja.

—¡Seguro! —afirmó, con un ligero temblor en la voz.

Rhett la fijó con su mirada penetrante un par de segundos, sin pestañear. Después, descolgó el teléfono y, sin dejar de mirarla, marcó la extensión de su secretaria.

—Dile al contable encargado de revisar las cuentas mensuales que me traiga el extracto de todos los gastos de este mes. Estoy reunido con la señorita Hecht, es urgente.

Mientras reclama la presencia del contable, la observó moverse inquieta en la silla. Intentaba taparse sin éxito los muslos desnudos y rebajó la tensión de los hombros, en un intento patético de esconder la carne que, minutos antes, había expuesto con tanto descaro.

—Rhett, me incomoda pasar por esta situación. Me dejarás en evidencia delante del contable —se lamentó afectada, en un intento de evitar aquel enfrentamiento.

—¿Algo que temer?

—¡No, claro que no! —exclamó abatida al comprender que no podía eludir enfrentarse a la tormenta que le vendría encima con toda probabilidad.

Los siguientes minutos pasaron con lentitud. Lynn no se atrevió a sacar ningún otro tema de discusión y su jefe se comportaba como si no estuviera presente. El denso silencio fue interrumpido por unos golpes suaves en la puerta.

Lynn observó cómo el contable le entregaba a su jefe dos folios y se retiraba tan silencioso como había llegado. Rhett tomó un lápiz y repasó con tranquilidad la información que contenía esos folios. Cuando llegó a la parte central del primero, subrayó unos datos con gesto relajado. Dejó el primer folio apartado y comenzó a revisar el segundo. Subrayó dos líneas, después dejó el lápiz con cuidado sobre la mesa y se dirigió a la directora financiera con gesto amistoso.

—Mira, Lynn, aquí está la información que estoy buscando. Consta un pago de tres mil trescientas libras a la agencia Trastour. Detalle: viaje a Ciudad de México, 19 de enero de 2016. Clase Bussines, directivo Grupo Mendoza.

Nombre: Daniel Mendoza.

A Lynn no le hizo falta comprobar aquellos datos, sabía de primera mano que eran ciertos. Bajó la vista y apretó los labios en señal de arrepentimiento. No ofreció ninguna explicación. Se quedó callada y vencida.

—Y esto no es todo, hay más. La misma agencia de viajes nos cobra siete mil ciento cincuenta libras por un viaje desde Acapulco a Londres. Dos personas: Daniel Mendoza y Mara Colunga. —Su rostro palideció indignado. Sospechar no era lo mismo que enfrentarse a la realidad. Y su realidad se presentaba muy cruda. Lynn le había mentado. Daniel le había mentado. ¿Pero Mara? ¿Qué mundo era aquel?

Decidió aplazar su enfado en contra de Mara y Daniel, y centró la atención en Lynn. Con gesto severo, estalló: —Me has mentado. Puedo entender que no hayas detectado el viaje hacia Ciudad de México, de verdad, te doy el beneficio de la duda. Cualquiera puede cometer un error. Pero no me creo que hayas descuidado un pago de más de siete mil libras. Tienes una última oportunidad para explicarme por qué me has mentado. Si detecto una mínima falsedad u omisión, estás despedida.

—Rhett, no puedes despedirme por esto —refunfuñó indignada—. Yo no...

—Puedo y lo haré —cimentó su decisión con aspereza—. Te acabo de ofrecer una oportunidad, no la malgastes.

Ella sopesó una respuesta permaneciendo callada. Acercando la silla a la mesa, escondió sus piernas debajo de esta y cruzó los brazos alrededor de su pecho, en un intento de taparse.

—No supe del viaje a México hasta que Daniel regresó. Me pidió ocultarlo, dijo que era por tu bien. —Lynn se pasó la mano por el pelo, afectada—. Me contó que tu esposa te estaba haciendo la vida imposible y por eso... necesitabas a Mara.

—¿Y cuál fue tu ganancia? —preguntó él, en tono discrepante—. Puede que seas mentirosa, pero tonta, no. Si arriesgaste tu carrera, supongo que no fue gratuito. Me cuesta creer que mi felicidad te importe tanto.

—Lo hice por ti —afirmó sin titubear—. Hace mucho que estoy ilusionada contigo y me dio mucho coraje tu repentina tu boda. Cuando Daniel me dijo que tu matrimonio hacía aguas, decidí ayudar a que se rompiera. Lo siento.

—¿Aceptando competencia? —Rhett levantó la vista hacia ella, incrédulo—. Perdona, pero no me lo creo.

—Lo de la chica... fue idea de Daniel, no tuve más remedio que ayudarlo. Empezamos a planificar tu separación un tiempo atrás. La escena del restaurante fue planeada por ambos. No fue una casualidad que los cuatro estuviésemos ahí al mismo tiempo. —Lynn clavó la vista en el suelo, avergonzada.

La sorpresa hizo que la barbilla de Rhett se cayera hacia abajo y que sus labios se despegasen un poco por la sorpresa. Sopesó la información recibida, pasmado. Pensaba que tenía la situación controlada y resultaba que pisaba arenas movedizas. Su propio hermano y la directora financiera de su Grupo ¡habían planeado en la sombra separarlo de su mujer!

—Pasé una de las peores noches de mi vida ¿por vuestra culpa? —preguntó incrédulo.

Lynn se levantó de la silla y caminó en dirección hacia la puerta sin mirarlo. Antes de salir, giró la cabeza: —Hay algo más, pero en esto yo no tuve nada que ver. De verdad.

—¿Algo más? —Rhett se levantó de la silla, agitado.

—La policía investigó Dark Face esa noche porque Daniel hizo una llamada para denunciar la entrada de una menor en el local. Quería tenerte ocupado para que no te reconciliaras con Laura. O, por lo menos, eso dijo.

Y en ese momento, Rhett pensó que vivir entre víboras no era peligroso, lo peligroso era vivir entre ellas sin saberlo.

Con todas sus buenas intenciones, supo que, a partir de ese momento, no podía seguir confiando los números de su empresa a una mentirosa que había conspirado a sus espaldas. Tenía que despedirla. Y, después, se encargaría de darle su merecido a Daniel.

Capítulo 60

Lynn regresó a su despacho con paso titubeante. Las mismas baldosas que había pisado todos los días con firmeza le parecieron en ese momento resbaladizas. En su camino, se paró delante del cubículo acristalado de su secretaria.

La señora Drew pulsaba con celeridad el teclado de su ordenador. En su mesa, apilados se encontraban varios tochos de expedientes. Era una mujer entrada en los cincuenta, muy formal y eficiente, a la que Lynn había maltratado, acosándola y menospreciando su trabajo. Sintió un fuerte impulso de hablar con ella y decidió entrar.

La señora Drew levantó la vista de la pantalla del ordenador, sorprendida de encontrar a su jefa a tan solo unos pasos de ella. Las gafas se adelantaron sobre su nariz gruesa, a punto de resbalarse.

—Señorita Lynn —dijo precipitada—. ¿Necesita algo?

—Quiero que sepas que... eres una secretaria muy eficiente. He sido muy afortunada por contar contigo.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos y un atisbo de miedo se reflejó en su rostro.

—¿Piensa despedirme? —preguntó con voz entrecortada—. Por favor, no lo haga —suplicó.

—No, tranquila —la calmó Lynn, mientras se disponía a salir—. Solo quería que lo supieras.

Su siguiente parada fue el cuarto de baño. Se paró delante de un espejo y analizó con ojo crítico su aspecto. Parecía haber ganado diez años en un segundo, su piel lucía apagada y su aspecto general, desmejorado. Se abrochó

con rabia los botones de su camisa, juntándose los pechos con brusquedad. Abrió el grifo y llenándose las palmas con agua fría la arrojó sobre su rostro. Se secó con una servilleta de papel, enderezó su falda y salió de nuevo al pasillo. Cuando llegó a su despacho, cerró la puerta y corrió las persianas que custodiaban su ventanal. Al sentirse segura, se permitió pensar en lo que acababa de ocurrir y en las consecuencias. A sus recién cumplidos treinta años ostentaba el cargo de directora financiera de uno de los grupos más importantes del mundo.

¿Por qué no supo apreciarlo? La rabia se apoderó de ella y un nudo inmenso oprimió su garganta. No pensaba llorar, ella era una mujer fuerte que enfrentaría sus actos con valentía.

Y mientras se insuflaba aquellas palabras de ánimo, sintió resbalarse por su rostro unas gotas ardientes. El timbre de su teléfono la sacó de su pesadilla personal. Agarró el auricular y cuando escuchó en la línea al jefe de Recursos Humanos, se desmoronó. ¿Eso era todo? Había dado cinco largos años de su vida por esa empresa. Había mirado siempre por el beneficio de la empresa y de él. No, no se atreverían a despedirla.

Quizá le impondrían una leve sanción, se animó, mientras se dirigía hacia el despacho del jefe de Recursos Humanos. Mientras caminaba por los pasillos, observó en su campo visual los mismos despachos y la misma vista panorámica de siempre. Los mismos trabajadores, las mismas caras y las mismas miradas. ¿Por qué le parecía verlo todo por primera vez?

Entró sin tocar, conservando una pizca de su altanería de siempre. El jefe de Recursos Humanos la recibió sobrecogido, casi asustado. La invitó sentarse y el resto de la conversación transcurrió de forma irreal. Lynn escuchaba, miraba, pero no comprendía. En todo momento parecía que aquello le ocurría a una persona diferente. No a ella. Le llegaban a su cerebro frases sueltas de tipo: falta grave, despido procedente, recoger su finiquito y la liquidez, abandonar su despacho y dejar sus tarjetas identificativas. Abandonar lo antes posible el Grupo Mendoza.

Dejó el despacho de Recursos Humanos y se dirigió de nuevo hacia el suyo. Mientras lo hacía su mente se elucidó y sacó en claro un resumen de lo que había sucedido: Lynn Hecht, la directora financiera del grupo Mendoza, acababa de ser despedida.

Capítulo 61

Rhett permaneció en su despacho reflexionando sobre si había hecho lo correcto al despedir a Lynn. Su parte racional tenía dudas, pero su parte sentimental estaba eufórica: no quería verla en su empresa ni un minuto más, además de no poder confiar en una persona que había conspirado en su contra. Una víbora menos, pensó con amargura.

Subió la persiana metálica de su despacho y observó cómo deambulaba por los pasillos con la mirada perdida. Portaba en la mano los papeles de su despido y una caja pequeña con sus pertenencias personales. Llevaba cinco años trabajando en la empresa, pero su despido no fue sentido por nadie. Los trabajadores la miraban impasibles y seguían con sus quehaceres. Nadie la consoló ni le deseó buena suerte. Y en ese instante, él comprendió qué Lynn había sido una mala compañera y una jefa pésima.

Las puertas del Grupo se abrieron y dejaron paso a una derrotada Lynn, que salió sola, cabizbaja. Giró sobre sus tacones y miró hacia atrás, como si hubiese esperado un milagro. El ansiado milagro no llegó y las puertas de la empresa se cerraron a sus espaldas y la dejaron fuera.

Rhett no era rencoroso, pero, ante la imagen derrotada de Lynn, sintió algo de satisfacción. Había empezado por lo fácil, eliminando a la víbora más débil. Ahora tocaba enfrentarse a su hermano. Inspiró profundamente, se alisó el traje y acudió a su despacho.

Entró sin tocar y lo encontró sentado de manera despreocupada en su sillón. Mantenía una conversación telefónica y reía con ganas. El pelo rubio claro que custodiaba un rostro angelical y los rasgos parecidos a su madre hicieron a Rhett dudar. Lynn había tenido su parte de culpa, pero su

implicación, al menos, tenía una explicación, un motivo, puesto que habían mantenido relaciones íntimas en algunas ocasiones. ¿Qué motivaciones podría tener Daniel para querer hundir la vida de su hermano mayor?

Daniel contempló sorprendido el semblante dolido de su hermano. Dejó de sonreír y cortó la conversación que estaba manteniendo. Rhett sintió el impulso de partirle la cara en ese mismo instante, pero se contuvo. Se sentó en el sillón situado en frente de su hermano. Y esperó. Ahora que sabía quién era Daniel, quería verlo actuar. Había sospechado siempre celos por su parte, pero no les había dado importancia. ¿En qué familia no existían problemas entre hermanos?

Daniel fue el primero en hablar.

—Rhett, no tienes muy buena cara. Últimamente, es tu cara habitual. —Su boca bien dibujada se curvó hacia arriba y formó un rictus zalamero.

Fue la gota de colmó el vaso. Todas las buenas intenciones de Rhett, desaparecieron tras verlo reírse de él en plena cara. Se levantó de su silla con celeridad y se abalanzó sobre su hermano. Levantó el puño en alto, apretando los dedos en actitud luchadora. Daniel no tuvo tiempo para reaccionar debido a que el gesto amenazante lo había tomado por sorpresa. En cuestión de segundos, el puño de Rhett golpeó con fuerza el pómulo izquierdo de su hermano. La cara de este se vio propulsada hacia atrás y, por la fuerza recibida, su cuerpo se quedó encastrado en el sillón. Chilló como un niño, tocándose el rostro golpeado. Sus ojos echaban chispas y lanzaban interrogantes.

—Esto es por la noche del restaurante. —Rhett le sació la curiosidad que encontró en su mirada. Se abalanzó de nuevo hacia el sillón y le propinó otro puñetazo en la mandíbula. En esa ocasión, Daniel chilló muy fuerte y, al acercarse la mano a los labios, sus dedos se impregnaron de sangre.

—¡Socorro, que alguien me ayude! —gritó, mientras la sangre se le escurría por la barbilla.

—Esto es por Dark Face.

A continuación, lo agarró por los hombros y lo levantó en alto. Divisó en los ojos de Daniel miedo y odio. Lo zarandeó con fuerza y después lo dejó caer al suelo con brusquedad. En esa ocasión, Daniel lanzó un chillido agudo, por lo que en la oficina entraron tres empleados que apresaron a Rhett por los hombros, y lo separaron de su hermano. Daniel se retorció de dolor en el suelo y su camisa de marca, blanca impoluta, estaba manchada de sangre. Los empleados lo ayudaron a sentarse en el sillón y lo acomodaron.

—Esto ha sido por Mara, querido hermano —gritó Rhett, mientras forcejeaba con los empleados e intentaba soltarse—. Es la última vez que te llamaré de esta manera. A partir de ahora, dejas de ser mi hermano. Lávate la cara, tienes diez minutos para desaparecer. Si te das prisa, alcanzarás a tu compinche. La acabo de despedir. Corre, seguro que entre los dos vais a pasar por este bache de la mejor manera.

Daniel se levantó del sillón con brusquedad, emitiendo un crujido de dolor. Su angelical rostro teñido de sangre se llenó de odio.

—No puedes echarme. Soy tan dueño de esto como tú. Yo readmitiré a Lynn ahora mismo. No eres más que yo, nunca lo has sido.

— Claro que soy más que tú, ¿y sabes por qué? —Resopló afanado, empujando a los empleados que lo tenían inmovilizado—. Porque tú eres un desagradecido y un mal hermano. En cambio, yo soy una buena persona.

—Siempre me has odiado —lo increpó Daniel con los ojos chispeantes de odio—. Y con razón, la verdad. No es ningún secreto que soy el preferido de mamá. Su niño dorado. La luz de sus ojos. Para estar a mí altura, has estudiado y te has esforzado. Querías destacar en algo. —Sonrió con maldad—. Pobre Rhett, hasta tu mujer me prefirió a mí. ¿Quién sabe qué habrás tenido que hacer para tenerla?

Rhett forcejeó con los empleados y, en esa ocasión, consiguió soltarse. Se abalanzó de nuevo sobre su hermano con la intención de estrangularlo y hacerlo callar. Los empleados pidieron ayuda y, entre cinco personas, consiguieron inmovilizarlo y sacarlo del despacho.

Era indudable que el Grupo Mendoza vivía uno de sus días más excitantes. Entre el despido repentino de la directora financiera y la pelea de los jefes, los empleados no daban abasto para escribir mensajes en los móviles para informarse sobre las novedades de ese día. Hasta crearon un grupo en una red social con el nombre de «Mendoza *on fire*»

Rhett se arrepintió por el espectáculo ofrecido delante de ellos y pensó en reunir a la gente en breve para disculparse. Observó a Daniel abandonar su despacho, cabizbajo y con el rostro ensangrentado. Acudió al cuarto de baño y, unos cinco minutos después, salió con la cara lavada. Llevaba puesta una camisa nueva y una expresión de rabia dibujada en el rostro.

Rhett se encerró en su despacho y los empleados, poco a poco, se fueron tranquilizando y dejaron el grupo «Mendoza *on fire*» refrescarse. Retomaron sus tareas diarias y la tranquilidad se reinstaló de forma paulatina en la empresa.

Capítulo 62

Al día siguiente de ocurrir estos incidentes, Carlos Mendoza convocó una reunión urgente en la casa familiar. Llamó a sus dos hijos, a Laura y a Ellie. Como era de esperar, el escándalo de la oficina había llegado a sus oídos y desde entonces, su mujer, Ellie, no paraba de llorar y de lamentarse.

Daniel llegó puntual a la hora señalada. Llevaba un moratón aparatoso en el rostro y el labio inferior partido. La cara demacrada y la mirada hundida denotaban desconsuelo. Carlos sintió un leve pinchazo en el corazón al observar el aspecto lamentable de su hijo menor.

Se preguntó dolido por qué dos hermanos, en vez de protegerse el uno al otro, se estaban atacando. Sus hijos habían disfrutado de una buena educación, se habían criado entre gente de clase alta, no eran unos vulgares campesinos para entenderse con los puños. Tanto él como Ellie se habían esmerado en ofrecerles la mejor educación posible y habían tratado de tener un comportamiento ejemplar delante de ellos.

—¡Daniel! —saltó Ellie al ver su aspecto lamentable—. ¿Te ha visto un médico? —Y le rozó la herida de la cara con afecto mientras depositaba un beso cariñoso sobre ella.

—¡Rhett me ha hecho esto, mamá! —clamó con voz quebrajosa.

En ese preciso instante, entró su hijo mayor junto a su esposa.

—Sí, ahora resulta que eres la víctima —lo increpó ofuscado, mientras su mujer lo tomaba por el codo, intentando tranquilizarlo.

—¿Cómo os atrevéis a insultaros delante de vuestra madre? —tronó Carlos, lanzándoles miradas reprobatorias.

—¡Ha sido él, papá! —salió de nuevo Daniel airoso.

Tras unos momentos de tensión, se sentaron los cinco alrededor de la mesa del salón.

Rhett contó lo sucedido, empezando con la noche del restaurante, pasando por la llegada de Mara y la complicidad de Daniel con Lynn. Después, explicó el despido de la directora financiera y se dejó para el final la pelea de la oficina.

Daniel negó delante de sus padres ser el responsable de todo aquello y alegó, en su defensa, que la única culpable era Lynn, quién, por despecho, lo había inculpado.

Rhett se calentó de nuevo y estuvo a punto de volver a cruzarle la cara delante de sus padres. No podía creer que Daniel fuera también un oportunista y que, para salvarse, tirara toda la basura sobre Lynn. Laura pidió calma y, pensando en su estado, se tranquilizó.

—No quiero que vuelva a la oficina. —La voz de Rhett sonó implacable—. Primero, que termine sus estudios y después repartiremos la fortuna. Él, que se encargue de una parte del negocio, y yo, de otra. Pero desde oficinas diferentes. Desde países diferentes, si es posible. Y si emigra a otro planeta, mejor que mejor.

Carlos levantó la mano para detener los ánimos. Habló en tono cansado.

—Primero, deciros que estoy muy decepcionado con los dos. Habéis ofrecido un espectáculo deplorable en la oficina, que no tiene justificación. Ninguna. Rhett es un hombre sosegado, si ha llegado a este estado de alteración, por algo habrá sido. ¡Ándate con cuidado, Daniel!

—Pero ¿no ves qué la víctima es él? —irrumpió Ellie, dolida—. ¡Mira la cara que lleva!

—Ellie, en parte, Daniel es así por tu culpa —le gritó su marido enojado—. Deja de tener esta actitud con él. No le hace bien. ¿No lo ves?

La matriarca se quedó callada y, por primera vez en su vida, centró la atención en su hijo menor y se dio cuenta de que había crecido y se había convertido en un hombre. Y comprendió que, como todo hombre, debía de

tener virtudes y defectos.

—Daniel, a partir de mañana, regresarás a la universidad —ordenó su padre, con voz tajante—. Estudiarás los créditos que te faltan y te formarás como corresponde. Se te asignará una paga con la que tendrás que pasar el mes. Tus tarjetas serán desactivadas y no tendrás acceso a otros fondos antes de terminar tu carrera.

—Pero esto es ridículo —bufó Daniel descontento, buscando apoyo en su madre—. Tengo veinticinco años ¿y pretendéis qué viva de una paga? Mi actual estilo de vida no podrá sostenerse.

Su madre, en esa ocasión, no saltó en su ayuda, y Daniel constató que acababa de perder a su mejor aliado. El pilar central de su vida.

—Rhett, por tu parte, tendrás que disculparte con los empleados por lo sucedido —continuó su padre con voz cansada. Los pinchazos en el corazón eran cada vez más frecuentes y su voz perdía fuerza. Se levantó emitiendo un quejido de dolor y dio la corta reunión por terminada.

Daniel intentó atraer a su madre de su parte, contándole los puntos que habían tenido que ponerle por culpa de los golpes recibidos. Imploró ayuda para no tener que tirar de una paga miserable, rogándole para que lo ayudase a regresar a la empresa. Pero Ellie se mantuvo firme, aun cuando dentro de ella su corazón se rompía en pedazos.

Daniel, al entender que no le quedaban aliados, salió de la casa de sus padres dando un sonoro portazo.

Cuando la situación se calmó un poco, Laura y Rhett anunciaron a Ellie que sería abuela. Esta abrazó a su nuera con afecto y felicitó a su hijo.

—Carlos se pondrá tan feliz. ¡Un nieto! Como habéis visto, está muy desmejorado y vuestra pelea me temo que ha empeorado su estado. Cualquier cosa que ocurra entre vosotros, nunca debéis olvidar que sois hermanos. La sangre no puede convertirse en agua. Jamás. Prométeme que cuidarás de tu hermano. Madurará y cambiará. Prométemelo —insistió, Ellie.

—Te lo prometo —accedió Rhett al tiempo que le daba un beso en la

frente para tranquilizarla—. Pero tiene que aprender la lección para que pueda madurar. Es necesario. Se ha convertido en un egoísta irresponsable. Si no recibe un escarmiento, la próxima vez, será peor.

—Lo sé. —Unas lágrimas amargas comenzaron a surcar por el rostro de Ellie—. Ahora ya lo sé.

De camino hacia Hills House, Laura preguntó a Rhett por la situación de Mara.

—No quiero saber nada de ella —farfulló él, acalorado—. Se ha dejado manipular por Daniel y me ha mentado. Me hizo creer cosas que no eran, aprovechando mi cariño hacia lo nuestro. Soporto cualquier cosa, menos la mentira.

—Si quieres mi opinión, yo creo que Mara no tiene la culpa —la defendió Laura con vehemencia—. De alguna manera, habéis condicionado su vida. Primero, tus abuelos y, ahora, tu hermano. No veo justo que pague por vuestras diferencias.

—No puedo creer que la estés defendiendo —refunfuñó molesto por su comentario—. Además, deberías estar contenta, te has librado de ella. No tendrás que escuchar su nombre nunca más. Todo lo que pensaba que le debía, se ha esfumado al enterarme de «sus grandes verdades».

—No la quiero cerca de ti por razones obvias —admitió su mujer con franqueza—, pero hay algo en su historia que me apena y quiero ayudarla. Le ofreceré trabajo en alguna de mis empresas. Habla tres idiomas, es una mujer luchadora, saldrá adelante. Y no tendremos después remordimientos.

—En definitiva —se dirigió Rhett, hacia su hija—, resulta que tu madre tiene corazón.

Capítulo 63

Michael comprobó su armario abriendo los cajones de uno en uno hasta constatar que no quedaba nada suyo. Inspeccionó el cuarto con ojo crítico y se asomó a la ventana. Después de dos largos meses, Michael Hills retomaba las riendas de su vida.

El tiempo que había estado ingresado lo había ayudado a ganar peso y su estado físico se había estabilizado. Tras una ardua lucha consigo mismo, comprendió y admitió la gravedad de su enfermedad. En las reuniones de alcohólicos le advirtieron que no debía confiarse; se encontraba bien físicamente, pero seguía estando enfermo. Para el resto de sus días sería alcohólico.

Miró a través de la ventana y se estremeció. No quería reconocerlo ni delante de sí mismo, pero lo aterraba enfrentarse de nuevo al mundo. Tenía miedo de ser débil. Antes de abandonar el cuarto, se paró delante del gran espejo situado en la pared central de baño. Su cara había adquirido color, sus ojos azules volvían a lucir limpios. El pelo ondulado, que bailaba alrededor de su rostro, lo impregnaba un aspecto jovial. La camisa Yves Saint Lauren le ofrecía el aspecto distinguido de antaño.

En líneas generales, parecía el mismo Michael de toda la vida. Pero él sabía que la experiencia vivida había dejado huellas. No sobre su exterior; era lo más fácil de arreglar, sino en su interior. Su ego todavía estaba sangrando.

Cogió con mano firme su maleta y, tras echar un último vistazo a su habitación, cerró la puerta y dejó atrás los tristes recuerdos de los últimos meses. En la recepción, le dijeron que tendría que esperar, puesto que su hermana estaba reunida con la directora. Se sentó en un sofá de cuero y se

dispuesto a aguardarla.

En ese momento, vio a Sarah acercarse. Sus mejillas encendidas denotaban un estado de nerviosismo que no era nada habitual en ella.

—No te ibas a ir sin despedirte, ¿verdad? —le preguntó mientras se sentaba a su lado y lo besaba en la mejilla—. Tienes muy buen aspecto.

—Gracias, Sarah. —Le mostró un intento de sonrisa que se quedó congelado en sus labios—. Lo siento, no me gustan... las despedidas.

—Traducción, ibas a irte sin despedirte. —Un leve atisbo de preocupación se coló en su voz—. Espero volver a verte algún día.

Michael desvió la mirada, un tanto incomodo por el matiz que adquiriría la conversación.

—Londres es una ciudad grande, hay pocas posibilidades de volver a encontrarnos, puede que un cinco por ciento.

Ella rebuscó en su bolsillo y sacó una tarjeta de visita. Se la entregó con gesto divertido.

—Toma, aquí tienes mis datos. Ahora, las posibilidades de volver a encontrarnos han aumentado considerable... diría que en un noventa y nueve por ciento.

Michael dudó un instante, pero la buena educación que había recibido de niño lo animó a aceptar la tarjeta. Se sintió aliviado al ver a su hermana aparecer.

—Adiós, Sarah, que te vaya bien. Me tengo que ir.

—Adiós, señor Hills —se despidió la chica en tono formal, intimidada por la presencia de Laura—. Que le vaya muy bien.

Sentado en el coche, Michael se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin viajar en uno. Dejó la vista vagar sin rumbo a través de la ventana. La naturaleza, parecía gritarle desde la lejanía «Bienvenido Michael. No la vuelvas a fastidiar».

—Me gusta esa chica —escuchó a Laura decir, tras un largo tiempo de silencio.

—¿Cuál chica? —Michael se hizo el sorprendido, puesto que no le apetecía nada hablar sobre Sarah.

—Sarah, la psicóloga del centro.

—Es una tocapelotas. —Dio voz a sus pensamientos, mientras rebuscaba en el bolsillo de su camisa y, tras encontrar la tarjeta, deslizó la ventanilla, sacó la mano y dejó la tarjeta volar hasta perderla de vista. En unos segundos, fue tragada por el viento y, con ella, se perdió el porcentaje de noventa y nueve por ciento de volver a encontrarse. A Michael Hills no le gustaba forzar la suerte.

Laura no comentó su gesto, pensando para sus adentros que Michael regresaría al mundo a su manera.

—Rhett y yo estamos muy contentos de tenerte de nuevo en Hills House. —Cambió de tema en cuanto observó que su rostro se había serenado.

—No iré a Hills House —contestó Michael, sin vacilar—. No hay necesidad de que me controles.

—No tengo intención de controlarte —se defendió ella entre medio ofendida y medio irritada—. Solo deseo pasar más tiempo contigo. Rhett es un sol, te gustará.

—No lo dudo. —Michael se ruborizó un poco sintiéndose de alguna manera un ingrato—. Solo que yo... deseo vivir solo. Y vosotros también. Lleváis casados un par de meses, necesitáis intimidad.

—Hills House es muy grande, Michael. Treinta y cuatro habitaciones son más que suficientes para todos, ¿no crees?

—Querida hermana, pronto cumpliré treinta y seis años, déjame respirar —le pidió con voz angustiada—. Sé que soy alcohólico, tendré cuidado, pero necesito tu voto de confianza, por favor.

Laura abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla al tiempo que se mordía el labio inferior en actitud pensativa. La tensión se instauró en el interior del coche, por lo que pulsó el botón del CD y los acordes de la canción *My Way* sonaron con poderío, y rompieron el embarazoso silencio. La

letra invitaba a reflexión.

Cuando la canción finalizó, Laura se encontraba al borde de las lágrimas. Por culpa de las hormonas, lloraba y se emocionaba con mayor facilidad que antes. Inquirió en voz baja: —Tienes razón. Haz las cosas a tu manera. ¿En qué has pensado?

—Quiero volver a trabajar lo antes posible, necesito tener la cabeza ocupada. Si te parece bien, claro.

—Me parece fenomenal, además, es necesario; gran parte de lo nuestro está funcionando de nuevo, las empresas están despegando y te necesito para que cojas el timón. Yo y la niña estaremos un tiempo fuera de cobertura. —Sonrió, afectuosa.

—¡Gracias! —Michael intentó ocultar su mirada empañada—. Lo estás planteando de una manera que haces que me sienta útil. Y no me lo merezco.

—Michael, vamos a dejar el pasado atrás. Lo que importa es el presente. Y el futuro. Dime, ¿dónde te dejo?

—El chalé dónde vivías antes me parece perfecto.

Capítulo 64

Laura llegó al restaurante un par de minutos antes de la hora acordada. Se adelantó de forma consciente pensando que de ese modo controlaría mejor la situación. Tras acomodarse en su silla, se dispuso a observar a los otros comensales que comían en silencio, escuchando de fondo una suave canción lírica, en tonos suaves.

Sabía a ciencia cierta que, de no haber tenido las hormonas revolucionadas por el embarazo, ni siquiera se hubiera planteado aquello. ¡Quedar con la ex de su marido para ayudarla!

Sonrió para sí misma pues, vista desde fuera, la situación era muy extraña. Hasta Minerva, que resoplaba bondad por los cuatro costados, le dijo que no veía con buenos ojos la finalidad de ese encuentro. Mientras esperaba, se dispuso a inspeccionar con ojo crítico su aspecto. En el dedo anular izquierdo llevaba puesto el anillo de casada. Bien grande y a la vista. Vestía un pantalón de Max Mara, de talle alto, en tono azul marino. La camisa de seda, en color blanco inmaculado, se sujetaba a su cuello con un lazo ancho. Llevaba el pelo recogido en un moño francés estricto detrás de la nuca. Un reloj de platino y una pulsera de oro blanco adornaban su muñeca izquierda. A la hora de vestirse, la elección le había parecido acertada, sin embargo, en ese momento, no tanto. ¿Qué quería demostrar? ¿Deseaba realmente ayudar a Mara o arrojarle su clase a la cara?

Pensó que empezaba a parecerse a su madre. Altanera y estirada. Enfadada consigo misma, miró en dirección a la puerta, donde una chica alta, morena, con el pelo largo y ondulado acababa de llegar.

El *maitre* le dio una calurosa bienvenida y la acompañó hasta la mesa de

la duquesa de Hills.

La belleza de Mara tomó a Laura por sorpresa. Vestía con sencillez, sin clase, pero con un punto de elegancia innata; llevaba puesto un pantalón negro combinado con una simple camisa vaporosa. No lucía ningún tipo de adornos, solo el increíble pelo que le enmarcaba el rostro como una cascada. En la mano sujetaba un bolso desgastado de piel.

Cuando llegó a la mesa, la chica se detuvo. Le dirigió una mirada altiva y con ella el mensaje de «atención, mujer orgullosa».

Se escanearon un par de segundos con indisimulada admiración mutua. A Laura le gustó el aplomo de Mara, pensaba que la gente que agachaba la cabeza era gente débil. Las personas con carácter sabían mantener la frente alta hasta en situaciones adversas. Se levantó y le tendió la mano.

—Laura Elizabeth Hills Mendoza —se presentó segura de sí misma, al tiempo que le estrechaba la mano en actitud amistosa.

—Mara Colunga. —La joven sonrió con jovialidad, sacando a relucir una dentadura blanca y cuidada—. Encantada.

A pesar de la buena sintonía inicial, los siguientes segundos fueron tensos, puesto que no encontraban nada que decirse ni sabían por dónde romper el hielo. La llegada del camarero rebajó la tensión y momentos después, mientras comían un sabroso salmón con almejas, el hielo comenzó a derretirse.

—Gracias por venir. —Laura pinchó con el tenedor una hoja verde de la colorida ensalada, al tiempo que la miraba con interés—. El motivo de nuestro encuentro es... muy simple. Conozco tu situación, como es obvio, y quiero ofrecerte mi ayuda.

Mara la miró un largo instante con desconfianza. Suspiró, al tiempo que sus hombros se tensaban.

—No debería importarte mi situación. Al fin y al cabo, nadie me obligó actuar de la manera que lo hice. Sería fácil culpar a Daniel, pero no lo haré. Actué mal y lo siento mucho, pero nadie me puso una pistola en la sien para hacerlo.

—No quiero que lo hagas. —Laura bebió un sorbo de agua mineral mirándola por encima de su vaso de un modo amistoso—. Estás en tu derecho de desconfiar de mí. La familia Mendoza no te ha tratado muy bien. Años atrás intervinieron en tu vida y ahora te has visto involucrada en una guerra que, por supuesto, no te pertenece. Mi oferta es muy simple. Si mantienes las distancias con mi marido, encontrarás en mí una aliada. Me gusta la gente con personalidad, la gente fuerte. Y estoy embarazada. Las hormonas me están ablandando.

—¡Enhorabuena por el embarazo! Se comenta que es una niña. No me importó acercarme a Rhett sabiendo que estaba casado, no te voy a mentir. Y, más todavía, sabiendo que era infeliz. Pero jamás me acercaré a un padre.

Las dos mujeres sostuvieron sus miradas de frente. Sin miedos, ni partes ocultas. El delgado hilo de la confianza comenzó a tejerse entre ellas.

—Mi marido te tenía mucho aprecio. Antes de descubrir la verdad, se enfrentó a mí, me dijo que debía ayudarte al menos por un tiempo.

—Rhett no me debe nada. —Mara levantó el mentón en actitud orgullosa—. Además, tiene razón en retirarme su apoyo, fui deshonesto y le hice creer cosas que no eran. Irrumpí en su serenidad y lo alteré.

—Cierto, lo hiciste —recalcó Laura sus palabras con un leve atisbo de reproche—, pero tuviste un profesor maestro. Daniel me engañó a mí también. Te voy a ser sincera, deseo ayudarte.

—Me parece bien, pero dame un trato justo. No aceptaré limosnas. —La cara de la mejicana se encendió y, para acallar su agitación, tomó un sorbo de vino blanco.

Las dos mujeres se estudiaron con atención. Un incipiente voto de cordialidad se forjó entre ellas.

—Las empresas Hills están despegando y necesito empleados. Tengo entendido que hablas tres idiomas y tienes buena formación. Quiero que trabajes para mí —le pidió Laura, en tono profesional.

—Hablo tres idiomas, soy trabajadora y aprendo rápido. No tengo

formación. La universidad no es accesible para gente como yo —se sinceró la joven.

—Agradezco tu sinceridad. La formación es importante, pero, por supuesto, no lo es todo y, teniendo un buen puesto, siempre estarás a tiempo de formarte.

La mirada de Mara brilló con fuerza. Tuvo que admitir que las ideas preconcebidas que tenía sobre la mujer de Rhett eran del todo erróneas. No era la típica estirada, superficial y altanera que pensó que sería.

—¡Gracias! —dijo finalmente—. Eres diferente a como te imaginaba.

—No quiero ni pensar cómo me imaginabas. Bajo las influencias de Daniel, debí de parecerte una bruja.

—¿Cuándo podré empezar? —preguntó Mara, ilusionada—. Necesito tener mi mente ocupada. Además, me hace falta el dinero. No pretenderé ser lo que no soy en realidad. Mi situación es complicada, necesito el trabajo con desesperación.

—Mañana mismo, si te parece bien, podrías comenzar. Te dejaré la dirección y los datos de mi secretaria, ella te ayudará en todo lo necesario: papeleo, organización. Antes de irnos, tenemos otro asunto pendiente —continuó Laura.

—Tú dirás. —Mara se sintió intimidada por el giro cortante que había tomado la voz de su recién estrenada aliada y, con disimulo, se secó la mano sudorosa en la tela de su pantalón.

—No quiero que sigas viviendo en el piso de mi marido. Mi tranquilidad psíquica necesita que cortes cualquier lazo que te une a él.

—No pensaba hacerlo —contestó la joven mejicana, entre precipitada y ofendida—. Dame un margen de tiempo. Necesitaré un par de días para encontrar una habitación de alquiler. Dejaré el piso lo antes posible.

—Déjalo hoy mismo —le pidió Laura con voz categórica y, ante el gesto sorprendido de Mara, añadió—: No te sientas atacada, por favor, no pienso dejarte en la calle; mira, te ofrezco a cambio otra vivienda. La casa de una

amiga mía está desocupada y no le importará que vivas allí un tiempo. Cuando encuentres un sitio decente, te mudarás. Pero no hay prisa. Tómate el tiempo que necesites.

—Así que me ofreces trabajo y vivienda. Me parece demasiado, la verdad; más teniendo en cuenta... lo que debo de significar para ti. ¿Puedo saber por qué? —preguntó Mara, desconfiada.

Laura se encogió de hombros.

—Ya te lo dije; primero, porque me caes bien, pareces una chica valiente. Segundo, porque aquí tenemos un dicho: a tu amigo, tenlo cerca; pero a tu enemigo, tenlo más cerca todavía.

Se sonrieron y el hilo de la confianza volvió a aparecer entre ellas.

—No quiero que lo hagas por pena. Nací humilde, pero nunca acepté ayuda gratuita. Si es el caso, prefiero regresar a casa que aceptar tu ayuda. —Sus ojos oscuros brillaron con intensidad.

—No lo hago por pena —se apresuró Laura a asegurarle—. Ya te dije, me parece injusto el trato que te dieron los Mendoza en el pasado y quiero que tengas una oportunidad. Para Rhett fuiste muy especial y, aunque ahora esté dolido contigo, con el tiempo se le pasará y se alegrará de que estés bien. Te prometo que esta es toda la verdad.

Una hora más tarde, se levantaron de la mesa, contentas. Pagaron la cuenta a medias y abandonaron el restaurante.

Capítulo 65

Michael se removi6 inquieto en la cama. Tir6 del borde de la colcha para taparse, al tiempo que ahuecaba con la cabeza la almohada de plumas. Unos instantes, despu6s, desisti6 en su intento de dormirse y abri6 los ojos. El techo alto junto al amplio ventanal le record6 que no se encontraba en la cl6nica.

Rod6 sobre s6 mismo y, desorden6ndose, las s6banas se amontonaron en un grueso bulto debajo de su espalda. De un salto se puso en pie y se acerc6 a la ventana. Era todav6a de noche y el reloj de la pared marcaba las cinco y cuarto de la ma6ana. Abandon6 el dormitorio y baj6 al sal6n.

Una fuerza invisible empuj6 sus pasos en direcci6n hacia el bar. Abri6 la puerta del armario de bebidas y se desanim6 al advertir que, aparte de una botella de licor sin alcohol, no hab6a nada m6s. Su ansia increment6 y, para aplacar la voz de la culpabilidad, se dijo a s6 mismo que no hab6a nada de malo en desear tomar una copa. No se consideraba alcoh6lico, llevaba dos meses sin beber, y un trago no significaba nada.

La ansiedad creci6 dentro de 6l y encamin6 sus pasos al s6tano d6nde sab6a que deb6a de haber una gran selecci6n de vinos y licores almacenados. Puls6 el interruptor y observ6 c6mo la luz parpadeaba en la oscuridad. Cuando se habitu6 a la luz artificial, acudi6 con paso firme a la bodega y observ6 que en fila, ordenadas por el a6o de la cosecha, lo esperaba lo que andaba buscando. Sac6 una botella al azar y sali6 corriendo en direcci6n a la cocina. Se sent6 en un taburete y contempl6 ensimismado la botella, a la que dej6 sobre la mesa. Acarici6 con esmero la etiqueta brillante, sobre la que ven6a impresa la marca y el a6o: Pinot Noir del 1986. Una cosecha exquisita,

pensó con nostalgia.

Agarró el sacacorchos y, con gesto metódico, abrió la botella. Dejó caer con mimo el líquido rojo oscuro en un vaso alargado. El sonido provocado por la caída del vino sobre los bordes del vaso le sonó a una elegante sinfonía.

Una ola de arrepentimiento se coló dentro de él y las charlas de las reuniones de alcohólicos anónimos le hicieron tomar consciencia del agravio que estaba cometiendo en contra de sí mismo. Pero el vaso estaba ahí, delante de él, y lo atraía como un imán. Una tentación roja como la sangre. Culpable como el pecado.

«Tomar un vaso de vino tinto no significaba recaer en la bebida», se animó. «Hasta los médicos lo recomendaban».

A pesar del sentimiento de culpa levantó la copa. Inspiró el olor agri dulce del vino, después acercó el vaso a sus labios. Con un gesto brusco lo volcó en su boca y, una gran cantidad de líquido se derramó dentro de esta. Se entretuvo un buen rato antes de tragarlo, como si hubiese esperado un permiso divino para dejarlo penetrar en su cuerpo. Lo degustó despacio, moviéndolo de un lado a otro de su boca. La realidad de la locura que estaba cometiendo se hizo evidente.

Mareado, apoyó las manos en los bordes de la mesa y escupiendo sobre el blanco mantel de la cocina, el vino se extendió con rapidez y formó una mancha sangrienta. Se sobresaltó, comprendiendo la gravedad de sus actos. Agarró la botella con gesto alterado y la vació dentro de la pila, admirando el vaivén del líquido rojizo, que fue tragado en pocos segundos por el sifón de la pila. Tiró la botella vacía a la basura y salió de la casa. El aire fresco de febrero lo recibió con una ráfaga helada. Michael se sacudió, pero avanzó hacia el jardín. Mientras caminaba con paso titubeante, observó cruzarse en su campo visual una aparición. Un fantasma con aspecto de mujer andaba por el jardín envuelta en un camisón blanco, largo y vaporoso. Una melena oscura, ondulada, se movía sobre su espalda al compás de sus pasos. Parecía

atormentada. Michael se paró inmóvil. ¿Por qué veía aquello?

Solo había mojado los labios en el vino, sin llegar a tragarlo. No podía estar borracho. La mujer se paró petrificada. Su mirada oscura se agrandó y su rostro palideció. Michael se quedó también quieto, incapaz siquiera de pestañear. Entre ellos había una distancia de aproximadamente diez metros. A pesar de eso, pudo absorber el calor que emitía aquella criatura. ¿Sería una diosa? ¿Un espíritu?

Instantes después, la diosa cobró vida y lanzó un chillido agudo, pidiendo ayuda.

En un primer momento, Michael la contempló desconcertado. Si la diosa iba a ayudarlo, ¿por qué estaba gritando?

En el silencio de la mañana, los gritos de la criatura sonaron con mucha fuerza. Michael avivó el paso y la alcanzó. La chica intentó zafarse emitiendo ruidos cada vez más fuertes, por lo que la agarró con una mano por los hombros y con la otra le tapó la boca. Una respiración cálida y agradable le impactó los dedos.

«Por lo tanto, la diosa era humana», pensó. Sus labios suaves se movían inquietos bajo la presión de la palma de su mano.

—¡Cálmate! —le pidió con suavidad, pero, al sentir que ella forcejeaba inquieta, le gritó—: ¡Tranquilízate, yo vivo aquí! Te soltaré despacio, pero deja de gritar. Vas a alertar a todo el vecindario. Ahora liberaré tu boca, ¿de acuerdo?

Los ojos oscuros de la chica se movían inquietos, presos del pánico. Pestañearon un par de veces, asintiendo. Entonces, Michael soltó aquella boca, tan agradable al tacto. Al separarse de la chica, rozó con los dedos su delicado rostro. Una sensación de calor recorrió su cuerpo, como si una cálida brisa de verano hubiese reemplazado el helado aire de febrero. La chica se tocó los labios y dio un paso atrás.

—Soy Michael Hills y vivo en la casa de enfrente. Desde ayer. Supongo que eres mi vecina. —Sonrió con amabilidad, tendiéndole la mano a modo de

presentación.

Ella dio un paso al frente y alargó con gracia su mano cubierta hasta la muñeca por encaje blanco.

—Mara Colunga —se presentó un tanto impresionada por la situación—. Vivo en el otro chalé. Desde... ayer. —Le devolvió la sonrisa con timidez, al tiempo que le apretaba la mano con gesto firme.

—No sabía que la casa de Minerva estuviera ocupada —se sorprendió Michael, al tiempo que la estudiaba con interés—. Por tu acento pareces extranjera. ¿Eres amiga suya? ¿Española también?

La criatura sacó a relucir una sonrisa preciosa:

—No, lo siento, no conozco a Minerva —se excusó ella—. Laura me dejó vivir aquí por un tiempo. ¿La conoces?

—¿Laura? —preguntó, extrañado—. Es mi hermana. Sois... ¿amigas?

—Soy mejicana y no, no somos amigas. Más bien, conocidas —aclaró, sonrojándose.

—Y qué hace una mejicana, conocida de mi hermana, paseándose por el jardín a las... —Consultó el reloj con atención—. ¿Seis de la mañana?

—Es una larga historia. —El entusiasmo de su voz disminuyó en intensidad—. En pocas palabras, estoy muerta de miedo. Hace poco mi vida ha dado un vuelco demasiado brusco y me cuesta asimilarlo. Hoy empiezo a trabajar y tengo dudas...

—¡Qué coincidencia! —se asombró Michael gratamente—. Yo también comienzo a trabajar hoy después de un largo periodo de tiempo. ¿Te apetece un café? —preguntó solícito al entender que tenía en común con su nueva vecina mucho más de lo que había previsto en un principio.

Capítulo 66

El 13 de septiembre, la hija de los duques de Hills dio señales de que deseaba salir al mundo. Se había retrasado diez días con respecto a la fecha inicial y, como Laura quería parto natural, los médicos no intervinieron en el curso del embarazo.

Por expreso deseo de la madre no se sabía todavía el sexo del feto. Pensando que tendría una hija, había sobrellevado mejor las náuseas y los vómitos que la acompañaron durante todo su embarazo. Rhett le tomó la mano y le besó los nudillos con delicadeza.

—Falta muy poco para conocerla. O conocerlo. Espero que, en todo este tiempo, hayas tomado en cuenta la posibilidad de que fuera un niño. —Le tocó la nariz en gesto travieso—. No quiero que te llesves una decepción si es un chico. Prométemelo.

—Es una niña. —El rostro de Laura se impregnó de un resplandeciente entusiasmo—. Ya lo verás.

Doce horas después, no se conocía todavía el sexo del bebé. La madre dilató apenas unos pocos centímetros y las contracciones eran cada vez más escasas. Cuando Rhett observó que las fuerzas la abandonaban, decidió pasar por alto su deseo de tener un parto natural. Lo primordial era la salud de las dos, por lo que la convenció para dejarse aconsejar por los profesionales. Laura se esforzó un poco más en traer al mundo a su bebé de forma natural, pero aceptó que algunas cosas, simplemente, no podían ser, por mucho empeño que se pusiera.

Tras una rápida cesárea, vino al mundo Sira Mendoza Hills, una niña rolliza, que pesaba tres kilos y quinientos gramos.

Cuando despertó y se tocó el vientre, estalló en llanto de puro agotamiento.

—¿Dónde está la niña? —gritó desconsolada.

—La niña está bien, los médicos la están reconociendo —la calmó su marido, al tiempo que le daba un beso tranquilizador en la frente.

—Entonces, ¿es una niña? —Se removió inquieta y un quejido de dolor escapó de sus labios resecaos.

—¡Es una niña! —le confirmó deslumbrado, mientras le acariciaba la mejilla apagada—. La más bonita del universo.

—¡La más bonita! —repitió presa de una emoción enorme—. Y es nuestra.

La primera vez que la tuvo en sus brazos, experimentó una explosión de sentimientos. Maravillada, no se cansaba de admirarla e inspirar su olor. Mientras la acunaba en sus brazos, pensó en la fuerte conexión que se había formado entre ellas desde antes de nacer. Cuando la pequeña se quedó dormida, Laura recibió a las personas que habían ido a conocer a Sira.

La primera en entrar fue su madre. Vestida de Chanel y con el pelo perfectamente peinado, apenas sonreía. Su única preocupación era que la niña saliese del hospital enfundada en el mismo vestido que había llevado Laura a su misma edad. Para cuidar las formas. Y respetar las tradiciones.

Detrás de ella hizo su aparición Michael, quién sonrió embelesado a su sobrina. Desde su salida de la clínica, no había vuelto a probar el alcohol y tenía muy buen aspecto. Se había reincorporado al trabajo, en definitiva, había retomado las riendas de su vida. No era el mismo de antes, la versión de Michael de ahora se veía más madura, más sosegada y, por qué no decirlo, más responsable. Laura lo animó con la mirada para que se acercara a su sobrina. Él le devolvió la sonrisa y depositó un beso amoroso en la cabecita sonrosada del bebé.

Laura desvió la vista y encontró en su campo visual a su amiga del alma: Minerva. Felizmente casada con Cristian, pasaba por un muy buen momento. Llegó acompañada por el futbolista y el hijo de ambos, Junior. Tras sonreírle a su amiga, posó la vista en su marido: Rhett Mendoza.

Sabía con certeza que, como todo ser humano, debía de tener sus propias imperfecciones, pero, por mucho que se había esforzado, Laura no había podido localizarle todavía ningún defecto. Había aguantado sus hormonas y su mal humor durante todo el embarazo sin rechistar. La había mimado y querido, cumpliéndole todos y cada uno de sus deseos. Había cocinado para ella sus platos favoritos, la había tranquilizado en momentos de arrebatos hormonales y cansancio. Rhett Mendoza sabía querer a una mujer. Y ella había tenido mucha suerte de encontrarlo.

Cuando Sira despertó reclamando la atención de su madre, los invitados se marcharon y dejaron la habitación repleta de flores, peluches y globos multicolores.

Mientras Rhett organizaba los regalos y ponía las flores en agua, Laura le dio el pecho a la niña, admirando embelesada su cabello oscuro. Sira apuntaba maneras de que, algún día, sería una auténtica beldad, puesto que había heredado la mirada azul transparente de su madre y el cabello oscuro de Rhett. Momentos más tarde, la niña abandonó el pezón y se quedó plácidamente dormida en sus brazos.

Rhett la tomó con sumo cuidado y la depositó en la cuna. La admiró un largo rato y dijo con voz entrecortada por la emoción: —Se ve tan serena; sin ánimo de ofender, tienes que aceptar que ha sacado mi carácter. ¡Está preciosa! Será una autentica belleza.

—¡Está preciosa! —repitió su madre orgullosa, al tiempo que se dejaba caer sobre la dura almohada de hospital para descansar—. Mira en el bolsillo de la mochila de la bebé. Hay un sobre para ti, léelo. —Instantes después, se dejó atrapar por el sueño, vislumbrando a su alrededor los colores y el olor de la felicidad.

Rhett rebuscó en el bolsillo indicado con dedos temblorosos y encontró un sobre de papel de seda color gris oscuro. Sorprendido, se apresuró en abrirlo.

«Había una vez una princesa bella, alegre y muy valiente. Cuando llegó la edad de enamorarse, la hermosa joven recibió un duro golpe: ningún

príncipe de la región tuvo la valentía de hacerle la corte, puesto que se sentían intimidados ante su carácter fuerte. Unos años más tarde, la hermosa princesa se cansó de esperar y decidió acudir a la torre tenebrosa para encontrar a su príncipe en la oscuridad, pensando que, si él no la veía, no podría acobardarse ante su belleza.

Había sido muy osado de su parte, puesto que ir a la torre tenebrosa era muy peligroso. Se adentró en los aposentos poco iluminados, con la única ayuda de una estrella, que la guiaba brillando en su hombro.

La dulce princesa tuvo un pequeño accidente y un valeroso joven acudió en su ayuda. No pudo verlo, pero intuyó desde un primer momento que sería su príncipe azul. Un tiempo después, la princesa y el príncipe se casaron y tuvieron un bebé precioso. Y, justo ese día, la princesa decidió hacerle un regalo al valiente hombre, que la había rescatado un tiempo atrás: mandarle una carta para darle las gracias por todo su amor, apoyo, cariño y apego. Decirle que lo amaba de todo corazón, ya que, un tiempo atrás, él se lo había pedido por escrito.

Te amo. Hoy, mañana y siempre.»

Último capítulo

Londres, un año más tarde El reloj del salpicadero marcaba las once de la noche. Laura cambió de marcha y, pisando el acelerador a fondo, consiguió que su coche se deslizase por la carretera desierta a gran velocidad.

Al girar en una rotonda, se encontró con un semáforo en rojo y tuvo que parar. Comenzó a repiquetear con los dedos sobre el volante, señal de que estaba nerviosa. Esa noche, Rhett y ella se habían dado una cita. ¡Una cita! Y no se trataba de una cualquiera, sino que regresaban a sus principios; al lugar donde comenzó todo: Dark Face.

Una vez que la investigación policial en torno al local se había cerrado, el local abrió de nuevo sus oscuras puertas al público. Y fue todo un éxito. Los clientes que sabían apreciar su esencia regresaron, llenando cada noche el aforo permitido. Setenta y seis personas. Ni una más.

Ella y Rhett no salían desde hacía meses, puesto que Sira había monopolizado toda la atención de sus padres y se había convertido en la protagonista absoluta de sus vidas. Era una niña adorable, tranquila y alegre, que tan solo unos días atrás había conseguido dar sus primeros pasos.

—¿Qué te parece si tenemos una cita? —le había preguntado su marido, aquella misma mañana.

—¿Un encuentro romántico? —Rio, sorprendida y complacida, a partes iguales—. No podemos, tenemos a Sira.

—Sira acaba de cumplir un año, podríamos salir una vez que esté dormida. Marta se encargará de cuidarla.

—No sé... ¿a dónde iríamos? —preguntó indecisa.

—Iríamos... dónde empezó todo. —Rhett la había penetrado con su mirada

almendrada y ella se había sonrojado.

—¡No puedo volver ahí! —Había hecho una respiración temblorosa y su cuerpo se había tensado—. ¿Y si no consigo dar contigo?

—Nuestros cuerpos se buscarán y se encontrarán. —Rhett no había podido despegar la vista de ella y verla sonrojada le había derretido el alma. Había tirado de su cintura y depositado un beso cálido, cargado de dulces promesas, en sus labios. Después, le había pedido en voz baja, colmada de pasión—: Confía en mí.

—En ti, confío. —Una risa sonora se había escapado de sus labios tensionados—. La que me preocupa soy yo. Acuérdate del desastre que causé la primera vez que estuve allí.

—Tú solo acude al local y siéntate en una silla. Del resto, deja que me encargue yo.

Laura había protestado, pero cada vez con menos fuerza. Cuanto más lo pensaba, más comprendía que necesitaba aquello tanto o más que Rhett.

Tras llegar al garaje subterráneo, aparcó el coche, inspiró con avidez y comenzó a recorrer el sendero luminoso. En la penumbra, se palpó con la mano su top de cuero y se alisó con dedos temblorosos su corta falda. Llevaba puesta la misma vestimenta de la única noche que estuvo allí. Había pensado que, de ese modo, él tendría más facilidad para reconocerla.

Mientras avanzaba notó cómo la tensión y los nervios se alojaban dentro de ella y su corazón latía con mucha fuerza dentro de su pecho. Se sentía excitada y viva.

Accedió al local con paso decidido. Se colocó la estrella en el hombro y la pulsó una sola vez. Respiró agradecida bajo la protección que le ofrecía el color amarillo. Entrecerró los ojos para divisar las luces que la conducirían al bar. Una música llena de ritmo llenó sus oídos y la cargó de oleadas de energía positiva. Consiguió llegar a la barra y se sentó con cuidado en un taburete. La mayoría de las sillas estaban ocupadas, lucían la letra «X» marcada en rojo. Se preguntó ansiosa si Rhett habría llegado. ¿Conseguiría

reconocerla entre la multitud?

Acordaron dejar las estrellas iluminadas en verde para tener un verdadero encuentro Dark Face. Se armó de valor y pulsó dos veces la estrella de su hombro, hasta convertirla en el color acordado. Mientras esperaba con el corazón en un puño, notó su cuerpo arder por todas partes. Sabía que cualquier hombre podría acercarse a ella y tocarla. Una ola de excitación la recorrió por dentro al sentir posarse sobre sus hombros una mano grande y pesada. Tensó los hombros y agudizó sus sentidos. El olor del hombre le era desconocido, por lo que pulsó su estrella y la pasó a amarillo.

El desconocido se alejó de ella y el oxígeno volvió a llegar a sus pulmones. Durante un tiempo se quedó inmóvil. Pensó abandonar el local, pero una fuerza desconocida la retuvo.

Para acallar su agitación interior, pidió un martini y, más animada, se pasó de nuevo a verde. Unos largos minutos, no ocurrió nada. Esperó pegada a la silla mientras que la tensión se explayaba a gusto dentro de su cuerpo.

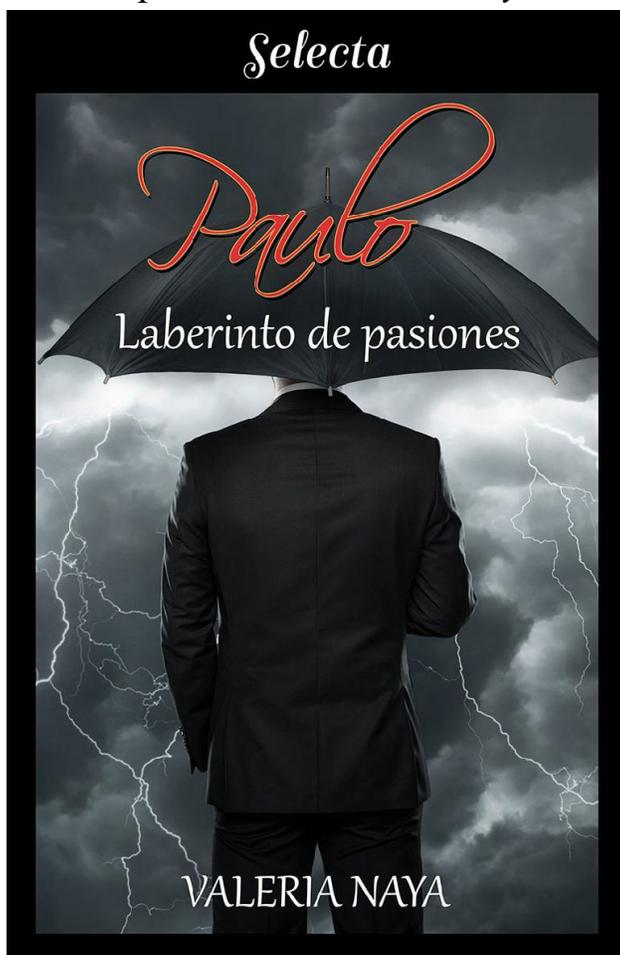
Laura Hills se incendió por dentro tras notar que un perfume conocido le llenaba los sentidos. El olor a menta, jazmín y cuero la envolvió, mientras una mano tiraba con delicadeza de su cintura. Clavó los dedos en los hombros de él y le acarició con suavidad la mejilla. Recorrió con los dedos el perfil y, cuando sintió una pequeña cicatriz en la sien, resopló aliviada. Los labios del hombre se posaron sobre los suyos y le susurraron con voz ronca: —Hola preciosa, soy R. ¿Y tú?

FIN

Nota de autora

Todos los personajes de esta novela son ficticios y, por lo tanto, son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia. Cabe aclarar también que no se ha respetado lo establecido en el Reino Unido con respecto a los títulos nobiliarios; el título que ostenta la protagonista es ficticio y los acontecimientos relacionados con el mismo no se corresponden con la realidad.

Si te ha gustado Dark Face te recomendamos comenzar a leer Paulo Laberinto de pasiones de *Valeria Naya*



Capítulo 1

Alma seguía sentada frente a su desayuno. Miraba la taza, concentrada. En realidad se hallaba a una distancia increíble del café con leche. Estaba en los recuerdos, en los brazos del único hombre que la había hecho sentirse mujer. Rememoraba la vez en que habían hecho el amor y la había atado al

respaldo de la cama. Recordaba cada detalle, cada sensación... Sintió, de repente, humedad en la vagina y sus pezones se erizaron. El roce de uno contra el borde de la mesa la devolvió al presente, ese hombre ya no estaba en su vida y no volvería a estarlo. Hacía dos días que no recibía mensajes de él, se había producido el esperado silencio de aquel lado de la línea. Y ella se sentía peor aún. Tenía guardada la esperanza de que él siguiera intentando comunicarse para explicarle. Que se apareciera de improviso en su puerta. Nada. Incluso había revisado en WhatsApp su última conexión. «Hace más de un día que no se conecta, eso es extraño. ¿Habrá cambiado de línea? ¿Tendrá una con la cual se comunica conmigo y otra que usa con esa mujer? ¿Podrá ser que esté tan organizado?».

El dolor aún le corroía las entrañas, el hueco en el pecho se hacía cada vez más grande. Recordarlo, recordar lo feliz que había sido en sus brazos, era como un ácido que iba comiendo la carne alrededor del agujero, generando más dolor. Las lágrimas la invadieron y, como se encontraba sola, decidió dejarse llevar. Lloró de un modo desconsolado, se tiró arriba de la mesa y dejó salir la desesperación, la desilusión, el dolor. Cuando estaba con su familia o con sus amigas, se guardaba bien de expresar tanto su tristeza. Los sabía a todos preocupados y pendientes de ella. Cuando estaba sola, dejaba que la expresión de su tristeza saliera con toda su fuerza. Le dolía la cabeza de tanto llorar, le dolía el rostro, le dolía el cuerpo, le dolían hasta las raíces del cabello. La nona Donatella siempre decía que cuando a una persona le dolía el cabello, era porque le estaba doliendo el alma, y a ella le sucedía eso. No había parte del cuerpo que no le doliera. Hacía días que no hacía otra cosa que llorar, que preguntarse por qué. «¿Por qué me sedujo? ¿Para lastimarme después? ¿Por qué me aseguró que nunca me lastimaría si ya tenía pensado hacerlo? ¿Por qué me dijo que a su regreso viviríamos juntos, si no tenía pensado hacerlo? ¿Para qué hacerme vivir para luego matarme de este modo? ¿Y todo lo que hablamos, todos los planes, todas las palabras de amor? ¿Todo era mentira?». Por enésima vez, en ese torturante tiempo sin Paulo, se dio la

respuesta a sí misma, gritando sola en la cocina: ---¡¡¡Sí, todo fue una mentira!!!! Fui una aventura sexual en Argentina, nada más.

Alma le había dado lo que quería, aunque, a juzgar por el video, no del modo que él necesitaba, y luego había vuelto a su verdadero amor, a los brazos de una mujer que era capaz de perdonarle cualquier cosa, hasta una infidelidad. Porque, en ese momento, desconfiaba hasta de que hubieran estado separados. Desconfiaba de que él le hubiera dicho que estaban separados solo para acostarse con ella. Su celular se encontraba a unos centímetros, sonó indicando la llegada de un mensaje. Se secó las mejillas y lo tomó. Era de Pato.

Amigas, no se olviden de que hoy las paso a buscar para ir a Capital a comprar los vestidos. Debemos conseguir el mío del civil y los de ustedes de la iglesia. En una hora estoy en sus puertas. Estén listas, chichis.

Alma estaba al tanto de que debían ir; la verdad era que no tenía ánimos, pero desde que había roto con Paulo, se había impuesto a sí misma no abandonar a sus amigas en sus situaciones felices, aunque ella se sintiera el ser más infeliz de la tierra. Así que con una fuerza de voluntad inverisímil, seguía acompañando a Pato en los últimos preparativos de la boda y escuchaba los relatos de Amanda y sus aventuras románticas con Germán. A pesar de todos los pronósticos, que les jugaban en contra, Germán y Amanda seguían con su relación y ambos parecían comprometidos afectivamente. Por desgracia para Alma, escuchar las ocurrencias de Germán y las situaciones románticas que generaba para Amanda la hacían recordar aún más a Paulo. Además, tener que verlo la destrozaba. No se había dado cuenta, hasta ese instante, del parecido que había entre ellos; cuestiones físicas, nada más, pero eran un recordatorio constante de Paulo. Sin ánimos, y con mucha tristeza en el alma, respondió.

Estoy terminando de desayunar. Ya estoy vestida. Cuando quieras, podés pasar.

Y había agregado una carita guiñando un ojo y con la lengua afuera, como

queriendo demostrar una alegría que en verdad ya no podía existir en su interior. Intentó arreglar su rostro, los ojos hinchados de tanto llorar, la piel enrojecida, la mirada sin vida. Se lavó con agua fría para que todos sus rasgos volvieran a la normalidad; lo de la mirada no tenía arreglo.

En el camino a Capital Federal, Pato conducía, Amanda cebaba mates y Alma iba atrás, sentada junto a la hermana de Pato, que también iba con ellas para elegir el suyo. «Salida de chicas», había dicho Pato, entusiasmada. Marina, la hermana de Pato, estaba al tanto de todo lo sucedido. Miraba de reojo a Alma y se mantenía en silencio. Era una mujer dulce, tenía apenas unos años más que su hermana. Estaba casada y terminando de hacer la casa con su marido, y no querían tener hijos hasta tenerla concluida. Pato y Amanda iban adelante charlando como dos locas, riendo, haciendo bromas. Alma tomaba mate en silencio. En un momento, una lágrima silenciosa se escapó de uno de los ojos de Alma. Marina la notó. En silencio, le tomó la mano y Alma la miró sorprendida. Le hizo un gesto que le indicaba que estaba intentando darle fuerzas. Alma sonrió sin muchas ganas.

Caminaban por la calle Corrientes. Amanda y Pato iban por delante de Marina y Alma. Amanda hablaba con sus ademanes exagerados a la vez que revisaba todo el tiempo su celular. Marina y Alma, ambas de caracteres más tranquilos, caminaban unos pasos detrás, viendo las vidrieras con más tranquilidad. Marina se animó y le sugirió a Alma: ---No te veo muy bien, Almita.

---La verdad, Mari, estoy hecha pelota. Destrozada. Pero no puedo arruinarle a tu hermana el día. Está esperando con tanta felicidad la boda. Y cada preparativo es una nueva alegría. Yo, la verdad... ---Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le cortó.

---Tranquila, Almi ---dijo a la vez que la abrazaba. Estaban a unos pasos del comercio; Pato y Amanda habían entrado a ver un vestido. Marina sacó unos pañuelos descartables y le dio el paquetito a Alma, que se secó rápidamente las lágrimas---. Sé todo lo que pasó, pero no sé qué te explicó él.

---Nada. No lo dejé. No hablamos. No le respondí más. Ni las llamadas ni los mensajes. Lo quiero lejos de mí. Quiero transitar este dolor sola, sin más mentiras.

---Ah, pero, Almi, ¿no te parece que deberías darle la oportunidad de que se explique? Digo, de última, te va a servir para confirmar que es un mentiroso patológico.

---No. No quiero escucharlo. Tengo miedo de que me convenza y yo lo perdona, y después darme cuenta de que todo es peor.

---Ahora, yo digo, Almita, ¿tanto trabajo le costó ganarse tu confianza, que te entregaras a él, que toda tu familia lo aceptara, que tus amigas lo amenazaran, para después mandarse a mudar y mandarse semejante cagada? ¿Qué sentido tiene?

---Ninguno, Mari. Ninguno. Desde que todo esto salió a la luz, no hago otra cosa que pensar lo mismo: ¿por qué? No encuentro ninguna explicación viable. Pero los hombres a veces son animalitos que se rigen por sus instintos, tal vez solo lo movió la atracción de tenerme en su cama, nada más.

---A veces sí, a veces no, casi siempre son animalitos. ---Las dos sonrieron---. A mí igual no me cierra. Te lo repito. Yo le daría la oportunidad de hablar para evaluar qué dice.

Amanda y Pato salían riendo del comercio y el tema se cortó. Siguieron eligiendo. Luego de caminar por más de tres horas, todas habían logrado lo que buscaban: Pato había conseguido una solera azul con corte debajo del busto y que luego caía entallado hasta las rodillas, sin ajustar demasiado, y con un saquito corto, tipo bolero, transparente, en el mismo color. Amanda había elegido un soberbio y sensual vestido *strapless* en color dorado, muy ajustado. Alma se había decidido por un vestido con un solo hombro, ajustado hasta la cadera y que luego bajaba *evassé* hasta el piso, tenía un corte que dejaba ver una de sus piernas; el color elegido era verde petróleo. Marina, a su vez, había elegido un vestido de ruedo irregular, en gasa color rojo intenso, era solero y tenía diferentes gajos de gasa formando la falda. Todas habían

comprado y todas estaban de acuerdo con las elecciones realizadas. De hecho, Alma se hubiera decidido por un vestido negro, porque así era como se sentía, pero sus amigas habían encontrado el vestido verde petróleo y sabían que era un color que le encantaba a Alma. Se le impusieron.

«---Almita, no podés llevar el negro, dejate de joder, es muy de vieja; además, ese color no te hace brillar. Este verde petróleo es muy sensual y es un color que a vos te gusta mucho, ¿o no? ---había dicho Pato, preocupada porque su amiga volviera a verse sexi a sí misma.

---Sí..., pero no estoy segura ---había contestado Alma no muy convencida.

---Te queda bárbaro, Almita ---terció Marina, que quería ayudarlas a alegrar a Alma---. Fijate el contraste de tu piel blanca con el color verde, increíble; la tonalidad marrón de tu cabello, todo forma un conjunto impecable.

---Sí, salvo esas ojeras horribles. Vamos a tener que gastar un pomo entero de corrector, che, el día de la boda ---dijo Amanda con su naturalidad---, más vale que te pongas las pilas, nena. No vamos a poder taparlas si se marcan más.

---Te prometo hacer el intento, amiga ---aseguró Alma sonriendo.

---Todas esperamos que lo hagas, Almi ---agregó Pato, y, en un segundo, las tomó y formó un abrazo grupal---. Chicas, ¡cómo las quiero!, estoy feliz de vivir estos momentos con ustedes...».

Se abrazaron. El celular de Amanda sonó. Y ella fue la primera en romper el círculo. Necesitaba abrir los mensajes. Sabía que Paulo estaría llegando; ella y Germán estaban tratando de organizar el encuentro entre Paulo y Alma. De ahí que había estado toda la tarde atenta al móvil. En la última comunicación, Germán le indicaba que Paulo no había dado noticias de llegar, y todos estaban preocupados. Lo que leyó le cambió el gesto. El rostro se le puso pálido.

---Ay, Amanda, mirá que sos fría, nena. Estoy diciendo algo re sentido y te vas a ver el aparato ese ---comentó Pato a modo de broma. Cuando vio que el

rostro de Amanda cambiaba de color, se asustó---. ¿Qué pasó, nena? No me asustes.

---Chicas, tenemos que volver a La Plata, ya ---dijo Amanda empezando a caminar enérgicamente hacia el automóvil.

---¿Qué pasa? Decinos algo ---insistía Pato. Las otras dos la seguían preocupadas, pero siguiendo el mismo ritmo de Amanda. Ante la insistencia de Pato, Amanda se paró en seco y se giró. El rostro estaba por completo cambiado.

---Chicas, pasó algo y tengo que ir a acompañar a Germán. Es grave. --- Guardó silencio. No sabía si decir la verdad o no. Entendió en segundos que debía hacerlo---. Alma, necesito que me escuches. Espero que no te enojas conmigo. ---El gesto de Alma cambió a uno de atención. Si eso grave que había sucedido la involucraba, seguro le había pasado algo malo a alguien que ella quería---. Desde antes de viajar a España, Paulo estaba preocupado por ciertas amenazas que había recibido. ---Alma hizo un mohín, se tapó los oídos como una niña y recommenzó la caminata, no quería oír nada de él. Amanda la miró y la tomó del brazo---. Me vas a oír, Alma Recabarren. Yo sé que estás enojada, yo misma lo estaba. Y lo recontra puteé por teléfono cuando me llamó.

---¿Te llamó y lo atendiste, Amanda? ---gritó Alma enojada.

---Sí, Alma, lo atendí. Porque quería decirle de todo, insultarlo con todas mis fuerzas. Pero ¿sabés qué? Me re cagó. Se me puso a llorar. Te juro que al principio no le creía, sabía que iba a hacer lo que fuera para convencerme, pero escucharlo quebrarse me dio una pista de que tal vez no fuera culpable. Y me dijo que tenía pruebas de que ese video no era actual. Y hace dos días...

Alma la interrumpió.

---No quiero saber nada, Amanda. Es obvio que va a decir que no es él --- insistió Alma enojada y con los ojos llenos de lágrimas.

---Pará, Almi, dejame terminar. Me envió un mensaje antes de subir al avión, me dijo que había dos hechos que demostraban claramente que no era

un video actual.

---No quiero escuchar sus excusas, porque... tengo miedo ---expresó Alma quebrándose.

---Ay, Almi, ¿y si tiene razón? ---comentó Pato esperanzada---. Mirá si es una tramoya de esa mina para mantenerlos separados y no era verdad. Dejalo que te explique.

---Supongamos que le creo su explicación. ¿Y si me vuelve a lastimar? Chicas, yo no puedo soportar más dolor. ---Alma se quebró ahí mismo, en la vereda. Las tres la abrazaron y le dieron contención.

---Chicas, vamos al coche. No quiero estar en la calle y que nos vean. Además, tengo que contarles algo peor ---siguió Amanda.

---Vamos ---confirmó Pato con decisión.

Entraron al vehículo, Amanda y Pato se giraron para hablar tranquilas con las pasajeras traseras. Alma se secaba las lágrimas con un pañuelo descartable.

---Calmate, Almi. Te estaba diciendo que Paulo encontró dos detalles que pueden demostrar que es un video viejo. Me lo escribió cuando subía al avión.

---¿Qué avión? ---preguntó Alma mirándola asombrada.

---El avión que lo traía de vuelta a Argentina, a vos.

---¿Está acá? ---dijo en un hilo de voz.

---Se suponía que debía llegar ayer, pero la familia no lo vio. Él no quiso que nadie lo fuera a buscar a Ezeiza, se alquilaba un automóvil y venía manejando solo, pero nunca llegó.

---Amanda, me estás diciendo... ---La voz se quebró, las lágrimas nuevamente la embargaron---. ¿Qué le pasó? Por Dios, no me digas que...

---Pará, Almi. No sabemos nada aún. Germán se fue hoy a Ezeiza, con un amigo de la policía, a ver qué había pasado. Su avión arribó a horario ayer y aterrizó sin problemas. Pero él nunca llegó a La Plata. Están viendo. Germán me acaba de decir que tienen pruebas de que fue secuestrado.

---¿¿¿¿Secuestrado???? ¿¿Qué?? ¿¿¿Por qué??? ---Alma no paraba de

llorar y los nervios la encerraban en un espacio de confusión, no escuchaba claramente lo que las otras decían.

De pronto, todo se puso negro. Cuando volvió en sí, se encontraba en una camilla. Abrió los ojos y no comprendió dónde estaba ni por qué. Cuando intentó levantarse, una enfermera se acercó y le pidió que no se moviera, tenía un suero en el brazo izquierdo. Le explicó que estaba en la guardia del Hospital Fernández, que se notaba que estaba deshidratada, que no había estado alimentándose bien y que tuvo un *shock*, que ella buscaría a sus amigas. «¿Un *shock*?». Trató de hacer memoria dónde había estado antes del desmayo. Recordó la salida de compras, la charla sobre Paulo... «¡¡¡Paulo!!!». En ese momento, entraban, como una banda, las tres amigas. Se reunieron a su alrededor preguntándole cómo se sentía. Alma miró fijamente a Amanda.

---Explicame quién podría haber querido secuestrarlo y por qué --- reclamó, seria.

---Almi, el día anterior a viajar para España, el gallego me pidió que nos viéramos porque quería pedirme un favor. Nos vimos. Me dijo que había recibido algunas amenazas, que él creía que tenían que ver con su investigación. No sabía si era por la inundación o por lo de YPF. El punto es que temía por vos. Me pidió que estuviera alerta, que no te dejáramos sola.

---¿Y por qué no habló conmigo? ¿O con mi viejo?

---Porque no quería preocuparte, con suerte no pasaría nada y él habría tomado medidas al divino botón. Había un amigo policía al que debía contactar si algo extraño pasaba. Por ejemplo, cuando te llegó el ramo de flores, le pregunté a él y me dijo que no había sido él, que estuviera al tanto. Como no vi otros, me relajé.

---Pero sí hubo más ramos ---expresó, sorprendida, Alma.

---¿Cómo? Nunca dijiste que te hubieran llegado más ---señaló Amanda.

---No, porque llegaron cuando ya me había enojado con él. Dos más. Pero los tiré a la basura. No quería nada que me lo recordara.

---¿Y tenían tarjeta? ---consultó Pato, que se había mantenido en silencio.

---No recuerdo bien... Creo que tenían una tarjetita que solo decía: «Perdón». Sí, eso. Por eso asumí que eran tuyas.

---Chicas, esto me huele muy mal ---acotó Amanda---. El gallego no mandó ningún ramo de flores, y menos uno que dijera «Perdón». Acá hay gato encerrado.

---¿Qué te dijo Germán? ¿Qué dice el mensaje? ---preguntó Alma preocupada.

---Que estuvieron en la agencia de alquiler, buscaron los datos de Paulo. Llegó a alquilar el coche, se llevó el contrato, pero nunca retiró el automóvil del estacionamiento. Luego fueron a ver a la guardia aeroportuaria. El amigo policía de Germán lo ayudó a hablar con ellos. Vieron los videos de seguridad. Paulo camina a retirar el automóvil y nunca llega. Parece que se lo llevaron ahí, en un punto ciego de las cámaras. Además, un empleado de la agencia de alquiler presencié el secuestro. Los vio. Eran tres tipos. Tenemos sus descripciones.

---¡Nooooooooo! ---Alma se tapaba la boca con la mano derecha---. Tenemos que ir con su familia. Tenemos que encontrarlo.

Alma tomó las riendas de la situación. En el hospital, nadie quería dejarla salir. Ella se empacó como una nena caprichosa y pidió firmar un acta donde se responsabilizaba de su salud por retirarse. Pato manejó más velozmente que nunca. La familia de Paulo las esperaba en Ezeiza. Al llegar, Amanda puso a Germán al tanto de que habían estado casi tres horas en el Hospital Fernández y explicó lo sucedido.

---¿Será prudente, Amanda, que esté acá? A ver si se nos desmaya de nuevo ---comentó Germán en tono bajo, aún preocupado por la salud de Alma. Ella, a su vez, supuso lo que cuchicheaban esos dos y se acercó decidida.

---Hola, Germán, ¿qué sabés de tu primo? Y no andes con rodeos, ya sé todo y de acá no me voy.

Los rostros de Germán y Amanda se pusieron serios.

---Está bien, Alma. Mi primo ya lleva casi 48 horas desaparecido. Mi

viejo está radicando la denuncia en donde corresponde. Tenemos ayuda, ya que conocemos gente de adentro de la fuerza. Están rastreando todo el área, pero el hecho de que se hayan perdido las primeras horas es una cagada. Pueden haberlo llevado a cualquier parte.

---¿Y qué van a hacer? ¿Pidieron rescate?

---Nadie se comunicó con nosotros ni con mi tía en España.

---Por Dios, Valentina debe de estar destrozada ---expresó Alma recordando rápidamente a la madre de Paulo, que volvía a pasar por la situación de desaparición.

---Mi tía está volando hacia acá. Llega en unas horas. Por eso yo me quedé.

---¿Viene a Argentina? Paulo me había dicho que no había vuelto a este país. Ni siquiera cuando encontraron los restos de su esposo.

---Exacto. Ella nos alertó de que Paulo ya debería haber llegado. Lo llamó varias veces y le daba «celular apagado», eso la hizo sospechar. Las abuelas de Plaza de Mayo están en el tema. Es un hijo de desaparecido que también desaparece. Están moviendo todas sus influencias.

---Dios mío, no puedo creer nada de esto. ---En ese momento sonó el celular de Alma. Atendió, era Jorge---. Hola, papi. Sí, estoy en Ezeiza. No, no estoy en el aeropuerto en sí. Estamos en un café. ¿Cómo te enteraste? ---Alma hizo un silencio y escuchó atenta. Miró a Germán y a Amanda. Pato y su hermana las habían dejado a las dos y se habían ido a La Plata---. No lo puedo creer. Estoy destrozada, papi. Sí. Estamos esperando que llegue la madre, desde España. Sí, te llamo en cuanto tenga novedades. ¿Los abuelos vieron la tele? Bueno, sentate con ellos y evitá los noticieros. No quiero que se pongan nerviosos. ---Cortó y miró a sus interlocutores---. Dice mi viejo que está saliendo en todos los noticieros. Incluso muestran hasta una foto de él.

---Sí. Mi viejo habló ya con varios canales de televisión. La noticia tiene que saberse, el hecho de que sea hijo de un desaparecido y, además, periodista está a su favor. Estos tipos no van a atreverse a matarlo, no van a crear otro

«caso Cabezas». Cuanto más medios estén cubriendo la nota, más posibilidades hay de que lo suelten.

---Amor, ¿pero no puede haber sido un secuestro al boleo? ---dijo Amanda preocupada.

---No, esto no fue secuestro *express* ni extorsivo. Esto fue por su laburo, no queda otra. Está metido en muchas cosas peligrosas, investigó y habló del Gobierno nacional, del provincial, del municipal, ahí tenés tres fuerzas grosas. Además, trae sus enemigos de otros países, de Colombia, de Venezuela, de Irak, por ejemplo. Esto estuvo organizado, ¿cómo mierda se enteraron de que llegaba en ese vuelo?

---No sé. ¿Quiénes estaban al tanto de que venía? ---preguntó Alma.

---Sabíamos mis viejos, Marcela, Amanda y yo. Nadie más. ---Los tres se quedaron en silencio.

---Pero entonces... ---Amanda se quedó en silencio en mitad de la frase.

---Exacto, chicas, debemos tener los teléfonos intervenidos. Eso no lo logra una bandita de chorros comunes ---dijo Germán---. Ahora estamos buscando chips nuevos para todos, incluyéndolas a ustedes. No estamos seguros.

---¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ---preguntó Alma.

---Esperar.

Tres horas después llegaba el avión de Valentina. Germán, Amanda y Alma entraron al aeropuerto a buscarla. Había cámaras de televisión esperándola. Cuando salió a la sala general, caminaba buscando a su sobrino, su rostro demacrado demostraba el dolor que estaba viviendo. Primero, divisó a Alma y luego a los otros. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla. Ambas corrieron a darse un abrazo.

---Ay, mi niña. Qué hermoso verte aquí, saber que tú también lo buscas. Y qué desgracia conocernos en estas circunstancias.

---Valentina, Valentina... ---Alma no paraba de llorar. Cerca de ellas se empezaban a juntar los periodistas, sacaban fotos, filmaban desde la distancia-

--. No puedo creer que esté pasando esto.

---Imagínate yo, Almita. Segunda vez en mi vida. No puedo soportar otra pérdida. Mi niño, no. ---Ambas se hablaban al oído sin soltar el abrazo---. ¿Has podido hablar con él antes de que subiera al avión? ¿Os habéis amigado?

---No. Hace semanas que no hablo con él.

---Y estás aquí de todos modos. ---Valentina separó el abrazo y la miró a los ojos---. Eres una gran mujer, Alma. Él te ama profundamente, te adora, niña. Eres la única que le ha puesto el mundo de cabeza, yo no he criado a un mal hombre.

---Valentina, yo...

Valentina la interrumpió.

---Mi niña, permíteme decirte solo esto. Luego vosotros deberéis hablar solos, pero déjame decirte. María de los Ángeles es una mujer vengativa, quedó muy dolida con la separación. Mi hijo nunca ha sido infiel, y no empezará a serlo justamente con la única mujer que le ha despertado ese corazón grande que tiene. Yo le creo cuando me jura que no hizo esa noche lo que muestra el video. Tú pensarás que lo defiendo, porque es mi hijo, pero sé cómo lo he criado y jamás defendería una acción tan desleal. No miente. Debes darle la oportunidad.

---Estoy acá, Valentina, es una pista de lo que siento. ---En ese momento, las interrumpió Germán.

---Tía Valentina, ¿cómo estás? ---dijo a la vez que intentaba abrazarla. Valentina se giró, lo estrechó rápidamente y le dio dos besos en las mejillas, a la usanza española.

---Ay, Germancito, qué grande estás, niño. Qué pena vernos en estas circunstancias. Estoy... angustiada, como es de esperarse. ---Miró hacia Amanda---. Hola, bonita, soy Valentina ---se presentó, ya que ni Alma ni Germán atinaban a hacerlo. Estiró la mano derecha, que estrechó la de Amanda, a la vez que le daba también los dos besos.

---Hola, Valentina. Soy Amanda, la amiga de Alma y... ---Se cortó

dubitativa. Ni ella ni Germán habían puesto rótulos a su relación.

---Es mi novia además, tía ---expresó Germán con convicción. El rostro de Amanda se iluminó y el de Germán también. Alma los miró y, si bien se puso feliz por ellos, por estar compartiendo una relación hermosa que les hacía bien a ambos, sintió una pequeña punzada de envidia: ella no tenía a Paulo.

---Ay, pues. ¡¡¡Enhorabuena!!! Os felicito.

---Amanda es una mujer increíble. Me costó mucho convencerla de ser mi novia ---agregó abrazándola.

---Así me gusta, chavales. Cuidaros mucho, ambos. Uno nunca sabe cuánto tiempo se tiene, el de arriba tiene todo armado, pero aquí, abajo, nunca sabemos hasta que es tarde. ---Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella sola salió de ese emotivo momento---. Vamos, chavales, vamos, debo buscar y encontrar a mi niño. Ha llegado una leona enfurecida ---apuntó a la vez que empezaba a caminar. Se paró en seco cuando vio que los periodistas avanzaban hacia ella con cámaras y con micrófonos---. ¿Y esto?

---Tía, todo el país se enteró, hace como cinco horas, de que Paulo fue secuestrado. Saben que estabas por llegar. Si no podés hablar con ellos, yo me encargo.

---No. Yo lo hago. ---Se acercó con decisión a las cámaras, se detuvo e hizo un gesto con su mano para pedir silencio a todos los periodistas que ya la inundaban de preguntas---. Silencio, por favor. Haré una declaración y por el momento no responderé preguntas. Espero sepáis entender, he viajado más de trece horas y por una situación muy triste para mí. Necesito ver a mi familia y que me pongan al tanto de lo que se ha podido saber. Mi hijo es un colega vuestro, intachable. Ha trabajado en los lugares del planeta que os imaginéis. Viajó a Argentina para cubrir una noticia, lo sorprendió una inundación terrible que casi le quita la vida. Inició en ese momento otra investigación para encontrar a los responsables políticos de esa tragedia climática y del incendio de la destilería de YPF. Encontró a los responsables y los dejó expuestos. A mi hijo se lo llevaron porque gritó, en medio del silencio, cuáles

eran las responsabilidades y las corrupciones. ---Valentina cambió el rostro, se endureció, miró directamente a las cámaras---. Ahora os voy a hablaros a vosotros, a los secuestradores de mi hijo. Quiero que sepáis que, si habéis hecho esto para silenciarlo, os habéis equivocado. Su desaparición hará que cada vez más gente busque en internet sus artículos. Vais a tener que liberarlo, tarde o temprano, llegaré a vosotros. Perdí a mi esposo hace más de treinta años, cuando un gobierno de facto de este país me lo llevó. No pude luchar por él, lo haré por mi hijo, no les quepa la menor duda. ---Alma tenía su mano tomada con mucha fuerza---. Tenemos la democracia a nuestro favor, todos los organismos de derechos humanos que nos apoyan y están buscándolo, y tenemos una familia fuerte que no cejará hasta encontrarlo. ---Valentina le apretó a su vez la mano a Alma---. Buenas noches a todos, y en cuanto tengamos novedades, volveré a hablar con vosotros.

Valentina comenzó a caminar con paso decidido, abriendo una franja para ella. Alma, a la que aún arrastraba de la mano, Amanda y Germán, que tiraba de la maleta de su tía, la siguieron. Salieron del aeropuerto, se subieron al automóvil de Germán y partieron rumbo a La Plata.

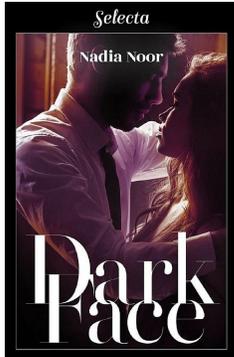
Alma seguía conmocionada, estaba orgullosa de Valentina y de cómo había manejado la situación frente a los periodistas. La habían inundado de preguntas en cuanto había comenzado a caminar, pero se mantuvo en silencio, seria, solicitando, con mucha educación, que le permitieran pasar. No respondió a nada. Tranquila, sin nervios ni llantos.

En el camino, Germán la fue poniendo al tanto de lo que habían podido saber e investigar. Las maletas de Paulo habían sido encontradas, su celular no. De su paradero se sabía poco, solo un hombre había visto cuando se lo llevaron y eran pocas las pistas que pudo dar. El miedo del momento no le había permitido ver la patente o algo más específico para identificar a los responsables. En la imagen del secuestro, donde no se alcanzaba a distinguir cuando lo llevaron, sí se lograba ver el carrito con la maleta, que se adelantaba solo, y un automóvil color gris oscuro que salía haciendo chillar

las ruedas. La imagen era muy rápida y la patente del vehículo no era nítida. Estaban tratando de aclarar la esa parte con programas que ayudaban a despixelar.

Todos regresaron, entrada la noche, a La Plata. Se encontraron en casa de los Girat. Concentraron información y organizaron las funciones. Valentina y Adrián encabezarían las acciones. Valentina iba a ir a cada programa de televisión que le diera espacio. Sin perder tiempo. Amanda buscó direcciones de los canales de aire más conocidos y organizaron la salida del otro día. Adrián seguiría hablando con las autoridades, se iba a presentar a primera hora nuevamente en las oficinas de la policía que estaba llevando adelante las pesquisas sobre el secuestro. Alma seguía en silencio, como si todo se tratase de un sueño, una pesadilla en la que se había sumergido, y ahí no estaba Paulo para salvarla... justamente.

Una mujer hermosa, un hombre atractivo y experimentado y un local de citas a oscuras llamado «Dark Face».



Laura Hills se convierte en duquesa y heredera universal

del patrimonio Hills a la edad de veinticinco años. Debido a la mala situación que atraviesan sus negocios acepta la recomendación de su abogado, quien se dispone a encontrarle un «marido a la carta» para sacar a flote sus empresas. Con el intercambio, la familia Hills sanaría su grupo empresarial y, la parte elegida, ganaría prestigio y el título de duque.

Antes de conocer al marido elegido por sus asesores, Laura decide visitar el promiscuo local «Dark Face» donde conocerá al señor «R» en la oscuridad. Se elegirán por los sentidos y mantendrán un ardiente encuentro a oscuras.

Rhett Mendoza, es el primogénito de una importante familia posesora de una gran fortuna relacionada con la extracción de minerales. Sus padres buscan ganarse el respeto de la sociedad londinense y deciden comprar un título nobiliario, a través del matrimonio concertado de uno de sus hijos con Laura Hills.

El día que las dos familias se citan para conocerse, Rhett se da cuenta de que la bella heredera, Laura, es la mujer sin rostro de Dark Face. Se siente confundido e irremediabilmente atraído por ella.

¿Cómo reaccionará la joven al saber que su secreto más oscuro ha salido a la luz? ¿Qué hará Rhett al verse rechazado por ella a favor de su hermano Daniel?

Al fin, obligados por las circunstancias se casan, y Rhett intentará por todos los medios, ganarse su corazón.

Nadia Noor (1977). Es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Nadia Noor

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-31-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Dark Face

Prólogo

Capítul 1

Capítul 2

Capítul 3

Capítul 4

Capítul 5

Capítul 6

Capítul 7

Capítul 8

Capítul 9

Capítul 10

Capítul 11

Capítul 12

Capítul 13

Capítul 14

Capítul 15

Capítul 16

Capítul 17

Capítul 18

Capítul 19

Capítul 20

Capítul 21

Capítul 22

Capítul 23

Capítul 24

Capítul 25

Capítul 26

Capítul 27

Capítul 28

Capítul 29

Capítul 30

Capítul 31

Capítul 32

Capítul 33

Capítul 34

Capítul 35

Capítul 36

Capítul 37

Capítul 38

Capítul 39

Capítul 40

Capítul 41

Capítul 42

Capítul 43

Capítul 44

Capítul 45

Capítul 46

Capítul 47

Capítul 48

Capítul 49

Capítul 50

Capítul 51

Capítul 52

Capítul 53

Capítul 54

Capítul 55

Capítul 56

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Último capítulo](#)

[Nota de autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nadia Noor](#)

[Créditos](#)